

Éliette Abécassis

«Los sefardíes agridulces y salados, divertidos y nostálgicos, generosos y orgullosos, sinceros e hipócritas, risueños y trágicos. Ella estaba allí, encorsetada en el traje tradicional, extranjera entre ellos y familiar sin embargo, prisionera de sus orígenes. Estaba allí, esperando, como la esposa oriental, al hombre que había prometido casarse con ella y que no era otro que un sefardí».

Ella es Esther Vital, judía marroquí nacida en Estrasburgo, una mujer dividida entre el peso de la tradición y de la familia, la nostalgia de los paraísos abandonados —desde la España de Córdoba y Toledo, hasta el Marruecos de Mogador a Fez— y la ilusión de libertad de una mujer moderna que ha escogido casarse por amor.

Sin embargo, la víspera de su boda, vestida con el traje púrpura de las prometidas sefardíes, Esther Vital descubrirá el poder de los maleficios, el terrible secreto que la marca y la dificultad de escapar a su destino.

Lectulandia

Eliette Abécassis

La novia sefardí

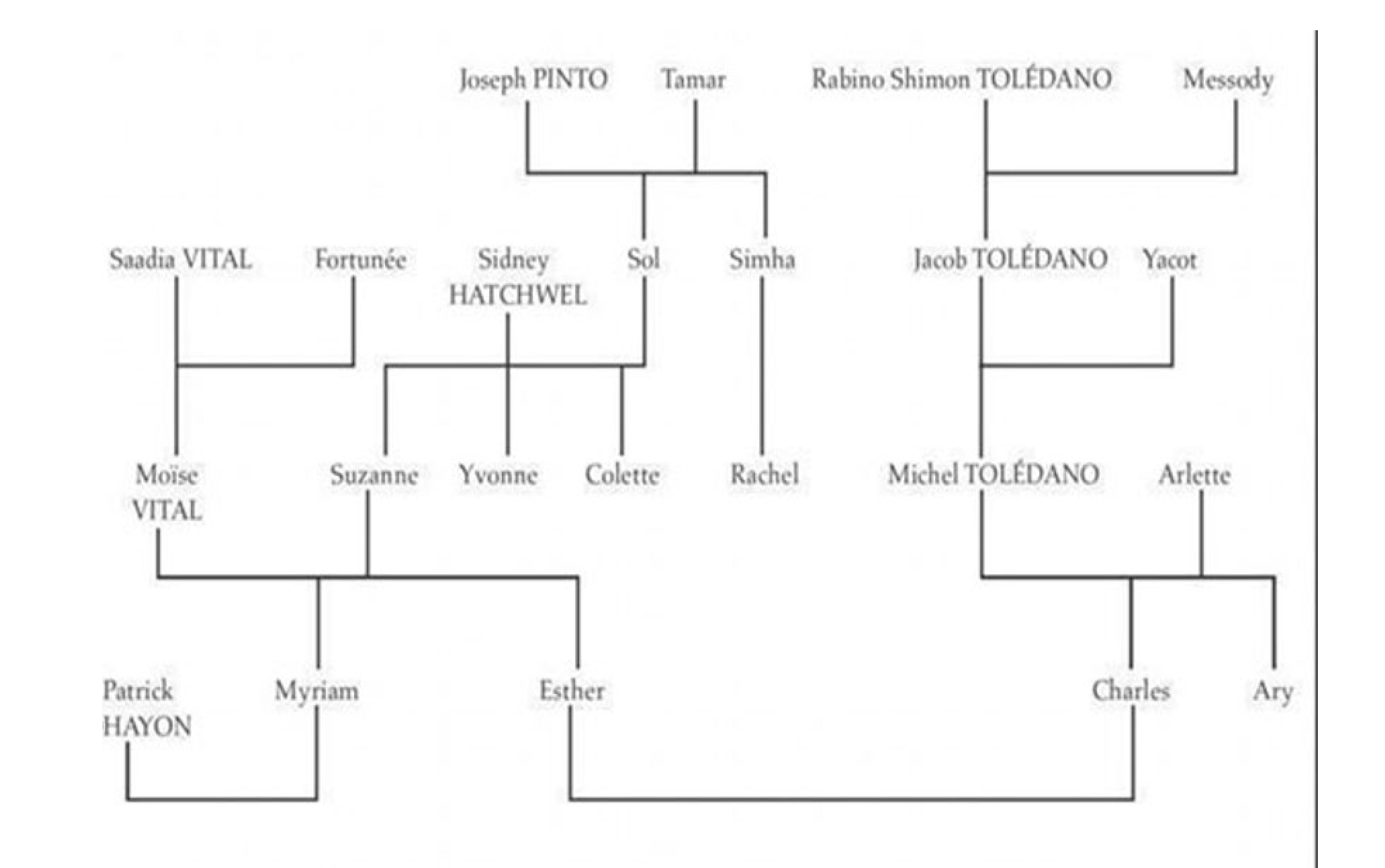
ePub r1.0
Ablewhite 06.05.15

Título original: *Sépharade*
Eliette Abécassis, 2009
Traducción: Montserrat Roca Comet

Editor digital: Ablewhite
ePub base r1.2

Dedicado a Rose Lallier, a sus ideas,
a sus estímulos creativos,
a su infinito interés por el Otro.

Desciende a lo más profundo de ti mismo, y descubre la sólida base que te permitiría construir otra personalidad, un hombre nuevo.


Joseph PINTO
Tamar
Rabino Shimon TOLÉDANO
Messody
Saadia VITAL
Fortunée
Sidney HATCHWEL
Sol
Simha
Jacob TOLÉDANO
Yacot
Moïse VITAL
Suzanne
Yvonne
Colette
Rachel
Michel TOLÉDANO
Arlette
Patrick HAYON
Myriam
Esther
Charles
Ary

Libro I

Capítulo 1

El mellah de Estrasburgo

Esther era hija de Moïse Vital, y nieta de Saadia Vital, de Fez[1]. Sin embargo, Esther Vital era francesa. Eso es lo primero que hay que decir, puesto que ella había nacido en Francia, y de Francia tenía la lengua y la forma de ser. Y también la forma de pensar, el humor crítico, la sosería, la educación impostada, la autocrítica teñida de cinismo, la reserva, el individualismo, la desconfianza ante las atenciones de los demás, la pobre opinión de sí misma, la depresión crónica y un montón de cosas que le eran naturales.

Nació en Estrasburgo, era alsaciana. De Alsacia tenía la puntualidad, la franqueza, la lengua incisiva, esa frialdad distante, el sentido de la amistad, cierta sabiduría y cierto recelo que forjaban los caracteres ponderados de esta región fronteriza.

Pero también era judía marroquí por sus padres, lo que le confería la lágrima y la risa fácil, el sentido del psicodrama, la sensibilidad exacerbada, la gentileza y la malicia, el idealismo y la desesperanza. De Marruecos había heredado una parte beréber, la piel clara y los ojos rasgados, y otra árabe, el cabello largo y oscuro y los ojos negros. De Marruecos poseía un carácter salvaje y alegre, una violencia vehemente, un fondo de bondad y una capacidad de venganza, un poco de dulzura y algo de amargura, un temperamento agridulce capaz de estallar en una cólera fulminante.

Alsacia y Marruecos: dos regiones alejadas, reunidas de modo incierto por el destino de los pueblos. Pequeños valles surcados de negro y rojo, neblinas otoñales, gris invernal contra calor ocre, rojo y azul, tierra de fuego, ojos castigados por un cielo abrasador, espacio y luz. Imposibilidad

de entenderse entre el hablar sin rodeos y la tosquedad de unos, y la delicadeza obligada de los otros. Improbable confluencia entre dos continentes que todo separa, y sin embargo…

Esther era alsaciana, nacida en Estrasburgo, en la comunidad sefardí marroquí. Hasta los veinte años no había entrado nunca en una taberna alsaciana. Nunca se había fijado en los carteles con letras góticas donde se leía: WINSTUB[2].

Ella no sabía hablar alemán y menos aún el dialecto local, ignoraba la existencia de la ruta de los vinos, del gewurztraminer y del pinot noir, ella jamás había pronunciado el nombre del famoso Auberge de l'Ill, que tiene dos estrellas en la guía Michelin. Ella, simplemente, había adoptado la costumbre de no ver el alemán, que no obstante era omnipresente en esta región fronteriza.

Para los judíos que repoblaron esa región damnificada por la guerra y reconstruyeron la sinagoga incendiada por los nazis, es difícil ser conscientes de que Alemania está tan cerca. En el colegio Esther había aprendido español, mientras todos los demás escogían el alemán como primera o segunda lengua. ¿Por qué español? Eso no fue idea de sus padres; esa era, sin que ella fuera plenamente consciente en aquel momento, la lengua de sus ancestros que habían tenido que abandonar España, el país en el que habían vivido desde siempre, y del que se habían llevado uno o dos sacos, algunas joyas, las llaves de su casa y la ciega esperanza de que un día quizá podrían regresar.

Con melodías desgarradoras, sus antepasados lloraron su exilio en una lengua antigua —el ladino—, nacida de la traducción de textos hebreos al español, cantaron la nostalgia de las ciudades abandonadas, del país perdido y tan amado, las familias rotas, las vidas devastadas por la muerte, la tortura y la expulsión. Cuando comprendieron que no volverían jamás, esa lengua se convirtió en su segunda patria: eso era lo único que les quedaba para unirles, desde Holanda hasta Turquía, de Marruecos a América del Sur, para recordarles de dónde venían y lo que eran. Se llamaban sefardíes, del nombre con el que se designa España en la Biblia.

La comunidad asquenazí de Estrasburgo había sido diezmada por la guerra, y los que se quedaron desconfiaban de la invasión sefardí

norteafricana, como sus predecesores habían desconfiado de la invasión polaca. Ellos no habían conocido jamás a unos judíos tan exuberantes y felices, altivos y orgullosos, y les veían un poco como bárbaros procedentes de África. Les consideraban toscos, ruidosos, hedonistas; no comprendían ni su calidez, ni su sentido comunitario que al mismo tiempo, desde el fondo de su dolorosa historia, envidiaban. En detrimento de ciertos judíos alsacianos de rancio abolengo, en la segunda generación hubo algunos matrimonios entre jóvenes asquenazíes y sefardíes. La madre de Esther tenía una amiga que se manifestaba abiertamente antisefardí. Afirmaba que los sefardíes eran gente sin educación, sin modales, sin cultura. Sus tres hijos se casaron con sefardíes y ella no lo superó nunca. Terminó por enemistarse con los Vital después de una amistad de veinte años.

A los asquenazíes de Estrasburgo no les gustaba que los sefardíes hubieran traído Marruecos consigo; su cultura, su hospitalidad abierta a todos, su cuscús y sus pasteles que chorreaban miel como sus palabras, su falta de franqueza y su perpetuo buen humor, su espontaneidad de buena ley, su religiosidad ostentosa y carente de complejos. Se sentían desbordados por esos invasores que representaban, en suma, todo lo que ellos no eran, y frente a quienes reaccionaban a la defensiva por instinto.

Pero Estrasburgo no dejó de poblarse de un flujo ininterrumpido de recién llegados, de generaciones que abarrotaban residencias para chicos y residencias para chicas, cuyos padres se quedaban en Marruecos. «Les Violettes», la «Cité Laure-Weil» acogieron a los adolescentes varones, y después a las estudiantes marroquíes judías. En esos gineceos orientales tenían lugar numerosas intrigas tejidas de rivalidades femeninas. Y los primeros en llegar lograron que los demás ascendieran en la escala social, ellos eran los veteranos, que, instalados, integrados, tan distintos ya, podían incluso sentirse avergonzados por sus congéneres hasta el punto de llamarles «los bárbaros»; ellos, que eran «civilizados».

En Estrasburgo, pues, había dos comunidades bien diferenciadas. Los asquenazíes, reservados, poco expansivos, precisos, rigurosos, y los sefardíes. A veces, algunos asquenazíes se mezclaban con estos, como los colonos con sus buenos salvajes. Pero en conjunto, cada uno se mantenía en principio en su lado, con sus amigos.

En el Souccoth, la fiesta de las cabañas, todos construían su casita en el balcón, aunque hiciera frío, y aunque no hubiera azoteas grandes, ni techos planos como en Marruecos. Los sefardíes hacían su *soucca* de caña, la decoraban con mantones y dibujos infantiles, y se apretujaban unos contra otros, con abrigos y sombreros, alrededor de una pequeña estufa de apoyo. Traían con cuidado su cuscús y bajaban los pisos a pie hasta que la *soucca* llegaba al patio. En cuanto a los asquenazíes, calentaban cabañas grandes y cómodas, que parecían casas, en las cuales servían carpa en salsa verde y *gefilte fish* alrededor de una pequeña estufa de apoyo.

Al principio, había una gran sinagoga reconstruida tras la destrucción de la antigua a manos de los alemanes. Se erigió una sinagoga de piedra blanca en el parque del centro de la ciudad, pese a la continua oposición de quienes vivían en los alrededores del parque Contades. Sus elevadas columnas albergaban las plegarias de los asquenazíes. Un mayordomo con un tocado napoleónico circulaba sin hacer ruido entre las filas, para distribuir los libros y hacer callar a quienes hablaban demasiado alto. Un canónigo oficiaba, secundado por un coro de hombres colocados bajo un gigantesco órgano de madera. El conjunto evocaba de un modo peculiar un templo protestante. Había una sala reservada a los jóvenes asquenazíes, que deseaban participar en una plegaria más distendida, menos formal; pero no hubo lugar para los sefardíes. Se les asignó el sótano de la sinagoga, al que se accedía por una escalera subterránea. A medida que llegaban y se instalaban en la ciudad de Estrasburgo, los sefardíes se fueron convirtiendo en dos veces, tres veces, diez veces más numerosos, mientras que la sinagoga asquenazí se vaciaba de sus miembros más ancianos, sin volverse a llenar jamás. En la inmensa sala abovedada, no había más que una veintena de ancianos, mientras que los sefardíes, hombres, mujeres, niños, se reunían en el sótano, apretados, con un calor agobiante —no había ventanas ni ventilación—, como en un zoco en las horas de mayor afluencia. Se reunió algo de dinero gracias a ventas en subastas de la lectura de la Torah y a los donativos. Rehicieron el sótano, para embellecerlo, pero sin ampliarlo. Todos los años, en el Kipur, el momento en el que hay más gente, los que ayunaban se mareaban y caían desmayados.

Sin embargo, jamás, nunca jamás, arriba, en la inmensa sinagoga donde imploraba un coro solemne, se pensó en proporcionar a los sefardíes un oratorio más amplio.

Un día ya no hubo oficiantes entre los asquenazíes, pues el que ocupaba ese puesto se había jubilado. Entonces, los asquenazíes sobornaron al oficiante sefardí ofreciéndole el doble de su sueldo a condición, naturalmente, de que aprendiera los cánticos asquenazíes. Lo cual tuvo un resultado bastante extraño. El cantor tenía una voz aguda y nasal; pero el oído sefardí lo disfrutó, porque era de miel. Y cuando el sonido salió directamente de las fosas nasales, llenando los espacios infinitos de la sinagoga asquenazí, los oficiantes se regocijaron, pensando que habían desposeído al sótano de su órgano más bello.

Los sefardíes llegaron de Marruecos con un sistema de red, uno traía al otro, lo recibía en su casa, compartía su apartamento y le buscaba trabajo.

En Alsacia, en los años cincuenta, había plazas para profesores de la escuela judía, que se amplió a medida que llegaban los sefardíes, y fue así como, una mañana, los padres de Esther depositaron sus maletas llenas de sus enseres veraniegos, de sus recuerdos, sus libros de rezos y sus sonrisas petrificadas en el frío gris del invierno alsaciano. Su padre enseñaba las materias judías, el Talmud y la Cábala. Su madre no trabajaba. No tenían nada: los inmigrantes vivían en un apartamento minúsculo, con ella, Esther, y poco después una segunda hija, su hermana menor, Myriam.

Moïse venía de Fez, y Suzanne de Mogador, la antigua Essaouira. Estaban casados y habían emigrado tras la independencia de Marruecos y la creación del Estado de Israel, con los judíos que partieron en masa a Francia, a Israel, a Estados Unidos y a Canadá. Ellos habían escogido Francia. Eran franceses de corazón, más franceses que los franceses, citaban textos de Corneille y Racine, adoraban la cultura francesa, para ellos Francia era el Edén, el paraíso en el cual florecían los más altos ideales. Francia era el Renacimiento, la monarquía y después la Revolución, un modelo, una lengua, una patria amada con un amor profundo del cual no renegaron jamás, ni siquiera por los rigurosos fríos invernales.

Esther Vital pertenecía a la segunda generación de emigrantes. Ella no sentía que tuviera nada en común con los judíos que acababan de llegar de

Marruecos. Para ella eran distintos, exóticos y culturalmente kitsch. Tenían, en primer lugar, el «acento», y con eso estaba dicho todo. Pronunciaban *an* en lugar de *on* y *on* en lugar de *an*, *i* en lugar de *u*, y subrayaban mucho las erres. No eran cultos, cometían curiosos barbarismos judeo-árabes y proferían muchas interjecciones en árabe para subrayar sus afirmaciones. Se vestían de una forma especial, a la occidental pero con demasiados colores, demasiado maquillaje, demasiado oro y dorados. Esther Vital estaba ciertamente más cerca de su amiga Isabelle Muller, o de Laurence Baumann, que de esas jovencitas de la residencia judía, con joyas doradas y palabras melosas, que se reían demasiado fuerte en la calle. Los mejores amigos de sus padres eran asquenazíes alsacianos de pura cepa, con quienes se entendían muy bien, aunque, a menudo, echaran pestes contra la dureza de sus corazones, contra su franqueza y su falta de tacto. Había expresiones asquenazíes grabadas en la mitología familiar: «Las ojeras te llegan al vientre», o: «¡Ah, estás aquí, creía que habías muerto!», que ofendían el oído sefardí, supersticioso y delicado en sus relaciones.

Nada está más lejos de un judío alsaciano que un judío marroquí. Entre ellos el choque cultural es enorme, mucho mayor que entre un marroquí árabe y un judío marroquí, o entre un alsaciano y un judío alsaciano. Lo que les unía era la historia, el azar y los ritos del judaísmo, aun cuando esos ritos determinaban su diferencia y subrayaban la imposibilidad de su relación. Todos eran judíos: esa era la versión oficial, pero no se gustaban demasiado, y la disputa de la madre de Esther con su amiga asquenazí, después de tantos años, ilustraba a la perfección ese malentendido.

En el parvulario judío, Esther no frecuentó más que judíos, algunos asquenazíes, otros sefardíes. Luego sus padres decidieron llevarla a la escuela pública. Ella, sola de pronto en medio de los demás, aprendió desde muy pequeña a considerar su diferencia como una desventaja, lo mismo que ese extraño nombre de pila que tenía y que nadie conocía. Ella, Esther, habría deseado tanto ser como los demás…, llamarse Laurence o Véronique y ser una buena alumna. Pero se llamaba Esther. Esther Vital. Cuando pidió a sus padres que le cambiaran el nombre, ellos le respondieron que escogiera entre el resto de sus nombres de pila. Esther Messody Batshéva Sultana. A la vista de lo cual, decidió que Esther no estaba tan mal. Por su

nombre y su cultura, era una alumna mediocre, perdida en esas aulas de alsacianos, incómoda en su propia piel, avergonzada de sí misma. En la escuela vestía cuello Claudine y faldas plisadas, en casa llevaba chilaba los viernes por la noche y en su corazón en eso radicaba toda la diferencia. Notaba que cojeaba en alguna cosa, que no era en absoluto como las demás. Tenía que escribir palabras que no había leído jamás, que no había oído nunca en casa y que no sabía deletrear: *vendanges* (vendimia) o *quetsches* (aguardiente de ciruela). En su casa había otras palabras que le eran también desconocidas: *Bla aïn hara, Ne'ebibask*, o *N'el din Bouk*. Ella esperaba a sus padres a la puerta de la escuela, ya que ellos, como buenos orientales, siempre llegaban tarde. Empezó a detestar la escuela, a detestar la calle, a detestarse a sí misma.

Esther había crecido en un piso pequeño y oscuro, con un techo muy bajo. Los sábados, la familia en pleno iba a la sinagoga a través de calles heladas por el frío. Y cuando ella se convirtió en adulta, acudía a las celebraciones. La pequeña comunidad era siempre la misma, ella se reencontraba con las familias, los apartamentos, el dentista con su consulta, su mujer y sus hijos, el médico de familia con «un diagnóstico tan infalible», y eso le producía una sensación morbosa, porque todo permanecía intacto, como fosilizado, y ella se sentía como una anciana joven, una especie de monstruo de provincias. Su hermana Myriam, dos años menor, que se había ido a vivir al Canadá, adoraba volver a Estrasburgo. Le encantaba demostrar a los demás, es decir a los de su comunidad, que llevaba sombrero en la sinagoga, señal de que se había casado. Llegaba empujando un cochecito y hablaba durante mucho rato con los diversos personajes que formaban la comunidad. A Myriam le gustaba comer los bollos de *chez* Schöller y los helados de *chez* Christian, y eso que para ella era la magdalena de Proust, para Esther era sinónimo de la angustiosa gordura de su adolescencia.

Infancia de Estrasburgo, en la ciudad gris donde la niebla te cala hasta los huesos. Infancia provinciana con una bici en el parque Contades, vagando siempre por las mismas calles, las mismas avenidas, infancia marcada por la preocupación por el trabajo, que obsesionaba a sus padres. Trabajar para tener buenas notas y triunfar. ¿Triunfar en qué, en el fondo?

¿En la vida? No…, en la integración: su lugar en la sociedad francesa. Para ellos, la excelencia en la escuela era una cuestión de honor. Poco importaban las notas de matemáticas, siempre que conociera y recitara a los clásicos. Las faltas de ortografía y de francés eran una vergüenza y, a la inversa, las redacciones bonitas les llenaban de orgullo y felicidad. Infancia iluminada y atormentada a la vez por la presencia de su hermana Myriam. Esther pasaba mucho tiempo con ella, era niña, mamá y maestra a la vez, la quería, la odiaba, se peleaba con ella, construía muros para no verla, ya que ambas compartían habitación, y se reconciliaban y se reían.

Infancia sefardí: educada en el culto a los padres, en la idea de que debía aceptar todo lo que ellos dijeran y hacer lo que ellos hacían, que ella estaba allí para hacerles felices, y que el don que ellos le habían hecho al traerla al mundo era hasta tal punto inconmensurable, que una vida entera dedicada exclusivamente a su servicio no bastaba para pagarlo. Los padres eran, según sus propias palabras, dioses omniscientes y omnipotentes. A menudo su madre la miraba intensamente a los ojos y decía: «¿Sabes?, una madre lo sabe todo de su hijo. No se le puede esconder nada». O también: «Convéncete de que yo sé lo que piensas o lo que sientes, porque soy tu madre». Por supuesto que Esther estaba convencida de que su madre era capaz de leerle la mente, y que conocía todos sus secretos, y que si al salir no llevaba ese espantoso gorro de lana roja que su madre insistía en ponerle, también lo sabría. Más aún, sus padres tenían un auténtico don de ubicuidad. Su madre estaba en todos los rincones del apartamento, surgía de improviso en el cuarto de baño, era capaz de aparecer en cualquier momento de su vida. Aparecía en sus sueños, ocupaba sus pensamientos; e incluso ausente estaba allí, inmensa, voluminosa, profiriendo quejas y mandatos, consagrándose por entero a la obra de su vida, que consistía en reintegrarse en las dos hijas que había traído al mundo.

Esther había sido concebida para complacer y hacer felices a sus padres y su familia, del mismo modo que estos habían nacido para complacer a sus padres y a sus parientes, y ese don de pertenecer a su familia implicaba el sacrificio de uno mismo y de su vida.

Todos tenemos identidades múltiples, pero no somos conscientes de ello. Esther Vital no era consciente de sus orígenes, no lo fue hasta más

tarde, hasta mucho más tarde, al final de un largo camino, cuando comprendió lo que eso significaba. Ella era francesa, ciertamente, alsaciana y judía. Existían esas reuniones, esas cenas en el sabbat y las fiestas, a las que uno se invitaba, en las que construían su pequeña cabaña, preparaban la dafina, el plato tradicional que cuece toda la noche, como si estuvieran en Marruecos. Ellos acudían, hijos de padres marroquíes que vivían allí, pero que sabían que era necesario enviar a sus hijos a Francia si querían tener un porvenir. Infancias doradas por el sol de Marruecos, entre mar y terrazas, y de pronto el gris de Estrasburgo, que solo brillaba por el hecho de estar todos juntos, entre judíos marroquíes, de reunirse todos los sábados en la sinagoga, de vivir en el mismo barrio como si vivieran en el barrio judío, en el *mellah*, y de evocar con nostalgia la época en que estaban allí. Ellos evolucionaban en ese medio hostil como si tal cosa. Se ponían abrigos y botas para cubrirse, para protegerse del frío. Por nada del mundo hubieran querido abandonar el clima húmedo y gris de la ciudad de Estrasburgo. E incluso aunque, en el fondo de su corazón, brotara la nostalgia de Marruecos, ellos la acallaban para glorificar a Francia, su país. Desde que se fueron, ya no tenían otro. Olvidaron ese pasado que arrastraban, sin embargo, bajo cada uno de sus pasos; ignoraban que, sin quererlo, eran la última generación de una historia milenaria.

Allí, en la comunidad judía de Estrasburgo, vivía otra familia judía marroquí: los Tolédano. Los Tolédano y los Vital se relacionaban en la sinagoga, en casa de amigos, y en las celebraciones, sin ser amigos. Los Tolédano no eran como los padres de Esther. De pequeña, ella ignoraba hasta qué punto el origen de la ciudad es importante para definir el carácter de los sefardíes. Resultaba que los Tolédano eran del norte de Marruecos, de Meknes. Habían llegado en los años ochenta, mucho después que los padres de Esther. Formaban parte por tanto de quienes habían seguido viviendo en Marruecos, y desembarcaban impregnados aún de los estigmas del país. Michel Tolédano era una personalidad importante de la comunidad judía de Marruecos y un próspero hombre de negocios. Su mujer, Arlette, se ocupaba de la casa. Igual que la vida de los Vital estaba orientada al trabajo, la tradición y el estudio, la vida de esos hijos de Meknes estaba orientada hacia el aspecto material de la existencia y el placer. Ellos dedicaban mucho

tiempo a cocinar y a organizar fiestas suntuosas, durante las cuales, entre dos vasos de *mahia*, el alcohol de higo que embota la cabeza de los judíos marroquíes, se contaban las «historias de Joha», el tonto del pueblo que se dedica con malicioso placer a ser más tonto que los demás, para convencerles de hacer lo que él quiere.

Y los Tolédano tenían dos hijos; uno de ellos tenía la edad de Esther y se llamaba Charles.

De niña, ella se había fijado en Charles en la sinagoga y en la escuela judía a la que ambos iban. Habían intercambiado miradas y ella hubiera querido hablarle, pero no se atrevía. En la sinagoga donde su padre oficiaba, le observaba desde detrás de la reja de madera que separaba el sitio donde rezaban las mujeres de donde se colocaban los hombres. Recubiertos con sus mantos blancos, los hombres cantaban las monótonas melodías sefardíes. Las mujeres, en general, charlaban. Cuidaban de los niños. Llevaban bebés en los brazos y todo un cargamento de biberones, sonajeros, pasteles de miel y de almendras. De vez en cuando, cuando el guirigay era demasiado intenso, irritados «shhh» les indicaban que se callaran. Pero ellas no tenían la costumbre de rezar, ellas no habían estudiado hebreo como las mujeres asquenazíes, y estaban fuera del círculo donde aparentemente pasaba todo, allí donde el oficiante leía la Torah que descansaba sobre la mesa inclinada. Esther pensaba que ese lugar era interesante. Le permitía observar detrás de los hombres lo que pasaba entre ellos. Prefería ese lugar al de los hombres que, obligados a rezar y a estar en el centro de la acción, no tenían ni un momento de descanso.

Esther observaba a Charles y a su hermano Ary al lado de su padre. En el Kipur, día de gran solemnidad, el padre cubría la cabeza de sus hijos, ambos inclinados bajo su manto en una postura ancestral, para recibir la bendición al mismo tiempo que los Cohen, descendientes de grandes sacerdotes, la otorgaban a la asamblea de fieles. Charles formaba parte de una tribu, y al verles a todos juntos bajo el manto, uno pensaba en un árbol genealógico viviente. Charles y Ary bajo el manto de Michel, los tres bajo el manto de Jacob Tolédano, el abuelo de Charles, bajo el manto de Shimon, el anciano bisabuelo. Sobre Charles caía el peso de todos esos patriarcas. Era como en el monte Sinaí, allá abajo, al pie de la montaña, cuando dicen

que «el pueblo vio las voces». Voces ancestrales entonando cánticos de otro tiempo, voces como espejismos procedentes de siglos pretéritos, grandes conjuros propagados por voces agudas y roncas, jóvenes y viejas mezcladas, graves o agudas, voces de los niños que todavía no la han cambiado, voces con el timbre sordo de los ancianos, voces procedentes del abismo de los tiempos, transmitidas en piedra y en manuscritos, en jeroglíficos erosionados con los nombres de los ancestros caligrafiados, cantinelas de otros lugares, de otros tormentos, de otras aventuras perpetuando la misma aventura, la del pueblo judío a través del mundo sefardí, la del mundo sefardí en el seno de su pueblo, perseverando en su ser, a pesar de las guerras, los vagabundeos, los horrores, epopeyas y canciones murmuradas al oído del niño para que se duerma, plegarias que habían atravesado continentes, años, siglos y milenios, voces de padres recitando las leyes, voces de madres envolviendo a sus hijos con cantos de siempre, amor propagado a través de las voces unidas de los jóvenes y los viejos, voces, oh, voces majestuosas en su coincidencia misteriosa, que habían llegado hasta allí, no por un milagro sino por la observancia de cada instante, por la enunciación de cada mañana, de cada tarde y cada noche, plegarias y salmos recitados, balbuceados por los abuelos, los padres y los hijos, generaciones de viejos sabios engendrando viejos sabios que a su vez tenían hijos, dinastías de rabinos con barbas infinitas y manos piadosas…, las largas y angulosas de Charles, el último de su generación.

Esther era demasiado tímida para hablar con Charles. Se contentaba con verle crecer de año en año, madurar, celebrar su bar-mitsvah, mudar, volverse guapo y seductor, adoptar gestos interesantes. Cuanto más crecía, más atractivo era. Su cuerpo se desarrollaba, ágil, fibroso, debía de dedicar mucho tiempo a hacer deporte, fútbol sin duda. Esther miraba constituirse y dibujarse ese cuerpo de hombre. Detrás de la reja de madera que la separaba de los hombres, podía ver todos los detalles, pues la tribu Tolédano estaba justo enfrente. Su nuevo corte de pelo, su actitud, la seriedad con la que rezaba, y al mismo tiempo esa distancia, esa alegría que emanaba de él. A menudo se inclinaba hacia su hermano, o hacia su padre, su abuelo o su bisabuelo, y decía alguna cosa divertida, sobre la plegaria, o sobre lo que

pasaba, que les hacía reír. Relajado, simpático, cálido, cómodo en su piel. Él estaba contento en toda circunstancia.

Ella, Esther, estaba atrapada en una adolescencia convertida en ingrata por los vestidos que su madre la obligaba a llevar, vestidos sin forma, diademas, y también aparatos dentales que hacían que pareciera una criatura biónica. Todo un surtido de colas de caballo, pues no tenía permiso para llevar el pelo suelto, y gafas porque se volvió miope. No sabía alimentarse y había engordado demasiado por influencia de su madre; comía como ella, que devoraba anacardos, pipas de calabaza y de sandía, pasteles a base de azúcar, aceite y almendras, y Esther se envolvía en una espesa coraza protectora como en el vientre materno. Había conseguido convertirse en fea, o en cualquier caso convencerse de ello. Se consideraba torpe e incapaz de espabilarse sola. Le habría gustado marcharse, dejar las provincias, alejarse del seno materno, ese pantano sombrío en el que no terminaba de hundirse; pero no era capaz.

Él, Charles, tenía clase. Fumaba, salía con chicas, no era demasiado buen estudiante. Esther jamás hubiera osado decirle nada, se limitaba a mirarle, de fiesta en fiesta, detrás de la valla de madera, como una prisionera resignada y horrible que prefería esconderse.

Y así pasaron los años, de sabbat en sabbat, de Kipur en Kipur, hasta el día memorable en el que por fin, tras años de observación mutua —aunque eso Esther no lo sabría hasta más adelante—, Charles Tolédano le dirigió la palabra a Esther Vital.

Era la fiesta de cumpleaños de una amiga de clase de Esther. Él fue hacia ella, despacio, observándola.

Tenía un aire ligeramente irónico, que la impresionó y la desestabilizó tanto, que se preguntó si no se estaría burlando de ella. Sabía que él salía con chicas. ¿Por qué se interesaba por ella? ¿Había hecho una apuesta?

Durante una canción lenta, conversaron bebiendo un zumo de naranja cerca de la mesa del bufé. Él le habló de los profesores de su escuela, de todo y de nada… No leía demasiado, no sabía qué hacer más adelante, nada le gustaba de verdad… En cualquier caso, el año próximo se iba a París, donde sus padres le habían inscrito en una de esas academias que preparan

el examen de bachillerato, porque el colegio había decidido que debía repetir. En resumen: que era un zoquete, la vergüenza de la familia.

Durante las noches siguientes, Esther soñó con Charles. Le imaginaba en su casa, en su hogar, como su marido. No era capaz de pensar que alguien pudiera estar en su vida sin formar parte de su familia.

Ella había recibido la educación estricta de las jóvenes de su entorno. No podía maquillarse, ni ponerse faldas demasiado cortas, ni salir, ni de día ni de noche, salvo para ir al colegio. Por consiguiente, no pudo acudir a la cita que le propuso Charles después de su encuentro. Se acercaba el fin de curso, y ella quería verle antes de las vacaciones.

Charles la citó en un café cerca de clase. Esther pensó que eso era buena señal. ¿Podía ser que tuviera algún interés por ella? No se atrevía a pensarlo. Le parecía tan guapo, tan satisfecho, con sus trajes de corte perfecto, rodeado de chicas siempre que le veía… Fumaba a la salida del colegio. Era uno de los mayores… Estaba en último curso. Pero a los quince años, Esther no tenía permiso para ir al café. Se esforzó para encontrar una excusa, pero ¿cómo justificar una salida de más de media hora? Habría querido eclipsarse, fingir que iba a la tienda, pero eso era del todo imposible. Sus idas y venidas estaban minutadas, y solo tenía permiso para ir a comprar a la tienda de ultramarinos de enfrente, cuando a su madre le faltaba alguna cosa. Si iba a ver a sus amigas, sus padres telefoneaban para verificar que, efectivamente, estaba en su casa. En suma, Esther vivía bajo un régimen de terror. Enclaustrada.

Por suerte, resultó que ese día sus padres tenían que salir a hacer unas compras. Esther les dijo que no tenía ganas de acompañarles. Evidentemente, era impensable que saliera por su cuenta.

Se puso como loca, sentada en la cama, meditando; ¿ir o no ir? ¿Y si ellos volvían de improviso, y si telefoneaban?

Treinta minutos después de la hora que habían quedado en verse, sonó el teléfono. Ella corrió a descolgar con la esperanza de que fuera Charles, y poder explicarle lo que había pasado, para que no creyera que se había burlado de él, que no quería verle…

Se detuvo frente al auricular. Para rezar: ella era creyente. Juntó las manos y murmuró: «¡Oh, Dios, haz que sea él!», después descolgó el

teléfono.

El timbre acababa de dejar de sonar.

Esther le llamó a su casa, pero él no estaba allí. Dedujo que debía de haberla telefoneado desde una cabina. Pensó que acababa de perder la oportunidad de su vida.

Esther aprendió muchas cosas de ese episodio. Se dijo no solo que rezar no sirve de nada en la vida, ni hace que las cosas avancen, sino algo peor, que la oración se hace forzosamente en detrimento de la acción, puesto que, en lugar de rezar, uno puede realizar el acto que la plegaria aniquila. Comprendió que ella podía efectivamente complacer a alguien, hasta el punto de que le propusiera una cita, y que si no se presentaba, él podía insistir llamándola por teléfono. Se dijo, en fin, que ella no tenía ninguna tendencia a la vida contemplativa, y que era necesario que saliera a cualquier precio de esa prisión donde estaba emparedada en vida y que era su vida: su familia.

Capítulo 2

Esther Vital

Esther Vital, a la edad adulta, era una paradoja viviente. Sus cabellos oscuros y sus ojos casi negros contrastaban con su piel clara. Ella seguía viéndose demasiado gorda, demasiado grasienta, demasiado imponente. Su ideal de belleza era un cuerpo diáfano, evanescente, adolescente. A base de regímenes constantes había conseguido borrar esas formas demasiado generosas que la entristecían y la avergonzaban. Obsesionada con su peso, se había convertido en especialista en rebajar calorías. Vigilaba su talla al centímetro, se pesaba cada mañana y cada noche; y cualquier acumulación de peso reflejada en la balanza por la mañana, la ponía de mal humor durante todo el día. Por el contrario, cuando constataba la pérdida de algunos gramos se ponía de un humor excelente. Dismorfofóbica, estaba acomplejada por su físico en el que veía todos los defectos. La alimentación, la edad, el paso del tiempo, los ciclos que provocaban una retención de líquidos, hacían que aumentara uno o dos kilos a final de mes: todo jugaba en su contra y sobre todo la cocina sefardí. El mundo entero era enemigo de su cuerpo. Entre ella y su cuerpo había un combate incesante. Su cuerpo reclamaba alimentos, azúcar, aceite, almendras y miel, y ella se los negaba. Su cuerpo quería permanecer indolente, repantigarse en la cama bebiendo a sorbos un té a la menta, y ella le imponía ejercicio. Él deseaba ser fofo e informe, ella lo quería contorneado, modelado, duro. El resultado no era nunca satisfactorio, no conseguía considerarse bella.

A causa de su físico podía caer en la melancolía más profunda, pasar de la risa al llanto, del entusiasmo a la depresión. Una parte de ella era solar, la

otra lunar. Una parte extravagante y la otra reservada, acomplejada y retraída en sí misma.

Alsaciana, era puntual, tajante hasta el punto de parecer insensible. Oriental, tenía una generosidad untuosa. Por un lado era racional, fría hasta el cálculo, por otro vivía en la emoción. Aunque intentaba poner un poco de orden, todo lo que procedía de ella estaba motivado por su corazón y atemperado por su espíritu, lo cual la sumía en una gran confusión.

Era desconcertante para los demás y también para sí misma: intentaba sin cesar conocerse, saber quién era, sin conseguirlo. ¿Por qué estaba tan taciturna y desesperada? ¿De dónde venían esa torpeza, esa languidez, esa nostalgia permanente? ¿Por qué esa impresión de no estar nunca en su sitio, nunca en sintonía consigo misma, con sus deseos? ¿Por qué no conseguía determinar la naturaleza íntima de su deseo?

Ella intentaba desenredar los nudos del pasado y el presente, formar parte de la tradición y de eso que había construido por sí misma, sola, contra aquello que la anclaba a sus orígenes. Orígenes que ella rechazaba, que ella contestaba, que ella escondía. Estaba acomplejada por ser sefardí; no quería aparecer como tal. Habría querido fundirse en la masa, como las demás. Ella no era hija de inmigrantes judíos marroquíes, ella era francesa por entero, no se sentía ni alsaciana, ni de Estrasburgo, ella se deseaba universal, alejada de todo particularismo, de todo lo que la hiciera diferente, de todos los rasgos prominentes de su personalidad, e incluso de su apariencia. Se vestía de un modo sobrio, elegante, sin llamar la atención, siempre de negro; nunca llevaba colores vivos, ni florituras, ni dorados, ni flores, ni encajes que hubieran descubierto a la oriental. Su maquillaje también era lo más neutro posible, color natural y color carne, que reflejaba la palidez de su cara. Los cabellos al natural, sin el rojizo, el negro y el rubio que adoraban las mujeres sefardíes. Esther se daba cuenta de que no tenían buen gusto y temía parecerse a ellas. Detestaba todo lo que fuera excesivo en las palabras, los actos o la vestimenta y sin embargo, en su interior, vivía cada instante con intensidad y dramatismo.

Para complacer a sus padres se convirtió en una buena estudiante. Pasó el examen de bachiller con buena nota y después se inscribió en la universidad de letras de Estrasburgo, para ser profesora de francés, lo cual

les llenó de orgullo. Para ellos la universidad era un mito, un logro: el signo evidente de su integración, de su identidad francesa. Decían «mi hija va a la universidad» con énfasis y emoción. A Esther le interesaba la gramática, e intentó dominar todos sus mecanismos, sus sutilezas. Para su licenciatura de letras, escogió a Montaigne. Montaigne era Francia. Era el origen de la literatura, la invención de la autobiografía, el estilo depurado y sobrio. El clasicismo, la precisión, el humanismo. La apertura al mundo a través de un espíritu ilustrado que se mofaba de las religiones y de las supersticiones. El origen remoto de la laicidad a la francesa. Montaigne no solo era el precursor de la literatura francesa, era su espíritu mismo, simbolizado y concretado a través de sus *Ensayos*. A través de Montaigne, gracias al humanismo, Esther podía encontrar una respuesta a su cuestión identitaria; el punto de partida era el hombre, y el punto final, el hombre. El hombre universal que reunía a todos los hombres, fueran cuales fuesen los pueblos y las religiones a los que pertenecieran. Ella se perdía y se encontraba en lo humano, ya que el hombre es el mismo en todas partes. Cada hombre nace, vive y muere. Cada uno ama, sufre, ríe y llora, en todos los lugares del mundo. Sean cuales sean las diferencias. Lo que cuenta no son las particularidades, sino lo que les une, lo que hace que cada uno, pese a su singularidad, pueda reconocerse en el otro; lo que hace que cada hombre sea hombre. Poco importan el color de la piel y el origen. Ese ideal humanista que debía dar lugar bastante más tarde a la ideología republicana era una fuente de alegría y confort para Esther. Se adhirió plenamente a él. Creía profundamente en él.

Y sin embargo… En la vida de Esther Vital todo era particularismo y comunitarismo. Educada en el culto a los padres y a los abuelos, había aprendido a no estar pendiente más que de ellos, hasta el punto de olvidarse de sí misma, de parecer insignificante ante sus propios ojos para servirles mejor. Sus sentimientos eran más importantes que los propios.

Toda su vida estaba orientada a un único objetivo: complacerles. Desde su más tierna infancia le habían inculcado los valores fundamentales de la religión, del grupo y de la familia. Era a través del filtro de esas tres estructuras, de esos tres círculos, como ella veía el mundo. No había lugar para el individuo, ni lugar para sus deseos propios, que debían identificarse

ya fuera con los de la religión, con los de la comunidad, o con los de su familia. Su infancia, su voluntad personal habían sido destrozadas. Le habían dejado muy claro que no las tenía, que no debía tenerlas, que ella y sus padres eran uno. Padre, madre, hermana; todos eran la misma persona, una unidad que nada debía alterar. Unidad simbiótica que se inscribía en el grupo, la comunidad sefardí de Estrasburgo, unida ella misma bajo los auspicios de la religión.

Esther había sido educada en el rito y por el rito de la ley judía. La de los viernes por la noche, las velas que se encienden y la plegaria, y luego el *kiddouch*, la bendición del vino, y el *motsi*, la bendición del pan, el *Birkat Hamazon* al final de la comida; después la larga plegaria del sábado por la mañana. No había comida, ni gesto de la vida cotidiana que no estuviera marcado por el sello de la religión. No obstante, aunque su familia inculcara en ella los principios ancestrales, permanecía abierta al mundo, ávida de sus novedades, de sus chismes; a la inversa que esos asquenazíes tan radicales en su religiosidad o, por el contrario, en su laicismo. Era su padre, Moïse Vital, quien se los había inculcado. Él los había heredado de su padre, quien los heredó de su padre, y procedían de siglos lejanos, tres veces milenarios. Moïse, como no tuvo hijos, había trasladado a sus hijas su voluntad de transmitir un saber tradicional reservado al varón. Todos los sábados al mediodía, cuando su madre servía el copioso plato de la dafina, ella oía a su padre exclamar: «*Zid Liha Fel Kteba*[3]» expresión con la que el marido cumplimenta a su esposa. Todos los viernes por la noche, él cantaba *Echet Hail* para su madre, la «Canción de la mujer valerosa»:

Quien halle una mujer valerosa, cuyo valor supera al de las perlas,

El corazón de su marido puede contar con ella, la fortuna nunca le faltará,

Ella le prodiga el bien y no el mal, todos los días de su vida.

Ella va a la búsqueda de lana y lino que trabaja según la voluntad de sus manos.

Ella es como esos barcos mercantes, trae alimentos desde lejos.

Ella se levanta cuando aún es de noche, proporciona sustento a su gente y tareas a sus hijas.

Ella piensa en un campo y lo compra, y con el fruto del trabajo de sus manos planta un viñedo.

Ella ciñe sus caderas con firmeza y despliega la energía de sus brazos.

Saborea el triunfo de su conducta y su lámpara no se apaga durante la noche.

Ella mete la mano en la rueca y sus palmas dominan el huso.

Ella tiende su mano al pobre y abre sus manos al desdichado.

Su casa no teme la nieve, pues todos los suyos van cubiertos de grana.

Ella confecciona tapices; sus vestidos son de lino y de púrpura.

Su marido es respetado cuando se sienta entre los ancianos del país.

Ella fabrica también tejidos y los vende, entrega echarpes al vendedor.

Rodeada de fuerza y esplendor, sonríe al día venidero.

La sabiduría mana de su boca y su lengua contiene piadosos consejos.

Ella vigila los movimientos de su casa y no come jamás el pan de la pereza.

Sus hijos se levantan y la felicitan, y su marido la glorifica.

Numerosas son las mujeres dotadas de virtud, pero tú estás por encima de todas.

Engañosa, la gracia; vana, la belleza; es la mujer que teme al Eterno quien merece alabanzas.

Dadle el fruto de sus manos. Y que sus acciones le reporten alabanzas.

Este texto atribuido al rey Salomón, con el que concluye el libro de los Proverbios, define el perfil ideal de la mujer según la ley judía…, o según el hombre judío, seguramente. Esther, al oírlo todas las semanas, sufría la influencia de esta mujer que teje tapices, se ocupa de su casa y atiende a su marido, sin abrir la boca más que para pronunciar palabras sabias. Con ese objetivo, ella debía ser esa mujer de puertas adentro. La casa siempre perfecta. El sabbat, día consagrado al descanso, ella vestía la mesa, los niños y a sí misma con indumentaria de fiesta. Ella sabía limpiar y planchar, hacer las compras adquiriendo los mejores ingredientes, coser y zurcir. Modesta y piadosa, excelente cocinera, repostera, conocía las recetas ancestrales a las que añadía su toque especial, lo cual convertía su cocina en única. Se ocupaba de sus hijos, los lavaba, los vestía y los peinaba de forma

que estuvieran siempre muy aseados. Se ocupaba de sí misma a fin de estar radiante, como en los primeros tiempos de su matrimonio. Ese era el modelo al cual la vida la destinaba, en la estela de su madre y de su abuela. A las mujeres no se las invitaba a participar en lo concerniente a los estudios judíos.

Esther había recibido la herencia de la superstición por vía materna. Su abuela, Sol, nunca dejaba de invocar el mal de ojo y a los *djnouns* a cada momento, vivía en un mundo poblado de demonios. A pesar de su racionalidad, de su rechazo a los valores primitivos y a la fe en este mundo mágico tan absolutamente alejado de ella, Esther no podía evitar ser supersticiosa. Ella también creía en el mal de ojo, y por más que intentaba razonar, no podía dejar de ser sensible a esa forma de pensar que había constituido toda la vida y el espíritu de generaciones precedentes. Ella había visto a menudo a su abuela realizar rituales con humo y sales minerales, echar agua en el suelo en cuanto se iban los invitados, y pronunciar palabras para prevenir el *Ayin Hara*, el mal de ojo. Esther sonreía, pero en el fondo de su corazón aquello le impresionaba. Aunque Suzanne, la madre de Esther, no practicaba la brujería como Sol, vivía en esa atmósfera de religiosidad supersticiosa y mágica. Y ella, Esther, de quien se suponía que en una generación había dado ese paso de gigante que lleva de la Edad Media a la Edad Moderna, no era en realidad distinta a esas abuelas que habían pasado la vida luchando contra los demonios, con la ayuda de remedios de lo más terrible, de pociones mágicas, invocaciones, amuletos, fórmulas, ritos y el número 5. Todas esas creencias habitaban en ella de una manera difusa, pero muy real.

Se diría que el espíritu de su madre y de su abuela vivía en el suyo. Su madre estaba atada a ella por un cordón umbilical que nunca se cortó tras el parto. Su hija era una extensión de sí misma, uno de sus miembros, alguna cosa que seguía formando parte de su ser y que debía dominar por entero, un órgano sin voluntad propia. En cuanto Esther manifestaba cierta voluntad de independencia, su madre la llamaba al orden, ya fuera intimidándola con amenazas, o bien culpabilizándola, o la chantajeaba asegurándole que la estaba matando. Esta forma de amor que le había dado su madre, ligada íntimamente a una forma de dominio, había marcado su

visión del mundo y complicaba sus relaciones con los demás. Amar quería decir poseer, incorporarse, reducir al otro a uno mismo, sin dejarle libertad.

Su padre no era distinto. Aunque no lo aparentara, consideraba impensable que sus hijas tuvieran vidas independientes de él. Era imprescindible que se casaran con el marido que él escogiera y que los dos vinieran a vivir bajo su techo, como era costumbre en las generaciones precedentes.

Esther había decidido llevar su vida de otro modo y tenía un sentimiento de culpa aplastante. Todos sus actos, sus elecciones, sus relaciones amistosas y amorosas estaban marcados con el sello de la infamia, ya que la colocaban fuera del campo estrictamente familiar. Todos los problemas del mundo cargaban sobre sus hombros. Si un amigo era infeliz, era culpa suya, porque ella no le había llamado. Si su hermana estaba deprimida, se sentía culpable por no haberla escuchado lo suficiente. Si sus padres no eran felices, era por su culpa, porque no había sido lo bastante amable con ellos. Creía que la felicidad de ellos dependía de su felicidad, y que sin ella no podrían sobrevivir. También le sorprendía constatar hasta qué punto sus padres eran capaces de irse de vacaciones y de fin de semana sin ella. No solo sobrevivían, contrariamente a lo que daban a entender, sino que además estaban contentos. Esther se daba perfecta cuenta de la terrible manipulación que escondían esas manifestaciones de amor, pero ello no le impedía ser víctima constante de ella.

Su hermana Myriam había resuelto el problema: estaba casada con un canadiense y se había marchado al otro extremo del mundo. Había puesto un océano entre sus padres y ella. Fue algo irrefutable, pues su marido era el hijo de un buen amigo de su padre. No obstante, Myriam no era feliz. Se daba cuenta de que creyendo huir de su familia, en realidad había recreado la misma atmósfera en otra parte. Su familia política no era distinta a la suya. Era la misma en Canadá y su matrimonio, que había comenzado siendo una unión basada en el amor, se había convertido, después de varios años y dos hijos, en un matrimonio basado en la sensatez y la resignación. Desdichada y amargada, tenía celos de Esther que le parecía más libre que ella, y más independiente. Se sentía excluida, aunque fuera ella quien se

había marchado. Y seguro que Esther se sentía responsable de su desdicha, y obligada a ayudarla a superarla. Pero ¿a superar el qué?

Para contentar a sus padres, Esther se había puesto a buscar un marido que le permitiera fundar un hogar judío. En la universidad había conocido a muchos jóvenes alsacianos no judíos que eran sus amigos, pero en cuanto ellos intentaban traspasar la línea roja, esa que marca la entrada en el mundo sefardí, ella se alejaba. Cada vez que encontraba a alguno que respondía a sus criterios, es decir a los de sus padres, se imponía el deber de hacerle pasar la prueba suprema del viernes por la noche. Le invitaba a la cena del sabbat en casa de sus padres. Su padre le recibía con una simpatía forzada y ligeramente excesiva, que evidenciaba su hipocresía. Después, tras la marcha del joven, su madre hacía balance. Su mirada asesina desenmascaraba sin piedad cualquier defecto. Y siempre había uno.

Primero hubo un asquenazí alsaciano, su primer novio oficial, el que la besó por primera vez, y con quien tuvo su primera relación amorosa, a los veinte años. Después de la cena tradicional del viernes por la noche, él preguntó a los padres de Esther si cantaban. En efecto, en los hogares judíos asquenazíes, era de buena educación cantar a coro las canciones del sabbat, a menudo bellas e inspiradas; pero no en las casas de los sefardíes, que preferían beber tranquilamente sorbos de té a la menta, para ayudar la difícil digestión del tahine o del cuscús. Y fue entonces cuando el joven barítono se puso a hacer temblar las paredes. Cantó con convicción aires tradicionales asquenazíes: nadie pudo detenerle. Era como estar en un recital en la Ópera del Rin. Los padres de Esther, muy dignos, se limitaron a mirarle, entre inquietos y estupefactos.

Después estuvo Bernard Cohen. A Esther le gustaba mucho, y llegó a pensar en casarse con él. Pero el chico se había vuelto muy religioso, y al final decidió que Esther no era suficiente para un Cohen. En los tiempos del sanedrín, cuando un hombre tenía relaciones con una chica pero no quería casarse con ella, le llevaban ante un tribunal y le condenaban a treinta y nueve bastonazos y a pagar una indemnización al padre de la muchacha como desagravio por haberla deshonrado. Sin embargo, a pesar de su ortodoxia, él dejó de dar señales de vida de la noche a la mañana, lo cual

hirió el amor propio de Esther, aparte de volver a poner en cuestión la imagen que tenía de sí misma.

Seguidamente llegó un israelita de izquierdas, a quien conoció durante un cursillo lingüístico en Israel. Él lo ignoraba todo sobre religión, pero le entusiasmaba la idea de salir con una judía marroquí, lo cual está muy bien visto entre los *yekke*, israelíes de izquierdas de origen alemán como él, dado que en Israel los judíos marroquíes son la base del proletariado, la clase inferior. La noche del viernes sus padres le acogieron calurosamente pues en Marruecos es costumbre recibir bien a los que vienen de Israel, y cuando se marchó, le repitieron que podía volver «cuando quisiera». De hecho era bienvenido en tanto que israelí, pero como marido era muy mal recibido, y nunca tendría un lugar en aquella casa.

Poco tiempo después conoció durante una velada a un descendiente del capitán Dreyfus. Un judío republicano nada barítono y nada religioso, que pasaba los fines de semana en los Vosgos. A pesar de esos defectos capitales, ella le llevó a casa de sus padres. Esther recordaría siempre al joven Dreyfus, rígido, pasmado ante el kiddouch de la noche del viernes, la bendición del vino y la bendición del pan, como si asistiera a un rito vudú; lo cual se confirmó cuando llegó la comida, un cuscús agridulce, especialidad de Mogador, plato de honor donde los haya, que su madre se había pasado un día entero preparando. Él ofendió a Suzanne al negarse a que volviera a servirle. Después de ese episodio, ya no hubo demasiado margen de acuerdo sobre la rehabilitación de Dreyfus. Esther se esforzó en obligarle a respetar el sabbat, pero sin éxito. Su enamorado no conocía más que una ley, la de la República. Cuando él le devolvió la invitación y la invitó a la casa familiar para que conociera a sus padres, instalados confortablemente en un barrio de la burguesía acomodada de Estrasburgo, Esther fue sometida a inspección, de arriba abajo, como si fuera un animal exótico. Aquello la incomodó tanto que se pasó gran parte de la cena en los lavabos, vomitando a escondidas el banquete que habían encargado especialmente para ella.

Después de ese doloroso episodio, Esther se encerró en sí misma. Tenía miedo de salir, de conocer chicos que la rechazaran o que decepcionaran a sus padres. Durante un tiempo no salió con ninguno, había renunciado

totalmente a encontrar uno. Por fin, un día, alguien le habló de los chats. El chat de las páginas judías de Internet permitía seleccionar a los pretendientes judíos sin desplazarse en vano: Esther estaba cansada de acudir a fiestas de las que volvía con las manos vacías, o mal acompañada. Se inscribió en «Dafina Chat», una página sefardí diseñada especialmente para judíos marroquíes. Durante más de seis meses, consagró todas las noches a intercambiar palabras con ciberpretendientes. Se metió en diferentes «chats» temáticos, con distintas identidades, para conocer a maridos potenciales.

Fue así como conoció a Jean-Pierre Sebbag. Perfecto en todo, de buena familia, muy estricto con las buenas maneras y no tanto con la tradición, pero dispuesto, si se lo pedían, a asumir sus limitaciones, ya que tenía un temperamento complaciente y alegre. Amable, poco exigente, sencillo, honesto, trabajador. Sin duda presentable ante sus padres. Sabía comportarse en la mesa. No era de los que se ponían a entonar un cántico atronador a la media hora, y también sabía hacer los honores a un buen cuscús. En fin, el yerno ideal. Se integraba en todos los ambientes, tenía sentido del humor, tacto y bastante valor. «Amable —opinó el padre de Esther, que no vio en él a un rival—, y muy tranquilo». En resumen, Jean-Pierre Sebbag era el hombre que esperaban.

Qué lástima que no fuera judío.

—¿No judío?

—No, bueno, sí, pero…

—Pero ¿qué? —le preguntó Esther tras varios meses de relaciones asiduas—. ¿Podemos casarnos, sí o no?

—Sí, pero…

—¿Hay un pero?

—Mi padre es judío, pero mi madre no.

O sea que no era judío, ya que el judaísmo tiene la particularidad de transmitirse por vía materna. Ante tal noticia, Esther quedó aturdida, destrozada. Hacía varios meses que salía con él, que soportaba veladas de guitarra y canciones de sus compañeros de promoción, y todo eso, ¿para nada? No, eso era verdaderamente demasiado, verdaderamente demasiado horrible. Había perdido demasiado tiempo. Tenía casi treinta años, edad

canónica para una sefardí; no estaba casada, ni se dibujaba en su vida la sombra de un hijo. Pero una parte de sí misma quería, la incitaba a desear marido e hijos, a acudir a la sinagoga con un sombrero para cubrirse el cabello como las mujeres casadas, a tener un apartamento grande y no uno de dos habitaciones donde vivía sola, como una solterona, como decía su madre.

Esther acabó emprendiendo una segunda travesía del desierto, más triste que nunca, hasta el momento en que se encontró o, mejor, volvió a ver a Charles.

Charles Tolédano había tenido una vida muy agitada durante esos quince años. Viajes lejanos, aventuras, mujeres de distintos países, trabajillos y años de bohemia. Después los primeros empleos en la radio como presentador, en espectáculos de monólogos que escribía y representaba él mismo, las primeras entradas de dinero, las primeras buhardillas, los primeros amores y las primeras rupturas, las desilusiones de la edad adulta, la madurez y los primeros apartamentos, los primeros sobrinos y las primeras sobrinas… Todo eso para reencontrarse, cierta tarde, sentado al lado de Esther Vital, en la boda de unos amigos comunes de sus padres respectivos.

—¡Charles! —dijo Esther como si le hubiera visto la víspera—. ¿Cómo estás?

—Bien —dijo él con una enorme sonrisa—, después de ese plantón que me diste. ¡Menudas calabazas! Esther Vital: mi primera gran calabaza. Me costó bastante superarlo, ¿sabes? Recuerdo que te llamé desde una cabina telefónica delante de tu casa, tú estabas allí, te vi por la ventana, no quisiste descolgar… ¡Ese día me volviste loco!

Por estrategia o por pudor, Esther se abstuvo de decirle la verdad. Que ella había rezado para que fuera él. Y que había sufrido tal decepción, que le costó mucho recuperarse.

—No has cambiado —dijo ella—. Siempre estás bromeando, ¿verdad?

—¡No, Esther! Lo digo muy en serio.

Era aún más guapo de lo que recordaba. Moreno, con el pelo corto y recio y unos ojos negros donde brillaba la malicia. A los treinta años era encantador, más aún que a los diecisiete.

—Entonces, ¿fuiste tú quien me telefoneó ese día?

—Sí, desde luego que te llamé. Tú, en aquella época, me mirabas de arriba abajo, en los pasillos del colegio fingías no verme, y me dije que debías de considerarme un idiota, que no estaba a la altura.

—¿Que no estabas a la altura?

—Tú eras huidiza, nadie conseguía salir contigo.

—¿En serio?

—Claro que sí. Impresionabas.

Ella tenía ganas de escucharle una vez más. De que él curara todas sus heridas de adolescente atrasada, de chica acomplejada e incómoda en su piel, de patito feo, incluso después de su metamorfosis en un bonito cisne.

—¿Y qué ha pasado durante estos años?

—Tantas cosas, Esther… Me gustaría mucho contártelas. Pero esta boda, con tus padres aquí al lado… Puede que este no sea el lugar adecuado. ¿Nos vamos?

Se fueron. Era verano, él la llevó a las orillas del Rin, hablaron, se contaron su vida…

Él, sus problemas, sus vagabundeos, sus estudios, reemprendidos después de haberlos abandonado, su insatisfacción, los años pasados en la radio de Estrasburgo presentando el programa deportivo, después su oportunidad de ser famoso y de pasar a la FM, su deseo de escribir y de representar espectáculos, y su ánimo de abrirse camino, en París, pronto, quizás. Ella, sus estudios, sus años de profesora, sus historias de amor sin amor, su familia, su familia y otra vez su familia.

—¿Y tú? —preguntó Esther—. ¿Estás con alguien? ¿Estás enamorado?

—No, querida —dijo Charles—, yo nunca he estado enamorado.

Esther, ya seducida, quedó definitivamente conquistada.

Charlaron en un banco a lo orilla del agua, así, sin orden ni concierto, perdiendo la noción del tiempo, sonriendo, y cuando él la acompañó a casa al amanecer, ella tenía el corazón patas arriba.

Esther comprendió que Charles sería su liberación. En efecto, era soltero, se había emancipado del yugo familiar. Todo lo que pertenecía al terreno de la religión, de la familia y de la comunidad le resultaba extraño, radicalmente indiferente. Él se había liberado de todas sus cadenas. Lo que

le interesaba era él, en primer lugar: su carrera, su bienestar, el dinero que ganaba haciendo reír a la gente, y el que esperaba ganar cuando fuera famoso. Era autónomo, se bastaba a sí mismo.

Charles, además, era inteligente. Tuvo la habilidad de ahorrarse la cena reglamentaria del viernes por la noche. No como estrategia, sino simplemente porque él no se colocaba en ninguna situación comprometida. Era capaz de no ver a sus padres o a su hermano durante meses, sin que ello le supusiera el mínimo problema. No les llamaba por teléfono, o lo hacía raramente. Era capaz incluso de discutir con ellos y colgar, con aspecto sereno, sin que ello le destrozara, sin dedicar la tarde a culpabilizarse o a pensar en ello. En sus espectáculos teatrales se burlaba de su familia y, a través de ella, de todos los sefardíes. No era supersticioso, no tenía miedo de nada, ni siquiera de su madre, a quien adoraba pero a quien también era capaz de replicar con acritud, cuando ella manifestaba con demasiada insistencia el deseo de verle. En resumen, Charles era un sefardí mutante. Un ser nuevo, espontáneo, nacido de su propia voluntad, un demiurgo.

Esther presintió que Charles iba a empujarla más allá de sus límites, de sus trincheras, a enseñarla a realizarse lejos de los suyos. A vivir para sí misma, a ella, que solo vivía para los demás. Estaba dispuesta a transferirle todo el amor que vertía en sus padres, ese amor henchido de culpabilidad y de abnegación.

Dos años después de su encuentro Charles Tolédano y Esther Vital partieron hacia Israel para celebrar su boda, sin sospechar que otra ceremonia, mucho más misteriosa que un enlace, les esperaba allí…, la revelación de un secreto que los Vital se transmitían de padres a hijos desde la noche de los tiempos. Desde el principio del mundo sefardí.

Capítulo 3

La boda

Si Esther no hubiera deseado casarse en Israel, sin duda las cosas habrían sido distintas. La decisión no había sido fácil; pero ella insistió en celebrar sus esponsales lejos de su casa por apego a la tierra de Israel.

Como siempre que tenía que coger el avión, se sintió presa del pánico. Estuvo aterrorizada durante todo el viaje.

Habían superado los estrictos interrogatorios de El Al[4] lo cual era más bien tranquilizador y una muestra de la seriedad de la compañía. Esther, de tanto viajar a Israel, había contestado de forma mecánica: «¿Se ha hecho usted misma la maleta? ¿Se ha separado de ella después de cerrarla?». Dentro del avión, Esther se dio cuenta de que había contestado de modo afirmativo a todas esas preguntas, para ir lo más rápidamente posible, pero había mentido. El amigo de un amigo, alguien a quien no conocía en absoluto, que se había enterado de adónde iba, le había telefoneado la víspera para pedirle que le llevara una maleta. Esther no había recibido ninguna confirmación de dicho amigo, que ratificara que tenía una relación estrecha con ese hombre, porque, debido al terror ante el viaje, ella se había olvidado de telefonearle. El desconocido había dejado la maleta, una especie de baúl rectangular de metal, en su casa la víspera del viaje y como pesaba mucho, ella la había dejado toda la noche en el hueco de la escalera que había debajo de su apartamento, *sin vigilancia*. A pesar de todos esos hechos, Esther había cogido la maleta, había embarcado después de haberla facturado y había respondido afirmativamente, de modo mecánico, a todas las preguntas de los agentes de seguridad.

En resumen, que recordó todo eso en pleno vuelo y unas gotas de sudor frío empezaron a deslizarse por sus sienes.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Charles—. ¿No te encuentras bien?

—La maleta que he facturado…, ese baúl grande —confesó Esther—. No es mío. ¡Lo trajo ayer una persona que no conozco!

—Cálmate. Toma —él añadió *whisky* a su vaso de Coca Cola—, bebe, te encontrarás mejor.

—Vamos a morir, Charles. ¡Moriremos todos! ¡Tú, yo, todos los pasajeros inocentes, no se librará nadie!

—¡Que no, cálmate! En primer lugar, ¿por qué has cogido esa maleta?

—El amigo de un amigo me lo ha pedido…, me ha dicho que era para su madre que acaba de hacer su Aliyah[5]… Yo no he comprobado nada, Charles. De hecho, ahora estoy convencida de que un terrorista ha organizado todo el asunto. ¡Se acabó! ¡Esta gente, esos pobres que no han hecho nada a nadie, van a morir por mi culpa!

Charles la miró, entre inquieto y burlón. Pidió dos *whiskies* más a la azafata.

—Esther, me recuerdas a mi abuela Yacot.

—¿Yo te recuerdo a tu abuela? ¡Pero eso que dices es horrible! De hecho, tú no me quieres… ¿Por qué, Charles, por qué me has obligado a subir a este avión? Tú sabes que me horrorizan los aviones…

—Pero Esther, ¡has sido tú quien ha querido casarse en Israel! Y también has sido tú quien ha querido casarse.

—¡Ah! ¿Es eso? ¿No quieres casarte conmigo? ¡Suerte que lo confiesas, por fin! Aún hay tiempo de anularlo, ¿sabes?, si ya no me quieres.

—Yo te quiero, Esther.

—Es un castigo, Charles, nos espera un castigo…

—¿Qué castigo?

—¡La bomba! ¡La bomba que yo he traído en la maleta!

—Mira, Esther, somos dos, nos queremos, será una muerte bonita para ambos…

—¡Morir justo antes de casarse! ¿Cómo puedes decir eso?

—Moriremos juntos… Será bonito, mi amor. Nos diremos que nos amamos. Yo no tengo miedo de la muerte cuando estoy contigo.

—¿Bonito? ¡Será trágico más bien! ¡Yo no quiero morir, Charles! Todavía soy joven. Yo quiero vivir. ¿Qué vamos a hacer?

—Bueno —dijo Charles, levantándose de un salto—. ¿Quieres que avise a todos los pasajeros de que van a morir? Voy a pasar entre las filas para decírselo uno por uno, presentándoles tus excusas. ¿Quieres?

Se dirigió a la azafata y le dijo:

—Escuche, señora. Yo soy una persona honesta. Por lo que deseo prevenirla de que mi prometida, aquí presente, ha metido en su equipaje…

—¡Charles! —dijo Esther—. ¡Cállate!

—¡… su vestido de novia, porque me voy a casar con ella! Y en este momento, soy el más feliz de los hombres muertos.

Esther había tenido miedo al avión desde su primer viaje. Entonces había comprendido que ella no era la mujer libre y activa que soñaba ser, que Oriente le impedía echarse a volar, como si con cada uno de los pasos que intentaba dar para largarse y alejarse, se hundiera en hormigón armado.

Timorata y recelosa, angustiada, aterrorizada, cohibida, tímida, provinciana, vacilante, sumisa, espectadora de la vida, de su propia vida. Indecisa, imprecisa, indolente. Eternamente nostálgica: su alegría escondía una desesperación que procedía de lo más recóndito de su alma. Lánguida, pasiva, miedosa, con un miedo abismal. Ese era su destino. Y sin embargo, había decidido romper con su infancia, destruir su culpabilidad, su sensiblería, su sentimiento trágico de la existencia…, dejar de ser sefardí. Había borrado todos los estigmas visibles: collares, brazaletes, kohl, granos, michelines, angustia. Había cursado estudios para ser libre y educada, para ganar dinero y ser una mujer moderna, pero a ambos lados de la puerta de su apartamento había una mano de metal, que ahuyentaba el mal de ojo. Había sustituido la plegaria en la sinagoga por clases de artes marciales, para ser más fuerte y perder sus curvas congénitas, se había construido un cuerpo duro y firme, pero en el fondo de sus ojos estaban la dulzura de la miel y las lágrimas, que amenazaban con derramarse con cada emoción.

Ella habría querido partir, dejar atrás su historia, no llevarse más que una maletita, pero toda su vida estaba puntuada con una sucesión de síntomas: agorafobia, espasmofilia, urticaria, males misteriosos que ningún médico podía curar porque se originaban en otra parte: antiguos mensajeros

de un pasado lejano, ellos escribían su historia sobre su cuerpo, ya que su espíritu no quería escucharles. Y el mal era siempre el mismo. No soportaba estar lejos de su familia, que se acordaba de ella en cuanto amenazaba con olvidarla.

Ella se esforzaba en tomar distancia, en vivir independiente y feliz, pero le resultaba imposible hacerlo: por los granos rojos de la urticaria, por los sofocos, por las gripes y las anginas que la confinaban en la cama, donde ella se quejaba como una anciana oriental. Ella quería viajar, con amigos, con amantes, salir, bailar, ser dichosa, hacer carrera, pero la llamada trágica de Oriente la sometía a su ley despiadada. Esa ley decía: «No saldrás del vientre de tu madre, que te ha criado a riesgo y en detrimento de su vida. No pronunciarás otro nombre que el de tu padre, que te ha hecho salir del vientre de tu madre, para ponerte bajo su ley. No vivirás de forma independiente, cuando tus padres se han sacrificado por ti. No aprovecharás tu juventud, cuando tus padres han pasado la suya desangrándose las venas para traerte al mundo y mantenerte. Consagrarás tu vida a hacer felices a tus padres, motivo por el cual ellos te han dado la vida. Y si desobedeces estos preceptos, las peores plagas se abatirán sobre ti, la viruela, la gripe y la urticaria, al mismo tiempo que las tinieblas. En resumen: tú nunca serás feliz sin tu familia. Sefardí has nacido, sefardí morirás».

Tras los archipiélagos del Peloponeso y Chipre, Esther distinguió, a través de la ventanilla del avión, la Tel-Aviv moderna. Por fin se relajó. Empezó a tranquilizarse. Charles, en plena forma después de tres *whiskies*, hacía reír a las azafatas y a los pasajeros.

Y luego llegó el momento en que el avión aterrizó bajo los aplausos.

Esther no había visto tal gentío a la llegada en ninguna parte del mundo. En ninguna parte del mundo familias enteras se desplazaban para esperar a los pasajeros, y contemplarles en los vídeos con los que les filmaban. Padres, hijos, primos, primas, abuelos, reunidos al fin para recibir a un tío, una tía, un sobrino o una sobrina, a veces a una amiga.

Los padres de Charles estaban allí. Michel y Arlette Tolédano eran una pareja de unos sesenta años con aspecto cordial. Michel, alto, esbelto, bronceado, era un hombre atractivo; y su mujer, Arlette, morena, delgada, con la piel estirada, los labios operados, y la mirada realzada con un trazo

de kohl azul, tenía un aspecto muy juvenil para su edad. Ambos recibieron a Charles y a Esther con cariño. Arlette abrazó a Charles contra su pecho, con los ojos llenos de lágrimas. Charles, emocionado también, la dejó hacer durante un instante, antes de dar un paso atrás para zafarse del calor maternal, reconfortante e invasor. Los padres de Esther habían llegado un poco antes esa misma tarde.

Una media hora después, Esther y Charles se encontraron con los Tolédano y los Vital en el vestíbulo del hotel que habían reservado en Tel-Aviv. Los padres de Esther se adelantaron, petrificados ante la perspectiva de la boda, paralizados en su sonrisa y su cortesía hipócrita. ¿Por qué su hija se disponía a abandonarles? ¿Qué le habían hecho ellos al buen Dios para merecer aquello?

Suzanne hizo un gesto muy teatral con los ojos para indicarle a Esther que quería hablarle en privado. Esther obedeció de inmediato. Decididamente, a los treinta y tres años, su madre seguía dándole mucho miedo.

—Y tú —le dijo esta sin preguntarle si había tenido buen viaje, si todo iba bien, cómo se sentía, tensa, contenta, triste o feliz—. ¿Tú en qué hotel estás? Por lo visto aquí no tienes reserva. Espero que no vayas a casa de «ellos».

—Estoy en el Dan, el hotel de al lado.

—¿Por qué no estás en el mismo hotel que nosotros?

—No lo sé… Me parece que ya no había sitio…

—¿Y «él»?

—¿Él? ¿Quién?

—Ese tipo.

Sin duda se trataba de Charles.

—Está en casa de sus padres.

—Te recuerdo que no se debe ver al futuro marido antes de la boda. Ni siquiera hablar con él.

—Te lo repito, él duerme en casa de sus padres.

—¡Habrías podido venir al mismo hotel que nosotros, al menos! Eso sería lo más correcto, antes de la boda. Venga, coge tus cosas y ven con nosotros. ¡Estarás mucho mejor! —dijo su madre con un tono empalagoso.

—¡Pero si estoy aquí al lado!

—¿No crees que sería mejor aprovechar estos últimos instantes que podrás pasar con tus padres?

—¿Últimos instantes? ¡Pero, mamá, que no voy a morir! ¡Me caso!

—¡Ah! —rugió su madre—, ¡no soy una ingenua! ¡Sé muy bien que después ya no te veremos más! Eso se habrá terminado. ¡Una educa a una hija y es otro quien se beneficia de todos esos esfuerzos de tantos años!

—No, mamá, al contrario, nos veremos como antes y quizá más, ¿verdad?

—Con ese tipo, me sorprendería mucho —dijo ella con una mirada desdeñosa.

Pensando que el capítulo estaba cerrado, Esther se dispuso a dar media vuelta cuando su madre la sujetó del brazo.

—¿Por qué no vienes con nosotros, cariño? Tu hotel es mejor que el nuestro, ¿es por eso?

—¿Qué? ¡No! Es de la misma categoría.

—¡Entonces ven al nuestro, te lo suplico! ¡Nos gustaría tanto!

Esther intentó conservar la calma, pero sabía bien que su nerviosismo interior tenía que salir de una forma u otra.

—Mira lo triste que está tu padre. ¡El pobre está muy alterado! Ya sabes que no le conviene ponerse nervioso.

—¡Sí, lo sé! Pero está organizado así. No vamos a cambiarlo todo en el último minuto.

—Vas a acabar matándonos, hija mía. No vamos a sobrevivir mucho tiempo a tus caprichos.

Esther echó una ojeada a su padre que, en efecto, había adoptado su expresión más siniestra. ¿Por qué era necesario que la presencia de sus padres allí sirviera únicamente para darle preocupaciones, en lugar de intentar hacerle la vida más fácil?

En ese instante, Esther Vital se dijo que debía hacer alguna cosa para cortar el cordón umbilical que la unía a su madre desde hacía más de treinta años. Debía tomar medidas draconianas para anular la culpabilidad que había impregnado su vida, y tratar de mantener a su familia a distancia. No ver más a sus padres, ni a su hermana, que había obrado con habilidad para

que ella se enfrentara a sus progenitores cuando les reveló que su hermana mayor tenía novio, lo cual, aunque Esther tenía más de treinta años, había provocado un verdadero escándalo.

Ella tuvo que telefonear a su madre todos los días e invertir horas en ello, cosa que la obligaba a retrasar lo que tenía que hacer. Al final, para perder menos tiempo, había decidido telefonearla mientras preparaba la comida; así podía hacer algo de provecho mientras escuchaba sus quejas… Pero después de cada llamada telefónica materna, aunque la escuchara de modo intermitente, necesitaba recuperar la propia estima.

Cuando vivía en casa de sus padres, su madre la miraba de arriba abajo todas las mañanas diciendo: «Pobre hija mía, ¿cómo esperas encontrar marido si te vistes así?».

Luego tuvo que acompañarla a todas partes. A sus numerosos recados en las tiendas, los centros comerciales… Siempre que salían, Esther tenía que escoltarla y ayudarla como las criadas hacían con sus señoras, en época del protectorado.

Esther era incapaz de poner límites a esa ofrenda expiatoria de su tiempo, de su espacio, de su libertad. En su casa no existían límites, como no existían en casa de ellos. No imaginaba ni por un segundo poder decir «no». Desde que recuperó a Charles intentó mantener a sus padres a distancia. Pero, como por arte de magia, el ritmo de las visitas parentales no hizo más que intensificarse.

Una tarde, meses antes de su boda, Charles apareció sin avisar, creyendo que ellos se habían ido. Su padre le recibió pálido como un fantasma, y tan conmocionado que no fue capaz de pronunciar palabra, y su madre le dijo:

—¿Ves en qué estado has puesto a tu padre?

—¿En qué estado?

—¡Acabarás matándonos!

—¡Yo! Me mato intentando no contrariaros, ni a papá ni a ti. Te llevo de compras, os preparo comida, os atiendo lo mejor posible, pero, haga lo que haga, ¡nunca es bastante!

—Después de todo lo que nosotros hemos hecho por ti —decía su madre—. Te hemos educado, alimentado, mimado, ¡y mira lo que tú nos

haces a cambio!

Tiembla, me ha dicho ella, hija indigna de mí, que el Dios cruel de los judíos lance tu ira sobre ti…

«Bueno, basta. Ya basta. No solo me invadís de forma intempestiva, sino que además controláis las visitas que recibo. Ya está bien». Eso es lo que ella habría querido decirles. En lugar de eso, se contentó con decir:

—Lo siento mucho, lo principal es que aquí os sintáis como en casa.

—¡Claro que estamos como en nuestra casa! —dice Suzanne—. ¡Además, tienes este apartamento gracias a tu padre!

—¡Gracias a mi padre!

—Fue él quien te dijo que te lo quedaras, en lugar del cuchitril que tú querías alquilar, ¿te acuerdas?

Era verdad: Esther había olvidado aquel episodio en el que su padre había escogido el apartamento en el que ella fue a vivir.

Y cuando ellos regresaron a la semana siguiente, Esther se volvió a ver recogiendo una vez más las cosas de Charles, para hacerlas desaparecer.

—¿Qué haces? —le preguntó él al verla ajetreada delante del armario.

—Ellos desembarcan esta tarde —dijo ella.

—¿Otra vez? ¿Ahora es cada semana?

—Así es…

—Escucha, Esther, habíamos acordado que… Tú habías dicho que la próxima vez les dirías que no. Y ahora te veo ahí, escondiendo mi ropa. Yo no puedo marcharme constantemente. Esto no es vida para mí, ni para nosotros dos. ¿Adónde voy a ir esta vez?

—Vete a un hotel.

—Me marcho, Esther. Ya puedes recoger mis cosas definitivamente, porque ¿sabes qué?

—¿Qué?

—Aquí no me siento como en mi casa.

—Bueno, pues ya puedes irte. Estoy harta de ti. Estoy harta de ellos. Estoy harta de vosotros. Cuando no es uno, es el otro. Todos os metéis aquí, en mi casa, a aprovecharos de mi espacio.

Charles la miró sombrío, con aire dolido.

—Muy bien —dijo—. Lo he entendido. Adiós, Esther.

Los padres habían ganado y se quedaron muy satisfechos. A partir de entonces, podían ir sin pasar nervios, ya que Charles había desaparecido. Ellos habían ganado la partida. Al menos, por una vez, Esther tuvo la satisfacción, amarga y provisional, de contentarles un poco, cuando su madre, confortablemente instalada en su salón, con los pies dentro de un barreño de agua caliente que ella le había traído, además de té y pasteles, preguntó:

—Entonces, ¿no veremos más a ese tipo?

—¿Charles? No, ya no salgo con él.

—¡Ah, bien…, bien, hija mía, me alegro por ti! Y ya sabes lo que dicen. ¡Pierdes a uno y encuentras a diez! Y además, ese no era para ti de todos modos. Uno de Meknes… Era imposible. Y esa forma que tenía de invadirnos constantemente.

—De hecho, date cuenta de que a fuerza de echar a los invasores, me arriesgo a quedarme completamente sola y *solterona*.

—¡Eso no, hija mía! ¡Nosotros estamos aquí! ¡Tienes a tus padres!

En cierto modo a ella esa situación le venía bien. Esther no soportaba ser feliz. La armonía la angustiaba. No era capaz de someter su amor a la prueba de la felicidad. Solo sabía vivir las relaciones amorosas entre peleas y tempestades.

Entretanto, sus padres habían ganado la batalla por el territorio. Le llenaron la nevera de repostería marroquí, el congelador de carne picada con comino, y las cestas de naranjas, mangos y frutos secos. Toda esa comida la angustiaba de tal modo que, en cuanto se iban, Esther se deshacía de todo, y contemplaba, satisfecha, la nevera vacía. La nevera vacía, para ella, era el símbolo del apogeo de la civilización, del triunfo de la integración. Las de sus padres (pues, en su locura por acumular, ellos se habían comprado dos) estaban siempre atiborradas hasta los topes, como si la guerra, el hambre y la peste fueran a abatirse sobre ellos, a la par que la sequía.

Así, la vida retomó su antiguo curso. Sus padres se presentaban en su casa, sin avisar, uno u otro, o los dos al mismo tiempo, transportando con orgullo bolsas llenas de alimentos y ropa, como los beduinos en el desierto.

Charles se había ido y Esther estaba sola. A ella le habría gustado mucho aprovechar esa independencia relativa para vivir, viajar, emprender expediciones temerarias. Tenía una amiga que apenas conocía a su padre. Le había visto por primera vez cuando tenía veinte años, ya no había vuelto a saber nada de él. Esa chica recorría el mundo con una mochila a cuestas. Encontraba amores en todos los caminos. Esther contemplaba esa idea en sueños, como un ideal inalcanzable.

¿Podría Esther Vital divertirse sola en el otro extremo del mundo? Eso era algo del todo imposible. ¿Y con quién compartiría sus descubrimientos, sus emociones? Incapaz de aprovechar su libertad, negada para la despreocupación, Esther paseó su melancolía por las calles de Estrasburgo, desiertas debido al riguroso frío del invierno, bajo la sombra de los edificios macizos cuyo peso la abrumaba, esperando, en lo más recóndito de su corazón, encontrarse con Charles por casualidad al doblar una esquina.

Tuvo que llegar la primavera, cuando los árboles florecían sobre las riberas del Rin, convirtiendo en algo más acogedor ese universo sombrío, para que Charles hiciera su aparición, al tiempo que los rayos del sol.

—Hola, Esther. Soy yo… —oyó ella por teléfono.

—¡Charlie!

La emoción le atenazó la garganta.

—¿Todo bien? —dijo.

—Sí…, ¿y tú?

—Bien…

—Estoy debajo de tu casa.

Él subió y se fundieron en un abrazo. Todas las razones, todas las elaboraciones, las constataciones quedaron borradas por el contacto de sus pieles. Era eso: en un instante, todo se desvaneció, todo se abolió. Todos los sufrimientos, todas las angustias, no hubo más que una evidencia: el poder de los ojos de él en los ojos de ella, de sus corazones unidos para la eternidad, el espacio de un beso.

Cuando los padres de Esther fueron a visitarla a la semana siguiente, tuvieron la desagradable sorpresa de descubrir que Charles estaba en el apartamento, para un intento de conciliación amistosa que tenía en mente. Su padre, ofuscado y revestido de dignidad, no salió de su habitación (que

era el dormitorio de Esther). Su madre sirvió té y pasteles con actitud falsamente amigable.

Charles, incómodo, trató de mantener una conversación lo mejor que pudo, pero renunció enseguida, pues él también estaba lleno de orgullo. Su madre se enfrentó a ese enemigo resucitado con la barrera de su cuerpo, su padre con la de su ausencia.

Pero esa vez fue distinto. Con el corazón asolado por la culpa y destrozado por los remordimientos, ella, Esther Vital, hizo eso que ninguna sefardí en el mundo, desde los inicios de la historia de los sefardíes, debe hacer. Cometió el acto más salvaje, más bajo, más innoble y más censurable moralmente, el gesto más absurdo y el más inútil sefarditamente hablando. Ella lo hizo, violó el quinto mandamiento, y todas las costumbres ancestrales de hospitalidad, respetadas por generaciones y generaciones de sefardíes. El acto más indigno, ese cuya mera mención haría temblar de pavor a todas las hijas de Israel, fue ella quien lo cometió, saltándose todos los preceptos que las madres enseñan a sus hijas desde hace siglos y siglos; un gesto inconmensurable, inaudito, irreparable.

Ese día terrible, Esther Vital puso a sus padres en la puerta. Echó a sus padres de su casa, que se había convertido en la casa de ellos, en la cual ella vivía bajo sus órdenes, como una intrusa en su propia residencia. Les dijo a sus padres que se marcharan de la casa de ellos, que era su casa, o de la casa de ella, que era la de ellos. Vació su vivienda de la presencia física de sus padres… pero sin echarles de su vida.

Tras ese día memorable, Esther les anunció su decisión de casarse con Charles.

—Ese tipo de decisiones no se toman a la ligera —dijo su padre—. Deberías reflexionar antes de hacer una tontería que te costará cara.

—Es tu vida —dijo su madre—. En cualquier caso, nosotros ya hemos cumplido con todo, hemos sido unos buenos padres. No es culpa nuestra, hija mía… Pero, de todos modos…, qué tristeza para tu pobre padre… Y, sobre todo, ¿a quién le transmitirá el secreto? ¡Desde luego que no será a ese tipo!

—¿Qué secreto?

—El tesoro —dijo su madre—. Ese que se otorga de una generación a la siguiente, en la boda del hijo o la hija mayor. ¡El secreto de los sefardíes!

Esa no era la primera vez que Esther oía hablar de ese secreto. Pero lo consideraba un mito, una leyenda familiar que les contaba su padre, a ella y a su hermana, desde que eran pequeñas.

Ella no se lo había tomado en serio. Pero en aquel momento, al llegar la hora de su boda, le sorprendió oír a su madre recordándole esa leyenda de su infancia. Un tesoro que se había confiado, de padre a hijo o de padre a yerno, durante generaciones. Ese tesoro contenía un secreto increíble, revelado al hijo primogénito, o en su caso al futuro marido de la hija, el día de su boda. Y ella, Esther Vital, primera de su generación, hija indigna, ¿sería excluida?

Capítulo 4

Sol Hatchwel

En el dormitorio de la villa de los Tolédano reinaba un ambiente febril. Las mujeres iban y venían, trayendo vestidos y cintas, maquillaje y perfumes, joyas y velos. Todos se preparaban para la ceremonia de la henna, que correspondía al momento en el que los prometidos se comprometen entre sí, protegidos y purificados por el polvo de esa hierba ancestral.

La ceremonia tenía lugar la víspera de los esponsales, el ritual requería que se pusiera henna en el hueco de la mano de los futuros esposos para darles suerte, y simbolizaba su partida hacia una vida nueva. La henna, cuya marca permanece en la piel de forma duradera, se utilizaba en todo Marruecos desde hacía siglos por sus virtudes purificadoras. Las mujeres magrebíes creían en sus poderes mágicos, que traían suerte y bienestar al seno del hogar. Ellas la utilizaban con fines estéticos, para teñir y embellecer sus cabelleras, sus pies y sus manos. La henna simbolizaba también la desaparición de la vida anterior ante una vida nueva.

La ceremonia había caído en desuso durante años, con el argumento de que era una apropiación de la cultura árabe, antes de experimentar un renovado interés entre las nuevas generaciones. A las chicas les gustaba vestirse con los pesados vestidos de sus antepasadas, participar en veladas en las que se convertían en el centro de atención. Había *tajines*, pasteles de almendras y miel en abundancia, música arábigo-andaluza. Mujeres que se contoneaban con la danza del vientre, abuelas con chilabas profiriendo interjecciones en árabe, abuelos contemplando a su prole con lágrimas en los ojos: todo el folklore judío-magrebí, habitualmente oculto, escondido en la vida cotidiana y el sueño de integración, revelándose sin pudor…

Esther contempló el vestido que iba a lucir para la ceremonia. Ya no sabía de quién procedía ese atuendo: ¿de su madre, de su abuela o de su bisabuela? Pesado tributo transmitido de madre a hija durante generaciones, vestido de terciopelo almidonado, que las convertía en reinas por una tarde, *Lalla*, título de nobleza que significa «señora, princesa»: aquí está tu vestido, hija mía, tu carga de ser mujer, de nacer mujer, de dar a luz, de criar a los hijos del hombre y de amarle, de hacerle hombre y después ser dejada de lado, arrinconada por tu hombre, abandonada por tu hijo… *Lalla*, princesa por una noche, rosa prematuramente marchita, aprovecha tu belleza juvenil, y mira tu vida en ese vestido, que carga ya sobre tus espaldas, para impedir que te muevas, que eches a volar, que huyas; he aquí el traje que cubrirá siempre tu desnudez, protegida, pero sumisa, *dhimmie* entre las *dhimmi*.[6] ¡Oh, vestido; oh, destino de la mujer sefardí!

¡Ahí estaba, pues, frente a ella, ese masivo ropaje rubí, con una falda bordada con hilo de oro! Pesaba varios kilos, y hacía calor, pero ella iba a ponérselo. Ella iba a lucirlo. Eso era tan evidente como el amanecer y el crepúsculo, cegador como el sol en ese día de julio. Ese vestido, específicamente judío, tenía sus orígenes en la edad de oro española, anterior a la Inquisición, cuando los judíos eran consejeros en la corte de los reyes. Había sobrevivido a siglos de opresión y al éxodo terrible que obligó a los judíos a abandonar su tierra natal. Ese traje perpetuaba la fastuosidad castellana y andaluza del Renacimiento.

Toda mujer había llevado el suyo. Blusas de terciopelo malva, bordadas con hilos de oro, siguiendo la técnica introducida en Marruecos por los judíos de España; caftanes multicolores, hechos de seda y terciopelo; grandes vestidos con la pechera bordada con hilos de oro sobre algodón blanco; corpiños de terciopelo negro, bordado con hilos de oro, sobre falda de terciopelo negro con cintas doradas y mangas de seda rosa pálido; cinturas de encaje de lamé de hilo de oro; zapatos de terciopelo bordado con hilos de oro; vestidos con la pechera bordada con hilos de oro sobre terciopelo rojo, faldas decoradas con cintas doradas sobre seda azul, y mangas de seda roja e hilos de oro; zapatos de cuero azul e hilos de oro; caftanes de terciopelo negro bordado con hilos de oro; blusas de hombre decoradas con trencillas; camisas; vestidos de hilo de seda amarilla y verde

sobre algodón rojo, con sus tocados; blusas camiseras de Tafilalet en algodón rojo, bordado con rombos verdes y amarillos sobre el pecho y los hombros; blusones largos y abiertos; cinturones de noche rayados, doblados en cuatro; abrigos largos con capucha para los hombres, atuendos tradicionales que habían desaparecido con la llegada de los franceses.

Trajes antiguos de elaborada confección, que permanecían en el seno de una familia durante varias generaciones. El de Esther se componía de cinco partes: falda, corpiño, pechera, cintura y mangas. La falda, de terciopelo púrpura de tres metros de anchura, estaba bordada con unos círculos concéntricos, veintiséis, que es el valor numérico del nombre de Dios. Ese vestido lo había pintado Delacroix, exaltando la belleza y la indolente dulzura de las mujeres marroquíes. A ese traje se le añadía un tocado, cuyo modelo más antiguo era un diamante montado sobre perlas barrocas y piedras preciosas, y un velo que se colocaba bajo la diadema y caía por la espalda hasta más abajo de la cintura. Era de seda y de hilos de oro.

Todo eso que Esther detestaba. Ella, que solo vestía de negro o trajes oscuros.

Había que lucir los cinco elementos, y aparecer así vestida, delante de todos. Cinco, como el número 5, que es también un símbolo contra el mal de ojo, porque representa los cinco dedos de la mano, esa mano que supuestamente detiene los poderes maléficos.

Llamaron a la puerta, y su corazón empezó a latir con más fuerza, ante la perspectiva de que fuera su madre.

Pero no, fue Sol, su abuela, quien entró en la habitación. Sol, muy menuda y un poco arrugada, tenía la piel muy blanca —se la cuidaba mucho y la protegía del sol y de la intemperie a costa de muchas cremas—, el pelo negro ralo recogido en un moño y unas gafas cuadradas de hombre, absurdas en una cara femenina con una piel tan fina. Sol y Sidney Hatchwel, los abuelos de Esther, habían emigrado a Canadá a finales de los sesenta, y habían descubierto una comunidad sefardita marroquí, en la que se sentían a gusto. Desde que estaban jubilados iban a pasar el invierno a casa de su hija Colette, que vivía en Israel. O a veces a Marruecos, a casa de su hija Yvonne, y más raramente a casa de Suzanne en Estrasburgo, donde el clima no era tan propicio.

Mujer anciana de ojos negros, encorvada como las hechiceras de los cuentos antiguos, Sol tenía ese aspecto desde que Esther tenía memoria. Menuda, andaba prácticamente doblada en dos a causa de la edad, hablaba mitad en árabe, mitad en francés mordiéndose los labios delgados, y puntuando todas sus frases con *dissmik*, que quería decir «querida», o con *ouh lia* (qué desgraciada soy), que significaba más o menos: «Qué catástrofe, querida, qué vamos a hacer, así va el mundo».

Ella quería ponerle henna sobre la cabeza y tocarla con un trozo de tela blanca para que tuviera una vida feliz. Ella quería ver al novio y trenzar los siete nudos para detener el mal y preservarle de toda influencia maligna. A ella le habría gustado cascarle un huevo sobre la cabeza para luchar contra el mal de ojo, pero Esther, con una mirada, le hizo ver que no estaba dispuesta.

Entonces Sol le anudó alrededor del cuello la *khamsa*, que representaba una mano estilizada. Esa mano extendida hacia delante, símbolo del poder, la protegía a partir de ahora. De un bolso extrajo las hierbas que agitó bajo la nariz de Esther.

—Es el *harmel* que aleja el mal de ojo —explicó.

Las pasó alrededor de la cabeza de la novia, profiriendo una serie de palabras en árabe, cuyo significado Esther apenas conocía:

El ojo de tu padre, el ojo de tu madre.
El ojo del vecino y de la vecina,
De quien sube a nuestra casa, y de quien baja.
El pájaro en el cielo, el pez en el agua, el ojo de la tristeza y el ojo de la cólera.
Que explote el mal de ojo de quien te ha mirado.

De su bolso sacó un pequeño brasero en el que puso alumbre, lo encendió con prisas y se lo quedó mirando. Una vez que se hubo consumido, cogió una cuchara para hacerle tragar la mezcla.

—Pero ¿qué es esto?

—No es nada —le dijo—, es arena que he recogido en la playa.

—¡Qué! ¡Yo no pienso tragarme eso!

—Sí, hija mía, es necesario.

—Es una superstición, y yo no creo en eso…

La mirada de Sol no dejaba ningún atisbo de esperanza. Se quedó allí, serena, esperando que su nieta se tomara la mezcla, y estaba claro que no pensaba salir de la habitación hasta que lo hiciera.

—Venga.

—¡Déjame tranquila!

—Ne'ebibask[7] —dijo Sol—. ¡Yo te dejo tranquila, pero ellos, los djnouns, no te dejaran! Están ahí, te lo digo yo… Hay que beber, si no te sobrevendrá una gran desgracia. —Sol le sopló muy cerca de la cara—. Hay que protegerte, hija mía, contra el mal de ojo… ¿Sabes?… El mal está aquí, lo presiento.

—¿Tú has notado el mal de ojo?

—Sí, hija mía. —Sol inclinó la cabeza, de arriba abajo y de abajo arriba, mirándola con gravedad detrás de sus gafas cuadradas—. Está muy cerca.

Esther se tragó la poción y el amargor le quemó la garganta y el esófago.

El mal de ojo… o, para los iniciados, «el ojo», simplemente. Se murmuraban cosas terroríficas sobre ese tema. Así, la mayor parte de las muertes sucedían a causa del ojo. El ojo era el terror de las mujeres marroquíes, su obsesión, su lucha de cada instante. Era el príncipe supremo al cual ellas se sometían, la trascendencia de su cotidianidad. Él regía su vida, reinaba sobre sus convicciones más íntimas, formaba parte de ellas hasta el punto de que nadie hubiera soñado ponerlo en duda. El ojo estaba en todas partes. En las camas de los recién nacidos, sobre la frente de los niños, sobre las mujeres embarazadas y las jóvenes parturientas, sobre el hijo varón y sobre la hijita demasiado guapa, sobre las jóvenes casadas, sobre las casas ricas y los vecinos felices; el ojo estaba allí, en medio de todos los acontecimientos hermosos de la vida, para destruir la armonía, transformar la alegría en dolor, la belleza en fealdad, la vida en muerte. Y el ojo no era más que las relaciones humanas, tejidas con odio, envidia e hipocresía. En el origen del mal de ojo, estaba esa idea de que la sociedad y el comercio entre los hombres eran peligrosos, que la dicha y el éxito no se demuestran jamás, porque excitan los malos instintos, incluso los de los

más próximos. El ojo, espejo del alma, es el vector del mal que se difunde. Por ello, los sefardíes evitaban hablar de su felicidad y hacer alarde de los hechos positivos de su vida. Si tenían suerte, se lo callaban, para engañar al adversario negando el objeto del deseo. Alabar a los niños por su belleza o por su inteligencia, o aún peor, por su salud, podía atraer al ojo, y el niño se ponía enfermo, ineluctablemente. Evitaban contar a los hijos, decir cuántos tenían, por miedo a que la suerte se llevara alguno.

—Toma… Ne'ebibask. Coge esto también. Para protegerte.

Sacó un pequeño paquete de sal, para llevarlo en el bolsillo, otro remedio de una eficacia temible contra el ojo.

Miró a su nieta, de arriba abajo. A su edad, ella ya tenía tres hijas: Suzanne, su madre, Colette e Yvonne. Nunca comprendería cómo alguien podía casarse tan mayor, pero no lo dijo, por delicadeza. En general, Sol no hablaba demasiado. Era discreta, como si no quisiera molestar, aunque seguía reinando en su mundo. Así había educado a sus hijas, con su sabiduría enteramente basada en los proverbios judeo-árabes: «No enseñes tu bolsa más que a ti mismo», «Sé un loco, saldrás ganando», «Él ha querido besarla, él la ha cegado», «La mano que no puedes morder bésala», «Es poco a poco como entra el camello en la marmita».

Sol era un nombre bastante común en Marruecos. Las niñas se llamaban así en recuerdo de Solica la Sadiqa, nacida en Tánger en 1817, cuyo verdadero nombre era Solica Hatchwel, como el de la abuela de Esther. Solica había tenido una historia terrible que seguía resonando en los oídos de todas las jóvenes sefardíes, para incitarlas a una desconfianza extrema hacia sus vecinos. Tánger, de hecho, era una de las pocas ciudades que no tenían mellah: judíos y musulmanes vivían juntos, en las mismas calles, en los mismos edificios, la mayoría de las veces sin conflictos. Pero para la pobre Solica, no fue así. Era una joven de tal belleza que los hombres se quedaban sin respiración al verla. Su padre vendía utensilios de cocina. Su madre y sus hermanas eran recatadas y practicantes. Ella misma era conocida por su sabiduría y su piedad. Pero, un día, cuando solo tenía quince años, Solica se enfadó con su madre y se fue a casa de su vecina musulmana. Esta tenía un hermano que, al verla, quedó perdidamente enamorado hasta el punto de querer casarse con ella y por lo tanto

convertirla, prometiéndole todos los regalos del mundo si aceptaba. Miembro de una familia rica y poderosa, él no estaba acostumbrado a que se negaran a sus exigencias. Pero Solica, que era practicante y respetuosa con sus padres, no quiso oír hablar de ello. Ese rechazo hirió el orgullo del chico, que se vengó propagando el rumor de que ella se había convertido a la fe musulmana. Pero en aquella época era imposible abjurar sin motivos legítimos, so pena de ser condenado a muerte. El joven compró testigos falsos que acreditaron su mentira, y juraron que Sol se había convertido por propia voluntad. El asunto se elevó al gobernador de Tánger quien, sin saber qué hacer, lo presentó ante el rey Moulay Abderrahman, famoso por ser un hombre justo e imparcial. Pero este temió que el pueblo montara en cólera; el musulmán les había convencido de que la joven Solica era culpable, y todos reclamaban su muerte. El chico volvió a acudir a ella en numerosas ocasiones, para intentar convencerla de que se casara con él. Pero ni las riquezas ni las amenazas pudieron doblegar la voluntad de la piadosa joven.

Ante el gobernador, el rey, y todos los personajes importantes de la ciudad, Solica proclamó: «No existe otro Dios que el mío, yo he nacido judía y judía moriré». El gran rabino de Fez y otros rabinos hicieron todo lo posible para salvar a la joven de la muerte, pero no lo consiguieron. Detuvieron a Solica y la dejaron morir de hambre. Su martirio duró dos años y celebró su decimoséptimo cumpleaños en prisión, día en que un caballo la arrastró por toda la ciudad hasta que murió. Como último deseo, ella pidió unos alfileres de gancho para no exhibir su desnudez.

Cuando quisieron quemar su cuerpo, un rabino se opuso y recaudó mucho dinero para entregarlo a los gobernadores de la ciudad. De ese modo pudo recuperar el cuerpo de la joven y enterrarlo según la Ley, en el cementerio de Fez. Desde entonces, Solica es venerada como una santa en todo Marruecos y es costumbre ir a rezar junto a su tumba.

Esta historia había marcado a Esther desde la infancia. Ella había concluido también que no era bueno enfadarse con los padres, so pena de morir sometida a atroces sufrimientos.

Sol sacó unas joyas de una bolsa de terciopelo rojo. Poseía una colección: algunas procedían de su boda, otras de su familia, de su padre

Joseph, joyero en Mogador. Él había elaborado para ella brazaletes, collares, amuletos sin par… Cada una tenía su particularidad. Se las ponía por la mañana, se las quitaba por la noche, simbolizaban toda su vida. Entre Sol y las joyas había una verdadera historia de amor. Las llevaba en todas partes, sobre la frente, en los brazos, en las piernas, en el cuello o en los dedos; no había ninguna parte de su cuerpo sin su ornamento. Y siempre que entraba en una joyería, se acordaba de la tienda de su padre. El oro, la plata, los cinturones, los colgantes, las pulseras, los anillos y los pendientes de aro antiguos o recientes, cada uno escondía una gramática particular, pues para los beréberes las joyas indican la pertenencia a un clan. Su padre le había explicado ese lenguaje desde que era niña: las mujeres de Tiznit llevaban una cinta adornada con perlas y moneditas, grandes aros y colgantes y muchos collares, la mayoría de ámbar y de coral, y uno de clavo. Las tribus se reconocían por sus broches triangulares. Otras, en el Gran Atlas, lucían adornos hechos con placas de oro, sujetas con cadenitas de discos adornados con rosetones, otras llevaban increíbles diademas de tres placas, decoradas con colgantes. Y nadie sabía verdaderamente por qué, desde siempre, la inmensa mayoría de los joyeros eran judíos, como si, por algún misterio, ellos hubieran conservado un saber sagrado, el de los herreros antiguos, que les permitía fundir y trabajar los metales.

La tienda de su padre se había vendido cuando él murió, pero Sol había conservado una profusión de ornamentos. Poseía joyas destinadas a las grandes ocasiones, y también tenía otras que llevaba siempre consigo. Anillos, collares, broches y fíbulas, piedras preciosas, diamantes, zafiros y esmeraldas, ella tenía todo eso, era la llave de su supervivencia en caso de desgracia. Y en su boda había recibido de su padre siete magníficos brazaletes de oro llamados «la Semana», que él había tallado personalmente. Las jóvenes marroquíes recibían joyas por tradición, ya que se casaban cubiertas de oro, un tesoro que les pertenecía como propio. Y más adelante, cuando despidieron del trabajo a Sidney, su marido, por culpa de las leyes de Vichy contra los judíos, Sol vendió sus siete brazaletes uno a uno para asegurar la supervivencia de su familia. Intentó recuperarlos después, cuando Sidney pudo volver a trabajar, pero se habían vendido. Su corazón jamás superó el peso de esa gran pérdida.

Sol sacó con cuidado siete brazaletes de oro del bolso de terciopelo rojo, y los deslizó a lo largo de la muñeca de su nieta.

—Mi regalo para ti, Ne'ebibask. No los pierdas, una no sabe nunca qué le deparará la vida.

—Gracias, mamy. —Esther la abrazó, emocionada—. Eres muy amable… ¡Me encantan!

Las manitas arrugadas de Sol rodearon las manos de Esther. Nadie era capaz de saber su edad. Quizá ni siquiera ella la sabía. O tal vez la ocultaba por coquetería.

—Cuando yo me casé… —empezó Sol—, recuerdo que hacia las cinco de la tarde llegaron las mujeres con sus bonitas chilabas; nos sirvieron té, los músicos cantaban. Ellas llevaban joyas magníficas, pendientes de aros, piedras preciosas, brazaletes, anillos de brillantes. Mi padre me había regalado la Semana… Cuánto lamento hoy haberla vendido, pero qué quieres, Ne'ebibask, no podía hacer otra cosa. El patio estaba cubierto de alfombras, y habíamos puesto unos mantones muy bonitos en las paredes. Este vestido, ¿sabes? —añadió señalando el traje—, es para engañar a los djnouns y combatir el mal de ojo. Después hubo música. Antes de marcharse todos los invitados tenían que hacer un donativo a los músicos diciendo: «Este regalo lo hace fulano en honor del novio y de la novia y de todos los asistentes. Que Dios conceda el bien a quien lo ha ofrecido».

»Las *mezouarat*, las mujeres que solo se han casado una vez, me pusieron henna en las manos y los pies para darme suerte… Expuestos sobre una alfombra estaban todos los regalos que yo había recibido: los collares, las pulseras, los anillos, los pendientes de aros, las sábanas, y un gran colchón de lana forrado de terciopelo, y también una alfombra, almohadas y cojines bordados de oro. ¡Dos notarios anunciaron el precio de cada objeto delante de todo el mundo! Esa era la suma que Sidney debía pagar si quería divorciarse, ya ves…

»Por la noche transportaron el ajuar a casa de Sidney. Después los músicos vinieron a interpretarnos canciones. El peluquero le cortó el pelo… Hacia medianoche, las mujeres me llevaron al baño dando palmas y cantando canciones en árabe. Una anciana entró en el baño conmigo. Recuerdo que tenía un espejito, un peine y colorete, y que los tiró en el

baño como ofrenda a los djnouns. Ellos tienen muchos celos de la felicidad de los recién casados e intentan anular las bodas. Cuando salí del baño las jóvenes me siguieron, tocando panderos y tambores, y mi suegra portaba una vela blanca encendida.

Sol se puso a entonar un canto judeo-árabe:

Oh, novia, ¿por qué lloráis?
Dejadme llorar, me he casado con un viejo.
Oh, novia, señora, ¿por qué lloráis?
Dejadme llorar: me he casado con un hombre cuyos padres están cerca.

—¿Tú estabas enamorada de Sidney, mamy? —preguntó Esther.

—No lo sé. Mis padres habían decidido que me casara con él. Era así en aquella época, Ne'ebibask… ¡Y una no contradecía a sus padres!

—¿Tú no querías casarte con él?

—No.

—¿Querías a otro, mamy? —preguntó Esther, intrigada.

—Sí —dijo ella muy seria—. A otro, al de mi primer matrimonio.

—¿Tú ya te habías casado?

—Sí —dijo ella inclinando la cabeza, con aire triste—. Hubo otro matrimonio. Yo había estado casada con otro antes de casarme con Sidney… pero el mal de ojo había impedido la boda. No te fíes, hija mía. El ojo que estuvo en mi boda ha venido aquí, a la tuya. ¿No lo notas? ¡Es el mismo!

—¿De qué hablas? —dijo Esther temblando—. ¿Quién era tu primer marido?

—Alguien que tú conoces —dijo la anciana, con aire profundo y misterioso—, ¡qué está aquí!

Capítulo 5

Las bodas de niños

El primer matrimonio de Sol, ese que ella había mantenido en secreto hasta entonces, había tenido lugar en Meknes. Los Pinto habían viajado desde Mogador hasta el norte, para celebrar la fiesta en casa de la familia del novio, una de las dinastías judías más importantes de la ciudad de Meknes, que no era otra que los Tolédano. Era una alianza entre el sur y el norte, algo bastante raro y que normalmente se consideraba un mal casamiento, sobre todo por parte de los habitantes de Mogador, aun cuando, en este caso, eran los hijos de dos familias amigas quienes se unían.

Una mañana, después de un largo viaje, Sol Pinto abrió los ojos ante la ciudad fortificada, rodeada de murallas como una población del desierto. Ella no había visto nunca Meknes. Había ido varias veces hasta Marrakech, pero, al igual que muchos habitantes del sur, nunca había llegado hasta el norte del país. Ante ella se levantaban puertas imponentes, como la Bab Mansour, entrada principal de la villa con un arco de triunfo suntuoso. También estaba la puerta de la Victoria, arábigo-andaluza, flanqueada por dos torres cuadradas abiertas sobre las logias, compuestas por columnas de mármol con capiteles. Con la ascensión de la dinastía alauita, originaria de Tafilalet, al sudeste de Marruecos, Meknes se había convertido en ciudad imperial y aunque ese período había caído en el olvido, la villa había conservado todos los rasgos. Los palacios estaban en ruinas, pero las amplias explanadas habilitadas a su alrededor dejaban ver la grandeza de sus construcciones. Tras la muerte de Moulay Ismaïl, Meknes se había sumido en la oscuridad, y los sultanes alauitas habían trasladado su

residencia a Fez; de ahí venía sin duda la antigua rivalidad entre las dos ciudades.

La presencia judía en Meknes se remontaba a tiempos muy antiguos, a la creación de la ciudad romana de Volubilis, en el siglo II de la era actual. Más tarde se produjo la llegada de los judíos españoles, y muchos vinieron a establecerse en Meknes. La comunidad se había desarrollado y se había construido un mellah, sobre un terreno adquirido al sultán, para acoger a varios miles de personas. Pero el hambre y las graves epidemias habían diezmado la población. En 1930, se construyó un nuevo mellah, con calles más anchas, casas menos apiñadas, más espaciosas y modernas, provisto de una multitud de sinagogas. Los diecinueve templos del antiguo mellah y los diecisiete del nuevo no eran nada lujosos: muros blancos y suelos pavimentados, a veces con baldosas, raramente de mármol, ni siquiera en el mellah nuevo. Bancos de madera cubiertos de esteras colocados en la sala principal, decorada con arcos imponentes, con paneles de madera esculpida o pintada, y jarrones conmemorativos, suspendidos sobre plafones con cadenas de cuero o de plata. Las sinagogas, todas privadas, se llenaban y vibraban con las grandes declamaciones de voces jóvenes y viejas. Toda dinastía acomodada construía la suya para perpetuar el nombre del fundador, ambición suprema de una familia.

Los judíos de Meknes conocían de memoria el ritual sefardí y comprendían perfectamente el texto bíblico, gracias a la traducción árabe con la que entonaban el Pentateuco, los libros de Isaías, de Job, y los Proverbios. El viernes por la noche en la ciudad resonaba el *chofar*[8] que anunciaba el inicio del sabbat. Entonces los hombres se dirigían hacia el templo para celebrar el oficio vespertino. Después, el sábado, día de descanso, las tiendas cerraban: una calma absoluta reinaba en las calles.

Meknes poseía grandes dones: la suavidad de su luz, de sus paisajes y de sus habitantes, sus campos ondulados donde crecían cipreses, olivos, eucaliptos y palmeras, evocando la Toscana con sus viñas que daban un vino embriagador, sobre todo en el «valle feliz». A los habitantes de Meknes les gustaba pasarse los domingos tumbados sobre la hierba, y así transcurría la jornada, entre conversaciones acerca de todo y de nada, casi siempre por el simple placer de hablar.

Aquel domingo de primavera, los Pinto llegaron a casa de los Tolédano. Estaba Joseph Pinto, el padre de Sol, y su mujer, Tamar, los hermanos de Joseph, con sus mujeres y sus hijos, y las tres hermanas de Tamar con sus maridos y sus hijos. Sol no había visto nunca a aquel que le habían destinado, y apenas tenía una vaga idea de lo que significaba el matrimonio.

El contraste entre los dos padres era impresionante; Joseph Pinto, de estatura menuda y ojos azules, lucía con elegancia un traje de tres piezas, una camisa almidonada y una levita de la que colgaba un reloj de bolsillo. El rabino Shimon Tolédano iba vestido a la oriental, con una chilaba larga e inmaculada, que combinaba con su barba y su cabello blanco. Ambos se mantuvieron un buen rato abrazados, felicitándose, prodigándose mil y un parabienes, exhortando a todos los padres de la tradición a bendecir a sus familias y a su descendencia, y recordando lo contentos y orgullosos que estaban de unirse por este matrimonio. Así, desde ahora eran de la misma familia; eso era un honor para uno y para el otro, pero no, el honor era mayor para uno, o para el otro, rivalizaban en humildad y en manifestaciones de respeto y de admiración recíprocas.

—¡Me siento tan honrado… —dijo Joseph, con lágrimas en los ojos—. Y emocionado por volver a verle, realmente hacía mucho tiempo… *So long*! Sinceramente, rabino Shimon, estoy emocionado…, emocionado y a punto de llorar. Creo que este es el día más bonito de mi vida.

Joseph Pinto hablaba de una forma preciosa. Salpicaba su discurso con palabras inglesas, a la manera de la gente de Mogador, que había estado un tiempo bajo dominación británica. Cuando uno era de Mogador, se consideraba de lo más refinado recordar de pasada, como si nada, que se había sido súbdito de Su Majestad. Y como buen ciudadano de Mogador, Joseph Pinto se sentía occidental y se consideraba abierto a las ideas modernas, en detrimento de ciertas prácticas religiosas.

Mogador representaba una excepción bajo el sol marroquí. Batida por los vientos, azotada por el Atlántico, se enorgullecía de su temperamento altivo y desconfiado, templado por un clima riguroso y salvaje. Conquistada por los portugueses y después por los ingleses, abierta a Occidente, era el punto de llegada de las caravanas procedentes del África negra, cuyas preciadas mercancías esquilmaba. Mogador había sido creada por Moulay

Mohammed ben Abdallah, alrededor de un pueblo de pescadores. El sultán había nombrado a doce judíos funcionarios del Estado para la ciudad nueva. Les había otorgado privilegios jamás autorizados a los dhimmis, que de ese modo quedaban exentos de la paliza a la que se exponían los súbditos del reino si cometían un delito.

Esos judíos llamados *Toujjar esseltan*, los «comerciantes del sultán», habían formado una especie de aristocracia en el seno de la ciudad. Debido a sus actividades comerciales viajaron a Holanda, a Francia y a Inglaterra. De ese modo se habían convertido en los primeros judíos cosmopolitas del imperio jerife. Poseían inmensas fortunas y palacios en la Kasbah. Más tarde, cuando el poder jerife entró en decadencia, ellos habían comprado la protección extranjera. Se habían convertido en diplomáticos, para garantizar la independencia de su posición.

Esa es la razón histórica por la cual vivir en esa ciudad, donde los judíos formaban la mayoría de la población, constituía un enorme privilegio y un signo de nobleza. Los varones de Mogador también hacían alarde del porte y la flema británicos, y las mujeres de un enorme encanto: cuando las invitaban a cenar, comían poco, por miedo a que dijeran que estaban hambrientas. Entre el Mogador de la Kasbah, donde prosperaba la aristocracia de la ciudad, y el del mellah, donde vivían las gentes sencillas, se celebraban pocas alianzas. Se contaba la historia de un joven del mellah que quiso prometerse con una aristócrata de la Kasbah. Para pedirla en matrimonio, envió a su tío. «Dile a ese joven que le mandaremos a buscar cuando necesitemos un criado», le contestaron. Incluso con el servicio, los habitantes de Mogador se comportaban de forma muy distinta al resto de Marruecos, y exigían que sus criados, elegantes y refinados, aprendieran costumbres británicas. En casa de los Pinto, durante las comidas, la madre tenía la costumbre de llamar a la criada con la ayuda de un pequeño timbre situado bajo la mesa, que accionaba con el pie.

Si Joseph Pinto representaba la vanguardia y la aristocracia, el rabino Shimon Tolédano representaba la vieja escuela. Venerado por todos, era célebre por su humildad. Un día que con ocasión de una boda fue a rezar a la sinagoga de una familia importante, el cantor, impresionado ante el honor de aquella visita, exclamó en el momento de leer la Torah: «Que se levante

nuestro maestro y nuestro rabino, corona de nuestras cabezas, hombre humilde y justo…» trufado con numerosos calificativos. Pero el rabino Shimon Tolédano no abandonó su sitio para subir a la Torah. Todo el mundo creyó que no había oído la invitación, y su vecino consideró apropiado repetirla. El rabino Shimon respondió en voz baja que esos elogios no podían concernirle, y se negó a subir hasta que le invitaron sin más, sin superlativos.

El rabino Shimon tenía muchos discípulos, que se convirtieron en rabinos y enseñaron la Torah en Marruecos y en Israel. Él se conducía santamente en toda circunstancia, y sus plegarias eran escuchadas. Leía la Torah como nadie y cuando entonaba cánticos sacros, su voz dejaba embelesados a todos los orantes. Él era el garante de la tradición, enseñaba en la *yéshiva*[9] que él mismo había fundado y de la que era por tanto el principal responsable, y acogía a todos aquellos cuya única ambición era estudiar la Torah. Proporcionaba apoyo espiritual a sus alumnos; a quienes no tenían con qué vestir, les conseguía ropa, y hacía donativos a los que no tenían para vivir.

La Alianza israelí universal había abierto escuelas en la ciudad que expandían la enseñanza del francés, en detrimento y en contra de la religión. El rabino Shimon veía en esa iniciativa un peligro para el judaísmo. Aunque alababa el formidable trabajo social que la Alianza había realizado, ofreciendo becas de estudio, alimentos y ropa a los alumnos necesitados, aunque se alegraba de que hubiera organizado colonias de vacaciones, así como asociaciones deportivas, lamentaba profundamente que sus escuelas hicieran la competencia a los rabinos en la educación de los jóvenes judíos. La Alianza se había investido de la misión de occidentalizar a los judíos de Marruecos. En tanto que escuela republicana, luchaba contra las tradiciones, el judeo-árabe y el hebreo, y enseñaba el francés como el estandarte del orgullo y de la cultura. Para defender la tradición amenazada, el rabino Shimon había adoptado la costumbre de acercarse todos los días a las puertas de la Alianza para hablar con los niños, y proponerles ir a estudiar la Torah a su casa. Un día, se enteró de que los niños de Oujda no tenían garantizada ninguna formación religiosa. A pesar de la distancia, decidió ir allí. Tras pasar largas horas en un tren

abarrotado, llegó agotado cerca de la frontera argelina, y consiguió encontrar a los responsables de la comunidad, a fin de persuadirles de abrir lo antes posible una escuela para los niños. Les explicó la situación, pero nadie quiso escucharle. Entonces el rabino Shimon se echó a llorar: «Es por mí por quien lloro, nuestros sabios han enseñado que las palabras de aquel que teme a Dios son escuchadas. Si mis propósitos no merecen atención ninguna, la responsabilidad solo me incumbe a mí». Profundamente conmovido por la angustia del gran sabio, el comité se plegó a su voluntad y ese mismo día se inauguró una escuela.

El rabino Shimon también tenía la costumbre de recitar las plegarias en mitad de la noche, y lloraba por la destrucción del Templo postrado en el suelo, con tanta sinceridad que era como si hubiera sucedido anteayer. Al despuntar el alba, se iba a la sinagoga cuyas puertas abría él mismo y consagraba gran parte de la mañana a reunir al Beth-Din, tribunal de rabinos, esforzándose para que la justicia reinara entre los hombres. Pero él deseaba ante todo vivir con la mayor sencillez. «Lo estrictamente necesario» era su divisa. A su hijo, que tenía el proyecto de construir una casa para que viviera toda la familia, el rabino Shimon le objetó: «¿No sabes que nosotros somos descendientes de Yochiah, hijo de Rehav, que prohibió a su descendencia construir casas en Jerusalén y les ordenó vivir bajo una tienda?».

De hecho, su casa se parecía a su corazón: estaba abierta a todos y atraía a aquellos que iban en busca de calidez. Además de los invitados que acudían constantemente, era también el hogar de los numerosos huérfanos que el rabino Shimon había acogido en su seno y a quienes educaba como a sus propios hijos.

Aquel día de primavera, retirada en un rincón del patio de la casa de Meknes, Sol observaba a su padre abrazar al rabino Shimon, su futuro suegro.

—¡Qué alegría —decía Joseph— ver de nuevo al maestro de la cadena ininterrumpida de la tradición sefardí, el maestro de los cantos de los oficios del sabbat y de las celebraciones, y de los *piuuutim*[10]! Gracias sean dadas a aquel que no ha cesado de transmitir a todos las enseñanzas que ha conservado vivas en la memoria… así como su profundo conocimiento del

Secreto de los Secretos: ¡las enseñanzas de la Cábala, por supuesto, que nadie tiene derecho a recibir antes de los cuarenta años! ¡*Forty years*!

Entretanto Messody, la esposa del rabino Shimon, preparaba un cuscús, el manjar de las grandes celebraciones y de las fiestas familiares. Su hijo, Jacob, el futuro marido, observaba a su madre con ese aire de adoración y de devoción total que los hijos sefardíes sienten por su madre. Messody no tenía rival preparando el cuscús, cuya receta guardaba para sí, como suelen hacer las mujeres marroquíes, ya que los secretos de la cocina son sus secretos, susurrados entre madre e hija, su propia tradición esotérica, su pacto alquímico, como la tradición cabalística de sus esposos que solo les pertenece a ellos.

Para hacerse indispensables, las mujeres tenían por costumbre dar recetas incompletas o falsas. El cuscús era un plato muy complicado de preparar: ellas dedicaban todo un día a elaborarlo en ocasiones especiales, tales como las fiestas, los nacimientos, los bar-mitsvah o las bodas. Cada familia tenía su receta, su especialidad, sus variantes. Algunas hacían albóndigas con comino, otras un preparado dulce, hecho de almendras, de garbanzos y de pasas cocidos juntos en azúcar y canela, o también calabaza, o carne guisada con ajo y comino. Lo más delicado y lo más difícil era la preparación del grano, que había que lavar y dejar reposar, antes de añadirle un chorrito de aceite y mezclarlo. El vapor tenía que conseguir que el grano se hinchara. Se mezclaba el grano con agua y aceite hasta que desaparecían todos los grumos, antes de airearlo, para que conservara el aspecto fino y delicuescente, y sobre todo para que no se apelmazara, algo inadmisible en términos de cocina oriental. Toda la operación estaba destinada a obtener un cuscús de grano fino, perfectamente aireado y homogéneo. Lo bastante seco para que no se pegara, lo bastante impregnado para que no fuera seco. Podían invertir horas en separar los granos con la mano, sin contar la monda y la preparación de las legumbres y la carne.

—¿Cómo es la novia? —preguntó Jacob mientras su madre removía el cuscús—. ¿Tú la has visto?

—*Tah el keskass ou tah ala rtah*.

Messody decoraba su discurso con frases y proverbios árabes. Literalmente: «La olla del cuscús ha caído sobre su tapadera». Lo que

significa: ha encontrado la horma de su zapato, o también: ¡qué bien encajan esos dos!

Él se quedó frente a ella, sin decir nada.

—¿Y ahora qué, hijo mío, qué dices? ¿No estás contento? *Elei ma idoui ma isem' ou ellah*[11].

—Yo no quiero casarme, mamá.

—Cálmate, hijo mío, cálmate —exclamó Messody—. ¿Tú no la quieres? Pero ¡cómo vas a saberlo si no la has visto nunca! Y además, ¿quién ha dicho que el matrimonio es una cuestión de amor? ¿Tú crees que yo quería a tu padre? Mi padre me casó con él, yo hice lo que me dijo, y ya está. Ven, cariño, que te dé un beso —añadió—. ¡Qué guapo eres!

Contempló a su hijo con orgullo; iba vestido con el atuendo tradicional: una chilaba blanca y brillante y un fez rojo en la cabeza. Era alto, con los ojos oscuros, las pestañas largas y una cara angulosa, pálida.

—Ven —prosiguió Messody para dar por terminada la conversación—, ahora vamos a preparar la carne *Queli*, para que se conserve durante meses.

—Bravo —dijo Jacob—. Los vecinos van a volver a quejarse…

—Qué quieres, todo se pierde, todo se pierde —dijo Messody—. ¡Suerte que hemos hecho la ceremonia del acero!

La ceremonia del acero tenía lugar en el nacimiento de un hijo para alejar el mal de ojo y los demonios. Decían que el acero era un remedio para ahuyentarlos.

—¡Ah, hijo mío, *Yahesra* —suspiró ella, con un aire de inmensa nostalgia—. *Fayin douk liyam*[12]! ¡Yo, cuando mi padre me casó con tu padre, tenía doce años! ¡Y no fue una boda de niños! ¡Fue una boda auténtica!

El matrimonio de Sol y Jacob formaba parte de esa costumbre peculiar llamada *Ars del kettaïb*, o «boda de niños». Esa ceremonia, portadora de buena suerte para toda la comunidad, era un ritual practicado a fin de que los dos niños tuvieran una vida larga. En ciertas comunidades del valle del Gran Atlas, cuando un hijo varón llegaba a la edad de cinco años, los judíos, de acuerdo con el mandato rabínico, se ocupaban de dos cosas: de enseñarle la Torah y de escogerle una esposa. En la víspera de la fiesta de Chavouoth, que conmemora la Revelación en el monte Sinaí, era costumbre

organizar ese tipo de matrimonios. El niño y la niña se unían durante una verdadera ceremonia nupcial seguida de festejos, aunque después cada uno regresaba con su familia. Esa era una ceremonia específica de los judíos de Meknes y alrededores. Esa boda de niños significaba la promesa de una boda verdadera entre ambos, cosa que a veces salía bien y cuando eran adultos se casaban. El día de la boda de Jacob y Sol, él tenía trece años y ella aún no había cumplido nueve.

Mientras Messody tranquilizaba a su hijo, y Joseph y Shimon se congratulaban, de otra cocina, a unas cuantas calles de allí, emanaban fumigaciones y vapores espesos. El fuego ardía sin cesar bajo un caldero sobre el que se inclinaban dos mujeres.

Dos mujeres que no querían que Jacob se casara.

Yacot tenía quince años y estaba enamorada de Jacob, y convencida de que él le pertenecía, desde el día en que habían intercambiado aquel beso detrás de la sinagoga. Solo pensaba en él. Aquello se convirtió en una obsesión; como si alguien le hubiera lanzado un *chhour*, un sortilegio. Enterarse de su boda de niños la había destrozado. Yacot se lo había confesado todo a su madre, Sultana, y en aquel momento, las dos mujeres se afanaban sobre el caldero, pues ambas poseían un don particular y ancestral. Yacot y Sultana eran *mynounantes*: vivían bajo la influencia de los djnouns. Gozaban de un poder excepcional sobre los hombres. No invocaban únicamente a los djnouns, sino también a los *cheitanes* y a los *efrits*. Los djnouns, aunque temibles, gozaban de la simpatía popular, pero los cheitanes, una especie de ángeles malditos, de diablos, de monstruos, empujaban a los hombres a hacer el mal.

En una palabra, las dos mujeres eran brujas, sabían dirigirse a las fuerzas superiores y controlaban la influencia de los djnouns, conocían los rituales más complicados, las frases, las rimas, las palabras medidas con una cadencia mágica. Practicaban el ascetismo y el recogimiento para aumentar el poder de sus hechizos, y se dedicaban a la elaboración de una pócima de hierbas para preparar sus purificaciones.

El arsenal de las hechiceras incluía instrumentos capaces de provocar grandes catástrofes, incluidas la enfermedad y la muerte. En su cocina se

podían encontrar agujas y clavos para perforar imágenes, o símbolos que indefectiblemente convertían al objetivo en cautivo de su voluntad.

Sultana cogió un pellizco de comino y unos granos de cilantro que colocó sobre la cabeza de Yacot, pronunciando la fórmula mágica:

—Quedo bajo vuestra protección y bajo la protección de los grandes y los pequeños entre vosotros.

Desplazó la mano hacia su propia boca, en la que depositó el comino y los granos de cilantro, que empezó a masticar antes de lamer la mano de su hija.

Entonces abrió unos tarros del suelo en cuyo interior había conservado las hierbas, las especias, las resinas, la almáciga, el benjuí. Y de un rincón del armario sacó otro recipiente, del que extrajo los elementos necesarios para la terrible mixtura que pretendía preparar y que llamaban «pasta lunar»: camaleones, lagartos, murciélagos secos, cráneos de gacelas… Había ido a casa del brujo del zoco de Marrakech, en la zona donde se vendían las legumbres, a buscar todos esos ingredientes. La pasta lunar servía para cualquier petición. Su efecto, benéfico o maléfico, dependía de las fórmulas mágicas que se emplearan, pero ningún tipo de sortilegio, de odio o de muerte, era tan eficaz como en la fase menguante de la luna.

Sultana y Yacot prepararon la pasta lunar dentro de una artesa nueva, lavada escrupulosamente, según una receta ancestral. Quemaron benjuí y cilantro sobre un hornillo junto a la artesa. Sus palabras provocaban que el humo fecundara el agua de las siete fuentes y de los siete pozos cubiertos por el bien y por el mal. En cuanto la espuma apareció en la superficie, añadieron almizcle, ámbar, almáciga y benjuí blanco, hasta obtener una pasta blanquinosa con una consistencia pegajosa.

Ahora ya podían proceder. Todo estaba listo para la acción del «ojo». Solo faltaba hacer una cosa: aquella a quien deseaban causar daño debía estar prevenida de sus maniobras, a fin de quedar sumida en un estado de temor y obsesión ante tal persecución. Pues la eficacia de la magia se basaba en el temor que provocaba la voluntad decidida de hacer daño. Y Yacot, decidida, lo estaba.

Estaba decidida a destruir esa boda.

Sol sumergió la mano en la pasta untuosa preparada por las mujeres. Ellas habían mezclado las hojas con agua caliente y zumo de limón, hojas de azahar o agua de rosas, para obtener una pasta perfumada: el polvo de henna, una de las plantas del paraíso según la tradición musulmana. No cortaban las hojas, las dejaban secar a la sombra, al amparo del viento; el sol habría echado a perder todo su poder. Sol se puso la henna en la palma de la mano, que apretó con la ayuda de una cinta, esperando que la piel le quedara marcada de tinta anaranjada.

Al cabo de unos minutos, Sol abrió la mano para contemplar la marca. Al darse cuenta de que la henna no había cogido sintió un escalofrío… Se suponía que aquello le dejaría una marca durante varias semanas… ¿Qué pasaba?

Ella ignoraba que Yacot se había colado en la sala donde tenía lugar la boda, que había visto entrar a Sol, engalanada con su vestido de mangas abombadas, pechera dorada, y una falda larga tejida con hilos de oro: a los nueve años era ya muy hermosa. Nada había escapado a sus celos. Ni la mirada que Jacob, deslumbrado, le había lanzado a Sol, ni la de Sol, una niña todavía, a quien la intensidad de la mirada que se había posado sobre ella la había convertido en toda una mujer. Dos niños víctimas del flechazo, sorprendidos por la fuerza del sentimiento, dos niños proyectados a un mundo de adultos por la magia del amor. Milagro del amor que nacía en medio de la ceremonia, del rito ancestral. Perfección absoluta de esos momentos que jalonan la vida. Esos momentos efímeros que se expanden, misteriosamente, hasta la eternidad.

Sol había ido a reunirse con las mujeres para la henna, esa henna destinada a protegerla del ojo, y que Yacot había reemplazado por la pasta lunar, mientras pronunciaba las palabras terribles: «Como las nubes en el cielo, yo quiero que Sol Pinto desaparezca».

Varios minutos después tuvo lugar el desastre. La pequeña Sol había salido corriendo de la habitación para buscar a su madre, y enseñarle esa pasta peculiar que no teñía nada. Pero las piernas se le enredaron en los pliegues de aquel pesado vestido que no tenía la costumbre de llevar, tropezó en la escalera y cayó al patio desde lo alto del piso. Congregada alrededor de su cuerpo inanimado, la gente chilló. Las criadas, los tíos, las

tías, los padres, cada uno corrió a buscar alguna cosa: sales, perfume, agua, un ungüento que pudiera devolverla a la vida. Los gritos dieron paso a los cuchicheos, las quejas a las plegarias. Su madre gritó, creyéndola muerta. La transportaron, semiinconsciente, a casa del médico. Tenía una costilla y un brazo rotos, y también la espalda. Pero estaba viva.

Sol permaneció así, postrada en la cama durante varias semanas. Cuando volvió a levantarse, le dijeron que se quedaría jorobada.

Y por miedo al ojo, por superstición y desesperación, la boda se anuló.

Sol contemplaba el vestido de Esther, ese traje parecido al suyo, que ella llevó el día terrible en el que estuvo a punto de perder la vida.

—Mi prometido se llamaba Jacob Tolédano —dijo Sol—. ¡El abuelo de Charles, de tu prometido!

Esther miró a su abuela, que bajó la cabeza. En cuanto comprendió lo que significaba esa confesión sintió un escalofrío que la hizo temblar. Sol debía casarse con el abuelo de Charles. Y ella, su nieta, se casaba con Charles. ¿Era eso una mera coincidencia? ¿O el resultado de un sortilegio? Se rehízo enseguida. Ella era francesa, ella era hija de la Luz y no de las Tinieblas.

—¡Pero entonces, mamy, vas a volver a ver a Jacob! —exclamó Esther.

Sol no contestó.

—¿Qué vas a decirle?

—¿Qué quieres que le diga? Yo debía ser la mujer de Jacob. Debía serlo yo, hija mía, y no se cumplió por causa del ojo. Lo que no sucede en una generación se consigue en la siguiente. Así lo quiere el destino…

Capítulo 6

Suzanne Vital

Suzanne Vital, la madre de Esther, entró en la habitación con una sonrisa tensa. Desde que se anunciara esta boda, no se encontraba bien. Como la víspera en el vestíbulo del hotel, parecía presa de una gran tensión, con expresión de pánico y las manos temblorosas. Con ella todo era imprevisible, sus crisis y sus llantos. Suzanne era capaz de pasar de un registro a otro con una velocidad asombrosa.

Esther reconoció todo eso en su madre, y le rompió el corazón pues sabía que, bajo la máscara de la cólera, Suzanne era una desarraigada, cautiva de la tormenta que la había conducido lejos de casa, sobre un navío que ella no sabía gobernar.

Esther, a pesar de todos sus intentos, no conseguía liberarse del vínculo que la unía a su madre. Suzanne, por su parte, intentaba integrarse en ella para desintegrarla. Habría preferido que no existiera antes de que existiera sin ella, o de que fuera feliz. Prefería no verla antes que saber que era de otro; por eso, aquel día en el que su hija se casaba, estaba desesperada.

Esther no pudo evitar captar toda su angustia. Y bruscamente, de golpe, notó una carga tan pesada que se encontró mal. Todo lo que había soportado durante los años en los que había sido su confidente, todos esos años de juventud dedicados a ser la madre de su madre, invadieron de nuevo su ánimo y la sumieron en la zozobra…

Pero en aquel momento su madre estaba furiosa. Sin preámbulos, sin entrar en materia, le exigió de inmediato a Esther ver el vestido. Entonces hubo que enseñarle el traje y esperar su veredicto. Esther sabía que su madre detestaba ese vestido. Se había negado a ponérselo en su propia

boda, por oscuros motivos que ella no había averiguado nunca. Le indignaba que su hija se atreviera a llevarlo. Estaba indignada con Sol por habérselo dado. Ese vestido era una maldición. ¿Podría realmente traer mala suerte, después de todo?

—Habrías podido pedir que te lo rehicieran —le dijo—. Estás tan delgada… ¿Has vuelto a adelgazar? Te juro que das miedo. Se te ven las costillas… Te has quedado sin cara… ¡Es horrible!

Suzanne y ella no tenían en absoluto los mismos estándares de belleza. Esther estaba aún más voluminosa con ese traje. De hecho, había hecho todos los regímenes del mundo, pero seguía viéndose enorme, siempre se veía parecida a Suzanne, a su abuela y a todas las generaciones precedentes de mujeres que comían demasiado cuscús y esas pepitas de calabaza llamadas «pipas».

—¿Estás segura de que quieres ponerte este vestido, hija?

Suzanne no quiso celebrar la ceremonia de la henna cuando se casó. Esther tenía muy claro que había una razón para eso, una razón que su madre le ocultaba. Suzanne decía que detestaba Marruecos. Había borrado ese país de su vida. Nunca regresaría allá abajo. Había pasado página, y para bien. Se había negado a ponerse el vestido para casarse, había rechazado todo lo que podía recordarle ese mundo oriental del que se había liberado, despreocupado, emancipado. Y en su casa, en Estrasburgo, solo había puesto muebles franceses sobre su alfombra marroquí azul y rosa. A sus hijos les había dado una educación francesa. No había una palabra en árabe en su vocabulario. Fingía incluso que no hablaba árabe, decía que lo había olvidado por completo. Pero Esther sabía que no era verdad, y que era capaz de tener conversaciones enteras en ese idioma, igual que su propia madre y sus hermanas.

—Sí, mamá. Es la tradición. Y además este vestido es bonito, ¿a ti no te lo parece?

—¡Tú quieres que me ponga enferma! Pero siempre olvido que mi salud es la menor de tus preocupaciones. El día de mi operación, ni siquiera estabas allí.

—Llegué al día siguiente.

—Allí no había nadie. Estuve completamente sola en el hospital. Ni tu padre, ni tu hermana —añadió con un sollozo—. Y en el entierro de tu abuela, la pobre, tampoco estabas.

—Sabes perfectamente por qué. Estaba en Nueva York.

—¿Y no podías volver? ¿Por tu abuela que tanto te quería? ¿Sabes lo que quiere decir eso? ¡Eso quiere decir que tampoco estarás presente en mi entierro!

Dos golpes en la puerta pusieron fin, provisionalmente, a las lamentaciones.

—Está prohibido —respondió Suzanne por el resquicio.

Está «prohibido». Una palabra francesa, cierto, pero una traducción directa de la palabra árabe *h'ram*. La zona de las mujeres se llama *harim*. Esa palabra significa tanto estar separada, privada del contacto, como ser sagrada. Suzanne quería prohibir el paso a aquel que intentaba entrar en la habitación; el peligro permanente, aquel que pretendía poner en tela de juicio el orden establecido, ¿qué se había creído?

—Era *él* —dijo Suzanne.

Era inútil preguntar quién. Estaba claro, Charles.

—¿«Ese» no sabe que no se puede entrar en el cuarto donde está la novia? Decididamente, «ese» no tiene modales. ¡Casarse con uno de Meknes, nada menos! ¡Después de todo lo que hemos hecho por ti! Ya sabes lo que dicen las madres judías de Meknes: cásate con una chica de tu religión, de tu ciudad, mejor aún, de tu calle. Más limitado que eso imposible. Mira, yo estoy segura de que tu suegra está furiosa con Charles por casarse contigo en lugar de casarse… con una Berdugo, por ejemplo. De la familia Berdugo de Meknes, ya sabes, esa que vivía en la misma calle que los Tolédano. ¿Ves lo que quiero decir? —Y acercándose a su hija, murmuró—: La gente de Meknes es subdesarrollada. ¡Cuando sus hijos se hacen pipí en la cama, les hacen desfilar por la calle con una olla de cuscús en la cabeza! ¡Los de Meknes son los retrasados de Marruecos! Los de Meknes… ¡Dios les ha dado todos los sentidos, el sentido del humor, el sentido de la vida, el sentido de la inteligencia, el sentido del contacto, el sentido del dinero…, todos los sentidos, menos el sentido del ridículo!

Dicho esto, Suzanne cerró la puerta con llave.

—¿Por qué ya no telefoneas a tu hermana? —prosiguió, sin rendirse.

—Ya está bien, mamá —replicó—; ahora no tengo ganas de hablar de esto.

—Solo tienes una hermana, hija mía.

—Pues que me telefonee ella.

—Dice que tú no quieres.

—Bueno, hablaremos de esto después de la boda, ¿quieres?

—Solo tenemos una familia, hija mía. ¡Acabarás quedándote sola!

—Mamá…, ¿por qué esas amenazas ahora?

—Apuesto a que es él quien te ha dicho que rompieras con tu familia.

—¿Él? ¿Quién?

Suzanne nunca había sido capaz de llamar a los hombres por su nombre. Incluso a su padre le llamaba «ese», o «ese tipo», e incluso «ese individuo».

De repente, Suzanne la rodeó con sus brazos y murmuró:

—Ya sabes que nosotros solo queremos tu bien, somos los únicos que solo queremos tu bien y que sabemos lo que te hace falta, y es normal, somos tus padres. Somos los únicos que te queremos de verdad. Los padres son los únicos que saben amar a un hijo. Solo ellos ven lo que es bueno para él y saben aconsejarle, ¿comprendes? Luego no te alejes de tus padres, ellos son tus mejores aliados, tus únicos amigos verdaderos. Tus padres son los únicos en quien puedes confiar.

La estrechó contra sí, y la besó con todas sus fuerzas.

Entonces, en aquel instante, Esther se lo perdonó todo a su madre: su superstición, todas sus desventuras, su mentalidad popular, su temor, perdonó a las generaciones de abuelas y de bisabuelas que se habían pasado la vida frente a los hornillos, cociendo cuscús sin tener ni voz ni voto, y que guardaban su odio y su rencor enterrados en el fondo de su corazón.

—Habla con tu hermana, prométemelo —continuó Suzanne—. Te necesita. No puedes abandonarla.

—De acuerdo, mamá, hablaré con ella.

Aparentemente Esther estaba en calma, pero en calma como una olla que se hincha y se hincha, y amenaza con explotar en cualquier momento.

Suzanne la miró de arriba abajo y de abajo arriba.

—¿Sabes?, tu padre finalmente ha decidido dárselo al tipo.

—¿Qué? —dijo Esther—. ¿De qué hablas?

—Del tesoro, hija mía.

—Pero ¿qué tesoro?

—Sabes muy bien lo que quiero decir. Aunque el tipo no se lo merece, tu padre piensa que no se puede faltar a la tradición. Ya que tú le has escogido como esposo, será él quien dispondrá del secreto.

—Pero ¿qué secreto? ¿De qué hablas?

—No puedo decirte más. ¡Sé que Moïse lo ha recibido de manos de su padre, que lo ha recibido de su propio padre, y así sucesivamente, desde los primeros cabalistas! ¡Y pensar que quién va a tenerlo es ese tipo! ¡Ese que confunde cábala con caballo!

Dicho esto, Suzanne salió de la habitación con aire de desolación, como si fuera el día más triste de su vida.

Esther se tumbó en la cama con los ojos llenos de lágrimas. Se dijo que no conseguiría jamás hacer feliz a su madre. Pero ¿lograría ella ser feliz? ¿Podría ser feliz ella, sin hacer feliz a su madre, era eso posible o de todo punto impensable?

Esther se preguntó por qué motivo esta boda provocaba tanta tensión entre los suyos. ¿Por qué su madre estaba tan angustiada? ¿Por qué Sol no le había dicho antes que no había podido casarse con el abuelo de su novio? ¿Y cuál era ese secreto del que hablaba Suzanne y que su padre había decidido revelarle a Charles?

¿Por qué se le había ocurrido siquiera la idea de casarse? Habría hecho mejor casándose con Charles en Las Vegas, como él le había propuesto, o no casarse, sencillamente, como le había propuesto él también. Esther se dijo que Charles poseía una inteligencia y una sabiduría profundas, y que debía de haber presentido la trampa que se preparaba a su alrededor. Alrededor de ellos.

Alrededor de ella.

Capítulo 7

Las cuatro matriarcas

Ivonne, la hija que nació después de Suzanne, era la única de la familia que se había quedado en Marruecos a causa del trabajo de su marido, aunque a ella le costaba justificar su presencia en el país ante Suzanne, que la animaba a irse. Pero Yvonne sufría una indecisión estructural que le impedía coger las riendas de su vida. También era muy materialista: seguía muy unida a su gran casa, a su «criada». Sabía que si se iba, si abandonaba al «tipo», como le recomendaba Suzanne, perdería todo eso.

Colette, la tercera, madre de tres hijos, vivía en Israel adonde había emigrado a finales de los años cincuenta. Desde que se divorciara, se había ocupado ella sola de la educación de sus hijos. Trabajaba de dependienta en unos grandes almacenes. Como su vida no era fácil, sus hermanas hacían a veces un pequeño gesto para ayudarla. Estaba también su prima Rachel, igualmente divorciada, que se había marchado a Canadá con sus dos hijos. Ella trabajaba de secretaria de redacción en el periódico judío canadiense *La Voix sépharade*.

Esther observó la imagen curiosa que formaban las tres hermanas y la prima sentadas con sus platos bien repletos. Suzanne reinaba entre sus hermanas y su prima, confortada por su presencia, y seguía observando a su familia política con una mirada crítica, como un general antes de la batalla.

Todas eran de la misma estatura —Esther les pasaba la cabeza—, y se parecían sin parecerse, como si cada una hubiera modificado su físico de acuerdo con la identidad de su país. Yvonne llevaba media melena bañada en un tinte pelirrojo. Suzanne, a quien le horrorizaba el rojo porque le recordaba la henna de sus orígenes marroquíes, había escogido un negro

azabache, pero no conseguía impedir que se le rizara el cabello. Colette, desde que vivía en Israel, había renunciado definitivamente al alisado, y lucía una especie de castaño crespo con un corte estilo Nefertiti. Rachel, la más arreglada de todas, la más delgada, tenía una cabellera rubia decolorada, perfectamente lisa y un tanto abombada, a la manera americana, y las uñas pintadas de rosa, perfectamente combinadas con su maquillaje rosado y violeta.

Todas habían escogido sus modelos con mucho tino. Yvonne llevaba un caftán rojo con bordados de oro. Suzanne un caftán del mismo color y de peor calidad, Colette una túnica azul, más simple y sin bordados, y Rachel una especie de traje sastre rosa salido directamente de los años ochenta.

Las cuatro tenían pasión por la ropa, que compraban de forma compulsiva y llenaban sus armarios hasta atiborrarlos. Las cuatro eran madres apasionadas, y mimaban a sus hijos con un amor total y absoluto. Eran unas perfectas mujeres de su casa, y llevaban con mano de hierro un hogar siempre impecable. Asalariadas o amas de casa, eran serias y se dedicaban con un cuidado y una preocupación constantes a sus ancianos padres, por quienes sentían un apego indefectible.

Las cuatro, iniciadas por sus madres, conocían los platos marroquíes, desde los entrantes de ensalada cocida con *tchoutchouka*, la ensalada de berenjenas y la ensalada con pepinos asados con ajo, a los postres y sus exuberantes pastelillos que servían después, con el té a la menta. En el Kipur, rellenaban el pan con almendras peladas, cubriéndolo de aceite y azafrán, preparaban pollo con olivas y berenjenas y, para el final del ayuno, pasteles, café con yemas de huevo batidas con azúcar, tahine guisado con manzanas, y pollo relleno de almendras. Para el Pourim preparaban toda clase de dulces, cada una se esforzaba al máximo para conseguir la bandeja más bonita y enviarla a sus vecinos a modo de presente ritual. Antes de la fiesta del Pessah, cocinaban patatas con huevos duros y, por la noche, la sopa de legumbres con habas tiernas, que exigían una tarde entera de preparación, pues desgranaban las habas una por una. Había también albóndigas y pollo con cebolletas, callos, *pastellas di batata*, buñuelos de patata rellenos de carne, espalda de cordero con *terfass* —trufas blancas—, pequeñas alcachofas picantes, cordero en su jugo con tortas, y naturalmente,

todos los sabbat, cocinaban el plato ritual de la dafina que cuece durante toda la noche.

Suzanne le hizo una seña a Esther para que se uniera a ellas. Resignada, la joven se puso en marcha hacia esa madre poderosa, esa madre multiplicada milagrosamente en cuatro, clonada en cuatro versiones, como si se hubiera esparcido por las cuatro esquinas del mundo, para estar bien segura de estar allí, en cualquier lugar al que ella fuera, y si alguna vez se le escapaba, su madre, como una hidra, cerniría sobre ella sus ocho brazos como tentáculos, que le impedirían partir definitivamente. Un precipicio que la incitaba a la regresión fetal, y que la condenaba a ella, la hija, a desarrollarse únicamente dentro de su madre, por su madre, alimentándose únicamente de ella, sin ver jamás la luz del día, sin amar a nadie más que a ella, con el punto de partida como horizonte último, la no-existencia. ¿El nacimiento o la muerte?

En realidad, a pesar de ese rechazo por sus orígenes, Suzanne soñaba con Marruecos: la familia congregada alrededor del jefe de familia, hermanos, tíos, hijos, nietos, cohabitando en el domicilio paterno. La calle familiar como una extensión de la casa, donde todos se conocían. El jefe de familia, el abuelo, satisfacía las necesidades de todos, y los hijos y las hijas que vivían bajo su techo seguían sus directrices. Le escuchaban y le respetaban. En ausencia del abuelo, el marido asumía el papel de patriarca. Padres, abnegados y afectuosos, dedicados a los hijos. Pero el verdadero pilar de la familia era la madre. Las hijas estaban bajo su dominio y no conocían otra vida. Y si la madre quería ir al mercado, su hija la acompañaba. Si deseaba tener compañía, su hija estaba allí. Si necesitaba a alguien para ayudarla en lo que fuera, le bastaba con llamar a su hija.

En aquel momento, las cuatro mujeres, reunidas en conciliábulo, hablaban de sus hijos. ¿Qué habían hecho ellas para tener una prole así? ¡Qué vergüenza, qué desgracia! Ellas no merecían eso ciertamente, ellas, que siempre habían sido hijas amantes y perfectamente sumisas, ellas, que seguían consagrando su vida en cuerpo y alma a ocuparse de su madre, ¿por qué tenían que tener unas hijas tan «catastróficas»? ¿Qué maldición se había abatido sobre ellas? ¿Qué error se había producido en la cadena de transmisión?

—La mía —dijo Suzanne—, la mía es la peor. ¡Me ha puesto en la calle!, ¿os dais cuenta? ¿Es posible imaginar un insulto peor que el que te echen de casa de tu hija?

—Tú quéjate —dijo Yvonne—. La mía no me ha invitado nunca. ¡Imagínatelo, ni siquiera sé cómo es su casa!

—Sí, es posible imaginar algo peor —suspiró Colette—. Mucho peor.

—¿Cómo, es posible? —apuntó Suzanne.

—¿Cómo, tú no lo sabes? ¿Yvonne no te lo ha dicho?

—¿El qué?

—Yaël, mi hija…

—¿Sí?

—Sale con uno.

—¡Dios mío! —exclamó Suzanne, horrorizada—, no es verdad. ¿Está con un tipo?

—Espera, hay más.

—¿Qué?

—No es judío.

—¡¿No?!

—¡Te lo juro por mi vida!

—Eso —dijo Suzanne, pérfida— lo habría jurado, conociendo a Yaël…

Su hermana le echó una mirada indignada.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que tu hija nunca ha sido muy aficionada a la religión… Por culpa de su padre…, si quieres que te diga la verdad.

—Cállate, no sabes lo peor.

—¿Qué?

—Es árabe.

—¿Qué?

—Te digo que él es árabe.

—¡No!

—Sí.

La mirada de Yvonne confirmó dicha información.

—¡Pero esa quiere matarte! Quiere asesinarnos a todas, ¿es eso?

Suzanne gimió como si acabara de recibir una puñalada en la garganta.

—Espera.

—¿Qué? ¿Eso no es todo?

—No, no es todo… Vamos —le dice a Yvonne—, yo no puedo.

Yvonne tampoco se atrevía.

—Pero díselo tú, ya que Yaël te lo ha confiado a ti. Fue a ti a quien se lo dijo.

—¿Y qué? ¡Todos nosotros somos judíos árabes!

—¿Qué? —dice Suzanne, trastornada—. ¿Qué pasa? ¿Qué te ha contado? ¡Vais a volverme loca entre las dos!

—Se llama Jihad —suelta Yvonne.

—Jihad —dice Suzanne—, ¿cómo la *jihad*?

—Como la jihad.

Suzanne abrió una boca enorme y, por una vez, la cerró.

—¿Y tú qué piensas hacer? —preguntó Rachel.

—Pero ¿qué quieres que haga? Ya sabes que a los jóvenes de hoy no se les puede decir nada. Ya no hacen caso de nada. No hacen más que su voluntad. Yo ya no tengo ninguna influencia sobre Yaël.

—Eso es verdad —reconoció Suzanne—, los hijos de hoy son unos monstruos. Mira las mías. ¿Tú crees que yo tengo influencia sobre ellas? ¡En absoluto! Pero de todas formas, Yaël… hace eso para matarte, ¿no?

—No lo sé —dijo Colette, al borde del llanto—. Es espantoso, ¿verdad? ¡Yo, que he sacrificado toda mi vida por ella, que me he desangrado las venas para criarla y mirad lo que me hace!

—Yvonne —comentó Suzanne—, ya ves lo que te espera con tus hijas, si te quedas en Marruecos.

—En absoluto. La ventaja de quedarme en Marruecos es que puedo vigilar a mis hijas de cerca. Después de los atentados, ¿comprendes?, tenemos miedo.

—Pero esto no es vida —dijo Suzanne, quien sin embargo había educado a sus hijas exactamente de ese modo, sin la excusa del peligro ambiental.

—Lo sé, sí. El otro día mi hija me dijo: «Ya estoy harta. Tengo ganas de relacionarme con judíos, pero ¿qué judíos?». Va a una escuela donde solo

hay árabes y franceses. Tiene una amiga musulmana que viene a dormir a casa.

—¿Por qué te quedas? Ven con tus dos hijas a nuestra casa de Estrasburgo, y nosotros te encontraremos un apartamento cerca del nuestro, ellas irán a la escuela judía, y eso será lo mejor para todo el mundo. Así abandonarás al *tipo*.

—O podrías venir a Canadá —intervino Rachel—. *Of course, you can*… Nosotros también nos ocuparíamos de ti. Allí tus hijas estarían bien. Mirad… —Saca fotografías de su bolso, las fotografías de clase de sus hijas —. Forman parte de una coral. Es una escuela sefardí, ya sabéis, la escuela Maimónides… Además, voy a enviaros *La Voix sépharade*.

—Ya la recibimos, gracias. Seguro que en Montreal son sefardíes hasta la médula —observó Suzanne, con aire sarcástico—, nos la envían cada dos por tres.

Al ver llegar los dulces, las cuatro mujeres se levantaron al unísono, con un movimiento idéntico.

Volvieron con los platos llenos, salvo Rachel que se preocupaba por su silueta.

—En todo caso, la suegra es una cocinera excelente. ¿Has probado estos *makrouds*?

—No, déjamelos probar.

—Toma…

—Y los *mo f letas*, qué delicia —dijo Colette.

—Y el *palébé*…

—Demasiado azahar.

—Es como a mí me gusta —dijo Yvonne—, que esté muy impregnado. Si no es demasiado seco.

—Tú debes de comerlos en Marruecos, ¿no?

—¡Sí, a todas horas!

—¡Qué horror, eso engorda!

Suzanne miró a Rachel, que no había dicho nada. Divorciada de un judío, Rachel se había casado en segundas nupcias con un hombre de negocios canadiense. Nadie se atrevía a hablar mal de él, porque era simpático, pero ella siempre se sentía un poco culpable.

—Qué lástima —suspiró Suzanne—. Qué lástima que te marcharas al Canadá.

Rachel enrojeció y apartó la mirada.

—¿Y *él* está bien?

—John está muy bien, trabaja mucho, como siempre.

—¿No ha querido venir?

—Ya sabes cómo es. Fuera de Montreal está totalmente perdido.

—Qué pena, de todas formas, cuando lo pienso.

—Lo esencial —dijo Yvonne— es que Rachel sea feliz. Es lo único que cuenta, Ne'ebibask.

—John es un marido excelente. Es realmente adorable, me da todo lo que necesito.

—Sí, eso es lo que tú dices… Pero sabemos muy bien que es tacaño.

—¡No es tacaño, es normal! No quiere gastar demasiado, nada más.

—Según nuestros criterios, eso es ser tacaño.

—¿Vuestros criterios? ¿Y eso qué es? Gastarlo todo antes de haber ganado nada, estar siempre endeudado e ir siempre corto de dinero —dijo Colette.

—Es verdad que Moïse nunca tiene dinero. Se endeuda con todo el mundo —dijo Yvonne.

—Y qué, os devolverá hasta el último céntimo.

—Ya lo sé —dijo Yvonne—, ¡ese no es el problema! Pero toda una vida así, no puede ser, debería ir con cuidado.

—No ganamos mucho, ¿sabes? Él, como maestro, tiene un sueldo de miseria.

—Y tú —preguntó Yvonne a Colette—, ¿has encontrado a alguien?

—No…, no hay nadie.

—Han pasado cinco años desde tu divorcio.

—Y tu vecino —dijo Suzanne— ¿sigue asomando la nariz en cuanto su mujer no le ve?

—Dror es un manitas; me ayuda a arreglar los aparatos.

—Sí, vaya, a ti te gusta mucho cuando viene… Tomáis café…

—¡Os juro que está loca! ¿Adónde quieres ir a parar?

—Nada, nada…

—¡Es una lástima! —dijo Yvonne—. Los años pasan deprisa, ¿sabes?… Deberías buscar a alguien. ¿No hay nadie en Israel? ¿Algún divorciado?

—He conocido a gente, pero a mi edad no es fácil.

—Ven a Montreal —dijo Rachel—, yo te presentaré a mucha gente… En la comunidad —añadió después de una mirada severa de Suzanne—, hay muchos que están muy bien, ¿sabes?…

—¿Judíos?

—Escucha, cuando yo me casé con mi exmarido, su familia era religiosa pero fuera de casa comían carne de cerdo, y yo…, a mí no me habían educado así, y cuando me divorcié me dije: ya estoy harta de la hipocresía, y mira, ¿sabes qué? John es mucho más respetuoso con mis valores que Marc, que se creía que todo le estaba permitido. De golpe, volví a ser yo misma. Como era con mis padres.

—Pero tú qué eres exactamente: ¿judía? ¿Quebequesa?

—Quebequesa, no lo sé. Yo nunca me sentiré quebequesa, hablo inglés con un acento… Pero es verdad que frecuento más el ambiente quebequés que el marroquí. He pasado más tiempo allí que en Marruecos, ¿te das cuenta? Ya no me siento una emigrante. Y al mismo tiempo, ante los verdaderos quebequeses como John, me siento marroquí. ¡Nunca me he sentido tan marroquí como desde que vivo con él!

—En cualquier caso, yo no podría vivir allí —dijo Colette—, hace demasiado frío. Yo necesito el sol. Incluso cuando voy a París, me parece demasiado gris.

—Frío o no, algún día tendrás que rehacer tu vida —dijo Yvonne.

—¡Tú —dijo Suzanne—, mira quién habla! ¿Es que tú has rehecho tu vida?

—No es lo mismo, yo vivo en Marruecos —dijo Yvonne, engullendo un makroud—. Allí ya no quedan muchos judíos. ¡Y además, yo sigo estando casada!

—Deberías dejar de comer tanto —dijo Suzanne—. Acabarás explotando.

—Déjame, la comida es el único placer que tengo en la vida.

—¡Deja de quejarte y haz algo! ¡Vete!

—Ese es mi país. Y también es el vuestro. La nacionalidad marroquí no puede adquirirse, pero tampoco puede perderse. A mis hijas las enviaré a estudiar a Francia o a Canadá.

—¿Por qué no a Israel? —dijo Colette.

—No, Israel no es bueno para nosotros.

—¡No, pero eso ha cambiado! Los sefardíes ya no viven todos en el desierto de Dimona. Tienen puestos importantes en todas partes, incluso en el ejército. Mira el hijo de Bouzaglo.

—Isaac Bouzaglo, ese sí que lo pasó mal —dijo Colette.

—Tuvo lo que se merecía —dijo Suzanne.

—¡Vaya! Parece que tengas algo contra él —dijo Yvonne—. ¿Recuerdas que estaba muy enamorado de ti?

—¿Adónde quieres ir a parar?

—¡Estaba enamorado de ti! ¡Al menos, ibais a casaros! —dijo Yvonne.

—Sí, eso fue hace mucho tiempo…

—Yo me acuerdo de vuestra henna, en casa. ¡Mamá había hecho un cuscús extraordinario! Especialmente bueno. No entiendo qué pasó.

Hubo un silencio.

—Pues sí, ¿qué pasó? —preguntó Rachel.

—Pasó que ese día conocí a Moïse. No le había visto nunca. Isaac no me lo había presentado… Y ya ves, fue un flechazo. Al día siguiente, rompí con él. Probablemente es lo mejor que he hecho en mi vida.

—Pero bueno, para ti debe de haber sido raro cuando Esther salía con Noam.

—¡Salir! ¿Salir con quién? —exclamó Suzanne, sofocada.

—Creo que has metido la pata —murmuró Yvonne.

—¿Puedes repetirlo: Esther salía con quién? —dijo Suzanne con la voz tomada.

—Bueno, durante un verano, hace dos años, se vieron.

—¿Se vieron cómo?

—Solo se vieron —dijo Colette—. Se hicieron amigos.

—¿Tú cómo lo sabes?

—¡Vinieron a mi casa!

Suzanne se calló de repente, con aire abatido. Miró a derecha e izquierda, y se puso pálida.

—¿Estás bien, querida? —dijo Yvonne—. Parece que no te encuentras bien.

—Creo que voy a marearme.

—Toma, come un poco de azúcar —dijo Sol, que acababa de llegar.

—Noam es un chico estupendo —dijo Colette—. Yo le conozco bien. ¡Y de todos modos, no es él quien se casa con ella, que yo sepa!

—Esta idiota de Esther —dijo Suzanne— nunca ha sabido escoger a sus pretendientes. ¿Al menos no pasó nada entre ellos?

—¿Cómo, pasar? —dijo Colette—. Eran buenos amigos.

—Quiero decir…, en fin…, sabes lo que quiero decir, ¿no?

—Quieres decir, si han…

Suzanne dijo que sí con la cabeza.

—¡No, no! —dijo Colette, que en el fondo no sabía nada—. Seguro que no. Se veían, y ya está.

—Ah… —dijo Suzanne, con expresión de alivio.

—Además —añadió—, él está aquí, Noam. Acabo de verle hace un rato. Eso demuestra que no ha pasado nada serio entre ellos.

—¿Qué? —exclamó Suzanne—. ¿Él está aquí? Hay que asegurarse de que Noam no se acerque a Esther. ¿Puedo contar con vosotras?

—¡Querida! —dijo Yvonne—. Claro que puedes contar con nosotras. Pero esto se está complicando un poco. Explícamelo, si no quieres que Esther se case con Charles, ¿por qué hay que impedir que vea a Noam? No quieres que tu hija se exalte, ¿es eso?

—Pues no, no es eso.

Hubo un silencio.

—Isaac ha debido de guardarte rencor, cuando menos —dijo Rachel.

—¿Guardarme rencor, por qué?

—Después de vuestra ruptura.

—Estuvo muy resentido con los dos, luego conoció a su mujer y nos reconciliamos, ¡solo con decirte que Moïse fue testigo en su boda! No, la verdad es que no hay problema… Por suerte, además, ¿te das cuenta de la

vida que hubiera tenido si me hubiera casado con él? Me hubiera ido con él a Israel.

—¿Y qué? —dijo Colette.

—¡Me habría divorciado! Me habría quedado sola, como tú.

—Yo —dijo Yvonne— he comprendido que no podría vivir sola. Ya ves, la verdad, no me hubiera gustado estar sola cuando me puse enferma.

—¡Como si ese individuo hubiera estado allí para ayudarte! Te recuerdo que soy yo quien se ocupó de ti. Toda la convalecencia la pasaste en mi casa. Mientras que —continuó Suzanne—, cuando yo tuve la hernia, no vino nadie. Nadie. Me quedé tirada. Ninguna de mis hijas estuvo allí, en la cabecera de mi cama. En cuanto a ese tipo, no estaba, como siempre, su forma de emplear el tiempo no cambió en nada. Me quedé completamente sola en la cama del hospital.

—La próxima vez, iremos —dijo Rachel, antes de darse cuenta de la metedura de pata que acababa de cometer.

—¡Cómo la próxima vez! ¡Es eso lo que me deseas, eh!

—¿Qué le pasa a esta? ¿Qué, Ne'ebibask, qué tienes, Suzanne? —dijo Sol que volvió con una bandeja de pasteles—. Ven, hija mía…

Sol se sentó a su lado y cogió entre sus brazos a Suzanne que, en aquel momento, sollozaba como un bebé sobre el pecho de su madre.

—Pero ¿qué le habéis hecho? —dijo Sol—. Vamos, hija mía. Es el mal de ojo… Ya empieza, lo veo venir…

Suzanne la miró de pronto, asustada.

—¡Ya basta, mamá, con tu mal de ojo! ¡Eso es una tontería! ¡Cállate! ¡Acabarás por atraerlo!

—Es la maldición —continuó Sol, con aire resignado—. Es la maldición…

—¿Qué maldición? —dijo Suzanne, cada vez más afectada.

—Yacot está ahí…

—¿Quién es Yacot?

—¡Vamos, hija, es la abuela de Charles! ¡La mujer de Jacob! La maldición… Te digo, hija mía, que el mal de ojo está ahí. Sobre nosotros. ¡Sobre ella!

Capítulo 8

El novio sefardí

Con su corona dorada, Esther parecía una princesa oriental. Una novia sefardí, como si ese fuera su destino. Las pulseras de la Semana entrechocaban en sus brazos, y los grandes aros de oro se mezclaban con su cabellera oscura, derramada sobre sus hombros. El cabello de Esther evocaba el paraíso perdido de los jardines orientales con estanques inmaculados. Ella se lo había cortado corto muchas veces, pero le volvía a crecer tan deprisa, que había dejado de luchar contra su vigorosa fuerza. Había acabado por dejarlo en estado salvaje, mientras soñaba con las cabelleras dóciles de las modelos de las revistas.

Con un paso que quería ser ligero, pero ralentizado por su vestido, Esther avanzó hacia la gran sala donde se apiñaban ya los invitados. Varias personas se le acercaron, para abrazarla, para besarla, para pellizcarle la mejilla, felicitarla por su belleza, su elegancia, y llamarla «Lalla».

La orquesta de cuerda empezó a tocar melodías judeo-árabes. Instintivamente, Esther buscó a Charles con la vista… pero él aún no había llegado.

Su madre lanzó miradas violentas hacia las mujeres que empezaron a bailar, hacia la familia política y sobre todo hacia la suegra, que estaba junto a Esther.

La ceremonia de la henna iba a empezar por fin. En la estancia, las mujeres se afanaban en traer la mixtura naranja, cuya virtud es proteger a la persona, crear una muralla entre el cuerpo en el que se unta, y los elementos exteriores dañinos que son los demonios, el mal de ojo o la enfermedad.

En ese instante, extrañamente, Esther creyó en ello. Observó la pasta con los colores de las especias de la dafina, azafrán, pimiento, cúrcuma. Ese polvo, disuelto en agua de azahar, que exaltaba los sentidos, iba a marcar su piel durante varias semanas.

Embelleciendo sus manos durante la ceremonia de la henna, la novia buscaba hallar favor a ojos de su marido… Según la costumbre, la ceremonia de la henna hacía que la joven pasara del estatus de prometida al de recién casada. Después de este rito, todos los eventuales pretendientes debían perder toda esperanza de obtener promesas de matrimonio.

Ese es el momento que escogió Yacot Tolédano para irrumpir en el patio. Vestida con una chilaba ancha de satén rojo avanzó, erguida y orgullosa, entre los invitados. Se quedó inmóvil un instante, y buscó a Sol con la mirada.

Sol, sentada con las ancianas alrededor de la henna, la vio a su vez. Durante un instante, Esther se dijo que ambas iban a lanzarse sortilegios, a pelearse, que iba a producirse una escena de una increíble violencia. Pero no. Se acercaron. Imperceptiblemente y, contra toda expectativa, se echaron una en brazos de la otra. ¡Se felicitaron en árabe, como si nunca hubiera pasado nada, como si fueran las mejores amigas del mundo! ¡Ah, las mujeres sefardíes! ¡Ah, la hipocresía con la que son capaces de abrazar tiernamente a su peor enemiga, justo después de haberle deseado la muerte! Oh, extraña dulzura sefardí, tan cercana al dolor.

Entonces Sol decidió proceder con la ceremonia. Colocó la tela en el hueco de la mano de Esther. La recubrió con un poco de henna, después envolvió la mano con una cinta de seda, el tiempo de que la henna impregnara y le marcara la piel con un punto naranja.

Inmediatamente, la música tradicional llenó la sala, una armonía de trinos ancestrales que revitalizaba el pacto con Oriente, prendiendo el cuerpo con la danza en un protocolo inmemorial. Música cargante y suave, chirriante, a veces, repetida siempre como una plegaria, una larga letanía que llevaba el alma y el cuerpo a un viaje extasiado hacia ritos olvidados, mensajes procedentes del abismo de los tiempos.

Las mujeres empezaron a bailar al son del ritmo adecuado a cada movimiento, dejando gran parte a la improvisación. Entre los instrumentos,

cuerdas pellizcadas o rozadas, era el oud quien dominaba: ese violín capaz de evocar en solitario todo el Oriente, que había exasperado los oídos de Esther cuando lo oía en los discos chirriantes que su padre le ponía en la infancia. Pero esa tarde era distinto. Esa música cautivadora la embrujó. Entregada a su magia, contempló a los asistentes.

Allá donde mirara, solo veía sefardíes. Sus caras morenas, sus ojos oscuros, sus sonrisas, sus estallidos de risa, sus gestos afectuosos, sefardíes. Sus miradas de reojo, sus mentiras, sus abrazos, sus carantoñas. Sus golpes velados, su hipocresía, sus lágrimas de felicidad, sus miedos, sus ojos de niño, sus sonrisas, su ingenuidad. Su forma de decir «no» para decir «sí», de decir «sí» para decir «no», su picardía, su astucia, su amor por la vida mudable, cambiante. Sus historias sin fin, sus burlas, su ironía a veces mordaz, a veces hiriente. Sus verdades y sus mentiras, máscaras de su alma atormentada, de su vida de conversos, sus tapujos, sus secretos. Sus negociaciones, sus mercadeos, sus negocios internacionales, su interés por el dinero y su profundo desinterés por el dinero, su generosidad, su grandeza de alma, su humanidad. Su humor, como una forma de vivir y de comunicar, como una segunda naturaleza. Su vanidad, su altivez de sefardíes, su terrible orgullo herido para siempre al mínimo comentario. Sus estados de ánimo, sus grandes alegrías, su desesperación. Sus palabras de amor, sus gestos de amor, su amor desbordante. Sus gestos desbordantes, sus corazones desbordantes, sus regalos, sus dulces. Con ellos, todo desbordaba. La emoción, la alegría, la ansiedad, la fatiga, la tristeza, la ternura, la bondad, la repostería, las bandejas, los vientres…

Sus familias, tribus dispersadas y congregadas por las fiestas, los nacimientos, las bodas y las muertes. Sefardíes, unidos para siempre en sus exilios infinitos, con su corazón como única patria.

¡Cómo se parecían! Tenían la misma estatura, o casi. Tenían la tez mate, los rasgos finos, los ojos negros, y a veces extrañamente azules, el cabello oscuro, pero siempre ese aire de familia que provenía de la disposición de los ojos, de la nariz y de la boca, como los personajes de El Fayed. Tenían el mismo acento, ya fuera fuerte o apenas un amago, pero siempre con la misma cantinela. Se sentían unidos al rey de Marruecos desde Mohammed V, a la cultura y a la sociedad marroquíes, y les encantaba

comentarlo. Todos ellos nostálgicos de Marruecos, orgullosos de su identidad, a gusto en Marruecos, a gusto en Francia, en los aviones o en los barcos, se sentían en casa en todas partes del mundo. No tenían miedo del juego político, y eran excelentes estrategas. Se hacían querer por todos, porque tenían un sentido excepcional del contacto humano. Eran cálidos y simpáticos, terriblemente comunicativos. Siempre en la emoción, el énfasis, la sensación. La risa, la alegría y las lágrimas. Naturalmente, había diferencias. Los que venían del sur, supersticiosos y apasionados de los santos, peregrinaban a sus sepulcros. Si venían del norte, estaban anclados en la cultura judeoespañola, con un carácter andaluz: abiertos, pero altivos, orgullosos y susceptibles. Si venían de la costa, de Rabat o Casablanca, estaban abiertos a la modernidad, como europeos. Si eran de Meknes, de los confines del Atlas, tenían un espíritu montañés, provinciano. Si eran de Fez, presumían de cultura, de una vida laica y de una organización comunitaria. Pero en el fondo, eran los mismos.

Como sus ancestros, sabían hebreo, leían perfectamente la Torah, conocían los versículos y la puntuación de los textos, tenían un abuelo rabino, interiores atiborrados de objetos, de alfombras. Cuando tenían un invitado, aunque fuera imprevisto, le servían té y pasteles que tenían siempre en algún sitio del armario de la cocina. Disfrutaban con los guisos agridulces, y se morían por un té a la menta. Iban a las fiestas para divertirse, pero sobre todo para comer, porque, para ellos, comer era uno de los valores fundamentales de la vida. Si el banquete era bueno, se extasiaban con grandilocuencia.

Los sefardíes… dulces y salados, agridulces, divertidos y nostálgicos, generosos y orgullosos, sinceros e hipócritas, los sefardíes, entre risas y llantos…

Ella estaba allí, encorsetada en el traje tradicional, extranjera entre ellos y familiar sin embargo, prisionera de sus orígenes. Estaba allí, esperando, como la esposa oriental, al hombre que había prometido casarse con ella y que no era otro que un sefardí.

Con todos los estigmas pegados a la piel, la música, la danza, el té, la superstición, como esa henna que marcaba con un sello rojo la palma de la mano cerrada. La emoción le oprimía la garganta como una tenaza.

Las mujeres hacían ondular sus caderas con amplios giros, de derecha a izquierda, de izquierda a derecha. Una de ellas bailaba particularmente bien. A su alrededor se formó un grupo. Esther se vio sumergida por la sensualidad de la bailarina, cuyos contoneos recordaban la concepción y la celebración del amor.

Luego pensó en Charles, en sus embustes, en sus triquiñuelas, sus hipocresías a veces. ¿Le había mentido ya? ¿Qué escondía? ¿La amaba? Claro que la amaba. Desde el día en el que se habían reencontrado por casualidad, quince años después de haberse perdido de vista, ya no se había separado de ella. Cuando pasaron unos meses distanciados, él había sufrido, aunque no lo aparentara en absoluto.

Existían esas palabras, las palabras del novio sefardí, miel para los oídos de la novia, cuando la cogía por la cintura y la levantaba, muy alto, y entonces ella se sentía de nuevo como una niña. Palabras llenas de compasión, de amor y de agradecimiento. Sonrisas del novio sefardí, en las que son los ojos quienes sonríen, después de la noche, asombrados, felices, prendados. Es el amor quien sonríe, cuando los ojos del novio se posan sobre el rostro de la novia enamorada, temerosa en su amor, cuando la devoran antes de devorarla, cuando estos, con actitud masculina, toman posesión de ella antes de desvirgarla, cuando se embarcan ya en abismos profundos, torrentes de bondad, generosidad de la mirada del novio quien, en su profundidad, simpatiza con su novia, para ser también su amigo, su hermano, su alma gemela, calidez enamorada y amor cálido del novio, que es a la vez madre, padre, hermano y amante. En esa mirada del novio sefardí está todo el sentido de la vida, un secreto transmitido de generación en generación. El amor como una tradición, una bendición, un abrazo humano y social a la vez que amorosa ternura, ya que en el novio sefardí hay un padre que abraza a su hijo, protegiéndole para siempre de todos los males de la vida.

Y las palabras del novio sefardí: ya solo existes tú en el mundo, ya nada más, nadie más, y todo el resto no es más que dolor, tardanza, pesadez, separación de ti y de mí, ya no hay nada más que tú, tú eres el objeto de mi único pensamiento, tú me apasionas, me preocupas, me inquietas, me irritas.

Palabras gloriosas y dichosas en el tierno entusiasmo del amor naciente: tú, que tienes los ojos más bonitos del mundo, ¿quieres contármelo todo?, tú eres la mujer más bella del mundo, ¿quieres compartirlo todo?, tú me gustas, lo sabes, tú me colmas, yo te adoro, ya no te alejarás más, yo estoy muy cerca de ti, ya no puedo estar sin ti. Palabras de amor que saben alabar al corazón amado, estoy loco por ti, tienes poder sobre mí, y las palabras no expresarán jamás la fuerza de mi amor.

Amor del novio sefardí, y junto a su aliento, a su aroma embriagador, ella se convertía en el receptáculo infinito de él, enamorada, con los ojos abiertos, ella estaba infinitamente cautivada, estaba muy impresionada, paralizada de amor, sin atreverse a moverse, por miedo a provocar una ola sobre la eternidad, era ella la gran imbuida de su aliento de amor al descubrirle, cubriéndole con el gran manto del amor, era ella la adoradora, actriz de sus delicias, embelesada, desgarrada, caprichosa de la felicidad escondida en el hueco de un cuello, era ella la perturbada, atónita ante los sobresaltos del amor, le gustaba tanto cuando él decía: es delicioso… Cuando él decía: gracias, gracias, decía él: te entregas a mí, gracias, gracias.

Movimientos del novio sefardí dentro del cuerpo de la novia, la mitad de su cuerpo, la mitad de su corazón, la mitad de su alma, mitad de ella, que solo vivía por él, para él.

Abismo de la novia sefardí, cuando él se extenuaba en la profundidad de sus brazos, y decía, muy bajito: mira, mírame. Cuando él declaraba: eres el sentido de mi vida. Y decía otra vez: gracias, gracias.

En la cama, de noche, ella no dormía. Le miraba, como una centinela, velaba su sueño, él soñaba, sus ojos se movían, y ella quería saber por qué, no se atrevía a despertarle, a tocarle, le miraba, demasiado emocionada para dormir. El cuerpo del novio sefardí… Cuerpo sólido, moreno, animal, de gran virilidad, carnal y velludo, con aromas de almizcle y de sándalo. Ojos cerrados, pestañas largas. El novio dormía en su serenidad de hombre feliz, orgulloso del deber cumplido. Este no era el cuerpo enclenque y canijo, rojizo e imberbe de los novios asquenazíes, que no dormían mucho, ellos, obsesionados como estaban por pesadillas largas y angustiosas. Este era un cuerpo mate, en bruto, con una postura de reposo feliz. Pensamientos

secretos de la novia sefardí… de amor paralizado, respetuosa, devota de su permanencia.

Oh, sefardí, a la vez fuerte y brutal en su seguridad masculina, y firmemente tierno. Violento en la dulzura, dulce en la maldad, poderoso en su fragilidad. A la vez amo y sirviente, profesor y discípulo, que destaca en el acto del amor pues el amor no es más que generosidad. Y he aquí que todas las sabidurías ancestrales y tradiciones cabalísticas del dar y el recibir se conjugan en el movimiento de amor del novio hacia la novia. Y he aquí que la novia se transforma ella misma en don, y todo su cuerpo se convierte en caricia. Y he aquí el sefardí que reinventa el amor en su grandeza y su nostalgia, su ligereza y su profundidad, su belleza surgida de la nada. He aquí el sefardí que orientaliza el sentimiento en pleno Occidente, que prefiere la amistad a la pasión, la felicidad a la desgracia, la plenitud al abismo, que vive con orgullo su condición de enamorado, pregonando su amor sin parar, cantándolo, celebrándolo a la mínima ocasión, y he aquí al sefardí que da a sus arrullos su carta de nobleza, su sentido místico y sus palabras líricas, dulzura sobre la amargura, miel sobre el cemento, azúcar sobre las llagas y las heridas. Idealista, desconfiado, fogoso, recupera sin vergüenza el estandarte del amor. ¡Orgulloso de ser un hombre, amante de las mujeres, protector y dominante, prevaleciendo sobre la enamorada con su sombra tranquilizadora, el sefardí!

Oh, susurros de la novia al novio, Charles novio, único, tesoro de mi corazón, piedra angular de la vida, alma, quienquiera que seas, allí donde estés, espérame que voy hacia ti, te he entendido, he entendido quién eras, oh, sefardí.

¿Por qué él no estaba allí? ¿Qué significaba su ausencia? ¿Qué hacía?

Las gotas de sudor perlaban su frente, ella ya no reconocía a nadie. Se sentó y bebió el vaso de agua que le tendió una anciana de ojos amarillentos. Charles se retrasaba, como siempre. ¡Llegaba tarde a su propia boda, oh, sefardí! Esther se despojó de la cinta que le rodeaba la palma de la mano, sobre la que ahora estaba impresa la marca de la henna. Se sentía siempre tan extraña…, y de pronto la sala le pareció un lugar precintado donde tenían lugar los secretos más oscuros. Ese de Sol y de su primer

matrimonio con Jacob Tolédano, el de la agonía de su madre ante su vestido, el del tesoro de su padre, el de Charles y de su angustioso retraso.

Entonces le vio.

Al lado de su padre Michel Tolédano, de su hermano Ary Tolédano, y de su abuelo Jacob Tolédano, él estaba allí, con aire sereno y distendido, con la sonrisa en los labios, como si nadie le esperara. Charles.

Libro II

Capítulo 1

Charles Tolédano

Hay un plato que resume el mundo sefardí: la *skhéna*, o mejor *tfina* que significa «la fogata». La palabra viene del árabe *dafina*, que quiere decir «extinto». Este plato, que todas las abuelas judías marroquíes preparan todos los viernes en París, en Be'er Sheva, en Casablanca o en Montreal, varía según recetas transmitidas de boca en boca, y de madre a hija. Cada una tiene sus especialidades, sus secretos, su toque personal, pero los ingredientes son siempre los mismos: pechuga, garbanzos en remojo toda la noche, huevos, patatas, boniatos, arroz, trigo, una cabeza de ajos entera, y especias, sal, pimienta, azafrán. Y también, según las variantes, páprika, pimentón, canela, comino o cilantro, llamado en árabe *kherkoum*, la especia principal de la dafina que le da el color teja y su particular sabor. La mezcla se cuece en una gran marmita, sobre la placa eléctrica del sabbat, encendida la víspera. Cada alimento adquiere entonces el gusto de los demás, envuelto en especias, ajo y cebollas. Después de ese plato contundente, del que cada elemento por sí mismo es un manjar, hay que beber imperativamente un vaso de té a la menta y dormir la siesta.

Toda la infancia de Esther había estado acompasada por la dafina de su madre, el sabbat al mediodía, y su padre la degustaba pensando en la dafina de su madre, y su madre la comía repitiendo los gestos de su propia madre, aunque pensara que su dafina no era tan buena, y cuando Esther se fue de casa, telefoneó a su madre para conseguir la receta de la dafina, pues la echaba en falta, sentía necesidad, tenía nostalgia. Pero la dafina que ella preparaba no era como la dafina de su madre, no era bonita, era muy blanca porque no había cocido lo suficiente, mientras que la de su madre era

dorada, tostada y crujiente, casi negra a veces, lo cual representa la cumbre de la dafina. Pero una no aprende a prepararla de un día para otro, las madres y las abuelas no dan la receta de una sola vez, hay que merecerla, a base de pedirla y volverla a pedir, y a veces en eso se tardaba años, después de haber hecho una encuesta para cotejar la información de tías y primas, y luego hay que conocer bien el propio horno, o la placa del sabbat, ya que es importante saber cómo cuece. Y para obtener un aspecto tostado, cada una tiene su secreto: añade pasas, o dátiles, o incluso una bolsita de té negro. El color es tan importante como el sabor, y los iniciados conocen el color justo y distinguen una buena dafina de una dafina insípida.

Todos, familia y amigos, esperaban en las mañanas del sabbat descubrir la dafina del día. Nunca era la misma, y la comida empezaba con los comentarios, gusto, color, textura, sabor, que suscitaba indefectiblemente. La dafina, plato concebido específicamente en función del ritual del sabbat, se convertía casi en el sabbat. ¿Existía un sabbat sin dafina? En Marruecos, eso era impensable, incluso durante el calor sofocante del verano. Un sabbat sin dafina era un sabbat sin sabor. En ese mundo en el que la cocina era ley, la dafina, plato abundante, simbolizaba también la familia, padre, madre, primos, hermanos, hermanas, amigos. Era impensable prepararla para una persona sola. La dafina era también el símbolo del tiempo invertido en conseguir la excelencia, una filosofía de la vida; congregaba ella sola la totalidad de los valores del mundo sefardí: el compartir, la convivencia, el alimento, el tiempo que se expande hasta el infinito en la despreocupación y la gratuidad, la familia, la religión, la abundancia… Inútil entonces dar conversación, esta se instauraba, con naturalidad, sin trabas, sin silencios, cálida, familiar, relajada: y muy a menudo, trataba sobre la dafina, y poco importaba lo que se dijera, pues estaban todos juntos. La dafina permitía la abundancia y la exuberancia en la pobreza, ya que no era cara, porque sus ingredientes eran muy simples. Era sin duda un plato procedente del mundo beréber, adaptado a las leyes y a las costumbres judías.

Aunque su dafina estaba lejos de poder compararse con la de su abuela, Esther tenía al menos el mérito de conocer la receta, pues entre las mujeres de su generación eran raras las que sabían cocinar la dafina, fundamento de la familia, institución, pilar del judaísmo sefardí. La suya no era como las

de su madre y su abuela pues ella, por miedo a perder la línea, intentaba no poner demasiado aceite. El plato era menos graso, menos untuoso, menos pesado, menos sabroso. Pero cómo se les había ocurrido a sus antepasadas preparar un plato con patatas, huevos, arroz, trigo, garbanzos y carne, en suma, la antítesis de la cocina moderna, sobre todo en un país donde hace tanto calor. ¡Qué locura! La de su madre estaba hecha según los cánones, pero ella nunca tenía tiempo de preparar el relleno de almendras de la carne, que les gustaba añadir a los verdaderos puristas. La de su abuela Sol era perfecta. Especiada, cremosa, con un color marrón oscuro casi negro, untuosa y sabrosa; pero ella no revelaría su secreto ni por todo el oro del mundo, se lo llevaría con ella a la tumba.

Y la de Arlette Tolédano, la madre de Charles, no era menos buena. Ella también tenía sus secretos, y su manera de prepararla, con sus especias y sus colores. Para Charles era un gran placer ir a comerla el sábado al mediodía. Para él, era como la leche materna que no dejaba de manar, nunca igual, nunca distinta del todo. Charles adoraba a su madre, y adoraba su cocina, por la cual seguía ligado a ella como por el cordón umbilical, y ella lo sabía, ella que solo tenía ojos para su hijo.

—¡Vaya, una fiesta! —exclamó Charles, con aspecto feliz.

Barrió la sala con una expresión satisfecha que detuvo en los *fazuelos*. Una amplia sonrisa apareció en su cara y entornó sus ojos de largas pestañas que emitían un brillo entre soñador y dichoso, con esa mirada aterciopelada que no pertenecía a nadie más que a él.

Pensó en Esther y la buscó con la vista. La amaba desde niño. En la sinagoga, perseguía sus ojos y cuando sus miradas se cruzaban, su corazón se estremecía. ¿Era en él en quien ella clavaba sus ojos negros? ¿O en su hermano, o en otro, quizás, al lado de ambos? Se consideraba indigno de ella. Él era un mal estudiante, ella era buena en clase.

Él había llegado tarde a Estrasburgo con sus padres. Desarraigado en esa ciudad del norte, admiraba que ella se sintiera perfectamente a gusto, y que conociera a todo el mundo. Habían hablado por primera vez bastante después, durante ese famoso aniversario, pero ella no había acudido a la cita que él le había propuesto. Ella seguía siendo inalcanzable. Él pensaba que era demasiado buena para él, y que nunca querría nada con él.

La vida de Charles Tolédano era un divertimento perpetuo que él había convertido en un oficio. Él conocía, en el fondo, toda la tragedia sobre la cual estaba fundada su capacidad para reír, pero no la dejaba ver; era demasiado orgulloso para desvelar sus fallos. Había decidido seducirla en un arrebato, sin confiar en ello. Se sentía colmado y le había costado enfrentarse a ese bonito regalo de la vida, e incluso había intentado huir. Pero volvía, siempre, como si estuviera atado a ella por un hilo invisible. Estaba confabulado con ella, con el corazón y con el alma. ¡Era tan guapa, tan apasionada, tan frágil! Y a él le gustaba ser quien calmaba sus fobias y desataba sus inhibiciones, y se maravillaba. Él quería ser aquel que la liberaría, aunque a veces se sintiera frágil bajo su apariencia viril; él no estaba menos angustiado que ella. Él se había emancipado de sus cadenas, de su familia, de su padre con quien mantenía una relación de rivalidad, de su madre que se negaba a que partiera lejos de ella y no había comprendido que había crecido…, su madre que le era tan preciada como la niña de sus ojos. Mantenerla a distancia no estaba exento de fricciones, de remordimientos, de quejas a veces. Él soñaba siempre con la familia unida y cariñosa de su infancia. A los veinte años se había rebelado contra el orden paterno con violencia, había roto con el apartamento familiar, porque se ahogaba bajo el yugo, porque tenía necesidad de ser él mismo y no podía serlo sin destrozar el vínculo fusionista con sus padres, con su madre en particular. Ella era él y él era ella. Él pensaba que ella lo había querido así a causa de las generaciones de mujeres que vivían a la sombra del hombre y con la frustración de ser mujeres. Para ellas, dar a luz a un varón era una realización, y era también una ocasión de tomarse la revancha, de convertirse en hombre en cierto modo, de vivir esa vida secretamente envidiada a través de él. Pero también de no dejarle marchar más ya que, sin él, ella ya no existía.

Esa familia no podía ser más que un fantasma, esa era la razón por la cual él prefería reír. Porque era una carga demasiado pesada para sus hombros, porque tenía la necesidad de liberarse, y ¿qué mejor que la risa que hace que todo pase, que no conoce ningún límite ni ninguna norma, que permite decirlo todo, como por arte de magia, e incluso y sobre todo lo indecible? En el fondo del corazón de Charles, habitaba todo lo contrario a

la risa: la desesperación, la tragedia, el sentido de la fatalidad y del destino, eso a lo que no se puede escapar. Pero eso, Esther no podía entenderlo. Ella estaba tan metida en la vida…; no podía dejar de expandir sus límites e ir más allá de lo que él creía inalcanzable. Ya fuera el amor, en el que Charles ya no creía cuando se había cruzado de nuevo con su mirada, en esa famosa boda donde había vuelto a verla, o en el trabajo. Ella le decía que trabajara, mientras él hacía el payaso. Ella era el aguijón de su vida, que le empujaba a sus últimas trincheras. Con ella, en general, él no era divertido, era serio, atento, cariñoso, sabía que en ese caso se jugaba algo capital, decisivo para su vida.

Charles llegaba tarde. Ella debía de estar angustiada por no verle. Ciertamente debía de estar enfadada con él. La temía; tenía miedo de sus enfados, de sus angustias. La temía como cuando, de niño, temía los enfados de su madre. Ella tenía tal ascendente sobre su persona que a veces eso le daba miedo, él que era tan apasionado de la libertad. Charles no había podido prevenirla de su retraso por culpa de esa cita en la playa, que le había llevado más tiempo del previsto. Se palpó el bolsillo de la americana. El preciado paquete seguía allí, pegado a él.

Esther le observó, aunque él no la había visto aún.

Estaba justo detrás de Charles, y podía contemplarle a voluntad. Alto, guapo, con la piel mate, el cabello y los ojos oscuros y un cuerpo recio, desprendía un aura, un poder de atracción tal, que cuando entraba en una habitación esta parecía organizarse en torno a él. Había en él una curiosa mezcla de fuerza bruta, animal, y de sensibilidad extrema. Observaba con agudeza todo lo que pasaba a su alrededor, y era como si intentara retenerlo todo, constatarlo todo. Se fijaba en el mínimo detalle: nada escapaba a su mirada vivaz, penetrante.

Esther se emocionaba siempre que le veía, no sabía por qué su presencia tenía tanta influencia sobre ella, que se sentía muy pequeña frente a él. Tenía miedo de no parecerle guapa ese día, o cansada, o mal vestida. Se preparaba siempre durante una hora antes de ir a verle, para seguidamente poder relajarse y gustarse en la mirada de su amado. En este instante, más que en cualquier otro, estaba emocionada y angustiada por lo que le había dicho su abuela, por lo que le había transmitido su madre, y por lo que su

hermana había añadido. ¿Cuál era la razón de su retraso? ¿No había suficientes miradas dirigidas hacia ella para que él fuera puntual, al menos una vez, el día de su boda? La cólera y el amor, simultáneamente, dividían su corazón atravesado por emociones mezcladas, incontrolables. Esther tenía ganas de estrecharle en sus brazos y, al mismo tiempo, de abofetearle y pedirle cuentas, de gritarle su rabia. Le reprochaba haberla dejado sola en medio de todas esas mujeres, de sus fantasmas y de su pasado.

Pero cuando los ojos de su novio se posaron sobre ella, sintió que el corazón se le derretía en el pecho, y espasmos en el vientre, como si fuera la primera vez.

Antes de que Esther pudiera acercársele, en el momento en que él la vio también, tranquilo e inquieto a la vez, Charles fue arrollado por un grupo de ancianos marroquíes que le rodearon, pellizcándole la mejilla como si tuviera diez años. Él les sonrió.

Sus cejas arqueadas y sus largas pestañas dibujaban sombras sobre sus pronunciados pómulos. Esther amaba su boca de labios carnosos, su cuerpo robusto aunque esbelto, y su corazón se puso a latir más aprisa.

Charles era tremendamente seductor. Era el encanto mismo, respiraba gentileza y bondad. Era todo oídos y sonrisas. En la radio, sobre el escenario, con las mujeres o con los hombres, en público o en privado, Charles seguía siendo un seductor. Su arma era su sonrisa. Una sonrisa de alegría, de bondad. Cuando sonreía, sus ojos, ligeramente entornados, sonreían también. Todo el mundo tenía ganas de ser su amigo. Esa energía cálida que él sabía comunicar provocaba su éxito. Tenía una presencia tal, que eclipsaba a todos los que le rodeaban, incluso cuando no decía nada. Pero eso era raro, pues a él le gustaba hablar y hacer reír. Esa era su forma de dar.

Antes de encontrar a Esther, había tenido bastantes «amantes» en su vida, una libreta de direcciones llena de nombres femeninos a quienes citaba cuando le apetecía, pero que también eliminaba muy rápidamente. Aunque había llegado a ser un maestro en el juego de la seducción, no se había arriesgado jamás con el amor.

Payaso, cómico, bufón, jugaba a menudo con las facetas de un personaje a quien los judíos marroquíes le tenían cariño, y sobre quien

contaban anécdotas durante noches enteras: Joha, el imbécil, o más exactamente el falso ingenuo, que finge ser más tonto que todo el mundo, cuando es el más astuto. Ese personaje, adorado por todos los marroquíes, bajo su apariencia simple y rústica, era astuto y manipulador, y la truculencia de sus historias procedía de sus reapariciones, debido al hecho de que todo el mundo era víctima de su doble juego. Charles tenía también una paleta de personajes nacidos de la observación de lo cotidiano, funcionarios demasiado celosos, machistas, ancianas hurañas. En sus monólogos se burlaba de la cultura sefardí, de las madres judías, de los hijos judíos que no conseguían despegarse, de los padres y los abuelos sefardíes que intentan en vano integrarse poniéndose en ridículo. Emitía un severo juicio sobre los marroquíes. Decía que para ellos todo estaba calculado, incluso el amor que prodigaban. En sus espectáculos, fustigaba a los maridos que se enfadaban con su mujer si no les servía pescado el viernes por la noche. Se burlaba de su orgullo, de su forma de tomárselo todo a mal.

Se había entregado a Esther y le había contado su angustia por vivir con sus padres que se peleaban constantemente; su madre, que les decía a sus hijos que ella solo se quedaba por ellos, su padre que quería irse, que hacía la maleta, su madre que le suplicaba que se quedara, que volviera. Charles, que había concebido con horror las relaciones de poder, las historias y las broncas, deseaba encontrar las palabras que distienden y tranquilizan, y de ese modo, había construido su vida en la risa y la broma.

—Yo prefiero quedarme al margen de todo eso —había dicho Charles cuando habían abordado el tema de la religión—. De todas formas, yo nunca sería rabino.

—¿Ya te han hecho esa pregunta?

—Como a todo judío marroquí, último de un linaje de sabios. En mi familia, lo fueron todos, de padre a hijo, hasta llegar a mi padre. Pero conmigo se acabó. ¡Mira esos fósiles con ese acento terrible, y quieren hacer creer que están integrados! ¡Tan orgullosos, cuando son una especie en vías de extinción! Eso es lo que provoca la antipatía por el marroquí. El rabino marroquí se deja besar la mano. ¡Su orgullo no tiene límites! El judaísmo en diáspora no tiene porvenir, y eso no es grave…

—Si todo el mundo dijera eso, ni tú ni yo existiríamos.

—Existiríamos con formas distintas. O no existiríamos. ¿Y eso qué cambiaría? Lo importante es vivir, aquí y ahora, obtener placer. Mi objetivo en la vida es llegar a obtener y dar el máximo posible.

Charles estaba perfectamente cómodo en la diáspora. Era eso que llaman, eso que los padres de Esther habrían llamado, no sin desprecio, un judío asimilado. Casarse con una «goy» no le habría supuesto ningún problema. No le aterraba perder sus raíces marroquíes, disolverse en el mundo.

—Pero ¿tú crees realmente que «el mundo» te quiere a ti? —le decía Esther—. ¿En qué mundo vives para no notar lo que ellos piensan?

Esther pensaba que a los ojos «de los demás», ellos serían siempre judíos. Aunque lo aparentaban, nunca formarían parte del mismo mundo. Aunque les invitaban a sus casas, nunca les admitirían, siempre serían judíos.

Charles reía ahora rodeado de un grupo de hombres de unos cincuenta años. Se dejaba coger por la cintura, hacía preguntas con el mismo acento, preguntas tontas con respuestas tontas, lo importante era cogerse del cuello y acabar con un buen abrazo, una carcajada, simplemente para demostrar que eran felices por estar juntos.

Y hete aquí a Charles rodeado de sus amigos: Dan, su amigo de toda la vida, David, su primo, Éric, William, que vivía en París con su mujer y su hijo, profundamente desencantado de la vida. Alegre banda de sefardíes, chistes sin fin, identidad masculina afirmada siempre más alto, más fuerte, con grandes estallidos de risas, de llamadas al abrazo, de gestos contundentes. Hombres felices de ser hombres, que consideran su masculinidad como un valor seguro, como una superioridad, pero que aman a las mujeres aunque les guste dominarlas. Hombres devotos de su cultura masculina, y aunque Dan era el único que tenía pareja, nadie se atrevería a hacerle ningún comentario. Porque a esos hombres de ahí, a esos varones, les gustaban las mujeres como gustan las comilonas, los buenos vinos o los buenos puros. Les gustaba mirarlas, analizarlas, les gustaba reunirse a hablar de ellas, comentarlo, mencionar sus conquistas y sus embates, sus hazañas, sabiendo que lo esencial, para ellos, estaba en otra parte: pero

¿dónde? Cierta parte sin duda en esa camaradería, esa amistad, esa virilidad compartida: en esa afirmación de sí mismos como hombres. Las mujeres no eran un objetivo, sino un medio para que ellos reafirmaran su condición, su poder, su fuerza.

Éric, casado, con dos hijos, inspiraba respeto a todos por su sabiduría y su filosofía desengañadas pero frívolas: «Es así, amigo, no se puede hacer nada; por lo tanto más vale reír». Estaban juntos, charlaban, experimentaban indefinidamente su connivencia, se contaban esa historia algo falaz, pero agradable, de amigos unidos de por vida. Salían por ahí en grupo, solo para beber, jugar, seducir a las chicas. Les gustaba arreglar el mundo. Pero de hecho, estando juntos, se forjaban una especie de personalidad común, mezcla de todos, de sus expresiones, de sus pensamientos, de sus opiniones. Cada uno era un híbrido del otro. Enamorándose de uno, una podía perfectamente encapricharse del otro también, hasta ese punto eran, en el fondo, parecidos; hasta ese punto se habían construido uno en relación al otro, uno por el otro.

Con el corazón desbocado, Esther se acercó a Charles, que le sonrió, por fin: sonrisa de saludo, de connivencia amorosa y respetuosa, puesto que ella iba a convertirse en su esposa; sonrisa casi tímida, turbada, distante.

—¿Qué tal, Esther?

Como no podía decirle lo que tenía que decirle, porque todo el mundo les miraba, Esther murmuró:

—Pareces tan cómodo con ellos… Hablas como ellos, comes como ellos, les besas, les abrazas.

—¿Ellos? ¿«Ellos»? ¿Quiénes?

—Los sefardíes.

—¿Por qué dices eso? —comentó él con aire sorprendido—. ¿Y tú, es que tú no eres sefardí acaso? ¡Deja que admire a mi princesa sefardí con su vestido de las *Mil y una noches*!

Palabras de miel y de azúcar. Ojos de terciopelo.

Él se apartó un paso y sorprendió su mirada llena de lágrimas. Quiso interrogarla, pero antes de que pudiera abrir la boca, fue literalmente aspirado por un grupo de viejos amigos marroquíes.

Sefardí, se dijo Esther: aparentar, no decir lo que se piensa, y no pensar lo que se dice, decir una cosa y hacer otra, hacer mil promesas y no cumplirlas nunca, concertar citas y no acudir; esa relación con la palabra que hace que sea cierta en ese momento, pero ya no al día siguiente. Para el sefardí, la palabra está íntimamente ligada al tiempo, mientras que para el occidental la palabra lucha contra el tiempo, es ella quien perdura en el río de Heráclito. Esther era recta como un palo, alsaciana, casi alemana. Era poco expansiva, se sentía cómoda en los países de Asia donde es difícil traducir las caras. A ella eso le parecía tranquilizador: no se podían leer emociones falsas.

En ese gran salón, ellos habían recreado un ambiente que ella reconocía y que era el del mellah. Se felicitaban, se besaban y lloraban abrazados. Aquí, se dijo Esther, todo son emociones y afectos. No hay intercambio ajeno al del corazón que ama, que llora, suspira y se angustia. Los rostros expresivos variaban en poco tiempo en función de las conversaciones, entre la aprensión, la alegría, la pena, la contrariedad, la cólera.

Mientras Charles desaparecía entre un grupo de hombres, Esther fue arrollada por las mujeres. Ellas le contaron mil y una cosas, le hablaron de Marruecos. Había allí una mujer de Meknes cuyo padre tenía un cine ambulante. Desde niña, la había llevado por todas las ciudades de Marruecos: al recibir la película *Los diez mandamientos*, se la había enviado al rey, a quien le había gustado mucho, pero no habían obtenido permiso para proyectarla en público. Una dama de Mogador se pavoneaba de que su padre era inglés y le decía a Esther, que no la conocía: «Te adoro, hija mía, te adoro…». Pero entonces, ¿cuál era el sentido de todas esas palabras?, ¿y la vieja Simha, que decía que Esther era como su hija, aunque solo la hubiera visto dos veces en la vida, y que contaba anécdotas de los zapatos Bata, cuya fábrica estaba en Marruecos, y que hablaba de su criada, a quien acusaba de ladrona? Llegaron más mujeres, que mencionaron a los asquenazíes, mirando a derecha e izquierda para asegurarse de que no había ninguno: «¿Ves?, aquí solo hay un asquenazí, y es muy torpe, es el único antipático. ¿Sabes lo que me ha dicho? Me ha dicho que los sefardíes no han evolucionado, ¿te das cuenta? Pero yo le he dicho: “¡Pues mire, señor,

cuando sus antepasados vendían animales, los míos eran consejeros en la corte del rey!”».

Todas las mujeres iban vestidas como princesas andaluzas, maquilladas con kohl en el interior del ojo, a la manera de las árabes y no de las occidentales que se ponen unos toquecitos en el exterior para destacarlos. Es toda una concepción de la belleza de la mujer, esa forma de aplicar el kohl. En el interior hace el ojo más pequeño, alargado, entornado, lascivo y zalamero; en el exterior del párpado, el maquillaje hace que el ojo parezca inocente y muy abierto. Es Oriente contra Occidente, Salomé contra la Virgen María, Betsabé contra santa Teresa. Aquí todas las mujeres llevaban el kohl en el interior, ya fueran del distrito 16 o de Neuilly, como indicaban sus impecables medias melenas, como la de esa de Mogador con su extraordinario aspecto, compuesto por un fular sobre un flequillo muy denso a la Louise Brooks, el cabello largo, lacio y entrecano, los ojos realzados con kohl, la cara enmarcada con dos pendientes de aros enormes, y el cuerpo envuelto en un tejido sedoso del mismo tono que su piel bronceada. Ella también llamaba a Esther «querida» y le confiaba cosas íntimas, aunque no la conocía… Hablaba, no paraba de hablar, describía el mayo del 68, Saint-Germain, Les Deux Magots, era como la calle de Jerusalén del mellah de Meknes. Ella había vivido la revolución sexual pensando que era el período más romántico de su vida. Decía: Francia nos lo ha dado todo, yo no me quejo de vivir allí; uno se acostumbra a todo, incluso al frío.

Pero de hecho, ¿cómo habituarse al frío en la calle y al frío en los corazones? Al frío glacial de las conversaciones que se alargan, porque la gente no sabe comunicarse. Entre aquellos que no se hablan, y los que se explican, se confían, se entregan de golpe y llaman «querida» a alguien a quien ven por primera vez… ¿dónde estaba su lugar?

Esther dejó a las mujeres para ir en busca de Charles. Él tenía los ojos brillantes, un poco demasiado. Había fumado hachís. Ella lo supo en ese momento. Esa era la razón de su retraso. Seguro que había fumado para olvidar. Olvidar que se casaba, que iba a perder su libertad para convertirse en marido, y en padre más adelante, que su nueva vida iba a empezar y que eso era por culpa de ella.

Entonces apareció Suzanne, utilizando su cuerpo como barrera para impedir que Esther hablara con Charles.

—¡Se ha hecho de noche! —le dijo—. Te recuerdo que, según la costumbre, los esposos ya no deben hablar hasta la ceremonia nupcial.

Esther esperó pacientemente y trató de hacerle señas a Charles, que no se dio cuenta de nada. Empezó a pensar en empujar a su madre para abrirse camino, cuando esta fue arrastrada por una de sus hermanas, y Esther se precipitó hacia Charles, para decirle unas palabras antes del momento fatídico. Pero esta vez fue su padre, Moïse, quien le interceptó.

—Vamos, Charles —dijo—, quiero hablar con usted.

—¡Moïse! ¡Perdóneme, aún no le he saludado! —dijo Charles con aire cordial.

—Aquí no —dijo Moïse—, en el despacho, si le parece bien.

Moïse tenía una expresión en la cara que reflejaba la seriedad del momento.

La mirada de Charles, despistado, asombrado, se cruzó con la de Esther.

Ella, excluida, le vio salir de la sala.

Capítulo 2

Noam Bouzaglo

A Charles y Moïse les siguieron también los discípulos del padre, esos amigos que no le abandonaban nunca, así como Michel Tolédano, el padre de Charles. Un extraño cónclave que se alejó, con aire conspirativo.

Esther les observó con inquietud. ¿Qué podía tener que decirle su padre a Charles, él que no se había dignado a dirigirle la palabra desde el momento en que habían empezado a salir juntos? ¿Qué significado tenía esa reunión? ¿Cuál era ese misterioso secreto del que le había hablado su madre?

Esther salió a la terraza y contempló la ciudad de Tel-Aviv, sus edificios modernos henchidos de resplandor en la oscuridad. Esta ciudad que no dejaba nunca de vivir y en la que ella se sentía extrañamente bien. No podía dejar de pensar, en cada ocasión, que ella debería vivir en ese país, que todavía podría, si quisiera. Y después volvía a Francia y olvidaba que carecía del empuje para partir. ¿Era por lasitud, por indolencia, por dejarse llevar? ¿O porque le dolía exiliarse, como francesa que era? Cada vez que se hacía la pregunta para saber si debía marcharse, Esther se sentía ligada a su país más intensamente de lo que creía. Y sin embargo, no podía evitar pensar que su vida quizás estaba aquí, en tanto que judía, que la oportunidad de tener una tierra, después de todos esos vagabundeos, esas discriminaciones, esas persecuciones que había sufrido su pueblo, convertía en caduco cualquier otro proyecto. Esther no sabía en qué momento había empezado a gustarle esa idea de Israel, ni de dónde había surgido eso. ¿Su cultura? ¿Su educación? Pero ella no conservaba ningún recuerdo de algún tipo de mandato paterno, ni de una verdadera educación sionista. A los

quince años, había ido con un grupo a un kibutz, cerca de Jerusalén. Sin saber por qué, había experimentado una emoción increíble ante la idea de estar allí. Cuando volvió de ese viaje, había cambiado. Había sufrido una transformación definitiva. El estimulante sentimiento de no estar sola, de pertenecer a un pueblo, a un proyecto más amplio, más lejano que su destino individual, convertía su existencia en algo importante. En Francia, estaba en estado de ingravidez. En Israel, en cierto modo, estaba en su sitio. Sus raíces estaban en Europa, en África, en Marruecos, pero eran las vicisitudes de la existencia las que debían conducirla hacia su verdadero origen, Israel, tierra de antepasados, de sus antepasados. En Israel, Esther estaba en su casa. Era un país en el que no se sentía singular, diferente, un país donde nadie la veía como judía. En Israel, su identidad judía se expandía, y al mismo tiempo ella desaparecía en una identidad colectiva. Esto era el reposo del alma, de un alma perseguida, un alma en exilio en medio de los pueblos y las culturas, transportada de país en país, de siglo en siglo, de peregrinaciones en transmigraciones, y que encontraba por fin su tierra de acogida. Aquello venía de un tiempo lejano, inmemorial, en el que los sefardíes expulsados habían comprendido que España ya no era su patria, que ya no lo sería jamás, y su corazón henchido de tristeza se había acordado entonces de Sión. Y, a lo largo de los tiempos, algunos se fueron, a pie, a caballo o en barco. Y otros, los que se quedaron, no habían dejado nunca de pensar en ella. Se acordaban de Sión en todo momento, la evocaban en sus plegarias. En todas las épocas, partieron por caminos azarosos, y muchos de ellos habían perecido durante el viaje antes de alcanzar la tierra prometida. Otros habían llegado hasta el lago Tiberíades, y se instalaron allí, sin llegar hasta Jerusalén. Y ella, se preguntaba Esther en cada viaje, ¿qué hacía ella en diáspora?

—¿Qué tal, Esther? —le dijo una voz grave y cálida con un fuerte acento israelí.

Ella se dio la vuelta.

En la vida, se dijo al reconocer a su interlocutor, todo sucede siempre al mismo tiempo. Hay momentos de mucha calma en los que no pasa nada, y momentos en los que todo se precipita. Pueden pasar años sin que suceda nada, sin que nada progrese, y en el curso de unos días, de unos meses, los

acontecimientos se precipitan y trastornan los destinos. Y a quien no sabe aprovechar su oportunidad, ni elegir bien entre todas las ocasiones que se presentan, la vida no siempre le ofrece una segunda oportunidad, y llega un día en que es demasiado tarde.

Esther había conocido a Noam Bouzaglo en la misma época en que conoció a Charles. Noam era el hijo de Isaac Bouzaglo, el mejor amigo de su padre, su amigo de la infancia, que se fue a vivir a Israel, cuando Moïse emigró a Estrasburgo. Esther le había vuelto a ver por casualidad en el avión que la llevaba a Tel-Aviv. Él se las había arreglado para sentarse a su lado. Ella había quedado inmediatamente seducida por él.

Esther le sonrió. No había cambiado. Emanaba de él una especie de fuerza brutal y viril, que le hacía prácticamente irresistible. A los 33 años Noam era un atleta, tenía un cuerpo esbelto y la mandíbula cuadrada, y formaba parte de esos israelíes llenos de *houtspa* (descaro) que no tienen la menor vergüenza, ni miedo a nada. La houtspa había expulsado a la *hchouma* (vergüenza) que obsesiona a los sefardíes. Esa vergüenza que hay que evitar a cualquier precio, para preservar el orgullo sacrosanto. A Esther le gustaba su aspecto de soldado de Tsahal. Noam había servido en el ejército como oficial y luego hizo carrera en la milicia. A través de lo poco que él le había dicho, ella había captado la importancia de su misión, de una vida consagrada a la defensa del país, y había concebido por él una admiración desatada. De hecho, se decía, Noam sacrificaba su vida para asegurar una posibilidad de supervivencia a los demás, al pueblo judío en general, y ofrecía la solución del repliegue a quienes persistían, como ella, en vivir confortablemente en diáspora.

Mientras tomaban un té, ambos habían tejido una relación platónica de fascinación recíproca. Por su familia, ahora perfectamente arraigada en este país, por su manera de ser, ruda, áspera, brusca pero apasionada, por sus amigos, camaradas del ejército con los cuales él había compartido momentos que uno intuía graves, intensos y peligrosos, Noam era Israel. Acercándose a él, Esther se abandonaba a su tierra, a la pasión que Israel suscitaba en ella y que la superaba. Con Noam, podía fantasear y proyectar vivir allí de un modo concreto. Con él y sus amigos, ella había cruzado el país, recorrido el desierto de Judea y el del Néguev, descubriendo cada

piedra, cada vestigio y cada vivienda nueva. Habían hecho excursiones en *jeep* por las arenas áridas, a partir de las cuales, por lo visto, el hombre fue modelado en la antigüedad. En esas colinas onduladas que sirvieron de refugio a los profetas, a los reyes de Israel y a los esenios, reinaba una calma engañosa. Noam iba con su arma a todas partes. Juntos, habían recorrido cada centímetro de esa tierra que él amaba desde lo más profundo de su ser, y que era la suya, y que se había convertido en la de Esther a través de un contacto carnal, material, íntimo. Una noche, ella se había bañado con Noam y sus amigos en el mar Muerto. Esther tuvo entonces la impresión de renacer, allí, en el lugar más bajo del mundo, entre los escarpados acantilados de sílex rosa, los contrafuertes de caliza, los valles y los cañones, y las montañas malva de Moab y de Edom, cuyas tonalidades púrpura se recortaban sobre el horizonte en el crepúsculo. Al alba habían emprendido el camino de la Serpiente hasta Massada, el emplazamiento arqueológico más espectacular del país, concebido por Herodes en el 35 antes de Jesucristo, como una fortaleza impenetrable, destinada a servir de refugio contra toda rebelión. Era un palacio con mosaicos y grandes aljibes de agua tallados en la misma roca, con baños romanos provistos de un ingenioso sistema de calefacción. Ellos habían visitado las habitaciones de los zelotes, con sus sinagogas, su baño ritual, vestigios que habían escapado al incendio para atravesar el tiempo, como un testimonio en piedra. En el año 66, un grupo de judíos apodados sicarios a causa de su arma favorita, una daga llamada *sica*, habían arrebatado Massada a las tropas romanas que la ocupaban, desencadenando la guerra contra Roma. Tras la caída de Jerusalén en el 70, se habían refugiado con su jefe en la fortaleza. Pero la décima legión romana, con el general Flavius Silva a la cabeza, contaba con más de quince mil hombres, mientras que los judíos no llegaban al millar. Los aljibes contenían agua suficiente para aguantar un asedio largo, pero los romanos, siguiendo sus fatídicas técnicas, incendiaron el emplazamiento. Cuando se extinguieron las llamas penetraron en la Massada, donde les esperaban novecientos cadáveres alineados. Los rebeldes habían preferido darse muerte antes que caer en manos de los romanos. Esa historia, narrada por Flavius Josèphe en *La Guerre des juifs*, formaba parte de los mitos fundacionales del Estado moderno de Israel. Noam le había contado a

Esther que fue allí, en la cima de la fortaleza de Massada, donde él había prestado juramento con las palabras: «Massada no caerá nunca más». Esther contuvo la respiración al ver las inscripciones en los trozos de cerámica, que se habían utilizado para decidir a suertes a qué resistentes correspondería la terrible misión de disparar contra los demás. En uno de esos pedazos figuraba el nombre de Ben Yaïr. Massada era el símbolo de Israel, país-fortaleza, asediado por todas partes por aquellos que solo esperaban su caída o su suicidio colectivo.

Mientras descendía otra vez hacia el mar Muerto, Esther se había sentido parte integrante del paisaje. Ella era la tierra, y el mar, y por encima de ella, el cielo estrellado. Y ella era el día y la noche, y era el desierto, su identidad disuelta en la particular naturaleza de ese país en los confines de Oriente y Occidente, de Asia y de Europa y de África, en algún lugar sobre la tierra, en el centro del universo, allí donde todo había empezado.

Más tarde había ido a visitar a los padres de Noam que vivían en Be’er Sheva, en el desierto del Néguev. Había conocido a sus amigos, hombres francos, toscos, altivos y sólidos, tanto físicamente como de corazón. Eran pilotos, comandantes del ejército o de los servicios secretos, pero no alardeaban de ello, aunque se profesaban una gran estima mutua. En medio de esos soldados, Esther era como una muñequita de porcelana, y así la trataba Noam. Era extraño sentirse tan distintos y tan próximos a la vez. Para vivir a su lado, ella hubiera tenido que convertirse en una mujer fuerte, ocuparse de los hijos, asumir toda la intendencia de su hogar, lo cotidiano, permanecer sola y ser valiente, mientras él estaba en la guerra.

Cuanto más se acercaba a él, más descubría su fuerza psicológica. En el ejército, Noam había recibido una preparación física y mental, a base de golpes y palizas, para acostumbrar el cuerpo a la sensación de dolor; noches sin dormir, parcas raciones alimenticias, y otras pruebas indispensables para preparar el cuerpo al sufrimiento físico, a los lavados de cerebro, a las condiciones insoportables que implicaban las misiones.

En virtud de su aspecto sefardí, del color de su piel y de su facilidad para hablar el árabe que conocía desde la infancia, Noam había sido enviado a una misión de infiltración entre terroristas palestinos.

Se había sometido a un entrenamiento que permitía resistir la tortura. Le habían enseñado a reconocer sus fases, a habituarse poco a poco, sin ceder al pánico. Había que aprender a aceptar el miedo, el dolor, sentirse desgraciado, las incesantes humillaciones del cuerpo y el alma. Después del entrenamiento, Noam pasaba la noche en observación en el hospital, temblando de frío, con los ojos llenos de lágrimas. Pero sintiéndose fuerte también, siempre más fuerte. Destrozado por las carreras a través de las alambradas de espino, durante horas, de las que regresaba ensangrentado. Los disparos, las clases de idiomas, la geopolítica: Israel era un país muy pequeño rodeado de enemigos, que había tenido y tenía aún que luchar por su supervivencia. Israel, el país-fortaleza, era Massada: la ciudadela asediada.

Los movimientos palestinos también eran numerosos y variados, grupos izquierdistas, extremistas religiosos, ramas de los ejércitos oficiales y unidades secretas que ejecutaban las órdenes… Era difícil saber con qué enemigo tenían que vérselas. En este mosaico no había que reflexionar de modo racional, a la manera occidental, y eso, Noam lo había entendido. No se trataba de pertenecer a un partido y detestar el partido contrario. Eso estaba mal visto, se consideraba incorrecto. Uno era amigo de todo el mundo, lo cual no impedía que te clavaran un cuchillo en la espalda, si se presentaba la ocasión: Noam lo comprendió intuitivamente, no era algo extraño a su cultura, y fue así como se convirtió en un miembro de élite de su unidad. Él sabía que en un país oriental no existía la palabra dada, y que en tierras del Islam era necesario dejar de abordar la política de un modo occidental. Noam se dijo que si los sefardíes hubieran estado en el poder en 1948 en lugar de los *yekke*, esos judíos alemanes, las cosas habrían tomado un rumbo muy distinto. No habría habido ese diálogo de sordos y ese choque de culturas, germen de tantas guerras.

Infiltrado entre los miembros de Hamás, Noam había tenido que probar que era uno de los suyos. Un día, en una reunión, ante el discurso fanático de un mollah, un hombre había meneado la cabeza. Le vieron y le insultaron. Él protestó y entonces la multitud enloquecida le linchó con puñetazos y patadas. Con el cráneo abierto en un charco de sangre, y la cara y las costillas destrozadas, el hombre yacía, muerto.

Noam había pensado en sus amigos de izquierdas, en Francia, en Israel, en las asociaciones de apoyo a los palestinos. Le había costado mucho no llorar pensando en su ingenuidad. Pensó en todos esos atentados, en el del autobús en la estación central de Jerusalén, que había provocado veintiséis muertos. Aquel del autobús en la calle Jaffa, en Jerusalén, diecinueve muertos. Ese del centro comercial de Dizengoff, Tel-Aviv, trece muertos… La lista era larga, tan larga… La suya era una misión vital y él había consagrado su vida a ese objetivo, y Esther no podía más que respetarle y admirarle por ello.

Aunque, al principio de su relación, Noam consideraba exótica y encantadora su delicadeza, y le divertían sus fobias y sus miedos, su incapacidad de subir a un avión o de viajar sola, acabó por hartarse. Las atenciones y los miramientos que había tenido con ella se habían convertido en órdenes insidiosas. Se le había metido en la cabeza dominarla. A la manera de los militares, Noam intentaba quebrar sus particularidades y las inhibiciones que la convertían en frágil y remilgada. Él, que solo había tratado con mujeres fuertes, que no tenían miedo de nada, no estaba acostumbrado a las debilidades. En Israel, un país rodeado de enemigos, cuyos habitantes eran despedazados por las bombas, era intolerable tener miedo por la noche. Esther había intentado cambiar, esforzarse, mostrarse más independiente, responsable y solitaria, pero la rudeza de Noam, que la había seducido tanto, se había convertido en algo insoportable para su corazón ávido de ternura, de reconocimiento, de palabras de azúcar y miel. Noam ya no comprendía el poder de los vínculos que la unían a su familia. En el fondo, no sabía quién era ella, ni lo que quería, y la diferencia cultural, eso que al principio era fuente de entusiasmo y de curiosidad, pronto había engendrado conflictos y ansiedad. Nuevamente, Esther se sentía constreñida. Ella era israelí en Francia, y francesa en Israel. Francesa en su relación con los demás, debido a su educación. Francesa por su relación con los alimentos, con comidas a toda prisa consistentes en un sándwich de falafel, aunque estuviera habituada a un determinado ceremonial. Francesa por su rigidez artificiosa de la vieja Europa y su manera de ser y amar; desengañada, romántica y cínica a la vez, idealista y desesperada, mientras que aquí todo hervía de energía y novedad, del deseo

de avanzar en la vida, de hacer fiestas e hijos, de comprar un apartamento, de establecerse muy pronto en un mundo incierto.

Durante una fiesta organizada con motivo del quincuagésimo aniversario del Estado de Israel, Esther había sentido todo el peso de los siglos de Europa. Cincuenta años de un país que abarcaba dos provincias francesas, que no cesaba de inventarse y reafirmarse: eso era poco frente a un país como Francia, perdido en la rutina secular de un esplendor pasado, que fingía existir. En Israel, todo parecía más potente, más intenso, más denso. En Tel-Aviv, las largas colas delante de las discotecas hasta las cinco de la mañana demostraban una voluntad de vivir, de aprovechar cada instante, cuando la incertidumbre ante el día de mañana era lo cotidiano para todos. Pero ¿Esther era capaz de vivir en medio de esta energía? ¿Quería fundar una familia, vivir en un adosado, dedicarse a las tareas domésticas mientras su marido defendía el país? Siendo francesa vivía tranquila, podía permitirse el lujo de tener neurosis que curar, angustias distintas a vivir bajo la amenaza de un atentado.

Muchas veces, durante esa estancia, hubo momentos de vacilación. Los dos esperaban, sin atreverse a dar el primer paso. Esther, porque no quería engañar ni mentir a Charles; Noam porque estaba impresionado por ella y porque tenía sus escrúpulos que le impedían quitársela a otro. Se veían constantemente hasta el punto de que aquello empezó a ser raro a los ojos de sus amigos, que no comprendían por qué nunca se había franqueado la distancia final. Pero ellos se habían mantenido en esa situación, y se separaron a finales de verano. Los dos habían prometido telefonearse, volver a verse pronto. Extrañamente, ni el uno ni el otro habían mantenido su promesa.

Esa noche Noam, con una simple camisa blanca sobre un pantalón negro, estaba seductor. Su piel surcada de arrugas, sus músculos prominentes, su mirada oscura y decidida tranquilizaron a Esther. Se sentía segura a su lado.

—¿Qué haces tú aquí, Noam, quién te ha invitado?

—¡Tú no, desde luego! ¡Podrías haberme avisado! Fue tu padre quien me dijo que viniera. ¿No estás contenta de verme?

—Me caso…

—Sí —murmuró Noam—, para mi gran desgracia.

¡Finalmente, se dijo Esther, se había decidido a declararse! Esa declaración, que ella había esperado durante todo un verano, llegaba ahora. Con esa houtspa que le caracterizaba.

—Cómo te ha ido en estos…

—Dos años.

Sí, Noam, esa noche, estaba realmente guapo: alto, robusto, sus ojos negros devoraban su rostro de rasgos finos.

Durante un breve instante, Esther lamentó sus charlas íntimas en las terrazas de los restaurantes de Jerusalén, o en la playa de Tel-Aviv, conversaciones durante horas, mirándose a los ojos.

—No esperaba verte aquí…

—Pero ¡Esther Vital se casa! ¡Eso no podía perdérmelo! ¡Verte con este traje, menudo espectáculo!

Ella se sintió un tanto ridícula, e intentó cambiar de tema.

—¿Y tú, sigues en el ejército?

—Como siempre. Estoy muy contento. Hay algunos proyectos que me satisfacen mucho, que se corresponden con mis deseos. Cosas un poco distintas…

Se calló y al ver su mirada Esther vaciló. Se sonrojó, con la impresión de haber apuñalado a Charles por la espalda, presa de ese viejo sentimiento de culpa. ¿Por qué no conseguía hablar con un hombre sin tener la impresión de cometer un acto infame? Deberían cubrirle la cabeza. Sefardí, sí… Ese linaje de mujeres prisioneras de sus toquillas y de su cocina, que nunca salían y nunca hablaban con otros hombres.

—Me apetece una copa —dijo Noam—. ¿A ti no?

Él se ausentó unos minutos y volvió con una botella de mahia. Esther bebió un trago. El alcohol le quemó el esófago, luego el fuego le ardió en las mejillas. Sonrió tontamente para esconder su incomodidad.

—Me da pena que te cases, Esther.

—Eres muy amable diciéndome eso —dijo ella con sarcasmo—. Sabes escoger el momento.

—Cuando me enteré, me quedé conmocionado. Pero me dije que no era demasiado tarde y he venido.

—¿Por qué no pasó nada entre nosotros hace dos años, si te intereso tanto?

—Tenía miedo.

—¿Miedo de qué?

—Miedo de ti. ¡Eras tan… francesa!

—¿Eso te molestaba?

—No, en absoluto. Me gustan las mujeres francesas y me gusta Francia, ya lo sabes, al fin y al cabo… En fin que no, no me gustan. Digo tonterías. Tú me trastornas. Eres tú quien me gusta. Escucha, Esther, he sido un estúpido. He cometido el error de mi vida.

—¿Por qué has venido, Noam? ¿Para provocarme tristeza?

—No, deseos…

—Me caso. Me caso esta tarde. Me caso mañana. Me caso para toda la vida.

—¡No lo dices en serio, Esther!

Él tenía una expresión seria. Ella se dijo que la consideraba como el objetivo de un combate que había que ganar; mientras no estuviera todo perdido, había una posibilidad.

Él contempló su vestido con aire escéptico. Ella volvió a sentirse incómoda. Y de pronto comprendió hasta qué punto se había equivocado. El matrimonio no liberaba, todo lo contrario, alienaba la parte salvaje y sensible que había en ella. Pasaba de la dominación del padre a la del marido. A partir de ahora ya no tendría libertad para elegir, sobre su cuerpo, sobre su placer, y aún menos de cumplir sus deseos.

En ese momento, por ejemplo, en ese momento supremo en que iba a casarse, ¿podía afirmar que no deseaba a Noam?

—En realidad este es un buen momento para hacerte esta pregunta, Esther.

—¿Cuál?

—Nunca es demasiado tarde. ¿Te acuerdas? Yo creo que nunca es demasiado tarde. Eso es lo que creo.

Esther se acordó de esa ceremonia de boda en las minas del rey Salomón, cerca de Eilat, en el desierto del Néguev, a la que Noam la había llevado… Acababan de conocerse, y sin embargo, aquel día, ambos habían

sentido lo mismo: esa habría podido ser su boda. Podría serlo algún día. Noam lo había hecho todo para impresionarla. La había presentado a su familia, a sus amigos, luego se habían marchado juntos, un poco al margen de la fiesta. Y allí, al pie de las canteras, a merced del crepúsculo sobre el desierto rojizo, él le había hablado: de él, de sus hermanos, de su relación con la familia, de su padre, personaje terrible, dominante, que había criado a sus hijos con puño de hierro.

Esther reflexionó sobre esa velada de confidencias bajo las estrellas del Néguev con el corazón encogido. ¿Qué estaba a punto de hacer con su vida, y cuál era el sentido de todo eso? Habría podido, en ese instante, estar a punto de casarse con Noam. ¿Tal vez hubiera debido hacerlo? Perturbada por la presencia de Noam, de pronto su corazón empezó a latir más deprisa, más fuerte.

Y en ese preciso instante, se cortó la luz. Durante dos minutos, la oscuridad fue total. Esther notó el aliento de Noam acercarse a su cara. Vaciló de emoción. Él tomó su boca. Como si fuera la cosa más natural del mundo. Como si fuera él con quien ella debía casarse al día siguiente, y no otro.

Unos minutos después, volvió la luz. Noam y Esther se miraron, emocionados, transportados a su pesar a otra dimensión.

Fue entonces cuando Isaac Bouzaglo salió a la terraza.

—¡Esther! ¡Noam! ¡Hijos míos! Ha pasado una cosa. Una cosa grave. ¡Esther, ven conmigo!

Ella le miró. Parecía fuera de sí, aterrado, gotas de sudor perlaban su frente.

Isaac Bouzaglo: el amigo de infancia de Moïse Vital, su *alter ego*, su inseparable compañero de los años de juventud, pero también su pesadilla.

—Te dejo —dijo Noam, entregándole su tarjeta a Esther—. Llámame a este número. Me reuniré contigo donde quieras. Te llevaré a donde tú quieras, cuando tú quieras —le susurró al oído—. Al mar Muerto, ¿te acuerdas?

Esther le vio alejarse y llevarse consigo su propio destino, su destino de israelí o quizá simplemente su destino de mujer; y todavía podía retenerle. El mar Muerto…

Pero Isaac Bouzaglo la cogió del brazo.

—Este vestido —dijo, visiblemente emocionado, trastornado él también— ¿es el vestido de tu madre?

—De mi abuela —murmuró Esther, atónita—. ¿Por qué?

Él la miró, alucinado, incapaz de desviar la mirada.

—¿Qué pasa, Isaac?

—Algo grave, Esther, muy grave. Ven inmediatamente.

Como una autómata, ella se dejó arrastrar por el amigo de su padre.

Capítulo 3

Isaac Bouzaglo

Isaac Bouzaglo miró a Esther con su vestido de novia, confuso, como si no la conociera. Se parecía a Suzanne en el esplendor de su juventud. Tenía su prestancia, su gracia, su belleza. No se parecía a su padre.

Moïse era el mejor amigo de Isaac, desde siempre. Los caminos de los dos amigos se habían separado una primera vez, cuando tenían veinte años. Moïse se había casado con Suzanne. Isaac se repitió esa frase, incrédulo como siempre, aún cuarenta años después. Pues era él quien debía casarse con Suzanne, ella era su novia, su prometida, su futuro. Isaac recordó la víspera de la boda de Moïse. Los dos hombres habían discutido violentamente, casi se pegaron, en una escena memorable que había ocupado los titulares de todo Fez y todo Meknes. Después Moïse, tras su boda, se había marchado a Francia: e Isaac sabía muy bien que su partida había estado motivada tanto por la independencia de Marruecos y la creación del Estado de Israel, que había convertido la situación de los judíos en peligrosa, como por la terrible rivalidad que les había enfrentado. Isaac, por su parte, había emigrado a Israel, donde había conocido a su mujer. Los dos hombres se habían separado, hasta el día en que, para gran sorpresa de Moïse, Isaac le había llamado para pedirle que fuera testigo de su boda, señal de que le había otorgado su perdón. Moïse había cogido el avión, y él había ido a recogerle. Después, ambos habían mantenido un estrecho contacto.

Entre ellos, había algo eterno, desde que el movimiento *scout* había creado entre ambos vínculos íntimos, más fuertes que los de sangre. En los campamentos de verano, los jóvenes compartían una vida comunitaria,

valores como el coraje, la camaradería, la solidaridad, aventuras increíbles en los bosques del Atlas, la amistad a toda prueba, el espíritu de conquista de territorios vírgenes, y la vida al aire libre. Si el movimiento *scout* había conquistado a los judíos jóvenes de Marruecos, era porque había calado maravillosamente en los valores del judaísmo marroquí tales como la familia, la convivencia y, a decir verdad, el espíritu de tribu. Los *scouts* eran antes que nada una tribu, una banda de nómadas de la que se formaba parte o no, con sus códigos, sus rituales, sus ritos de iniciación. Para los *scouts*, como para las tribus, todo era totémico, así se accedía al rango superior de jefe, pero a costa de ciertas pruebas rodeadas de secretismo y de misterio, que nadie desvelaba nunca, pues cada uno estaba ligado a los demás por un pacto secreto.

Todos los hermanos y hermanas de Isaac Bouzaglo se habían marchado con el movimiento de Alyah, después de la masacre de Petit-Jean, cuando los árabes habían asesinado salvajemente a muchos judíos del mellah, así como a franceses de la ciudad. En los años cincuenta, ochenta mil judíos, es decir más de la mitad de la población, habían abandonado Marruecos hacia Israel. Había miedo. Y había, inscrita profundamente en el corazón de cada uno, esa atracción por la tierra prometida. Desde épocas remotas, los rabinos iban a Marruecos para convencer a los judíos de que se fueran, insuflando en ellos la fe en ese país donde brotaban la leche y la miel; sembraban en ellos el deseo, de generación en generación, visceral, trágico, de besar la tierra de Israel. A menudo, esos emisarios de Israel, en lugar de volver hacia la tierra prometida con los judíos marroquíes, se instalaban en Marruecos embrujados por su belleza y sus sortilegios.

La deserción más memorable fue sin duda la del rabino Amram Ben Diwan, nativo de Hebrón, en Palestina. Había sido enviado a Marruecos en 1773, donde fue recibido majestuosamente por la comunidad judía. El primer sabbat de su estancia en Meknes, el rabino Amram Ben Diwan hizo un inflamado discurso en la mayor sinagoga de la ciudad, sobre el deber de Alyah en tierra santa. Después de su llamada, muchos partieron. El rumor llegó al gobierno de Meknes, que se vio obligado a convocar a Amram Ben Diwan para exhortarle a ser más moderado. La guerra contra las tribus rebeldes impidió la partida de numerosos judíos, para enorme satisfacción

del gobernador, y el propio rabino Amram Ben Diwan tuvo que quedarse en Meknes durante casi ocho años. Durante esa estancia, formó a toda una generación de rabinos.

Una vez cumplida su misión, Amram ben Diwan debía lógicamente retomar el camino y volver a su país. Sin embargo, en lugar de marcharse, emprendió un largo viaje a través de Marruecos. Se fue a Fez, acompañado del rabino Zikri Messas quien, bajo su influencia, había decidido también partir a tierra santa. El rabino Amram Ben Diwan siguió hasta Sefrou, después hacia Ouezzane, donde se instaló definitivamente hasta su muerte…

Lo que Isaac Bouzaglo encontró en Israel en los años cincuenta estaba muy lejos de la tierra prometida loada por Amram Ben Diwan. Le acogieron como a un paria. Un paria, porque la inmigración oriental daba miedo a quienes gobernaban el país, asquenazíes, en lucha contra los árabes. Ellos pensaban que los sefardíes amenazaban el ideal occidental del Estado y ponían en peligro la imagen del israelí ideal, construida con los rasgos de dirigentes rusos o alemanes; la de un hombre nuevo, cercano a la tierra, fuerte, intelectual, forzosamente asquenazí. Obsesionada como estaba con el fantasma de la «latinización», la clase dirigente judeo-europea había rechazado la cultura oriental para ese Estado que no obstante lo era, por su situación geográfica y porque la mitad de su población eran judíos de Oriente.

Ben Gurión, que detestaba a los judíos de Marruecos, decía de ellos que no tenían la menor educación y que sus costumbres eran las de los árabes. «El judío de Marruecos —manifestaba— está muy imbuido del árabe marroquí, y yo no veo qué podríamos aprender nosotros de los árabes marroquíes. Yo no querría la cultura marroquí aquí». Estaba también la famosa frase de Golda Meir: «Esos confunden su pijama con una bandera». Se hablaba de *Maroco sakin*, «marroquí de doble filo», y a los judíos marroquíes les llamaban *Shehorim*, «los negros», por oposición, por supuesto, a los blancos.

Las víctimas de esa ideología fueron trasladadas a las *Maabaroth*, ciudades de tiendas, que les otorgaban en medio del desierto del Néguev,

para poblarlo, y a los más piadosos de entre ellos a las yéshivas, donde aprendieron el yiddish, la tradición religiosa rigorista, y a llevar borsalino.

En Israel, Isaac había descubierto que su pasado sefardí era una huella vergonzosa, negativa, que había que ocultar a cualquier precio. En la escuela, en el ejército, en el trabajo, en todos los centros administrativos, estaba apuntado en la lista negra. Se le reprochaba su nacionalidad de origen y acabó, como muchos otros sefarditas, por cambiar de nombre.

A su llegada, Isaac y su mujer, Perla, fueron instalados primero en campos de tránsito, donde se amontonaban familias enteras. Después les transfirieron a los barracones procedentes de excedentes del ejército británico. Eso, que estaba considerado un alojamiento temporal, amueblado con catres de hierro con colchones de paja, se había convertido para ellos en un alojamiento que duró dos años. Entonces les trasladaron a Dimona, en pleno desierto, una ciudad de cuarenta barracas de madera y chapa, con una tormenta de arena a modo de bienvenida. Él y los demás habían gritado, llorado, insultado a los servicios de inmigración. Pero el gobierno se mantuvo inflexible: Dimona en el Néguev debía nacer, por las buenas o por las malas, a partir de treinta y seis hogares de Marruecos abandonados en pleno desierto. Como Ashdod, como tantas ciudades en rincones recónditos del país.

Entonces Isaac hizo como los demás: había que desbrozar, irrigar, repoblar, construir carreteras y casas bajo la dirección de antiguos pioneros asquenazíes. En el ejército donde le reclutaron formaba parte del grueso de la tropa, mientras que la élite de combate estaba constituida por los asquenazíes. Fue entonces cuando había visto a los rumanos emigrar a Israel y ocupar las nuevas viviendas construidas por los marroquíes. Después llegaron los rusos y obtuvieron las mejores plazas, mientras que él, el sefardí, seguía en su pequeña barraca, junto a los suyos que formaban el proletariado del país.

Isaac no era ni un ideólogo ni un político. Tampoco era rebelde por naturaleza, pero a fuerza de vejaciones y de frustraciones, a fuerza de tentativas vanas de integración, de sectarismo pasivo o agresivo, de peleas familiares en los alojamientos estrechos y superpoblados, de fracasos escolares de sus hijos, y de autoempleo, había vuelto la mirada hacia la

protesta marroquí, cuyo tono no dejaba de subir con el transcurso de los años. Finalmente había encontrado su orientación en la acción política.

Todo había empezado el 8 de julio de 1959. Un policía enviado a poner orden en una pelea había herido a un parado. A partir de ese momento todo el barrio se unió. La muchedumbre soliviantada se enfrentó a los policías de refuerzo que la emprendieron a pedradas. Todos gritaban contra la injusticia y la explotación. Después la liga de los inmigrantes norteafricanos se hizo con el control del gentío, y lo condujo hacia el cuartel general de la policía.

El combate había adquirido mayor virulencia cuando los amotinados, armados con piedras, habían invadido los barrios altos, así como las sedes históricas de la Histadrut[13] y del Mapai[14] socialistas. Incendiaron los coches y rompieron los escaparates de las tiendas. Las revueltas se extendieron a otras ciudades donde perseguían a los sefardíes, Ashqelon, Be’er Sheva, Tiberíades.

Isaac se había unido a las primeras filas de los Panteras Negras, junto a otros jóvenes judíos de origen marroquí, marginados a consecuencia del fracaso escolar. La mayoría había nacido en Musrara, suburbio pobre de Jerusalén, y se habían rebelado contra la injusticia de su condición social. Denunciaron los abusos y organizaron manifestaciones para combatir la segregación social.

En el curso de sus viajes a Estrasburgo, Isaac le contó a Moïse la historia de los Panteras Negras; insistía en explicarle lo que estaba pasando: el gobierno, esencialmente de Europa del Este, había hecho venir a los sefarditas para alojarles en barracones en el confín más remoto del desierto, en ciudades poco desarrolladas. Le explicó que había pasado el tiempo en que la condición de oriental era un estatus, y que, a partir de ahora, se había convertido en un combate político. En virtud de la importante posición que Moïse ocupaba en Estrasburgo y de su amistad, le exhortó a trasladarse a Israel para dirigir el combate: el gran combate de los sefardíes. Le dijo que él no podía negarse so pena de deserción. Tenía que tomar partido.

Sin embargo, Moïse había declinado la oferta de su amigo. ¿Por qué? ¿Por qué Moïse, que pronunciaba ardientes discursos sionistas, no se iba, ahora que había llegado el momento? Él era profundamente sionista, es cierto, pero no conseguía abandonar el mellah de Estrasburgo. De hecho,

estaba arraigado en Francia. Su vida era satisfactoria. No tenía la menor intención de dejar esa ciudad donde tenía una posición, una misión, que era justamente la de enviar a los demás a Israel, como Amram Ben Diwan en otra época. Y además, era en esta ciudad sombría y fría donde había conseguido recrear el dulce perfume de su infancia.

Isaac, decepcionado al principio por la actitud de su amigo, había empezado a guardarle rencor. En cada visita, de uno a Estrasburgo o del otro a Israel, era la misma cantinela, la misma pregunta: ¿por qué no vienes?, aquí te necesitamos. Pasaron los años, Moïse se quedó, adquirió notoriedad, e Isaac vio cómo se pulverizaban las últimas oportunidades de convencerle para unirse a él en pleno desierto, para dirigir la gran lucha por la igualdad.

Cuando la derecha ganó en Israel, propinando el golpe de gracia a los laboristas en el poder desde la creación del Estado, los sefarditas levantaron por fin la cabeza. Para ellos, esta victoria significaba el rechazo de un sistema de valores incontestado durante treinta años. Begin, el jefe del Irgún, había dirigido acciones terroristas durante la guerra de independencia: él comprendía la realidad de su revuelta.

Nuevamente, Isaac regresó a Estrasburgo, y después de haber comido un buen cuscús y evocado recuerdos de juventud, intentó convencerle otra vez.

—Esta vez ha llegado el momento. Comprendo que hayas esperado, era demasiado duro vivir en esas condiciones, cuando aquí estás muy bien, ¿verdad? Vives en el mejor barrio de Estrasburgo, tienes todo lo que necesitas. Pero ahora, con Begin, te aseguro que las cosas van a cambiar. Ahora, créeme, vamos a levantar la cabeza con orgullo. Ahora debes venir, no puedes retrasarlo más. Nosotros te necesitamos, necesitamos intelectuales, pensadores, dirigentes como tú. En Israel hay un puesto para ti. El puesto que tú elijas. Han convertido la religión de nuestros padres en algo ridículo. Nos han despojado de la estima que sentíamos por nosotros mismos. Yo se lo habría perdonado todo salvo la pérdida del honor, el honor de nuestros padres, el de nuestra comunidad. Cuando ellos estaban en el poder, nos escondían en agujeros, en esas ciudades de segunda, para que los

turistas no nos vieran, para no dar una mala imagen de Israel, para hacer creer que este es un país de blancos.

»Hoy, por fin, ajustaremos cuentas con la clase dominante judeo-europea. Ya tenemos poder. Nos hemos convertido en mayoritarios. Tenemos un presidente sefardí en Israel, Itzhak Navon. Y David Lévy…

Isaac sentía una gran admiración por David Lévy, orgullo del mundo sefardí israelí. Había hecho una carrera brillante; había sido varias veces ministro. Había presenciado en la infancia la humillación de sus padres y poseía el sentido de eso que Isaac llamaba «el honor familiar quebrado». Trabajador agrícola en un kibutz, había conocido el paro y la cárcel antes de afiliarse al sindicalismo. Cuando se presentó a las elecciones municipales de su ciudad en una lista del Herut, llamó la atención por su combatividad y su talento de orador. Terminó siendo elegido diputado y Begin le había nombrado primer ministro para la integración de los nuevos inmigrantes. Padre de doce hijos, portavoz de las masas orientales desfavorecidas, se había convertido en el símbolo de su combate.

—Sí, en este momento —dijo Isaac—, hay un combate que dirigir. Los sefardíes están consiguiendo una posición mejor en la sociedad y cierto poder de decisión.

—Aquí también —respondió Moïse—, nosotros tenemos un papel que representar. Tenemos un gran rabino sefardí, René-Samuel Sirat. Los centros comunitarios se han desarrollado, con marroquíes a la cabeza como Raphy Marciano en el Centro Rachi, o Shlomo Malka, en la radio judía, o también Arié Bensemoun en la UEJF.

—¡Entonces a ti ya no te necesitan!

—Sí, me necesitan…

De hecho, Moïse pensaba que el impulso vital sefardí solo podía florecer en Francia gracias a los valores y a la cultura franceses. En Francia, era posible evocar la edad de oro judeoespañola durante la conquista árabe, esa civilización refinada que había producido ilustres hombres de ciencias y de letras, nobles guerreros y grandes consejeros de reyes y califas. Aquí, se recobraba la nobleza del alma sefardí, sensible y refinada, piadosa y tolerante, poseedora del sentido del dolor y de la tragedia, de la espontaneidad, de la hospitalidad, de la tolerancia. Era un alma hecha de

intuición, de capacidad de experimentar, de identificarse con los demás, de disponibilidad para la acogida, de dulzura, de calor humano mezcla de barroquismo, de lirismo y de exuberancia. Le encantaba el refinamiento y el prestigio, y sobre todo la nobleza. Todo lo opuesto al dogmatismo excesivo, a la frialdad racional, y al pragmatismo del asquenazí. En Francia, la imagen alegre y generosa de los sefardíes permitiría que los sefardíes de Israel levantaran la cabeza.

—Aquí, os convertís en asquenazíes —le advirtió Isaac—, ni siquiera vosotros mismos os dais cuenta, perdéis todos vuestros valores, todos nuestros valores ancestrales. Os casáis con asquenazíes, os comportáis como ellos. Queréis ser como ellos; ellos son vuestro modelo.

—Al contrario, somos nosotros quienes civilizamos a los asquenazíes, quienes les suavizamos, quienes les enseñamos los valores de la vida. Nosotros nunca hemos adoptado el rigorismo de ciertas comunidades de Europa central y oriental. Nosotros practicamos la religión de modo abierto y tolerante, con amor y moderación. Nosotros nunca hemos sido fanáticos. Y sin embargo observamos al dedillo los mandamientos de la ley. Nosotros hemos proporcionado al mundo un número incalculable de sabios, de rabinos y de cabalistas, y siempre hemos expresado un enorme orgullo por nuestro patrimonio. Eso es lo que conseguimos demostrar aquí. Por eso es importante que nos quedemos.

—Todo esto es muy bonito, pero sigue siendo teórico, intelectual. En Israel, nosotros conservamos nuestra herencia en actos, en ritos, en celebraciones. ¡Festejamos la Mimouna como allí, y Lag Baomer, deberías verlo! ¡La veneración por Baba Salé! No sabes lo que te pierdes. Te reencontrarías con Marruecos, con todo lo que amas, todo eso que has dejado atrás. Un mundo perdido.

—Eso no es ser sefardí, Isaac —decía Moïse con una mezcla de decepción y condescendencia—. No se trata de la Mimouna y Baba Salé… Eso es folklore. ¿Ves?, eso es lo que me da miedo, cuando me hablas de Alyah. ¿Qué es el alma sefardí en Israel? ¿Los rabinos y las personalidades políticas de derecha y de extrema derecha, los vendedores ambulantes de falafel, la estación central de autobuses de Tel-Aviv, la música, el aroma de

carne a la parrilla mezclado con el olor de los tubos de escape? ¡Pero el alma sefardí es otra!

—El alma sefardí es el sentimiento mesiánico que ha conducido a los judíos del Atlas a Israel. Todas esas familias numerosas, esos padres ancianos, esas aldeas enteras, que partieron con toda su fe hacia la tierra prometida, que no estaba dispuesta a acogerles con un entusiasmo a la medida de su esperanza. Hoy, es posible cumplir los sueños de nuestros padres. Nosotros ya no somos un cuerpo extraño, parasitario, sucio y miserable, una comunidad medieval como dicen ellos, porque se avergüenzan de nosotros e incluso se avergüenzan de vivir a nuestro lado. Hoy, las cosas han cambiado, después de treinta años de desánimo, de abandono, de huida, de rechazo y de odio por uno mismo. Por fin hay un lugar para nosotros en Israel. Ha pasado el tiempo en que los periodistas escribían que somos un pueblo primitivo.

»Somos cuatrocientos mil: la comunidad más fuerte del país. Tenemos un partido político que ha entrado en la Knesset con tres diputados. Tenemos el partido Shass, compuesto por muchos rabinos originarios de Marruecos. Este partido se ha convertido, con seis diputados electos, en el tercero más importante de Israel, después del Likud y del Partido laborista. ¿Te acuerdas de que hace años te dije que aquí había un papel que representar? Pues bien, eso está hecho. Nuestro líder se llama Ovadia Yossef, es un pensador, y ¿sabes qué, Moïse?, ¡este podía haber sido tu papel! Aquí, crees que tienes importancia, pero siempre estarás por detrás de los asquenazíes. ¿Ya te han invitado a hablar en su sinagoga?

—Sí, una vez.

—¡Una vez! ¡Lo ves! ¡Te crees en España, pero no es verdad! No estás en la corte del rey, no tienes ningún poder de decisión. En Francia, el judío marroquí sigue preguntándose si es marroquí, francés o judío…

—Eso es falso. Nosotros somos fieles a nuestra tradición y estamos vinculados a la cultura francesa, a los valores y al modo de vida de la civilización occidental. Nosotros somos la síntesis de Oriente y Occidente.

—Vosotros habéis dejado que los Loubavitch os absorban. Ellos os han enseñado el yiddish antes de escuchar lo que teníais que decir.

—¡Cómo vosotros con el Shass, el partido de los hombres de negro! Vosotros habéis nacido en Meknes y os vestís como asquenazíes del siglo XVII.

—¡Recuerda nuestros sueños de juventud! ¡No pensábamos en Francia! Después de todo lo que ha pasado en este país, después de Vichy y el colaboracionismo, la deportación de los judíos, la Shoah, la verdad, Moïse, no entiendo qué haces aquí.

También esa vez, Isaac había vuelto solo a Israel. Los dos hombres se besaron antes de separarse, pero esa disputa había provocado un distanciamiento. Los dos eran incapaces de conformarse con la decisión del otro, e Isaac sufría mucho por ello. Cada vez que volvía a Estrasburgo y veía a Moïse, tenían la misma discusión. Isaac observaba el apartamento, los techos, los muebles, todo el confort burgués de un francés de clase media, ese lujo relativo que le recordaba su propio fracaso, y el rencor le quemaba por dentro. Israel, lejos de haberle hecho feliz, le había amargado, y Moïse, con su voluntad magnánima por complacerle y satisfacerle, no se daba cuenta de que ofendía a su amigo.

Isaac, después de haber seguido apasionadamente a Ovadia Yossef durante varios años, había empezado a decepcionarse de su compromiso político. Nada había cambiado en realidad, y él veía con claridad que aquella acción política sobre la cual había edificado tantas esperanzas no era más que un señuelo. Él seguía siendo pobre, acosado por los problemas económicos. Su hijo Noam, que se había ido al ejército, ya no quería verle, y pensaba que para integrarse tenía que despreciar sus orígenes, y fundirse en la nueva cultura israelí. Muchos jóvenes de su generación se habían alejado de sus padres, que exigían una sumisión total y ciega a su autoridad.

Y ahora Isaac hostigaba a Moïse desde que había empezado la velada, sin soltarle, como una sombra, un *alter ego* distorsionado. No, Moïse no podría entender jamás lo que él había vivido, él, que venía ahora a celebrar la boda de su hija, Esther, en Israel. Mientras que su hijo mayor, que ocupaba un puesto importante en el ejército, no estaba dispuesto a casarse… No, Moïse Vital, engalanado con su bonito traje, que casaba a su hija en una villa que solo se ocupaba unos meses al año, no sabía lo que era

vivir en este país, ignoraba lo dura que era la vida, había olvidado a los suyos, les había abandonado.

Entonces Isaac Bouzaglo miró a Esther y con un aire muy apesadumbrado le contó esa cosa terrible que acababa de suceder. Y en el fondo de su mirada, ella leyó el deleite de quien ve cómo se derrumba de pronto la vida del otro.

Capítulo 4

Moïse Vital

El mal de ojo, se dijo Esther, la acechaba. Comprendió por qué era tan temido. Las mujeres lo temían más que los hombres.

Había hablado demasiado, había disfrutado, y ahora, el mal de ojo se había abatido sobre ella. Miedo ancestral, ancestrales horrores de la vida cotidiana, el sábado por la noche no había que sacar de casa ni objetos ni dinero, los invitados del sabbat debían quedarse hasta la mañana siguiente y, por superstición, no había que comer olivas negras, ni beber café, ni ducharse después de medianoche, algunos no llevaban nada verde, y otros nada negro, si una mujer estaba enferma, si un niño se caía, era a causa del mal de ojo, y cuando se entraba en una casa nueva, había que llevar siempre un kilo de azúcar y de aceite, y en todas partes, en todas partes, para protegerse del mal de ojo, estaba la mano de Fatma, el khamsa, el número 5, que simbolizaba el poder, la fuerza, la bendición, pues correspondía al valor numérico de la letra hebraica «Hé», que evoca el nombre de Dios. Se deslizaban talismanes bajo las orejas de los niños, un cuchillo, sal, dientes de ajo, henna, piedras como el alumbre; y todas esas supersticiones sobre las mujeres embarazadas.

La henna, decían, protege a la casada contra el mal de ojo, puesto que la casada es muy sensible a los ritos mágicos, pero ¿por qué no había protegido a Esther esa noche? ¿Acaso ella no había hecho suficientes presentes a los djnouns para no atraer a los malos espíritus? ¿Es que no se había ataviado con el «traje» para confundir a los espíritus dañinos que no cesaban de merodear a su alrededor?

Este temor inscrito en su corazón desde siempre, los djnouns, toda la vida de los beréberes regida por las supersticiones, ceremonias paganas, sacrificios, ritos para conjurar la maldad de los espíritus, toda la vida organizada para combatir a los djnouns e impedir que sembraran el mal alrededor de ellos, fuerzas ciegas del cuerpo y del alma, que venían de muy lejos, de los beréberes, que doce siglos y el Islam no habían borrado, ya que todos ellos eran fetichistas e idólatras. Los beréberes consagrados a la contemplación de las montañas del Atlas, del agua, del viento, de la tierra, de los contrastes de la naturaleza bajo el sol crepuscular, del campo segado o de las arenas cálidas del desierto, los beréberes actuaban en ella.

Bodas beréberes. Bodas bárbaras. Esther había hecho todo ese camino para asistir a una lucha tribal. Ella creía haber escapado de su familia, y se veía de pronto sumergida en el horror del vínculo ancestral.

He aquí, pues, lo que Isaac le contó a Esther.

Moïse Vital había convocado a Charles y a sus amigos, a Michel Tolédano y a Isaac Bouzaglo, a su mujer y a su hija Myriam, para revelarles un secreto, un secreto importante, de un valor inestimable, decía él.

Moïse Vital, el padre de Esther, era una figura imponente en su vida, tan importante, que ella siempre se había dicho que nunca encontraría un marido que estuviera a su altura.

Su padre, iniciado en la tradición esotérica y cabalística, había nacido en Fez y con eso estaba dicho todo. Eso significaba que formaba parte de la casta noble de Marruecos. Cuando enseñaba la Cábala a sus discípulos, su rostro irradiaba una luz particular. Con sus hijas tenía una relación muy fuerte: ellas eran su posesión más que su carne. Esther siempre había pensado que él tenía una relación especial con ella, como un gen, aunque estaba muy lejos de imaginar la razón por la que Moïse parecía mucho más distante y menos afectuoso con ella que con su hermana. Eso la hacía sufrir, y se decía que ciertamente su padre debía de preferir a su hermana. En ese día de su boda, sin embargo, parecía preso de un gran nerviosismo, de una emoción extrema.

Cuando Moïse habló, y explicó por qué motivo extraordinario les había reunido en ese instante, Isaac Bouzaglo se balanceó en su butaca, llevándose la mano a la boca, dominado por una intensa emoción; Myriam,

percibiendo cierto guirigay sobre el flujo de sus fantasías, abrió un ojo despavorido, que volvió a cerrar enseguida. Michel Tolédano se ajustó la corbata. Charles le miró, Suzanne no le quitaba la vista de encima. Y cuando él fue más allá, mostrando la cajita de hierro que contenía el objeto, ese que él había recibido, ese que iba a entregar, los discípulos abrieron los ojos, atentos a lo que estaba a punto de producirse. Isaac escogió ese momento para intervenir, pero su descontrol verbal no acabó de enmascarar el luminoso pensamiento del maestro. Michel Tolédano miró su reloj, pensando en el cuscús de su esposa que debía de estar cociendo a fuego lento.

Ellos estaban allí, presentes incluso en ausencia, reflejo de la transmisión que se producía mientras él continuaba, profeta en su desierto. Y él se inflamó, su mirada se animó, sus ojos se llenaron de ternura, de su alma brotaban las olas de sus pensamientos, revelados como si vinieran de otro lugar, del fondo de los tiempos, del abismo del olvido, para ser transportados al día que moría.

Era allí, en esa habitación, con sus discípulos, donde se hallaba su imperio, ensartado por una inspiración que moraba en él como el soplo sagrado.

—Ahora —había dicho, abriendo una cajita de hierro—, fijaos bien: este objeto permitirá propagar la llama de generación en generación, propagar la chispa en los espíritus para expandirse y no morir jamás.

Así había hablado, con la certera conciencia de la necesidad de su misión. Semana tras semana, año tras año, él continuaba, fuente inagotable, pozo sin fondo, iniciando a las almas sencillas e ignorantes en los profundos misterios de la filosofía y de la religión, del Talmud y de la Cábala comparados y evaluados con el mismo rasero que las doctrinas de los filósofos. Y ellos, los discípulos, le admiraban, le veneraban.

Era un momento solemne. Moïse Vital les había convocado antes de la boda, para mostrarles esa pieza inestimable, legado de un pasado antiguo, que él tenía en su poder, y que deseaba revelar a todos a partir de ahora. No era el valor mercantil lo que le interesaba, aunque era considerable. Era el hecho de que fuera única, fruto de investigaciones y resultado de una larga reflexión llevaba a cabo por generaciones y generaciones de cabalistas. Y

este tesoro, Moïse Vital había decidido confiarlo a su futuro yerno, Charles, puesto que no tenía hijos varones, a fin de perpetuar la tradición ancestral.

Moïse Vital sacó el objeto del joyero, lo colocó sobre la mesa. Estaban Michel e Isaac, al lado de Moïse, Suzanne, y justo enfrente, Charles. Y todos inclinados sobre el objeto, estupefactos, sin creer lo que veían sus ojos.

—He aquí —había dicho Moïse—. He aquí, amigos míos, lo que me ha transmitido mi padre, Saadia. He aquí lo que yo debo cumplir a mi vez, en este día de la boda de mi hija. He aquí lo que se han entregado generaciones y generaciones de sefardíes, de época en época, he aquí el secreto de los sefardíes.

Se hizo un silencio. Los discípulos se miraron, sin dar crédito. Incluso Isaac se quedó quieto, sin saber qué decir, preguntándose si Moïse había perdido la razón.

Todos estaban inclinados sobre el objeto, y no conseguían comprender por qué Moïse había hecho una puesta en escena tal para un simple amuleto.

Un pequeño amuleto anguloso, plateado, ni siquiera brillante, sobre el que había signos cabalísticos.

—He aquí el secreto —había repetido Moïse.

Hubo un silencio de consternación. Todos se inclinaron sobre el objeto, para intentar descifrar los signos, las letras, que formaban un motivo que recordaba un cuerpo humano.

—He aquí —había añadido él— el modo de invertir el proceso del tiempo…, este amuleto es una condensación del pensamiento y actúa como un fermento sobre los cuerpos en presencia de los cuales se presenta.

Los discípulos emitieron silbidos de admiración, acercándose aún más al objeto, sin querer tocarlo, para intentar percibir el misterio del extraño caligrama.

—¡Esto es una broma! —había vociferado Isaac.

Los discípulos se miraron, presos de una enorme estupefacción. Moïse respondió lentamente.

—«Desciende a las entrañas de la tierra, encontrarás la piedra de la obra», dicen los alquimistas, lo cual tiene un sentido metafórico:

«Desciende a lo más profundo de ti mismo, y descubre la base firme sobre la cual podrás construir otra personalidad, un hombre nuevo.

»Solo entonces verás el mundo no como una obra hecha y terminada, sino en proceso de formarse, de levantarse, de desarrollarse, de renovarse, y sabrás que todo movimiento, incluso un fracaso, un descenso, es la fase creciente de la luna anterior a la renovación, la marea baja antes de la marea alta, el sueño que permite el despertar, el inconsciente que es la esencia de la consciencia. Todos nosotros estamos en camino, en tránsito… La realidad fundamental no es la materia sino la energía, y el hombre verdadero, ese que es apto para controlar esa energía, es aquel que ha llegado a ser maestro en el arte de conocerse.

»El hombre es un instrumento de música, del cual hay que extraer los sonidos más armoniosos por medio de vibraciones internas. Es ese proceso de evolución vital el que os permitirá alcanzar inauditas fuerzas creadoras, de las que aún no tenéis conciencia, pero que los sefardíes han conseguido transmitir, de generación en generación… ¡Así es como nuestros ancestros han sobrevivido… hasta llegar a nosotros!».

De repente se fue la luz. Hubo ruidos, murmullos, roces. Cuando volvió, pasados unos minutos, el amuleto había desaparecido. Moïse se levantó. Ayudado por sus discípulos, se puso a buscar la pieza y quedó claro a ojos de todos que alguno de los presentes la había sustraído. La habitación estaba casi vacía, solamente había una alfombra sobre el *parquet*, un aparador cerca de la ventana con pesados cortinajes, las sillas, y la gran mesa de madera barnizada. Moïse Vital les hizo un gesto a todos para que permanecieran sentados, después buscó por el suelo, por si el objeto perdido se había deslizado, rodando. Sus ojos escrutaron a los discípulos uno a uno. Se posaron sobre los rostros inquietos, como si fuera a penetrarlos. Pero nadie dijo nada. Algunos bajaron la mirada, otros la fijaron en el maestro, como para desafiarle. Silencio. Enseguida estuvo claro para todos que a partir de ese momento no quedaba más que una pregunta posible e incontenible: ¿quién, entre los presentes, Isaac, Michel, Myriam, Suzanne o Charles, había robado el tesoro de los sefardíes?

¿Era Isaac Bouzaglo, el más cercano, el indefectible amigo de Moïse, quien por envidia y celos la había cogido?

¿Era Michel Tolédano, el hombre influyente, consejero próximo al rey de Marruecos durante años, y muy aficionado a las antigüedades marroquíes con las que abastecía al rey?

¿Era Myriam, por rebeldía contra su padre y por celos hacia su hermana? ¿Era Suzanne? Pero ¿por qué oscuro motivo habría robado ella la pieza que su marido otorgaba a Charles? ¿Le detestaba tanto que no soportaba que tuviera la joya de la tradición sefardí? ¿Era eso una abominable broma de Charles?

Moïse Vital, muy molesto, murmuró:

—Amigos míos, me rompe el corazón deciros esto, pero voy a tener que verificar que ninguno de vosotros tiene el amuleto encima.

Todos le miraron. Nunca había tenido una expresión tan seria. Isaac se adelantó el primero, tendió los brazos, dejó que Moïse le registrara los bolsillos, sin decir una palabra, intentando adoptar la actitud más natural y la más leal del mundo, aunque sin conseguir que un rictus involuntario revelara su nerviosismo. Myriam se sacrificó también, dejándose cachear con una sonrisita irónica en los labios. Michel Tolédano se adelantó seguidamente, con aire de franca indignación, mirando al aire, como si pusiera al cielo por testigo.

—Es increíble —dijo Michel—. ¡Parece que estemos en los Boy Scouts!

Y Moïse Vital continuó, sin pestañear. Luego le llegó el turno a su mujer, que le miró con aire ultrajado.

Pero no encontró el amuleto.

Solo faltaba Charles.

—Perdóneme, pero ya ve que no he encontrado nada en mis amigos.

—No —había dicho Charles a su manera, con calma—. Con todo el respeto que le debo, señor Vital, usted no me registrará.

Nuevo silencio.

—Escúcheme —había dicho Moïse—. Debo insistir. Usted conoce el valor de este objeto. Y no ignora lo que representa para mí. Acabo de explicárselo. En fin, los demás han aceptado. ¿Por qué usted no?

Charles le miró sin contestar, con aire insolente.

—¿Es que tiene algo que ocultar?

—No —había contestado Charles, sin arrugarse—. Es una cuestión de honor. Usted no me registrará.

—Esto ya no es una cuestión de honor. Es una simple cuestión de lógica —había dicho Moïse Vital—. Ahora, querría que me devolviera el amuleto.

—Yo no lo tengo.

—¡Entonces demuéstrelo!

Moïse Vital le miró, con aire brutal. Pero Charles sostuvo esa mirada centelleante, reflejo de una cólera ancestral ante la cual se negaba a inclinarse.

—Este amuleto, Charles, era inútil robarlo. Ahora puedo decírselo. Era para usted —anunció Moïse Vital, con la voz tomada—. ¿Cómo puedo conceder la mano de mi hija a un ladrón?

He aquí lo que Esther oyó de la boca de Isaac Bouzaglo, cuando se reunió con él en el despacho donde se había desarrollado la peculiar ceremonia.

Y Moïse Vital estaba sombrío, taciturno, con los ojos inflamados de ira.

E Isaac exultante, consciente de que Moïse Vital, que maldecía esa boda en lugar de bendecirla, iba a cometer lo irreparable.

Entonces Esther pensó en su padre, en el tiempo que pasaron juntos durante aquel peregrinaje a Marruecos. Lo feliz que estaba él viendo a los beréberes que habían reducido su vida a su más sencilla expresión, sin muebles, solo con esteras o alfombras, sin camas, ni tenedores, ni cuchillos, ni platos, solo cuatro paredes y un techo donde dormían y comían. A menudo decía que le gustaría vivir como ellos. Pero los beréberes ¿no habían conservado también el sentido del orgullo herido y de la guerra tribal?

Y Moïse, ahora fuera de sí, miró a Esther. Y Esther, bajo el yugo de la ley paterna, dependiente ella misma de la ley semita, se sintió, más que nunca, aterrorizada por su padre.

—Me gustaría que antes de casarte —le dijo él— reflexionaras sobre tu elección. En mi opinión, te equivocas lanzándote a los brazos de un hombre que no es el adecuado. Tú, ni careces de orígenes, ni estás al margen de la sociedad y de la historia.

—Y en realidad, ¿qué es lo que le reprochas? ¡No es judío, marroquí, de Meknes, de acuerdo, pero es de la misma cultura que tú, que nosotros!

—¡Me ha faltado al respeto, y con insolencia además! Eso no lo puedo tolerar. No se lo toleraría a nadie, y menos aún a él. He hecho oídos sordos a lo que algunos me han contado. Pero él me ha dado una prueba de que lo que dicen de él es cierto. ¡Esther, Charles es un ladrón!

Ya está: a Moïse Vital se le escaparon las lágrimas… Esther, que había sido educada desde siempre en la ley, el respeto y el amor al padre, que representaba para ella no solo el pilar de su vida, sino también su horizonte y su sentido, comprendió que estaba al borde de la ruptura, o bien con Charles, o bien con su padre. Y aquella vez, era el día de la henna, víspera de su boda. No obstante, incluso en este momento en que su padre se mostraba tan cruel, por haber conseguido cazar al hombre que ella amaba, no soportaba hacerle desgraciado, seguía convencida de que su padre se lo había dado todo, y que lo normal era que ella se lo devolviera. Él no podría sobrevivir sin ella, y ella ¿qué haría sin él? Invadida por la culpa, presa por una tenaza entre la felicidad de su padre y la suya propia, Esther ya no sabía qué decir.

—¿Qué es, exactamente, este amuleto? —preguntó.

Moïse Vital frunció la frente surcada de arrugas indulgentes, observó a su hija, con una sonrisa nostálgica.

—Hija mía —le dijo—, yo quería dártelo como regalo de boda.

—¿Cómo regalo de boda?

—Sí, lo tenía decidido. Hubiera querido que tú estuvieras presente en ese instante, pero los novios no deben verse, ya lo sabes.

Moïse Vital sonrió, implacable, con su sonrisa eterna, como grabada en la cara. Ojos claros, inteligentes. Una mirada penetrante.

—Entonces —dijo Esther—, ¿puedes explicarme cuál es el sentido de ese amuleto?

—Cada familia sefardí tiene un viejo manuscrito de un valor inestimable. Aquel que sabe leerlo recibe el secreto que contiene y que ha surcado los siglos para llegar hasta él. Eso es la Cábala.

—¿Tú qué has descubierto? —preguntó Esther—. ¿Qué debemos recibir nosotros?

—Este amuleto… pertenece a mi familia desde hace generaciones; se transmite de padre a hijo… Viene de España, de Toledo. En este amuleto, están todas las indicaciones que permiten realizar, cumplir con un determinado ritual…

—¿Por qué querías darle ese amuleto a Charles? Sabes muy bien que no es alquimista ni cabalista.

—Ser *mekoubal*, ser cabalista, hija mía, es ser recibido. La Cábala no es un tema de meditación solitaria, se practica en el seno de un grupo. El cabalista es aquel que ha sido iniciado. Todo discípulo está destinado a convertirse en maestro a su vez.

—¿Y tú querías hacer de Charles un discípulo, un iniciado? ¿Es a él a quien querías revelarle el secreto?

Esther no daba crédito. Ese sueño, ese viejo fantasma: Charles como discípulo de su padre, iniciado en lo increíble, lo invisible, lo inmaterial. ¿Cómo podía esperar Moïse Vital de un ser tan materialista, divertido y despreocupado como Charles, la menor disposición para la ciencia secreta y las materias de la Cábala?

—¿Cuál es ese secreto? ¿Qué querías transmitirle a Charles?

—Eso no puedo decírtelo, en todo caso no aquí ni ahora.

—Sabes perfectamente que eso a Charles no le atañe.

—Les atañe a todos. ¡Y sobre todo a vosotros que fundáis una familia, que queréis tener hijos!

—¿Por qué no me lo has dado a mí? ¿Porque soy una mujer?

—No.

—Entonces, ¿por qué?

Moïse Vital se acercó a su hija y le espetó:

—¡No te lo he dado, Esther, y no deseaba que tú estuvieras presente, porque tú ya lo conoces!

Esther volvió la mirada hacia los presentes: Isaac Bouzaglo, Suzanne, Myriam, Michel Tolédano, Charles. Isaac, a la derecha de su padre, había adoptado cierto aire de inquietud.

—Esther —dijo Isaac—, ¿va todo bien? Me parece que está un poco pálida, ¿no? —le dijo en un aparte a Suzanne—. ¿A ti no te parece algo pálida?

—Déjala —dijo Suzanne, con actitud protectora—. ¿No ves que está trastornada, la pobre?

Esther pensó en lo que había dicho Sol.

El mal de ojo.

El mal de ojo estaba activo esta noche.

Ahora tenía la convicción de que alguien le había lanzado un conjuro.

—Entonces —dijo—, ¿quién de vosotros lo ha robado?

Barrió con la mirada a todos los reunidos, Suzanne, Charles, Michel Tolédano, Isaac Bouzaglo, luego la posó en su hermana, Myriam.

Capítulo 5

Myriam Ohayon

Esther y Myriam se veían muy poco desde que esta se había marchado a vivir a Canadá. Pero a Esther siempre le afectaba algo que ella atribuía al silencioso desamparo de su hermana. Pese a la rivalidad latente que las enfrentaba, y que ciertamente no era ajena al hecho de que la pequeña se hubiera casado antes que la mayor, Esther sentía por su hermana una especie de lástima, porque no la veía ni feliz ni alegre.

Eran hermanas, pero ¡qué distintas eran! Myriam, con sus espaldas bastante anchas, su cabello corto, sus facciones regulares, iba siempre vestida con pantalones sin forma, y calzada con sandalias, para enorme disgusto de su marido; esa noche, sin embargo, para la henna de su hermana, había hecho un esfuerzo especial y lucía un vestido de cóctel de tafetán rosa pálido, un poco pasado de moda, que ceñía sus formas demasiado voluminosas.

Hacía ocho años que se había casado. Al principio hubo amor, y después, poco a poco, el amor se había agotado, muy despacio, sin hacer ruido, como en la canción. Ella estaba harta. Ya no tenía entusiasmo. Perdió sus ideales. Patrick y ella habían perdido el ímpetu. Ya no sabían reencontrarse como antes. Por las mañanas, Myriam se despertaba deprimida, con una sensación de no poder más. Se había casado muy joven, a los veintidós años, con el hijo del mejor amigo de su padre. Su madre no podía negarse a dejarla partir en esas circunstancias, aunque fuera a un país tan lejano. Pero ella había abandonado el hogar paterno para encontrarse con el mismo universo, a miles de kilómetros. Se había enamorado de Patrick, desde luego; pero poco a poco, había puesto en cuestión ese amor

de juventud que no debería haberla conducido a casarse tan deprisa, tan joven. No había tenido tiempo de vivir su vida de mujer. Había pasado directamente de la dominación del padre a la de su marido y sus hijos.

Ella, que nunca había leído demasiado, se había puesto a devorar libros de psicología divulgativa. Le gustaban mucho esos libros sencillos que explicaban su destino de amante hija y esposa sumisa, que nunca había conocido la independencia. Después había encontrado la respuesta a todas sus preguntas en el budismo, que le permitía vivir en el momento presente. Gracias al budismo, había comprendido que, en nuestra civilización occidental, vivimos alejados de nuestra intuición, prisioneros de nuestro ego y de la herencia familiar y cultural que lo constituye. Fue durante un viaje a la India cuando había encontrado la verdad que a partir de entonces guiaba su vida.

Esther no había visto a su hermana desde las últimas celebraciones del Pessah, durante las cuales había viajado a Montreal. Todo el mundo estaba allí, alrededor de la mesa familiar: Max y Claire, sus suegros, Myriam y Patrick con sus dos hijos, Daniel, el hermano de Patrick, su mujer y sus tres hijos, y también Jacques Amsellem, presidente de la comunidad, con su mujer y sus dos chicos. Todo estaba preparado según los cánones, con una profusión de guisos de Pessah, la sopa de habas, los apios rellenos. El ritual había sido pronunciado por Max Ohayon, el abuelo, jefe de familia, con cánticos sefardíes y sobre todo el *Bibhilou*: interpretado en árabe, pasando sobre la cabeza de todos los invitados la bandeja del Seder que contenía los alimentos rituales, y la *matsa*, el pan ácimo. Este ritual marroquí simbolizaba la liberación individual a través de la liberación colectiva, que es la fiesta de Pessah, que conmemora la huida de Egipto de los hebreos gracias a Moisés. Esther mordió la matsa, «pan de miseria», pensando en la liberación de su servidumbre. De todas sus servidumbres. Su padre, su madre, su hermana, su familia… ¿no eran un peso en su vida? Charles era libre. No celebraba el Pessah ni ninguna fiesta. Con él, sentía que podría liberarse. Fue en este momento, sin duda, cuando extrañamente empezó a despertar en ella la idea del matrimonio, mordisqueando la matsa que habían comido los hebreos. Ellos habían huido precipitadamente, de modo que el pan que habían preparado no tuvo tiempo de subir. En el fondo,

Pessah, fiesta de la transmisión por excelencia, la angustiaba. Era como si hubiera que retenerlo todo, que conservarlo todo, mientras ella se daba cuenta de hasta qué punto todo se perdía.

En Canadá, sin embargo, los judíos perpetuaban las tradiciones con un punto de honor. Estaban orgullosos de su particularidad, reivindicaban con vehemencia su estatus de «sefardíes», que para ellos evocaba España y su pasado glorioso. Sus escuelas llevaban el nombre de Maimónides, el más grande filósofo judío, un sefardí de la ciudad de Córdoba; sus asociaciones defendían su cultura frente a los asquenazíes, que no siempre eran acogedores. Era un compromiso con el continente americano, que les hacía soñar desde la guerra y el desembarco de los soldados norteamericanos, acogidos en Marruecos como salvadores, como verdaderos héroes. El sueño de toda jovencita judía marroquí era trabajar en una de las bases norteamericanas, para conocer a un soldado, judío, si era posible, casarse y partir a El Dorado. Pero en 1950 las puertas de la inmigración a Estados Unidos estaban cerradas, mientras que Canadá estaba abierto. Canadá, para los judíos marroquíes, se convirtió en la tierra prometida. Hacía frío, el clima era duro, pero al menos hablaban francés, y para ellos eso era importante. Allá, había modo de triunfar, de hacer fortuna. Había también un orgullo, esa abundancia de medios propia del continente americano, como lo demostraban todos los restaurantes kosher, los hoteles, los centros culturales, las escuelas, las residencias para ancianos judíos. Todo era bonito, brillante, organizado. Se veía que había dinero y también el deseo de preservar su pertenencia. No hacían las cosas a escondidas como en Francia, casi avergonzados de su comunitarismo. En Canadá, los judíos habían recreado Marruecos con una autenticidad que no existía en Francia, donde la tradición se había disuelto poco a poco en la sociedad, salvo en Estrasburgo, un caso particular, sin duda debido a la propia historia de la ciudad, la única que había conservado el Concordato después de la separación de la Iglesia y el Estado, en virtud de su antiguo estatus de ciudad independiente. En Canadá, los judíos marroquíes habían seguido siendo lo que eran en Marruecos: los guisos, las fiestas, la manera de vivir, el acento no habían cambiado lo más mínimo. Para la primera generación, claro. La segunda estaba compuesta de canadienses, jóvenes dinámicos que

soñaban a menudo con irse a Estados Unidos, al menos a cursar sus estudios, y que muy a menudo acababan emigrando allí y casándose con norteamericanas wasp[15].

Esther observó a su hermana, que parecía ausente y ajena a todo lo que tenía lugar a su alrededor. Pensó que desde que Myriam había descubierto el budismo, todo eso sin duda ya no significaba nada para ella, que conocía la liberación interior. ¿La liberación de qué? O mejor, ¿de quién?, pensó Esther. De su padre, naturalmente. Era necesario al menos el budismo para poner distancia, serenidad y apatía en la relación demasiado ardiente que Myriam tenía con su padre. Su bonita casa victoriana, situada en el barrio más bonito de Montreal, en las alturas, desde donde había una vista sobre toda la ciudad, ese servicio de porcelana, esas copas de vino, esas palabras ancestrales: todo parecía aburrirla, cuando, al principio, ese estatus burgués le había gustado.

Myriam, que hacía gala de una calma altanera, debida según ella misma decía a sus horas de meditación, no prestaba demasiada atención ni a los invitados ni a Esther. En un ambiente distendido y simpático, en el que se hablaba de todo y de nada, sin preguntar nada a nadie, el objetivo del juego era monopolizar la atención el mayor tiempo posible, a base de encanto y de buen humor. Ella escuchaba con mirada mohína a Max Ohayon evocar sus recuerdos de Marruecos con Jacques Amsellem.

—Nuestros hermanos asquenazíes —decía este último— son quizá los primeros que fueron a América, ¡pero no solo está Bergson, Freud o Einstein, están también Modigliani, Primo Levi, Albert Cohen, Elias Canetti y Pierre Mendès France! Nosotros somos también el pueblo de la memoria viva…

Jacques Amsellem era un militante de la acción comunitaria sefardí. Su compromiso se expresaba sobre todo a través de la concesión todos los años de distinciones como el premio al Mérito sefardí, el premio del Reconocimiento comunitario, que no debe confundirse con el premio del Liderazgo comunitario, en el seno de la comunidad sefardí de Quebec, o también el premio de la Cultura sefardí, que otorgaba cada año con gran pompa el presidente de la comunidad.

Desgraciadamente, sus hijos, reunidos alrededor de la mesa del Seder, no eran dignos de todos esos premios. El mayor cursaba un máster de administración de empresas en Harvard; el menor, después de haber estudiado finanzas en Montreal, había triunfado en la banca, pero se había ido a vivir a Toronto. Los dos habían venido solos, porque sus prometidas no eran judías.

¿Todavía tenían sentido estas fiestas? Para los jóvenes representaban un fastidio. ¿Quién entre ellos, los de la nueva generación, era capaz de organizar una fiesta sin los padres, los ancianos? Y sin embargo, los hijos tenían más de treinta años, estaban en edad de hacerlo. Obligados por una fuerza oscura a doblegarse a la tradición, asistían de buen o mal grado al Pessah, aunque en el fondo ninguno sabía por qué.

Y los hijos de estos ¿qué harían? ¿Acudirían a la mesa de Pessah, si es que existía todavía? La tradición ancestral, milenaria, se perdería en una generación. El mandato supremo de la Torah, «Acuérdate», se extinguía ante sus ojos. Las dos o tres generaciones reunidas para esta Pascua no compartían ya los mismos valores, aunque leyeran todavía, como en los milenios anteriores, las preguntas de los «Cuatro hijos».

Moïse, en todas las comidas del Seder, explicaba cómo la Torah apelaba al padre, a fin de que este respondiera a su hijo sobre la huida de Egipto; y hasta qué punto ese acontecimiento solo adquiría sentido con la transmisión de padre a hijo, de generación en generación. Recibir y dar; esos dos actos fundamentales permitían al hijo convertirse en padre a su vez, e inscribirse en la historia que empezó con Abraham y que terminaría en el tiempo del Mesías. En espera de ese período era imperativo transmitir, según mandaba la Biblia. Los cuatro hijos de la Haggadah representaban las cuatro dimensiones de la transmisión. El primero, el sabio, formulaba la pregunta: «¿Cuáles son los testimonios, las leyes y los preceptos que el Eterno, nuestro Dios, os ha prescrito?» y se situaba en el seno de la tradición. El segundo, el malévolo, preguntaba: «¿Cuáles son las leyes que *vosotros* observáis?», él se disociaba de la comunidad, definiéndose contra ella, fuera del pueblo que no obstante era el suyo. El tercero, el «simple», que decía únicamente: «¿Qué es esto?», pregunta reducida a su expresión más sencilla, no poseía las herramientas para plantear una más interesante. Por

fin llegaba el último, el cuarto, «ese que no sabe hacer la pregunta». Este estaba verdaderamente fuera de la cadena de transmisión, mucho más que el malévolo que cuestionaba el texto, puesto que él ignoraba que no lo sabía. El peor de los cuatro hijos no era, pues, el malvado, que se interesaba por las cosas del pasado, aun de forma negativa. El peor era el hijo que no sabía plantear la pregunta, porque había olvidado que había una pregunta que hacer.

Y esta generación, salida de la inmigración, era la de los malvados; pero la próxima, la de los hijos de estos, la generación futura, ¿sería la de aquellos que no saben plantear la pregunta? La transmisión pasaba por la educación que impartía la madre, según se decía, pero cuando la madre lo ignoraba todo de la Ley, ¿qué quedaba?

Entonces llegaría la generación que no buscaba otra cosa más que evitar buscar, ausentarse de las fiestas familiares; no emanciparse, lo cual hubiera implicado una acción, sino evitar la tradición. Ellos eran canadienses, estadounidenses, franceses, israelíes, antes que judíos. Mientras que sus padres y sus abuelos eran judíos antes que marroquíes. Eran judíos antes que nada, y eso definía su vida y su ser. ¿Por qué estos sefardíes auténticos no habían conseguido transmitir su cultura y sus tradiciones a sus hijos? Eso que, sin embargo, había perdurado hasta ahora, durante generaciones y generaciones, pero que no había resistido… ¿A qué? ¿A quién? ¿Por qué treinta y cinco siglos de cultura se apagaban de repente, en una generación? ¿Era a causa del exilio? ¿De Occidente? De la modernidad, ciertamente. De esta modernidad que llevaba a cabo la revolución silenciosa de cortar del todo con las raíces, ya fueran judías, cristianas o musulmanas. O entonces, volvía de forma reactiva a través de la moda del fanatismo, que daba seguridad a las identidades confusas de la modernidad. Las personas morían por no saber quiénes eran y de dónde venían. Y estaban dispuestas a morir por que les dijeran quiénes eran.

Quizás era eso lo que hacía que la fiesta del Pessah fuera tan dolorosa para Esther: Pessah, la fiesta de la Transmisión, estaba convirtiéndose en la fiesta de aquellos que no sabían hacer la pregunta.

Myriam se rebelaba contra su padre que la había obligado a seguir los preceptos de la religión, lo cual para ella era una auténtica pesadilla. Se

peleaba con él por culpa del sabbat, cuando él no comprendía que su hija detestaba sentarse a su mesa, que prefería seguir su camino espiritual, y que él debía respetarla. Ella intentaba no enfadarse pero, a pesar de todas las meditaciones, de los retiros de diez días, de los procesos de preparación para aprender a ser ella misma, todos los ejercicios budistas para conseguir amar al otro sin querer apropiárselo, delante de sus padres le costaba muchísimo conservar la calma. Todo el arsenal budista se hundía ante un simple comentario de su padre. No obstante, era necesario todo el budismo para eliminar los siglos de ego sefardí construido sobre el pathos y la culpabilidad, el exilio y el sufrimiento, la pasión y la familia. Pero ella no conseguía eliminar el conflicto. Ella intentaba vivir de acuerdo con sus nuevos principios, según los cuales todas las cosas que se hacen con dificultad y sufrimiento no forman parte de los verdaderos valores. Había disminuido el consumo de cigarrillos, quería dejar el Prozac, se escuchaba más a sí misma, cultivaba las pequeñas cosas que da la vida *ya que son esas pequeñas cosas las que constituyen la vida, y no las grandes*. Incluso había tenido una aventura con otro hombre, y cuando habían roto no había sufrido, puesto que había practicado el ejercicio budista de no implicarse. De hecho, era el ser sefardí lo que ella intentaba abolir, aunque eso era más fuerte que ella, más fuerte que el budismo, más fuerte que la muerte.

Esther había vuelto de ese viaje al Canadá con un sentimiento de tristeza y de compasión por su hermana, esa compasión que no podía evitar sentir por ella, ella que fingía sentirla por el mundo entero.

Pero esta noche, ¿a qué juego jugaba Myriam?

¿Había robado ella el amuleto por espíritu de rebeldía, para desafiar a su padre, y por celos hacia Esther?

—¿Has robado tú el amuleto Myriam?

—No he sido yo, Esther —dijo Myriam—. ¡Han sido ellos! —añadió, levantando los dedos hacia el cielo.

—¿Ellos? ¿Quiénes?

—Los djnouns…

—Pero ¿qué dices?

—Por los niños… no te lo he dicho nunca pero… un año después de mi boda, yo seguía sin quedarme embarazada. Sol estaba desesperada. ¿Te

acuerdas de cuando fue a casa de Rachel, a Canadá? Se dedicó a administrarme todo tipo de drogas para tener hijos. Por la mañana, en ayunas, me hacía absorber ámbar en un poco de té, o especias en agua. Me atracaba de mermeladas y también de caldos infames. Mientras yo bebía, Sol recitaba fórmulas mágicas.

»Después, durante el embarazo, no dejó de intervenir. Si se hablaba de un objeto poco común delante de mí, yo estaba obligada a conseguirlo, si no corría peligro de tener un aborto. También debía evitar ver a gente deforme o monstruosa, por miedo a que el niño naciera tullido. Si veía a algún inválido tenía que escupir en el suelo.

»Para saber si era niño, Sol cogió un trozo de papel blanco que empapó con un poco de secreción láctea y luego lo acercó al fuego. Si el papel se volvía rojo sería niño, si seguía siendo blanco, sería niña. Y durante el parto, estuvo canturreando.

—¿Qué? —preguntó Esther.

—¡Invocaba a los djnouns!

—¡Tú estás loca, querida! ¡Loca de atar!

—Lo que quiero decirte es que todavía hay tiempo… Escúchame. ¿Recuerdas que cuando estuviste en Montreal me preguntaste por qué seguía con Patrick, cuando yo te había hablado del budismo y de mi viaje a la India, y te dije que había conocido a alguien?

—¿El físico nuclear que lo abandonó todo para convertirse en budista?

—De no haber sido por los niños, yo no me hubiera quedado con Patrick, y habría rehecho mi vida…

—¿Por qué me dices esto ahora? —exclamó Esther—. ¿Tú tampoco quieres que me case? ¿Con la excusa de que tú has echado a perder tu vida?

Myriam miró a Esther con cara de estupefacción.

—¡Yo nunca he dicho eso!

—Entonces, ¿por qué? ¿Por qué estáis todos contra él?

Myriam la miró a los ojos.

—Escucha —le dijo—. Mira, hace un rato yo estaba en el paseo marítimo, haciendo mis ejercicios de *chi cong*, y vi a Charles.

—¿Y…?

—Estaba con un tipo raro, un viejo un poco bizco, con aspecto oriental. Yo me acerqué. El hombre le dio un paquete, un paquete pequeño de papel, bien atado… ¿Ves lo que quiero decir? Yo no tengo nada en contra del hecho de fumar de vez en cuando, pero…

—¿De qué hablas? Tú intentas disimular algo, Myriam. Te conozco demasiado. Por eso intentas confundirme, para que las sospechas apunten a Charles.

—Yo no he cogido el amuleto, Esther. No tienes la obligación de creerme. Pero piénsalo, ¿por qué iba a mentirte?

Esther se mordió los labios. Esta vez estaba perdida. Ya no sabía qué pensar. Fue entonces cuando Michel Tolédano se acercó a ella. Por una vez, no sonreía.

Capítulo 6

Michel Tolédano

A pesar de las peregrinaciones y de su exilio, Michel Tolédano siguió siempre unido a su ciudad. Simpático, comunicativo, vividor, comedor, divertido, con un agudo sentido de la familia, que representaba para él un valor esencial impreso en lo más íntimo de su ser, era un verdadero ciudadano de Meknes. Siempre con la sonrisa en los labios, cálido, acogedor, tenía para todos una palabra agradable, pero también podía ser muy colérico. Era atractivo para su edad, con esa sonrisa que lucía en toda circunstancia. En sus ojos azules había una especie de dulzura inalterable, sorprendente en un hombre de negocios tan temible.

Lo que él deseaba en lo más profundo de su ser era tener una casa bonita en un rincón tranquilo, con un patio interior o un jardín. Materialista, pragmático y fundamentalmente interesado en el dinero, había enfocado su carrera para poder conseguir su sueño, el objetivo de su vida, que era comprarse una casa en Israel, y ofrecer esta preciosa recepción a su hijo que se casaba, rodeado de todos sus amigos. Para él, eso era más que un logro, era el resultado de toda una vida. Y no admitía que la fiesta se estropeara por culpa de Moïse Vital.

En el salón, había fotografías de Michel Tolédano con Hassan II, con un ministro norteamericano, con un presidente del Estado de Israel, Haim Herzog, y también con Shimon Peres y Golda Meir, además de con numerosos embajadores.

¿Michel Tolédano había robado el secreto de los sefardíes? No, eso era inconcebible, a menos que hubiera sufrido un momento de locura. El padre de Charles era un personaje en Marruecos, era muy respetado en la

comunidad judía marroquí: un consejero de reyes, amigo de Hassan II, cuyos secretos había sabido guardar cuando fue necesario. Él era un hombre de principios: durante una misión en Washington, se había negado a estrechar la mano de un dignatario que el Estado de Israel consideraba un terrorista.

No había tenido una vida fácil. Era un hombre hecho a sí mismo, a la manera marroquí, había partido de la nada. A los dieciocho años abandonó Meknes sin decir nada a nadie, para vivir en Casablanca, donde había empezado a trabajar en un banco. Al cabo de un año y medio, se había marchado a Marrakech donde había encontrado trabajo en el Ministerio de Agricultura. Allí había ingenieros de renombre, rusos blancos contratados por la administración francesa para dibujar el mapa geológico de Marruecos. Él había empezado a trabajar con ellos, yendo a clases de física y química. Después se fue con los norteamericanos al norte de Marruecos, a Sidi Slimane, no muy lejos de Meknes.

Entonces decidió dedicarse a la política, militando por la independencia de Marruecos. A diferencia de los demás, él no había optado por Israel, Canadá o Francia. En Francia hubo colaboracionismo y redadas de judíos. Eso le provocaba un pavor más que visceral, sobre todo porque le recordaba la historia de su propia familia, perseguida por la Inquisición. Lo llevaba impreso en la carne, y esa era sin duda la razón por la que se negaba a vivir en Francia.

Prefirió quedarse en Marruecos que era su país. Tenía una preocupación doble: el nacionalismo marroquí y el destino de los judíos. André Malraux le había inspirado; con los *scouts*, había conocido el judaísmo y el sionismo. Esa fue la razón por la cual optó por el partido de la independencia, llevando a cabo para la comunidad judía marroquí, en el terreno político, aquello que Moïse Vital llevaba a cabo en el plano espiritual en su comunidad de Estrasburgo. Pese a toda su admiración por Moïse, una grave divergencia le enfrentaba a él, referida a las actuales relaciones con los países musulmanes. Él se consideraba judío árabe, fiel a sus raíces, fiel a su país.

Michel Tolédano era enteramente marroquí y enteramente judío, aunque, a pesar de su linaje rabínico (descendía del célebre rabino Shimon

Tolédano), no había escogido mantenerse en la tradición estricta. Lo que le interesaba antes que nada era su empresa de fertilizantes, y su actividad política: antifrancés, promarroquí, había tomado partido por su país. Para él los franceses eran enemigos, y la partida de los judíos de Marruecos era un drama.

En 1956, fecha en la cual Moïse Vital, como muchos otros, abandonó Marruecos tanto por miedo como por amor a Francia, él, Michel, se comprometió con los independentistas, y fue elegido presidente del Consejo de las comunidades israelíes de Marruecos. Vivió ese período turbulento, que vio la muerte del rey Mohammed V, profundamente llorado por los judíos, que sentían adoración por quien les había protegido del nazismo y de Vichy, convirtiéndoles en ciudadanos de pleno derecho. Durante la guerra de los Seis Días, el papel de Michel adquirió importancia en la comunidad judía, que se replegó sobre sí misma, en el miedo y el abandono. A menudo las partidas, cada vez más numerosas, tenían lugar durante la noche, en condiciones precarias, sin seguridad. Michel Tolédano hizo todo lo posible para ayudar a la inmigración clandestina a Israel, manteniendo siempre el diálogo con el nuevo rey Hassan II.

Antes que eso, había tenido lugar la tragedia del barco *Pisces*.

Fue el miércoles 11 de enero de 1961. El barco que debía efectuar la travesía clandestina hacia Gibraltar era un antiguo navío de la armada británica, que había servido durante la Segunda Guerra Mundial, antes de ser reconvertido en buque de contrabando. Aquella noche había a bordo diez familias de judíos marroquíes, cuarenta y dos personas en total, dispuestas a hacer el gran viaje hacia la tierra prometida. Entre ellos estaban, además del capitán y los hombres de la tripulación, un delegado del Mossad, encargado de la radio, que cumplía su última misión antes de ir a casarse a Israel; Jacques y Denise Ben Haroch, casados la víspera; David Dadoun y sus dos hijos, que viajaban en barco para reunirse con su esposa y sus otros dos hijos que ya estaban en Israel; Henri Maman, barman en Casablanca, con su madre de ochenta años; Hana Hatchwel y sus hijos, impacientes por reencontrarse con las otras dos hijas que se habían marchado el 2 de enero con un grupo de niños, y mucha más gente…

Después de trescientos cincuenta kilómetros por carretera desde Casablanca, los pasajeros subieron por fin al barco. Habían atravesado toda la cordillera del Rif entre la nieve y la niebla. Para no llamar la atención de la policía, el grupo había declarado que iba en peregrinaje a Ouezzane, a la tumba de Amram Ben Diwan. En caso de control, debían pretextar una invitación a una boda en los alrededores de Al-Hoceima. Hacia medianoche, se detuvieron cerca de un puente, donde dos enmascarados les guiaron por un camino pedregoso que conducía a la playa. Allí, hombres armados, miembros de la red del Mossad, con la cara cubierta con un pasamontañas, les ayudaron a embarcar en los botes salvavidas para llegar al barco.

De pronto estalló la tormenta. A diez millas de la costa marroquí, el casco se partió. En menos de cinco minutos, el barco se fue a pique. La red del Mossad de Gibraltar consiguió captar los SOS. Al amanecer, una trainera española rescató al capitán y a dos marinos que habían conseguido huir a bordo del único bote salvavidas.

Recogieron veintidós cadáveres flotando en la superficie del agua. Pero no recuperaron nunca los restos del barco, ni los cuerpos de veinte pasajeros, entre los que había dieciséis niños.

Ese suceso había trastornado a Michel Tolédano. En nombre de la comunidad judía, había solicitado una audiencia al príncipe heredero Moulay Hassan, para obtener la autorización de enterrar a los muertos religiosamente. Tras una larga negociación, el príncipe terminó aceptando, a condición de que la ceremonia se redujera a lo estrictamente necesario y que no se admitiera a ningún pariente. Los veintidós cuerpos fueron inhumados deprisa y corriendo en un recóndito rincón del cementerio español de Al-Hoceima. Tras años de esfuerzos y negociaciones llevadas a cabo por el gobierno israelí, asociaciones de Israel y personalidades internacionales, el rey Hassan II autorizó la repatriación de los huesos de los náufragos, que fueron homenajeados en un funeral nacional en el monte Herzl de Jerusalén.

Algún tiempo después de esta tragedia, Michel fue convocado por el rey Hassan II, que le recibió frente a un té servido de forma ritual, en vasos suntuosos, acompañado de cuernos de gacela, y buñuelos, las mejores

delicias marroquíes. Amistosamente, como si nada diferenciara verdaderamente a los dos hombres. ¿Quién habría podido decir cuál de los dos rostros, con rasgos tan parecidos como los de dos hermanos, a la vez preocupados y cordiales, era el judío y cuál era el árabe?

—Deseaba verle para decirle hasta qué punto me afectó la tragedia del *Pisces* —le dijo el rey—, pero hay una cosa que me gustaría saber… Con la mano en el corazón, dígame: ¿por qué los judíos marroquíes querían abandonar su país? Algunos de mis consejeros me dicen que no hay otra explicación que la propaganda sionista, el reclutamiento ideológico, y los responsables de la Agencia judía internacional. Ellos piensan que el nacimiento de Israel ha significado un punto de ruptura en la larga coexistencia entre judíos y musulmanes. Que los dirigentes de Israel nunca han sido más que sionistas. Que Israel está fundado sobre una ideología racista, incluso entre judíos occidentales y judíos orientales. Entonces, ¿por qué los judíos quieren abandonar Marruecos?

—Majestad —dijo Michel Tolédano—, los judíos están profundamente ligados a Marruecos, que es su país, y están sinceramente ligados a Israel, que es su tierra de origen. Eso fue hace mucho tiempo, pero la memoria judía está muy viva, y de generación en generación perpetúa el deseo de regresar a su hogar, del que fueron expulsados. Recordad al gran Amram Ben Diwan, que vino a convencer a los judíos de que partieran hacia la tierra prometida. Él insufló en sus corazones el amor a la tierra de Israel, aunque el amor por Marruecos estaba siempre presente.

»En este país, yo nunca me he sentido minoritario, aunque pertenezca a una minoría. Y sepa, majestad, que esos judíos que se van de Marruecos conservan siempre Marruecos en el corazón. Os juro que los judíos son embajadores de Marruecos, allí adonde emigran y viven. Nosotros estamos presentes en este país desde hace siglos, lo hemos amado y lo amamos aún con un amor profundo e inalterable, puesto que es nuestro país. Y para aquellos que, como yo, desean quedarse, ha de ser posible hacerlo en buenas condiciones de seguridad y bienestar. Pero para aquellos que prefieren abandonar Marruecos, debería ser posible hacerlo también, sin poner su vida en peligro.

—¿Por qué partir? —preguntó el rey—. ¿Por qué dejarnos aquí, sin ustedes, cuando forman parte de nuestra historia, puesto que son marroquíes? Ya sabe usted que la nacionalidad marroquí no puede perderse… ¿Por qué separarse de nosotros, de ustedes? Nosotros no deseamos su partida. Yo pertenezco a la dinastía de los alauitas: nosotros siempre les hemos tratado bien. En la historia de Marruecos, ha habido pogromos y masacres, lo sé, pero desde que nosotros estamos en el poder, nuestra dinastía mantiene una relación privilegiada con los judíos. Como ya dijo mi padre, el añorado rey Mohammed V: «Los marroquíes israelíes tienen los mismos derechos y los mismos deberes que los demás marroquíes».

Michel Tolédano quedó muy afectado por las palabras del rey. Ese encuentro le había decidido a quedarse en Marruecos y a trabajar por la integración de la comunidad judía, pese a las partidas y pese a los tiempos turbulentos, pese al antisemitismo del pueblo. Se enfrentó a las conversiones forzosas de las menores judías: esas jovencitas apartadas de sus familias y convertidas, antes de casarlas a la fuerza con árabes. Después hubo una masacre de judíos: Samuel Boussidan, que tenía cuarenta y dos años y once hijos, fue golpeado con barras de hierro antes de que le arrojaran a un saco y le quemaran; Chalom Elfassi sufrió un linchamiento a manos de una muchedumbre enloquecida, que le mató a golpes de ladrillo, con su hijo; incendiaron leñeras sin que hubiera ninguna respuesta ni intervención de la policía. Muchos fueron maltratados y perecieron de forma trágica, sobre todo durante la visita a Marruecos del presidente egipcio Nasser. Un viento de pánico sopló sobre Marruecos, que vivió el cierre de oficinas de inmigración y la expulsión de los emisarios israelitas.

Él, Michel, continuó trabajando sin descanso en favor de un acuerdo secreto entre el gobierno israelí y el gobierno marroquí. Pero el gobierno empezó a restringir la libre circulación de los judíos. El Ministerio del Interior interrumpió la concesión de pasaportes a los judíos. La palabra Israel se convirtió en tabú. Durante la guerra de los Seis Días, por primera vez los marroquíes fueron llamados a boicotear a los judíos. En 1967, siete mil judíos abandonaron Marruecos en dirección a España. En Meknes, a Michel se le partía el corazón al ver su mellah, aquel en el que había pasado

la infancia, los mejores momentos de su vida, vaciándose poco a poco. Se cerraron las sinagogas, algunas convertidas en tiendas o en restaurantes. Michel conservó en él, para siempre, el sabor del mellah de Meknes. Conocía todas las casas, sabía exactamente qué familia las habitaba en los tiempos en que los judíos vivían allí. Y al verlas, no podía evitar que le invadiera la nostalgia. Él había viajado a Francia, a Europa, a Estados Unidos, pero decía que solo podía amar en su lengua materna, esa lengua materna que era el árabe.

Y Michel veía cada día, con el corazón en un puño, cómo Marruecos se vaciaba de los suyos.

Se acordaba de la época en que no había rincón en el país sin judíos, y lamentaba el trabajo artesano que había desaparecido con su partida. De niño, iba con su madre al baño de las mujeres. Cuando años más tarde volvió a los baños, el hombre ciego que los cuidaba le tocó la cara. Él le tomó en sus brazos y se puso a llorar, era el fiel M'bark, un empleado del abuelo, y él también añoraba la época en que los judíos vivían en Marruecos.

Presionado por su mujer, que pensaba en el porvenir de sus hijos, en sus estudios, en su vida futura, acabó por marcharse con su familia, luego hizo venir a sus padres, a quienes instaló cómodamente en un bonito apartamento de Estrasburgo. Y hete aquí que un día en que estaban tomando el té en su salón marroquí, un sábado por la tarde, su madre, Yacot, le dijo suspirando: «Yo cambiaría todo esto por tener dos meses de nuestra vida en Marruecos».

¡Cómo la comprendía! Porque aquella era una vida que tenía un sentido, el sabbat tenía allí un sabor especial y la vida judía estaba muy estructurada.

Y hete aquí que, veinte años después, Michel se veía enfrentado al mismo problema, al mismo éxodo. Los últimos judíos de Marruecos se habían dedicado a emigrar, poco a poco, y la comunidad judía se despoblaba cada día un poco más. Él, secretamente, había trabajado por el acercamiento a Israel, y sobre todo en favor de la visita de Shimon Peres, después de la cual Hassan II había abierto las puertas de su reino a los turistas israelíes. Como reconocimiento, cuando el rey murió, Israel había ordenado bautizar setenta calles y avenidas con el nombre del «apreciado

difunto». El gobierno israelí, dirigido entonces por el laborista Barak, y las organizaciones judías marroquíes habían participado de lleno en el adiós a su inolvidable amigo. Desde que se había instalado en Francia, Michel ya no tenía la misma alegría de vivir, el mismo entusiasmo, ni el mismo ímpetu generoso que tuvo en el pasado. Solo había sido verdaderamente feliz en los paisajes de colores cálidos de su infancia, cuando se reencontraba con sus amigos de la adolescencia. Al día siguiente del atentado islamista de Casablanca, en el que cuatro de los edificios atacados eran judíos, voló hacia Marruecos para apoyar a la comunidad. A pesar de la conmoción, los que se habían quedado no estaban preparados para partir, y él les comprendía. Vender un negocio de la noche a la mañana no es fácil. De momento esperaban, diciéndose que ese atentado no solo había sido contra los judíos, sino contra todo Marruecos. Era una provocación contra el prestigio del nuevo rey de Marruecos, Mohammed VI, hijo de Hassan II. Sus predecesores en el trono, su padre y su abuelo, ¿no habían protegido a la comunidad durante la Segunda Guerra Mundial y la guerra del Golfo de 1991? En el fondo, sabían que el ambiente de tolerancia religiosa, que reflejaba la particularidad de la sociedad marroquí, había cambiado desde el ascenso de los fundamentalistas musulmanes: desde que un judío había sido apuñalado en la calle, los judíos habían dejado de llevar la kippa en los lugares públicos, con toda tranquilidad, como tenían por costumbre. Vivían con miedo: de sus vecinos, de los ataques terroristas. Si pasaba alguna cosa, sabían que ellos serían los primeros a quienes atacarían. Aunque los judíos intentaban tranquilizarse, viendo que algunos marroquíes les expresaban su solidaridad, en el fondo pensaban que había llegado el momento de hacer el equipaje y unirse a los doscientos mil judíos marroquíes que habían emigrado a Israel.

Después del atentado de Casablanca, Michel Tolédano solicitó una audiencia con el joven rey de Marruecos, exactamente como había hecho años antes con su padre, Hassan II, después de la tragedia del *Pisces*.

Y Mohammed VI le recibió, en el mismo palacio donde, algunos años antes, en ese mismo salón le habían servido té, en los mismos vasos, con pasteles parecidos…

—Majestad —dijo Michel Tolédano—, me emociona ver al hijo de aquel a quien me sentía tan unido. Y de nuevo, vengo a pediros protección para los judíos que quedan en Marruecos. Nosotros sabemos que las esferas islamistas denuncian eso que ellos llaman «vínculos con el sionismo». Pero me gustaría deciros también que todos nosotros esperamos, en el fondo de nuestros corazones, que el islamismo no presione a Mohammed VI para romper contactos oficiales con Israel.

—Para ellos, lo más importante es que yo rectifique el error de mi padre, Hassan II, y mi abuelo, Mohammed V. Pese a todas las presiones, mi padre nunca ha roto el contacto con Israel. Gracias a él, Rabat y Tel-Aviv han mantenido siempre relaciones privilegiadas. Somos más fieles que nunca a la Constitución de 1972 que no hace distinción alguna entre marroquíes, ya sean judíos o musulmanes. En Casablanca, como usted sabe, hay sinagogas que acogen fieles todos los días, restaurantes kosher, que ofrecen la posibilidad de llevar una vida judía, con todos sus imperativos, en el respeto de su Torah. Los judíos están integrados en la nación desde siempre, aparte de la protección que les debemos.

—Majestad, yo sé que la identidad judía y marroquí, confirmada por el rey en tantas ocasiones, se ha visto reforzada por su política de moderación en el conflicto de Oriente Medio, haciendo caso omiso a las palabras de odio de los medios de comunicación árabes. Y yo continúo, como muchos de vuestros súbditos, obedeciendo el mandato de vuestro padre, Hassan II, cuando nos dijo: «Yo os pido que seáis los embajadores de Marruecos en todos los países de la emigración».

Al pronunciar esas palabras, Michel Tolédano no pudo evitar emocionarse. ¿Por qué el rey se interesaba por una comunidad que desaparecía como la nieve bajo el sol, hasta el punto de quedar reducida a la mínima expresión? Cuatro mil o cinco mil judíos, en una población de treinta y cuatro millones de habitantes, parecía algo irrisorio. Como si comprendiera su pregunta, el rey respondió:

—¿Sabe usted lo que decía mi padre, lo que le atormentó hasta el final de su vida? Decía: «¿Por qué nos han dejado? Les hemos tratado bien. ¿Por qué se han ido?». ¡Ustedes estaban aquí antes que nosotros! Están aquí desde hace dos mil años. Marruecos era su país antes de ser el nuestro.

Como decía mi padre, Hassan II, Marruecos es un león que hay que llevar atado. Él luchó sin descanso contra el islamismo, y decía también: «El Islam, religión de libertad, está contra el islamismo». Y yo soy como él. Si todos ustedes se marchan, yo me quedaré solo en la lucha.

—Majestad, nosotros estamos en el exilio ahora —dijo Michel—. Pero en el corazón de todo judío marroquí hay un sufrimiento, una nostalgia, una herida profunda.

—Nosotros condenaremos a los islamistas, y eso será algo único en el mundo musulmán. Habrá procesos y detenciones, y nosotros seremos un ejemplo para el mundo entero, justamente a causa de nuestra particular historia, y ustedes los judíos tienen un papel que representar en este proyecto. Yo en persona pronunciaré un discurso para explicar que el atentado terrorista se ha perpetrado contra el país entero, no solo contra los judíos.

»Desgraciadamente esto no impedirá que ustedes se marchen. Yo querría…, me hubiera gustado tanto comprender y dar las garantías suficientes para disuadir a aquellos que desean irse… Usted se ha ido, Michel. Sus hijos se han ido… Pronto ya no quedarán judíos en Marruecos. A pesar de todos nuestros esfuerzos y toda nuestra buena voluntad, ustedes nos han abandonado, los responsables de la comunidad judía marroquí. Desde que usted se fue, las personas que debían sucederle brillan por su ausencia. La organización que usted puso en pie ya no existe: ha fracasado en su misión, que era servir de marco de unión de los judíos marroquíes en Marruecos, preservar la existencia de una cultura floreciente. No ha conseguido, tampoco, integrar a los judíos, ni en la sociedad civil ni en la vida política nacional.

»Ahora, en lugar de ocuparse del destino de los judíos en Marruecos, los responsables de la comunidad judía se pasan el tiempo viajando, entre sus residencias neoyorquinas, londinenses, parisinas o de Quebec. ¡Una élite financiera, llena de trotamundos, que se preocupa antes de sus propios asuntos que de sus obligaciones con los judíos que residen de modo regular en Marruecos, y con su rey!

—Algunos vuelven. Después de haber cursado sus estudios en Francia, vuelven para trabajar en la empresa de su padre. Yo conozco a varios, y este

es un fenómeno reciente, ligado al desarrollo del turismo, al despegue de Marruecos. Muchos quieren trabajar en este sector.

—Es un grupo de gente rica que vive en distintos países, con una residencia ocasional en Marruecos. Conozco la verdad, no hace falta que me la oculte: la comunidad judía marroquí ha estado siempre relacionada con corrientes ideológicas e influencias procedentes de Israel. Las antenas locales de los servicios israelíes se han reactivado. Los agentes van de puerta en puerta. Se sirven de medios de todo tipo para incitar a la emigración. Me han hablado de vídeos y CD enviados por Israel para que los vean las familias judías marroquíes. Exponen las delicias de la vida cotidiana en Israel.

»Seguro que no se trata del mismo discurso de hace cuarenta años. Ya no se trata del gran viaje mesiánico. La finalidad se ha readaptado. Se ha convertido en pragmática. Se habla de escolarización, de empleo y de vivienda. No se habla de la débil capacidad de asimilación de los nuevos inmigrantes, ni del paro, ni del ostracismo que sufren los judíos del norte de África en Israel. Para vencer las últimas dudas, se dan todas las garantías para que no se reproduzca la experiencia de los primeros inmigrantes puestos en cuarentena a su llegada a Israel.

»Pero a mí me gustaría decirles que no se vayan a un país en el que están en peligro. Las relaciones entre Israel y los países árabes están en su peor momento. Toda la región puede bascular en cualquier momento hacia una nueva guerra. Piensen en su situación en caso de conflicto árabe-israelí. ¡Recuerden la animosidad y las cargas de las que han sido objeto!

»Esta es la fase final de un proceso iniciado hace cuarenta años y que ha desembocado en la desaparición de una cultura dos veces milenaria.

Después de un silencio, el rey añadió:

—Y será un desastre nacional cuando se marchen los últimos judíos de Marruecos. De hecho, ¿qué puede hacer Marruecos sin sus judíos?

—La cultura, majestad —había replicado Michel Tolédano—, nuestra cultura, no desaparecerá. Vuestro padre y vuestro abuelo lo habían pedido: cientos de miles de judíos marroquíes diseminados por el mundo siguen manteniendo viva la llama del patrimonio marroquí. Allí donde están, hay los mismos guisos, las mismas fiestas, las grandes reuniones familiares y

religiosas con ocasión de las celebraciones y las bodas al son de la música arábigo-andaluza. Melodías de Salim Halali, Sami Maghribi, Albert Souissa, Raymonde El-Bidaouia y tantos otros. Melodías de nuestro hogar, majestad. Los emigrantes han conservado y conservarán siempre a Marruecos en el fondo de su ser. Muchos regresan a Marruecos porque lo necesitan, porque aman a Marruecos y lo amarán siempre.

No obstante, Michel Tolédano sabía muy bien que el rey tenía razón, que esta época era la de una historia perdida, desaparecida para siempre.

Días después, se subió a un autobús al azar por el simple placer de pasearse por su país, por su ciudad, y sentir otra vez el viento de Marruecos. Un hombre sentado frente a él le reconoció y le dijo:

—Señor, creo que debería usted marcharse, porque van a entrar en Marruecos a sangre y fuego.

Entonces Michel Tolédano abandonó su país con el corazón roto, sin ni siquiera el consuelo de saber que su hijo continuaría la lucha.

Por una parte, Michel se mostraba abierto y simpático con los de fuera, pero por otra, en su casa, reinaba con una autoridad absoluta que no admitía ninguna oposición. Había querido obligar a sus hijos a retomar la antorcha y había obtenido el resultado contrario. Sus hijos ya no respetaban ningún aspecto de la religión, salvo el Kipur. Charles, de hecho, se había convertido en el peor de los cuatro hijos de la Haggadah de Pascua: el malvado. Un provocador, alguien que planteaba preguntas objetivas y que solo pretendía subvertir el sistema. Su oposición a toda forma de religión entristecía a su padre. Pero Charles era su hijo, y en el instante en que Moïse Vital le acusó de ser un ladrón, cuando su honor y el honor de su familia se pusieron en duda, dejó de pensar como un diplomático conciliador, dejó de sonreír e hirvió de rabia, de una rabia ancestral.

Michel Tolédano miró sucesivamente a Esther y a Moïse Vital, con un resplandor de cólera en los ojos, la cólera del beduino ultrajado. Por un segundo, Esther creyó que ambos llegarían a las manos, que se matarían.

—¡Tú has venido a traer el escándalo a mi casa! —empezó Michel.

—¡No he sido yo quien lo ha traído, sino tu hijo! ¡Tu hijo que pretende ser el marido de mi hija, tu hijo es un ladrón! ¡Pregúntate cómo le has educado y si le has educado!

—Mi hijo no es un ladrón —dijo Michel—. Pero tú, tú eres perverso. ¡Tender una trampa al yerno el día de su boda! ¡Registrar a los amigos! ¡Tú finges ser un sabio, pero no eres más que un loco! Yo he desperdiciado mi vida intentando ser diplomático con individuos de tu especie. ¡Ya puedes marcharte! Sal de mi casa.

Entonces Moïse se volvió hacia su hija. Esta comprendió que iba a marcharse y que esperaba que ella le siguiera. En unas horas su padre había desacreditado a la familia política, había cubierto de oprobio a su prometido y había destruido su boda. ¡Oh, padre sefardí! Padre pasional con un amor tan ardiente que nada ni nadie puede igualarle. Padre tribal y judío, que habiendo aceptado la prohibición de cometer incesto con su hija, solo podía prohibir que se opusieran a la fuerza y la llama de su amor. Padre amante, envolvente, cariñoso, dominante, implacable con aquellos que osan tocar a su progenie, y capaz de las cóleras más terribles contra esta y de las palabras más dulces. Ninguna palabra ni ningún gesto pueden rivalizar con los del padre sefardí cuando dice amor mío, ya que ella es su amor. ¡Oh, padre sefardí! ¿Cuándo te permitirás recibir un poco de amor?

Como hipnotizada, Esther empezó a acercarse a su padre. Pero de pronto:

—No. Yo me quedo.

Vio cómo su padre se tambaleaba durante una fracción de segundo y palidecía. Vio que se le dilataban las pupilas ante la inesperada sorpresa. Y después vio cómo él, su padre, mortalmente, doblemente ofendido, se daba media vuelta y, sin volver la vista atrás, se iba.

Su madre la miró de arriba abajo.

—Te arrepentirás —dijo—. ¡Te arrepentirás toda tu vida, Esther Vital!

Capítulo 7

Los dos patriarcas

La familia de Esther, todos los suyos, ya se habían ido. Su padre, su madre, su hermana, su abuela habían abandonado la casa. Sus tías, que se habían quedado, llenaban sus platos de pasteles y sus vasos de té a la menta para calmar la angustia, igual que los dos patriarcas que sonreían como si nada.

Esther estaba sentada en el sofá, entre sus dos abuelos, Saadia Vital, el padre de Moïse, y Sidney Hatchwel, el padre de Suzanne.

Saadia era un anciano alto, un poco encorvado. En honor a la ocasión, se había puesto la *zokha*, exclusiva de los rabinos y los dirigentes del mellah, y el pañuelo azul con lunares blancos con el que se cubrían la cabeza los judíos en el siglo pasado. El conjunto, zokha (entre chilaba y *panjabi*[16]) y pañuelo, producía cierto efecto. Saadia se parecía a esos personajes de las famosas fotografías de Élias Harrus, judíos marroquíes rodeados de beréberes, mujeres jóvenes de otros tiempos que pelaban almendras y lavaban en el río el trigo que destinaban a la fabricación del pan del sabbat; esposas que acarreaban el agua como en la Biblia; niños en la escuela judía; tejedores de lana trabajando o sentados delante de sus casas. Esas fotografías demostraban hasta qué punto la vida de los musulmanes y la de los judíos en el campo se mezclaban en Marruecos. A menudo las familias viajaban juntas para asistir a una *hiloulah*, a una boda o a otra ceremonia.

Sidney Hatchwel, el otro abuelo de Esther, lucía un redingote con el alzacuello almidonado ceñido a la piel mate del cuello, un poco arrugada, un sombrero que cubría el rostro de rasgos delicados y el pelo gris y lacio, impecablemente cortado, y guantes blancos, por supuesto. Para llamar a las

camareras en los cafés, se quitaba un guante y con dos dedos doblados daba un golpe en el cuello duro, a la manera de Mogador. Claro que, en general, ellas no reaccionaban. Él repetía el gesto varias veces y, en último extremo, movía el dedo meñique, antes de acercarse a ellas para murmurarles al oído: «¿No ha oído usted que la llamaba?».

—¿Cómo estás, querida? —se interesó Sidney, preocupado.

—Bien.

—¡No tienes aspecto de estar bien, darling!

Fue a sentarse al lado de ella.

—¿Sabes que hace un rato he visto a uno de Mogador, aquí mismo?

—¡Ah, sí! ¿Un amigo tuyo?

—No, en absoluto.

—¿Cómo has sabido que era de Mogador?

—Alguien que se pasea de ese modo, con la mano apoyada en la cadera, solo puede ser uno de Mogador.

Imitó el gesto de la mano con un contoneo cómico.

—Pues sí, hija mía. ¡Y tú, cuéntame, te casas, es maravilloso, que Dios te bendiga, que Dios te bendiga!

—Gracias, papy, gracias.

—Creo que él es de Meknes, ¿es así?

—Sí, así es… En fin, su familia es de Meknes.

Una sombra de inquietud cruzó la mirada del anciano, que la ocultó enseguida con una sonrisa angelical.

—Eso no es grave, hija mía. No es grave. Lo esencial es que estéis bien juntos, ¿no? Ya se han visto hijas de Mogador casarse con chicos de Meknes. Sí, ya ha pasado…, estoy seguro…

Así hablaba Sidney Hatchwel, con una mezcla de árabe, inglés y francés, palabras que adquirían a veces los acentos y los giros cercanos a la ciudad de Mogador.

Con su corte de pelo de los años treinta y sus ojos negros, y a pesar de su corta estatura, Sidney Hatchwel tenía prestancia, cosa que debía de venir de su forma de andar. Cuando Sidney andaba, parecía que una alfombra roja se desdoblaba a sus pies. Sidney era un producto típico de Mogador, ya que esta ciudad, para quienes han nacido allí, nunca será Essaouira, el antiguo

nombre que se le otorgó de nuevo después de la independencia. Allí donde estuviera, Sidney construía su mundo a su alrededor, con el mar y un horizonte que solo él sabía ver. Sidney tenía su propio código ético, basado en la sutileza de la lengua, y el culto a la elegancia y las buenas maneras, heredado de los ingleses, que encarnaban a sus ojos la cumbre de la distinción. Así, llevaba siempre una pluma en el bolsillo del pañuelo, incluso durante la cena del sabbat el viernes por la noche, algo que tenía el don de horrorizar a Moïse Vital, puesto que la Ley prohibía tocar la pluma, instrumento de trabajo, en ese día santo dedicado al reposo. Pero poco importaba la Ley, la distinción lo exigía, y la distinción era la norma que reinaba sobre todas las demás para los de Mogador. Todos los viernes por la noche, se repetía la misma serenata. Moïse ponía mala cara, lanzaba miradas furibundas a Suzanne, quien se inclinaba discretamente hacia su padre para decirle que se quitara el objeto del delito, cosa que él hacía de forma muy amigable, hasta el viernes siguiente cuando llegaba, tieso como un palo, orgulloso de su elegancia manifestada por la pluma en el bolsillo.

Cargado de tacto y mano izquierda, Sidney dominaba también el arte de la lítotes y el eufemismo. Para saludar a una persona, le tocaba la mano antes de apartarla enseguida, como diciendo: le hago el regalo del saludo. Si la sopa estaba fría, decía: «está tibia»; si estaba tibia, comentaba: «no está muy caliente».

Cuando Sidney era joven en Mogador, se levantaba temprano para ir a rezar. Bebía té mientras escuchaba relatos de las gestas de los rabinos, y después se iba a la tienda de marquetería que había heredado de su padre, con sus objetos de tuya, de la que se utilizaban las raíces cuyas formas esculpía la naturaleza. Hacía traer la madera sin tratar de las explotaciones que estaban a unos diez kilómetros de la ciudad. El árbol de tuya, una especie rara, estaba sujeto a cuotas, y solo las personas autorizadas podían comerciar con él. La tuya, o *arar*, era difícil de usar en grandes superficies porque tenía tendencia a quebrarse, y por eso la utilizaban sobre todo para revestimientos. Los ebanistas trabajaban al detalle objetos de madera de limonero, muy clara, o de ébano de Madagascar, de un color negro intenso, que adornaban con nácar, con hilo de oro o de aluminio. Los dibujos

destacaban sobre el fondo rosa oscuro de la tuya con un perfume característico: el aroma propio de Mogador.

Los sábados, a Sidney le gustaba pasear por la ciudad, por el puerto de espigones paralelos; después a lo largo de la Scala, la larga muralla que bordea la costa con sus almenas y sus cañones del siglo XVIII.

La luz bañaba la fortaleza de una belleza singular. Un sol transparente cubría la ciudad de un blanco diáfano. Al atardecer, un nubarrón de un naranja intenso doraba las murallas. El viento invadía las calles y callejas, despeinaba a los paseantes y levantaba los vestidos de las mujeres y las chilabas blancas, azules, verdes o de color siena. Vestido con su traje blanco, Sidney deambulaba por el laberinto de calles saturadas de olores y de luz, las de los joyeros, los talladores de madera, los vendedores sentados en el mismo suelo delante de su tienda abarrotada de telas o de especias. Él se perdía en los pasajes umbríos donde trabajaban los zapateros, los pañeros, los estañadores, los panaderos y los fabricantes de cojines. Tiendas blancas, postigos azules, telas recargadas, vajilla pintada, cerámica de Safi: la luz del crepúsculo, bruma de halo gris los días de niebla, coronaba sus estallidos de color con un aura suave. A Sidney también le gustaba acariciar el mar y sumergirse en ese paisaje de una belleza extrema, indómito, que en los días de tormenta adoptaba aires de costa inglesa. El océano rompía entonces al pie de las murallas, explotando en una espuma burbujeante. Las olas se solapaban así desde hacía siglos, como seguirían haciéndolo muchos siglos más, y también cuando todos los judíos se hubieran marchado de Mogador, y solo la bandera marroquí ondeara en la pequeña ciudad al pie del peñasco.

Durante un viaje a Marruecos, Esther había pasado una tarde con sus padres, deambulando por las calles estrechas de Mogador. A las cinco, el sol había desaparecido de la terraza del Café de France amueblado con mesas y sillas desparejadas, un bar viejo que tomaban al asalto *hippies*, escritores y periodistas, y las hordas de turistas que habían comprado tuya tallada. Los pescadores volvían al puerto. Los más pobres, que no tenían barca, llegaban más tarde, encaramados a un gran neumático que les permitía bogar lejos, con las olas. Los niños pedían bolígrafos. Las jóvenes volvían de su paseo por la playa, con caftanes de colores. Los surfistas

volvían al hotel. A lo lejos se oían dos *gnaouas*[17] que golpeaban tambores, en un concierto salpicado por los gritos de las gaviotas y los cormoranes. Los tenderetes cerraban, los vendedores ordenaban las telas, los granos, los pescados, las legumbres y las frutas.

Moïse se había levantado, con aspecto emocionado. En medio del café donde se había instalado con su familia, había una estrella de David pintada sobre una mesa… El café era una antigua sinagoga, le había explicado el patrón.

—Aquí, aquí mismo, se celebraban bodas, con un dosel recubierto de terciopelo rojo, los novios de pie uno junto al otro, y los invitados alrededor. El rabino recitaba una plegaria en hebreo y luego cogía la copa envuelta en paño que rompía, antes de interpretar cánticos en árabe. Bajo el clamor de las mujeres y los gritos de los hombres, los músicos tocaban la mandolina y el tamboril, y todos los invitados se marchaban con un cono lleno de dulces. —Se había inclinado sobre Moïse y había murmurado, con aire nostálgico—: Desde que se fueron los judíos, ya no hay estrellas en el cielo de Mogador.

—Nos han expulsado —respondió Suzanne—, los disturbios de Marrakech, ¡fue como el motor de un camión, entre el mellah y la medina, que se hinchó y ardió de pronto! Yo recordaré siempre cómo huía la gente de terraza en terraza para que no les alcanzaran, las paredes que escalaron, y el canto del muecín, mientras la humareda se alzaba sobre la ciudad… No hay que tener nostalgia. No querían saber nada de nosotros. ¡Nos han expulsado! ¡Aquí mismo, de nuestra casa!

Moïse contempló el café como si viera la antigua sinagoga.

—¡Deberían haber derruido esta sinagoga y llevarla a Jerusalén! Mogador… se ha terminado… —añadió, suspirando.

Su mirada estaba cargada de un dolor contenido.

En el cementerio de Mogador, un viejo cementerio marino sobre los arrecifes de la ciudad, le fue difícil encontrar tumbas familiares. Los nombres estaban medio borrados por el viento y el mar, y por el tiempo que pasa, indefectiblemente. Suzanne buscó en vano las tumbas de sus ancestros, los Pinto, parientes de Sol. El centenar de tumbas, blancas,

rectas, estrechas o redondeadas, estaban tan juntas que en algunos lugares había que pasar por encima de ellas, a través de viejos zarzales.

—Mogador se acabó —había repetido Moïse—. Se acabó.

El cementerio de Mogador ya no se ampliaba, ya no acogía nuevas tumbas, se quedaría así, intacto, blanco, acabado para siempre, pues la historia de los judíos en Marruecos había terminado. Las generaciones que habían sobrevivido a las guerras, los pogromos, las hambrunas, las enfermedades que se propagaban de repente, no envejecerían aquí, no morirían aquí. Ellos estaban de paso, solo para visitar a los muertos del pasado, estaban en peregrinaje por Marruecos para rendir homenaje al judaísmo sefardí tal como era, como ya no sería nunca más.

—Mogador se acabó —murmuró Moïse.

Sidney, el padre de Suzanne, le había contado a menudo a su nieta cómo se había separado muy pronto de sus padres quienes, para perfeccionar su educación, le habían enviado a Londres a cursar sus estudios. Apenas tenía catorce años.

Sidney había, pues, subido a un barco en Mogador que le llevaba lejos, hasta las costas de Inglaterra. Él sabía que partía por mucho tiempo, y había llorado durante toda la travesía, destrozado por separarse de sus padres siendo tan joven. Pero ellos lo habían decidido así: era necesario que se instruyera, y era en Londres donde recibiría la mejor educación, y de donde volvería, un día, llenándoles de honor por todo Mogador. Para ellos esa partida también era un sacrificio, pero, aunque sufrieran, se sentían orgullosos.

Y así se fue: lejos de las riberas agitadas al borde de las murallas, lejos de Mogador entre la bruma, recubierta por un manto de humo, desenfocada ya en la lejanía. Partía lejos de su niñez, aunque era aún un niño. Se iba a vivir solo. Ante esa idea, su corazón latía con fuerza, de ansia y de miedo, de juventud. La vida entera se abría, se le ofrecía, y él estaba dispuesto a afrontarla: no era un ciudadano de Mogador para nada.

Entre Londres y él se produjo un flechazo. La ciudad había colmado todas sus expectativas, encarnaba sus sueños de grandeza y elegancia. Sidney estudió muy a fondo durante cinco años inglés y comercio. Luego, a los diecinueve años, en lugar de volver a Mogador, decidió quedarse. Para

ganarse la vida, como era un chico atractivo, por las noches actuaba de figurante en espectáculos de baile y obras de teatro. Fue allí donde la encontró.

Ella era menuda, frágil, simpática. Llevaba una media melena rubia con flequillo, sus piernas largas y esbeltas no dejaban de dibujar puntos de interrogación en su corazón. Desde que la vio, quedó trastornado. Era como si el mundo se reorganizara de repente ante sus ojos, sin que él supiera por qué ni cómo.

Le hizo la corte a través de miles de palabras, como se ofrecen flores, de todos los tonos, feliz cuando ella reía, cuando ella sonreía, y sobre todo cuando el espectáculo terminaba y ellos se quedaban allí, mientras el día avanzaba. Vivieron así durante un año. Un año de dicha, de amor de día y de amor de noche, y al anochecer ella bailaba y él actuaba entre los actores, no muy lejos de ella, a veces demasiado cerca. Ya no se separaron.

Él lo había olvidado todo de Marruecos, el paisaje de su infancia, el mar sobre los contrafuertes de Mogador, el olor de la tuya, la pequeña sinagoga. El rostro de su madre, en la bruma de Marrakech, se difuminaba, de día en día, de mes en mes. Olvidaba sus rasgos, su perfil perdía nitidez. A aquel rostro se superponía el de su amiga.

Cuando recibió un telegrama de sus padres, diciéndole que volviera rápidamente, él pensó en la enfermedad, pensó en la muerte. El viaje duró más de una semana. No se llevó más que una maleta pequeña, y dejó en Londres su corazón y el resto de sus cosas. Antes de partir, su enamorada le confió que temía no volver a verle nunca.

—Volveré —dijo Sidney—. Te lo prometo.

En 1927, el viaje de Londres a Mogador era una aventura; había que coger un barco hasta París, luego el tren de vapor hasta Marsella, después el barco durante tres días y dos noches, hasta el estrecho de Gibraltar, luego el autobús. En Algeciras, se abandonaba Europa hacia África. Cuando llegó a Casablanca, a Sidney le sorprendió la intensidad de los olores y el ruido, el guirigay de los coches de caballos, de los cocheros de calesas en la plaza de France, los estibadores, el sol, los habitantes vestidos con albornoz y las caras cubiertas. Lo había olvidado todo. Hacía mucho tiempo que él había abandonado Marruecos, pero Marruecos no había cambiado. Lo reencontró

tal como lo había dejado. Comprendió que él ya no era el mismo; que su identidad ya no era la misma, que a partir de ahora Inglaterra estaba impresa en él.

Sus padres seguían viviendo en la misma calle estrecha, en la misma casa con el patio interior que compartían tres familias, tal como la había dejado diez años antes. Depositó la maleta en el patio. Su madre, como si hubiera intuido su presencia, acudió. Le abrazó, llorando, y también su padre. Sus hermanos habían crecido tanto que no les reconoció, y vio a dos más, de tres y cinco años, por primera vez.

Cató la cocina de su madre, y todos los sabores de su infancia volvieron a su consciencia. Ella había preparado con amor todos sus platos favoritos, el tajine de cordero con aceitunas, el plato de albóndigas al apio, alcachofas rellenas, ensaladas de tomate… y el té a la menta con el palébi, ese pastel esponjoso con almíbar y azahar.

Su madre había hecho pan. Aquello le recordó que cuando era pequeño, la miraba por la mañana amasar la pasta en una gran bandeja de cerámica. Después la cubría con un trapo para dejar que subiera. La criada llevaba la pesada bandeja al horno colectivo, apoyada sobre una almohadilla que se ponía en la cabeza. Unas horas más tarde, volvía a buscar el pan cocido al punto.

Sidney se reencontró con su Mogador natal. La playa, el fuerte portugués, el puerto pesquero donde vio llegar a las traineras cargadas de pescado; la madera aromática de la tuya, la calle de los artesanos donde su padre tenía la tienda. Todo estaba allí. Todo el sabor de su infancia.

Transcurrieron tres meses y la bailarina no tuvo noticias de Sidney. Al cabo de seis meses, seguía sin saber nada. Al cabo de un año, comprendió que él no volvería.

Cuando Sidney había llegado a su casa, sus padres le esperaban, de hecho. Con una joven que querían presentarle y que se llamaba Sol, Sol Pinto. A través de un amigo se habían enterado de que su hijo se había enamorado de una mujer que no era judía, de una bailarina, y que no pensaba volver nunca a Marruecos. Entonces le habían escrito.

Sidney no quería casarse con Sol Pinto. Pese al amor por los suyos y por su ciudad, él pensaba en su otro amor, en aquella que le esperaba. Vio llorar

a su madre e insistir a su padre, y como él persistía en hacer la maleta, una noche su madre entró en su habitación, pálida como un fantasma.

—Entonces, te marchas —dijo ella.

—Sí, me marcho.

—¿Ya no te veré nunca más?

—Sí, volveré a verte, te lo prometo.

—Pero ¿cuándo?

—Lo más a menudo posible.

—No…, no volverás. En Londres te olvidarás de nosotros. Y sin embargo, somos nosotros quienes te enviamos allí. Es por ella por lo que te vas, ¿no es verdad, hijo mío?

—¿Quién?

—¿Esa mujer? Yo lo sé todo, lo veo todo. No se puede engañar el corazón de una madre. No es cierto, hijo, es por ella —le dijo sentándose más cerca de él—. Yo te conozco, ¿sabes?, yo te he parido. No puedes mentir a tu madre.

—Sí, es por ella —admitió Sidney.

—¿Tú la quieres? —dijo la madre.

—Sí.

—¿Sabes, hijo mío?, en la vida uno no siempre hace lo que quiere.

—Lo sé, mamá.

—Y el amor, cuando uno es joven cree que es para siempre. Pero eso no es verdad, ¿sabes?… El amor pasa. Pasa más deprisa de lo que uno cree.

—Lo sé, mamá, pero ahora mismo la quiero. Y lo único que deseo es volver a verla.

—¿Tú crees que podrás marcharte y dejarlo todo atrás?

—No os olvidaré. Os enviaré dinero todos los meses. ¡Estaréis orgullosos de mí! ¡Haré que vengáis allí, si Dios quiere!

—No iremos, hijo mío, porque nos habrás matado.

—¡Mamá —dijo Sidney, con el corazón destrozado—, no digas eso!

—No te lo he dicho nunca, pero cuando te fuiste me puse enferma, muy enferma. Estuve a punto de morir. Y sé que esta vez, si vuelves a marcharte, no sobreviviré.

Efectivamente, la víspera de su marcha, su madre se puso enferma. Tumbada en la cama, decía que se asfixiaba, que ya no podía levantarse. Y cada día Sidney tenía que posponer su viaje, pues ella le llamaba a su cabecera, diciéndole que quería abrazarle una vez más antes de morir.

—Hijo mío —exclamó una noche—, te lo suplico, ¡no te vayas! Espera un poco más. Si me quedan unos pocos días de vida, quiero vivirlos contigo.

—Sí, mamá —dijo Sidney—. Claro que me quedo. Me quedaré hasta que estés mejor.

—¡Ah! ¡Este es mi hijo! Este es mi hijo de verdad; gracias a ti, podré morir en paz.

Cerró los ojos, con una sonrisa tranquilizadora. Después volvió a abrirlos y dijo:

—¡Júrame que te quedarás hasta el final!

Y el hijo cariñoso respondió:

—Claro, mamá, no voy a dejarte. Estaré aquí hasta el final.

—Hay chicas maravillosas aquí, ¿sabes?, que te harán feliz… Olvidarás, ya lo verás, y ella también. Corazón que no ve, corazón que no siente.

Era en eso en lo que ella confiaba. Ella, ella que había vivido, lo sabía: incluso los más grandes amores no resisten al tiempo. Ella había recurrido a las hechiceras que hacían conjuros. El corazón de su hijo, todavía inflamado de deseo, iba a calmarse poco a poco como un fuego que se apaga.

Y Sidney iba todos los días al puerto de Mogador, y veía partir el barco, y su corazón partía con él, roto como una ola contra los arrecifes.

Pero el tiempo hizo su trabajo, y el amor incondicional que sentía por sus padres también.

Fue así como, varias semanas después, estos organizaron los esponsales de Sidney con la joven Sol. Sol, a quien el mal de ojo había golpeado tan duramente cuando era niña, esa chica guapa pero encorvada, a quien nadie quería, pero que era mejor que la bailarina de opereta que no era judía, y que había seducido el corazón de su hijo, lejos de ellos, lejos de sus padres, lejos de la familia.

—Sol y yo, ya ves, no nos hemos gustado nunca —le dijo Sidney a Esther—. Fueron nuestros padres quienes nos unieron, porque les convenía. No, ya ves…, no estábamos hechos para casarnos. Yo amaba a otra cuando la conocí. Y eso, uno lo ve a primera vista. Por eso quiero volver a Londres. Debo volver allí, ¿lo comprendes?

—¿Es por ella? —dijo Esther—, ¿por tu novia de juventud?… ¿Quieres recuperarla?

—No, hija mía… Ella murió.

—Entonces, ¿por qué?

—Quiero volver a ver esa ciudad que he amado tanto, y donde he sido feliz.

Hizo una pausa.

—No hagas lo mismo que tu abuelo, hijita. La familia, la tradición, es importante, pero hazle caso a un viejo de Mogador, lo que cuenta es el amor que uno siente en el momento y allí donde lo siente… Y aunque el amor no dura, es él quien da sentido a la vida, es él quien hace que valga la pena vivirla. Es una cosa suficientemente rara como para que uno no se aleje… ¡Por eso, no les dejes destruir tu vida!

Esther abrazó a su abuelo por quien sintió de repente una gran ternura. Entre todos, le pareció que Sidney era quien la comprendía mejor. Tuvo ganas de llorar al pensar en todo el afecto que desbordaba su corazón en ese instante, y que nunca había podido expresarse.

Sidney Hatchwel se levantó, le sirvió un vaso de mahia hasta el borde a Saadia, que seguía al lado de Esther, perdido en sus pensamientos.

—¡En pequeñas dosis esto es una bendición! —dijo Saadia—. ¡Pero no hay que abusar! En casa solo lo servimos en las fiestas y el sabbat.

Sus pensamientos le llevaron hacia el mellah de Fez, la calle comercial más importante, la compleja red de callejas, de callejones, hasta la unidad más pequeña, la *driba*, y sus casas. Como en la Edad Media, algunas calles se habían especializado en una actividad; la calle de los joyeros, por ejemplo, que por motivos comerciales estaba en el linde del mellah.

Las viviendas de los judíos no diferían de las de los árabes, herméticas a la calle y a las miradas, luminosas en el interior gracias al patio, corazón y centro de la casa.

Saadia Vital era un auténtico fasí. Tranquilo, imperturbable, no expresaba sus emociones, al contrario que muchos marroquíes que vivían en el drama permanente. También podía ser gracioso y bromista. Agudo y templado, orgulloso de su cultura española y de la historia milenaria de su comunidad que hacían de él y de su familia los herederos por excelencia del judaísmo marroquí, desde la época en que Idriss II fundara la ciudad. Después, más tarde, la del desarrollo intelectual de la ciudad a través de la literatura talmúdica, la poesía litúrgica y la gramática hebraica. En Fez, los judíos tenían mucha influencia: ocupaban puestos importantes como ministros o embajadores. Eran banqueros o consejeros ministeriales, parientes e íntimos del sultán. Uno de sus visires, que era judío, le acompañaba a todas partes, incluida la mezquita. Él se quedaba de pie en la puerta y después se sentaba allí, hasta que terminaba la plegaria.

Los ancestros de los Vital habían llegado a Fez hacia 1492, tras el edicto de expulsión de los judíos de España: los *Merogachim*, como les llamaban, eran más de treinta mil cuando embarcaron en Cádiz y el Puerto de Santa María, muy cerca de Palos, donde Cristóbal Colón había levado el ancla. Una flotilla de veinte barcos partió hacia el terror, las tormentas. Las naves se balanceaban desconcertadas por el oleaje y surcaron mal que bien la costa española, para llegar hasta Fez, tierra de acogida donde vivía una importante comunidad judía. Pero eso no era la tierra prometida: en Fez, en aquellos tiempos, el hambre y la peste hacían estragos. Los exilados de España despreciaron a sus correligionarios, los *Tochavim*. Afirmaron su superioridad creando sus propias comunidades, exigiendo sus sinagogas y plazas en los cementerios. Fue en esa época cuando Fez consiguió sus cartas de nobleza, y se convirtió en un gran centro intelectual con numerosas universidades, que formaron a eminentes rabinos como el rabino Shlomo Vital, antepasado de la familia, Abraham Hatchwel o Ilan Ben Labi, célebre por su poema «Bar Yohaï», que canta todo abuelo marroquí que se precie. Se publicaron las *takkanot*, normas de los exilados de Castilla que se dedicaron a la Ley durante varios siglos. Se abrió la Imprenta hebraica de Marruecos, una de las primeras del mundo. La riqueza y el saber hacer de los españoles dieron un enorme impulso a la artesanía y al comercio, lo mismo que al trabajo del oro y la plata, y a la acuñación de

moneda. Allí también había círculos de cabalistas, que perpetuaban una rica tradición esotérica.

Pero los fasís tuvieron que sufrir duras persecuciones: las de los almorávides, tribu beréber procedente del Sahara occidental, de guerreros enmascarados y fanáticos que persiguieron a los judíos, lo mismo que la dinastía de los almohades, en el siglo XII. Los judíos se vieron obligados a llevar vestiduras diferentes, azules, holgadas, a cubrirse la cabeza con un mantón amarillo. De vez en cuando la población árabe penetraba en el barrio judío, a pasar a los habitantes por el filo de la espada.

Fue así como los judíos de Fez, acusados de haber profanado una mezquita, fueron obligados a instalarse en un nuevo barrio, cerca de una mina de sal. De allí viene el nombre *mellah*, que significa «sal».

Y Esther, en ese día de la henna, sentada entre sus dos abuelos, Sidney y Saadia, uno de Mogador, otro de Fez, era a pesar suyo la heredera de todo Marruecos y de sus castas nobles. Reinaba como gran sefardí, con el corazón henchido de amor por los dos ancianos, y oprimida a la vez por su herencia demasiado pesada, prisionera de su historia a su pesar, de sus secretos, de las vidas que ellos habían vivido, y de las que no habían podido vivir.

—Eres tú, Saadia —dijo—, quien le confió el secreto a mi padre.

—Sí, soy yo —dijo Saadia.

Hubo un silencio.

—¿Tú quieres saber el secreto de los sefardíes, hija?

Otro silencio cargado de significado, durante el cual el viejo pareció dudar.

—Vamos —dijo Sidney—, díselo, Saadia. Si no se lo dices a la generación joven, ¿quién lo recordará?

—No —dijo Saadia, después de reflexionar un momento—. No soy yo quien debe decírselo. Es su padre.

Capítulo 8

Esther ante sí misma

Esther dejó a los dos patriarcas y volvió a la habitación donde se había vestido, intentando ordenar las ideas que se apelotonaban en su cabeza. Todos esos acontecimientos desde el principio de la velada, el conjuro, Sol, Suzanne, la declaración de Noam, la pelea entre su padre y Charles, luego la marcha de sus padres. La ruptura con ellos. Con su familia. Toda su familia se había ido y ella estaba sola. Ese secreto, que no había podido transmitirse. Ese secreto, ¿qué era?

Sola frente a sí misma. Se casaría, pues, maldecida por sus padres. Rechazada, excomulgada, sometida al *herem*. Impura, sucia, abominada por los suyos. Y había elegido no seguir a sus padres, a la tradición ancestral.

Ella sabía que lo prohibido expresado por ellos con la palabra *h'ram* implicaba la amenaza de evitar todo contacto, de no mezclarse con el pueblo vecino. Ella había infringido la Ley, roto el tabú, se había apartado del camino recto, por eso ellos se habían ido. Cuando su abuela Sol quería hablar de un hombre que no era bueno, que no hacía favores, empleaba la palabra *mred*, que significa «enfermedad contagiosa».

El motivo era que el cuerpo, lo primero que entra en relación con lo sagrado, si está impuro es susceptible de contaminar al grupo. Ella había desacralizado su cuerpo. ¿Y por quién? Por un cómico, un bufón que hacía reír, un hombre que no tenía respeto por los padres, por la tradición, por los valores ancestrales; ese hombre que ella amaba y a quien estaba atada a partir de ahora. Sola, sin familia, entregada a la facción contraria, abandonada en la arena de la tribu enemiga, los de Meknes, que tenían la peor reputación de Marruecos. Se les acusaba de todos los males, de ser

mentirosos, manipuladores, avaros, primarios y torpes, sin finura, sin distinción, sin aura. Esther, aristócrata entre aristócratas, resultado de la unión entre las dos ciudades más prestigiosas de Marruecos, Fez y Mogador, se casaba con uno de Meknes, ¡qué deshonor! ¿Charles era un ladrón que había robado a su padre, o su corazón?

Pero ¿por qué habría robado Charles el amuleto? Iba a recibirlo de la forma más oficial y tradicional que existe. ¿Por diversión, como una broma? ¿Para contárselo después a sus amigos? «¿Sabéis la trastada que le hice a mi suegro la víspera de mi boda?». Pero ¿por qué no había querido devolverlo? ¿Por qué razón se había empeñado, desafiando a su futuro suegro con esa provocación terrible? ¿Qué le había pasado a Charles para querer llevar la broma tan lejos, hasta ese drama?

¿Y qué le pasaba a ella, Esther, para prolongar la broma hasta el punto de estar con Charles, cosa muy placentera, pero que no implicaba llegar al matrimonio? ¿Por qué casarse, cuando podía perfectamente seguir con él, reír, gozar de la vida sin arrastrarle bajo el palio nupcial? ¿Era necesario que implicara a las familias, y que hubiera querido enfrentarse a ellas, a tres generaciones de sefardíes bajo un mismo techo? ¿Era necesario ponerse en peligro, por qué?

Esther sintió un escalofrío. Sol, que debía casarse con Jacob, el abuelo de Charles, y esa boda que no había podido celebrarse en esa generación, ¿debía tener lugar dos generaciones después? ¿O cancelarse? Se diría que unas fuerzas enfrentadas intentaban unirles y separarles a la vez. Pero ¿quién actuaba de ese modo? ¿Qué djnouns, qué poderes ocultos?

De pronto, Esther comprendió lo que significaba la marcha de sus padres. Que su boda estaba arruinada, que la fiesta había terminado, que el escándalo que habían provocado ponía fin a las alegrías del esposo con la esposa. Y que cuando, vestida con su traje blanco, fuera a la sinagoga al día siguiente, no lo haría acompañada de su padre. Iría sola al altar. Sola como si no tuviera familia, ella que se lo había dado todo, ella que había sacrificado sus años de juventud por ellos, ella que no había vivido más que por ellos y para ellos, durante todos estos años. ¿Qué había hecho ella para merecer esto?

De pronto, Esther vaciló. Aún podía cambiar de opinión, pararlo todo. Todavía era posible. Podía invertir su destino, nada estaba sellado, podía decidir no casarse. ¿Acaso no era ese su sino? Aquello a lo que la vida, su vida de sefardí, la condenaba… Quedarse en casa de sus padres para ocuparse de ellos, puesto que eso era lo que ellos habían decidido para ella, desde que era muy pequeña. ¿Tendría el valor de abandonarles?

Esther se tumbó en la cama, estiró las piernas. Respiraba con mayor libertad. Ya no sentía aquel peso opresivo en el corazón, ese miedo de ver llegar a su madre, o a su padre, o a su hermana, o a su abuela para decirle lo que debía o no debía hacer, y cuál era su deber. Se sentía liberada, a salvo de una presión asfixiante. Por primera vez en su vida tenía la sensación de respirar. De existir por sí misma, independientemente de ellos. Había sido necesario esperar treinta y tres años para salir del vientre materno. Para llegar a decir «no» a sus padres. Estaba muy aturdida y sorprendida de la facilidad con la que acogía esa noticia, ya que, de pronto, se sentía bien.

Esther se puso de pie, se quitó el pesado traje de terciopelo rojo. Se quedó un momento delante del espejo y se contempló. A partir de ahora podía vestir como quisiera, ya nadie esperaba nada de ella. Se puso unos vaqueros y una camiseta, se recogió el pelo. Ahora ya no iba disfrazada. Se parecía a cualquier chica que pasea por la calle.

Ya no tenía necesidad de revestir los signos externos del pudor ancestral que ella repetía inconscientemente, ni adoptar ese comportamiento de sumisión al hombre, que le impedía incluso tener el impudor de abandonarse en sus brazos. *Ser mujer*. Ella no había sido mujer, porque había seguido siendo hija, con el comportamiento de una cría. Pero a partir de ahora podía convertirse en mujer. A partir de hoy, segura de sí misma y de su poder de seducción, podría hacer uso de él y disfrutarlo, sentirse bien en su piel y habitar su cuerpo sin la menor vergüenza.

Por otro lado, no era ella a quien su padre había elegido para la transmisión del secreto. ¿Acaso no era insignificante en tanto que mujer? Esta cultura, esta tradición, no le permitía otro lugar más que detrás del hombre, el padre, el marido o el hijo. La mujer sefardí no estaba allí más que para apoyar al hombre, ocuparse del padre, alimentar al marido y arropar al hijo. ¿Cómo había podido aceptarlo ella? ¿Cómo habían sufrido

esta dominación todas las mujeres sefardíes, sin que las rozara siquiera la marea feminista? ¿Por qué no se habían rebelado jamás contra su condición de madres, esposas, hermanas, guardianas del hogar, cocineras y educadoras, cuando sus maridos las abandonaban? ¿Y por qué, para criar a sus hijos, reproducían de manera idéntica la dominación del padre sobre las futuras esposas? Hijos adulados por una madre que los ponía por las nubes y vivía a través de ellos la vida que ella tenía prohibida…

No, ella no sería la esposa sumisa y deferente. Ella viviría para sí misma y no para los demás, ella pensaría en su felicidad y no en la de los otros, se volvería egoísta, viviría según sus reglas, sin rituales y sin costumbres. Sin celebraciones, sin sabbat, ella comería en todos los restaurantes y probaría todos los vinos. Estaría sola, al fin.

Sin familia. Ante esta idea, Esther no pudo evitar un temblor. Sin llamada telefónica por la mañana, al mediodía y por la noche, de su madre, de su padre, de su hermana. Sin escuchar sus angustias, sus peticiones, su amor excesivo, dominante, desesperado. Sin cargar con ellos. Sin su padre y el peso de su religión, su voluntad de transmisión, su saber…, su poder. Sin su hermana que la angustiaba con sus angustias. Sin comunidad, sin sinagoga. Sin supersticiones, sin el qué dirán. Libre, exenta de toda duda.

Sería Esther Vital. Aunque Esther Vital era un proyecto, y ese proyecto ya no le convenía. Un proyecto impuesto por sus padres al nacer, sin que ella pudiera protestar, ya que desde la cuna se le había otorgado una identidad, una definición, histórica, social, psicológica. Ese nombre era su destino, la primera marca. Esther, la reina judía, y Vital, de la familia Vital, de Fez. Esther, que significa «oculta» en hebreo, y Vital que viene de «vida» en español. Una española judía, eso era lo que ellos habían decidido: una sefardí. Eso también había que abolirlo si quería renacer. E. V. Dos iniciales carentes de sentido, de cultura, de historia. Sería cualquiera. Ni francesa, ni alsaciana, ni marroquí, ni española, ni israelí. Ni sefardí. Solo ella misma.

Pero ¿qué quedaba de sí misma? En el fondo, ¿qué quedaba de ella, sin todas esas identidades? ¿Qué era lo que la definía, una vez que todo estaba abolido? ¿Qué quedaba, cuando se despojaba de todos esos hábitos? Sin traje, ¿quién era ella? No lo sabía, ya no lo sabía. Ahora que ya no era nada,

estaba perdida. ¿Quién soy yo? ¿Qué es mi vida?, se preguntó. ¿Qué pasa con mis actos, con mi existencia? La nada, algún lugar entre la cumbre de los cielos y la profundidad de la tierra. Polvo, pronto.

No. Solo una mujer. Y en un sentido quizá más radical, un ser humano. Un ser sensible, hecho de carne y de sangre, modelado con una textura de piel determinada, con terminaciones nerviosas, músculos, huesos, sangre que fluía por sus venas. La sangre de los hombres. Un corazón que late, una pulsación, sensaciones. Emociones universales que todos comparten. Eso era lo que tenía que buscar en ella. No lo particular, sino lo universal. No lo que la hacía diferente, sino lo que la hacía similar a todo ser humano. Si escuchaba los latidos de su corazón, sabría quién era. Tan solo un individuo inscrito en un mundo. Ella sería el mundo. Sería el latido, pues este vibraba a través de ella. La vida era la misma en todas partes, desde los confines de África a las Américas, de Asia a Europa, la vida *era*. Y ella era la vida. Vital, viva. El universal pensante. La raíz de los árboles. Las estrellas en el cielo. La luna. La luz del sol. El soplo del viento. El trino de los pájaros. El sonido del mar. El olor de la tierra. La contemplación del mundo: el amor, la bondad, la belleza. Tenía todo eso ante ella, para ella, por ella. Impregnada de esa trascendencia del mundo, se sintió segura. Le quedaba ahora eso que le queda a todo ser, eso que hace que sea lo que es: las emociones. Alegrías, tristezas, expectativas, angustias, orgullos y vergüenzas, ansias y hastíos. Deseos.

Ella tenía tantos deseos… Sentía un hambre inmensa de existir. De coger la vida que se ofrecía ante ella con este impulso nuevo, esta energía. De cambiar de paradigma para inventarse una nueva personalidad. Tenía la impresión de salir del vientre materno para descubrir el mundo, y comprenderlo de repente. Saber quién era su amigo, su enemigo, reconocer el amor, la amistad, la ternura, pero también la hostilidad en la mirada de los demás. Ir hacia los demás. No esconderse más. Curiosa y alegre. Vivir.

Ahora, Esther podía ser una mujer de deseo, una mujer de poder; al decir «no» a sus padres, había dicho «no» al Oriente que la mantenía lánguida, ensimismada de por vida.

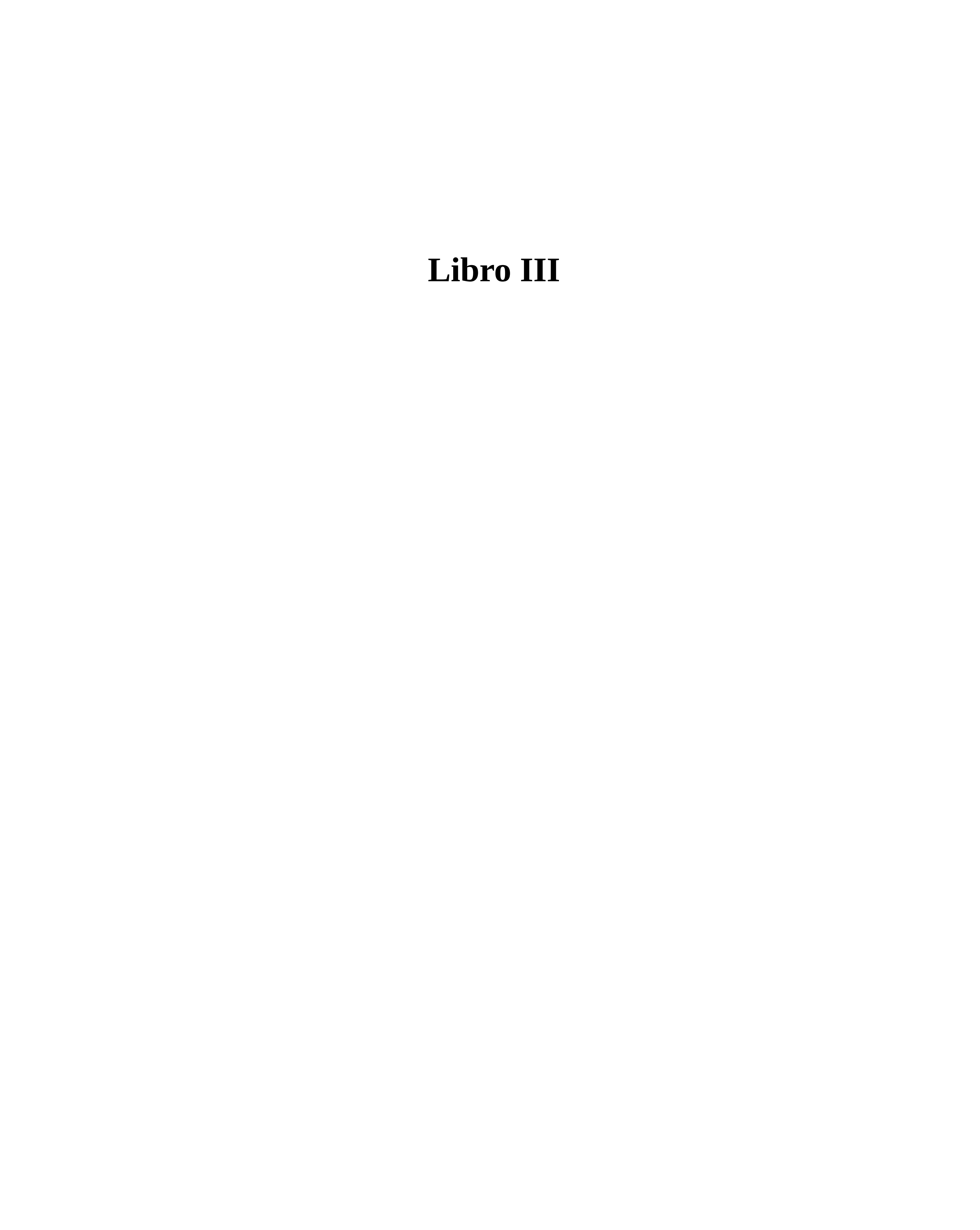
Y además, pensó en Charles.

Se dijo que su libertad le debía de haber supuesto una conquista difícil. Su madre siempre había querido regir su vida, intervenir en todo lo que él hacía, recosiéndole los dobladillos, preparándole la comida, haciéndole mil favores para seguir teniéndole dominado. Él la había mantenido a distancia, había rechazado cualquier relación demasiado cercana, y así es como había podido emanciparse y evolucionar a su manera, al margen de ella. Él se había construido a través del humor, para escapar a la maldición de los sefardíes. El humor como fuerza subversiva, se burlaba de todas las representaciones, de la moral, de la religión, de la tradición, de la familia, de los padres, de las madres, de los hermanos y de las hermanas.

De hecho, se burlaba de los suyos. Todos sus espectáculos nacían de una observación precisa de sus gestos, de sus palabras, de sus expresiones, de sus mímicas, de sus muletillas al hablar. Él lo había pasado todo por la criba, y se reía de ello. Se mofaba con ironía, con crueldad, con ternura a veces, pensó Esther, por no llorar. Se reía para no odiarles, para conformarse.

Ella tampoco era ya como ellos, ya no lo era. No habían conseguido llevársela consigo. La cadena milenaria iba a detenerse en seco, allí, en su sitio. Ella se había liberado de dos mil años de sefardíes, una carga muy pesada para sus hombros.

Por primera vez en su vida, Esther se inventaba. Libre. Sin familia, sin religión, sin tradición, sin Dios. Ella, ante sí misma. Ella, nacida de sí misma. Nacida de nuevo. No para sacrificarse, sino para existir.



Libro III

Capítulo 1

El diálogo de los novios

Moïse Vital le había contado a su hija que en los tiempos en que su propio padre, Saadia, se levantaba al alba para hacer sus abluciones, en la habitacioncita donde vivían los cinco, canturreaba antes de ir a la sinagoga. Y bajo su voz, él oía la primera llamada de los muecines de la mezquita vecina, y esa voz se mezclaba con la de su padre, que a veces repetía la llamada musulmana cantando *Allahou Akbar*[18]. Esas dos voces al unísono y ese canto del muecín eran la infancia misma de su padre, infancia en tierra musulmana y de destinos cruzados.

Esther Vital se había preguntado a menudo por qué su padre y su abuelo sentían tal adoración por esas melodías con esas voces nasales y esos ritmos repetitivos, que resultan difíciles para el oído occidental. Después, un día, su padre se lo explicó. Era como hacer revivir todo el periplo sefardí en una sola nota. La de España, donde los judíos eran los transmisores de la música andaluza y de la lengua española, puesto que ellos eran los custodios de las tradiciones antiguas. La de Marruecos donde, cuando un príncipe quería restablecer la tradición y formar la orquesta de palacio, reclutaba a sus músicos en el mellah. Puesto que solo ellos conocían las rimas y los ritmos antiguos. Cantos inmutables, desde la Biblia y sus salmos, sus lamentaciones, su poesía profética; desde el Templo y desde David que tocaba el arpa. Canciones entonadas por los *paytanim*, autores de los *piyyutim*, que no eran ni profetas ni filósofos, sino la voz de la comunidad, la voz ancestral que recordaba, como quien no quiere la cosa, el tránsito de Mesopotamia hasta España, en Oriente y en Occidente. Y esos cánticos tenían la particularidad de transmitirse solamente por tradición oral, sobre

todo en las festividades, las circuncisiones, las bodas, o los *bar-mitsvah*, a partir de textos adaptados por la música andaluza. Las voces humanas eran sus instrumentos, quienes entonaban los canturreos, las melodías, las cantinelas aprendidas de sus padres, que las conocían a su vez por sus padres, quienes las habían cantado de memoria, puesto que es con la voz y el oído como se ejerce de forma privilegiada el papel de iniciador y de transmisor.

Esta música era la epopeya sefardí. La fe en su supervivencia, en la identidad del grupo que no podían menoscabar ni los decretos, ni las guerras, ni los exterminios. Ellos cantaban la permanencia, la perseverancia en la nostalgia de Sión, cantaban ante la llegada del sabbat o en la clausura, la *Habdalah*, para trazar la frontera entre lo sagrado y lo profano. Era el ritmo de Oriente, mezclado con las rimas de Occidente, cadencias sacras mezcladas, voz de risas y de lágrimas, que los perseguidos se llevaron consigo por esperanza y por desesperanza.

En el ritmo, las palabras y las vocalizaciones, por ese lenguaje primario, universal, que hablaba directamente al corazón, al cuerpo y al espíritu, por las rimas donde los poetas exaltaban la grandeza de Dios, evocaban los tormentos de su alma, del amor y de la separación, en las largas súplicas que exhortaban a amar a Dios esperando la era mesiánica, en la alabanza o la elegía, el lamento y la queja, en la celebración de las maravillas de la Creación, con palabras desgarradoras que quedaban grabadas en la memoria, allí, a partir de entonces, residía la patria humana de los sefardíes.

En la sala donde estaban los invitados sonaba la música, embriagadora; las cuerdas del corazón de Esther vibraban, disonantes. Sentía emerger en ella la llamada de las voces antiguas que interpretaban tan bien los cantos árabes y las melodías andaluzas, aunque vinieran de mucho más lejos: de Mesopotamia y de la salmodia bíblica, de las tradiciones importadas de Oriente por los rabinos que visitaban las comunidades de la diáspora, o por los propios judíos, desde el tiempo inmemorial en que vinieron a vivir a esta tierra.

Esther salió a la terraza.

Caía la noche sobre la ciudad. Aquí y allí se encendían miles de luces. Se inclinó sobre la barandilla y sintió vértigo. La vida nocturna retomaba su

curso, los restaurantes, los bares y las salas de fiestas se llenaban, los paseantes iban a la playa, a caminar por la orilla del mar detenido por la hilera de hoteles; en ese encanto discreto de Tel-Aviv que no se descubre a primera vista. Ver como esa ciudad perseveraba pese a todos los obstáculos era tranquilizador. Esther sintió ganas de disolver su desarraigo en este anonimato, de ser solamente una entre un millar, como en Extremo Oriente, donde la densidad de población convierte el sentimiento de la existencia individual en algo casi irrisorio.

—No te des la vuelta —oyó.

Se sobresaltó.

—¿Charles?

—No te des la vuelta, porque ha oscurecido y no está permitido que nos veamos…

—Mira qué escrupuloso eres con el cumplimiento de la Ley.

—Soy escrupuloso, sí… Por ti…

—Yo ya no tengo —dijo Esther.

—¿Pasa algo malo?

—Pasa algo malo… —dijo Esther, de espaldas en todo momento—. En absoluto.

—¿Qué pasa, Esther?

Ella se había emocionado al oír su voz profunda y melodiosa en el silencio de la noche. Se mantuvo inmóvil, sintiendo el aliento amado muy cerca, sobre la nuca. No podía evitar sentirse conmovida, y al mismo tiempo habría querido manifestar su desconcierto, su cólera y su resentimiento.

Pensó en los primeros meses que estuvieron juntos, en las primeras turbaciones de su amor, en sus encuentros apasionados, en sus juramentos, en todos esos torrentes de amor nacidos de una mirada que contenía un no sé qué de promesas, de reconocimiento. Había algo vertiginoso y fuerte, profundo, como cuando dos seres se abren el uno al otro, y se dicen, de golpe, cómo se aman y cómo se desean. Hubo, primero, miles de besos, intensos y dulces, luego apasionados, decididos; alternancia de intercambios verbales y físicos; besarse y después hablar, explicarse, su vida, sus deseos, sus angustias, sus esperanzas, sus expectativas, y volver a

besarse, abrazarse, sentir su corazón palpitar y su cuerpo tomar vida encariñándose con el otro. Hubo esa frase de cercanía en la que se tiene miedo de no gustar, de desvelar un aspecto, una aspereza, un defecto que puede descorazonar al otro y perderle para siempre; hubo esos momentos en los que atravesaban la ciudad solo para verse cinco minutos, decirse unas palabras, intercambiar un beso antes de separarse. Hubo esas extrañas separaciones de los grandes comienzos en las que, todavía llenos uno del otro, ya se echaban en falta, cuando no se conocían, no compartían su vida. Esa cotidianidad que de pronto se estanca y se convierte en absurda sin el otro. Esos momentos de felicidad inmensa de los reencuentros, después de un día que ha parecido una eternidad. El tiempo que se dilataba cuando no se veían, y que pasaba tan deprisa cuando estaban juntos. Hubo esas fantasías, esas imágenes, la mente que se despista en el trabajo, o delante de un amigo que pregunta: pero en qué estás pensando… Hubo, de repente, la vida que se organiza de acuerdo con otro sentido, cuando cada gesto se convierte en ritual de espera y de preparación para el ser amado… Ella se despertaba a las tres de la madrugada pensando en él, antes de volver dormirse pensando en él, antes de despertarse otra vez pensando en él, por la mañana y por la noche, como si él estuviera allí, habitando su mente y su ser para siempre, y los miles de pensamientos que le sobrevenían durante el día, a la mínima ocasión, caminando por la calle, mientras hacía un recado, al coger un taxi, el mundo de pronto poblado por él, superpoblado por él, que estaba allí, de hecho, en la omnipresencia de su ausencia. Estaba hasta tal punto obsesionada con él, que ella misma se volvía insignificante, se olvidaba en la atención que él le provocaba, en la tensión de su ser orientado hacia él. Por las noches pensaba en él, en mil y un detalles, en las palabras que él había pronunciado durante el día, y que la habían o bien inquietado, o bien alegrado y tranquilizado. Pensaba en su fogosidad, en ese desgarro que la convertía en mujer. Esos gestos bruscos que la enternecían, esos gestos tiernos que la dominaban. Ese deseo ardiente cuando ella se le acercaba y notaba cómo él se expandía hacia ella, por ella. Esta fuerza que se dirigía hacia lo más profundo de sí misma y que en su radicalidad le decía: tú eres toda para mí, y por ese deseo, gracias a él, ella existía. Y ese vértigo cuando le daba por pensar que todo eso podía terminarse, que un día

ella podría vivir sin él, sin existir. Entonces intentaba sentirse segura del amor que él le profesaba, no siempre conseguía pensar que pudiera amarla, ella que siempre tenía esa sensación perpetua de estar de más, ella que era como un pozo sin fondo, pues su necesidad y su hambre eran insaciables y hasta ese punto se sabía nacida para el amor, ese que él le daba, y ese que ella deseaba recibir, sin límite, sin final, sin compromiso.

Con él habían caído las barreras. En ese espacio de gracia ya no había dignidad, ya no había frontera, ni distancia, solo dos seres que se unían. La ausencia de uno para descubrir al otro a través de uno, a trompicones, y volver a empezar, y creer, y arder, perdiendo toda noción del tiempo.

Hubo esas mañanas maravillosas, esos juramentos eternos. «Juramentos embriagados —decía Charles—. Que sepamos siempre lo felices y seguros que nos sentimos, y que ese sentimiento sea la base, la fuente de la cual beberemos».

Fue durante una de esas mañanas cuando él le había formulado los dos principios que le proponía respetar para estar juntos: honestidad y confianza. Ella había meditado antes de decir sí, pues sabía que esta vez no debía ni mentir, ni transigir sobre su aplicación.

El amor como un abismo profundo en el cual nos sumergimos. Esa dulzura cuando él decía: «¿Tú qué quieres de mí? ¿Qué buscas? Si lo dices, encontrarás lo que buscas». Y esa tristeza, a veces, del día siguiente. Los despertares nocturnos cuando se murmura en voz muy baja que se ama, antes de volver a dormirse.

Cuanto más le conocía ella, más la conocía él, más se conocía a sí misma, se revelaba ante sus propios ojos, misteriosa y amable, transfigurada por la belleza que él veía en ella, y por sus palabras de homenaje que curaban todas las heridas de su vida, y a través de estas, todas las heridas de la vida en general, que hallaba su sentido en ese descubrimiento. Era misterioso y raro, precioso y aterrador. Ella se había sumergido en el corazón de esa cosa inaudita e improbable, que dos seres puedan encontrarse y que puedan amarse, sin que uno sepa por qué. Una cuestión de alquimia, decimos para explicar lo inexplicable. La alquimia del encuentro, como esa piedra nacida de la fusión de los materiales y que era

la verdad suprema, la eternidad, la travesía del tiempo, o lo contrario, ¿quizás una mascarada, como toda su historia?

Esa era la razón por la que se sentía tan sola y desesperada en ese instante, abandonada en la desolación general, devuelta a su triste destino. El amado la había traicionado, en lugar de envolverla con sus mimos de amor y juramentos de antaño.

—¿Qué pasa, Esther? —repitió Charles en voz baja; su aliento sobre la nuca como una caricia.

—Pasa que llevo esperándote desde que empezó la ceremonia. Esperándote y sin saber ni dónde estás ni qué haces. Pasa que mi familia se ha ido y que todo el mundo está enfadado. ¿Cuál es la razón de tu retraso? ¿Qué ha pasado con mi padre hace un rato? ¿Qué has hecho, Charles?

Hubo un silencio.

—No puedo decírtelo, Esther.

—¿Tienes algo que ocultarme?

—Te lo diré, pero ahora no.

—¿Por qué? ¿Tan grave es? ¿No es mejor que lo sepa antes de la boda?

—No puedo decírtelo —respondió Charles después de un silencio embarazoso—. Lo único que te pido es que confíes en mí. ¿Puedes confiar en mí? ¿Te acuerdas de aquello que dijimos al principio de nuestra relación, «honestidad y confianza»?

—Pero ¿el amuleto, Charles?

—¿El amuleto?

—El tesoro de mi padre…

—Entonces, ¿tú también te preguntas si lo he robado yo?

—¿Lo has cogido tú, sí o no?

—¡Qué decepción, Esther! —Su voz expresaba un profundo dolor—. Sospechas de mí… después de lo que hemos vivido…, y en primer lugar, ¿por qué lo habría cogido yo, según tú?

De pronto Charles cambió de tono.

—¿Qué te han dicho ellos?

—¡No lo sé, ya no lo sé! Yo creo que simplemente has querido divertirte y hacer una de tus jugarretas, una de tus bromas, ¿quizás has querido darle

una lección, burlarte de mi padre, desafiarle, ponerle en ridículo en un momento solemne? ¿Es eso?

—¿Es eso lo que piensas?

—Charles —dijo Esther, sin dejar de darle la espalda—, ¿para ti esta boda es la enésima mascarada? ¿Qué sentido tiene esta boda para ti? ¿Tú me quieres, Charles? Y si es que sí, ¿por qué burlarte de mi padre y de sus amigos, por qué provocarles? Si todo es una broma, yo, ¿yo qué soy para ti? ¿Por qué no has dejado que mi padre te registrara?

—Ah, esta es la cuestión —espetó Charles—. Muy bien, si quieres saberlo, no he cedido a su chantaje. De todas formas, él me odia. Me odia porque le quito a su hija. Y el provocador de los dos no es quien aparenta serlo. Y para contestar a tu pregunta, ¿sabes una cosa?: yo no tengo el amuleto.

—¿Sigues haciendo juegos de palabras?

—Yo no lo he robado —declaró Charles con claridad.

—Entonces, ¿quién ha sido?

—Lo ignoro.

—¡Mi padre ha registrado a todos sus amigos!

—A lo mejor ha sido él quien lo ha robado…

—Es horrible eso que dices…

—Lo digo muy en serio, es la única conclusión lógica.

—¿Por qué te has negado a que te cacheara? ¿Por qué negarse si eres inocente? ¿No ves que es importante, no entiendes que se trata de ti y de mí?

—Y tú, Esther, ¿lo has entendido?

El tono sombrío de su voz se quebró con un sollozo. Esther comprendió entonces que se había equivocado, que Charles no bromeaba, que ya no bromeaba.

—¿Tú me quieres? —le preguntó.

—Sí, te quiero.

—¿Puedes demostrármelo?

—¿Qué prueba quieres?

—Dime por qué te has retrasado.

—Tenía que hacer una cosa muy importante.

—¿No quieres decirme qué es?

—No puedo decírtelo.

—¿Y si yo te dijera que lo sé? ¿Que alguien te ha visto haciendo eso que hacías?…

—¿Y qué hacía?

—Yo no lo sé, dímelo tú. O bien…, o bien has maquinado todo esto para que yo rompa con mi familia. Eso es lo que querías, ¿verdad? ¿Es eso lo que querías? Pues bien, ya lo has conseguido. ¡Ellos se han ido y yo estoy aquí! ¿Estás contento?

Claro, eso era lo que Charles había querido: romper con los sefardíes. Alejarla de su mundo, no exigía otra cosa como prueba de amor. Y si ella quería casarse con él, si quería estar con él, plenamente, tenía que darle esta prueba de amor. A él, el sefardí en rebeldía, que había ignorado a propósito su pasado para reinventarse como un hombre nuevo. No un judío, no un sefardí, no un marroquí. Solo un hombre. Charles se había rebelado y ella le había seguido. Charles se había rebelado contra Dios. ¡Charles no era el novio ideal, Charles era el diablo!

—Yo lo he hecho, Charles, yo lo he dejado todo por ti. Les he dejado marchar.

Ahora, Esther estaba convencida de que él había actuado para desafiarla y ponerla a prueba, para ver de qué lado estaba ella. Pero ¿por qué razón le mentía? ¿Qué ocultaba? Esther habría deseado darse la vuelta, mirarle al fondo de los ojos, y preguntarle qué esperaba de ella. Si quería casarse a condición de que renegara de toda su herencia, si era realmente necesario que lo hiciera para probar su amor, o si ya no quería casarse con ella.

—Y tú, Esther, ¿me quieres?

—No lo sé —murmuró ella con un nudo en la garganta y las lágrimas deslizándose por sus mejillas—. Ya no lo sé…

Él no obtuvo ninguna respuesta.

Entonces Esther, arrepentida ya de haber dicho esas palabras, se enfrentó al silencio. Para demostrarle que le amaba, desafió las prohibiciones y, lentamente, se dio la vuelta.

—¿Charles?

Pero ya no había nadie.

Capítulo 2

El asquenazí

Esther cruzó el gran salón mirando a todos lados. Pero estaba claro que Charles se había ido. Salió y se encontró en la calle. Había caído la noche, y envolvía la ciudad con un manto oscuro y luminoso, alumbrado por miles de estrellas. Ese era el momento de dirigirse al *mikvé*, el baño ritual en el cual la novia debe sumergirse siete veces, para purificarse y lavar todas las impurezas de su vida anterior. ¿Qué hacer? ¿Marcharse, no marcharse? ¿Ir al mikvé, no ir? ¿A quién recurrir ahora? Pasó un taxi, lo llamó. Dudó un segundo, luego acabó dándole la dirección del mikvé.

A través del cristal del coche siguió escrutando a los transeúntes, e intentó ver a Charles. El taxi se detuvo frente a la casita donde estaba el baño ritual. Ella pagó y entró en el edificio donde la esperaba una anciana, la guardiana de los baños.

Le sorprendió ver a Sol, a sus tías y a su hermana, que la esperaban, y esa muestra de afecto y coraje la conmovió aún más. Habían traído dulces y las palabras de miel que las mujeres de la casa pronuncian tradicionalmente durante el ritual del mikvé.

—Esther, hija mía —exclamó Yvonne—. ¡Ven que te abrace, Ne'ebibask! Esto me recuerda mi boda. ¡Yo estaba tan emocionada!

—Eran otros tiempos —dijo Colette—. ¡Éramos jóvenes y no habíamos vivido nada! No teníamos ni idea de lo que nos esperaba, ni de lo que era el matrimonio. Ahora las chicas jóvenes han vivido, lo saben todo, están hartas. No se casan en las mismas condiciones.

—Pero es emocionante de todos modos —dijo Rachel.

—¡Para mí, mi noche de bodas fue espantosa! —dijo Yvonne—. Yo quería volver con mis padres. La pequeña ceremonia me pareció simpática, pero no había comprendido en absoluto lo que significaba… Que iba a abandonar mi casa y que iba a vivir en otro sitio, con él… ¡Tenía miedo! Apenas nos conocíamos… Debíamos de habernos besado un par de veces y nada más.

—Y yo solo había visto a Sidney una vez —dijo Sol—. Mis padres lo habían organizado todo…

—Dinos, mamy —murmuró Esther—. ¿Volviste a verle después de la boda de niños?

—¿A quién? ¿De quién hablas?

Hubo un silencio.

—Mamy tenía que casarse con Jacob, ¡el abuelo de Charles! Pero la boda se anuló.

—¡Vaya —dijo Colette—, eso no nos lo habías dicho nunca!

—Entonces dinos, mamy, ¿volviste a ver a Jacob?

—Fue en la Mimouna…, a la orilla de la Menara, en Marrakech. Ocho años después… Una semana antes de mi boda. Siempre recordaré ese momento.

—¿Qué te dijo él, mamy?

—Qué me dijo. ¡Ah! No sé lo que me dijo. Eso es el pasado, venga, no hablemos más.

—Yo estoy segura de que te acuerdas.

—No, fue hace mucho tiempo. ¡Lo he olvidado todo! ¡Ya no me acuerdo de nada!

Esther dejó a su hermana, a sus tías y a su abuela, y entró en la pequeña estancia contigua a la grande, donde estaba la bañera en la cual debía lavarse antes de entrar en el mikvé. La anciana guardiana la esperaba. Llevaba el cabello recogido con un pañuelo y tenía un aire arisco e intimidante.

Esther se quitó el albornoz, bajó los escalones y se sumergió completamente.

En el fondo del agua, todo es suave y claro. Se sintió bien. Hubiera querido no volver a salir nunca.

En el fondo del agua ya nada tiene importancia, allí no necesitaba saber quién era.

Esther se miró las manos y separó los dedos. Todos los seres humanos tienen las manos palmeadas, se dijo, y eso le sorprendió. ¿Era posible que el origen de los pueblos estuviera allí, dentro del agua, y que ellos conservaran la señal, los estigmas evidentes, aunque lo ignoraran?

El amor materno como un manto envolvente… El odio materno, devastador… Se espera que todos nos amemos, se dijo Esther. Todos somos como hermanos y hermanas. Todos tenemos las manos palmeadas, prueba de nuestro origen común. Y las hermanas, los padres y los hijos son todos amigos. De hecho, eso no es verdad. En el fondo, nadie quiere a nadie; en las familias, los padres y los hijos se detestan. Entre los amigos, solo hay envidias. Entre los enamorados, solo desconfianza y resentimiento. ¿Dónde está el amor?

En ese momento mismo en que se casaba, ¿quién podía decir si ella amaba a Charles, ella que no se sentía amada? El amor no era lo que unía a los hombres. El amor, la familia, los amigos no eran el común denominador. La única cosa que unía a los hombres era que todos tenían las manos palmeadas. Era el agua lo que les hacía vivir y lo que les calmaba la sed. Esa era la razón por la que les gustaba tanto el agua, puesto que el agua es el origen universal.

Esther se sumergió en aquella agua profunda que debía rodearla por todas partes, como decía la Ley. Con el baño ritual se borraba todo resto de sí misma, como si ella ya no existiera y no hubiera tenido nunca una existencia real…, se disolvía en el agua, con la que se mezclaron sus lágrimas. Comprendió por qué lloran los hombres, para consolarse de la vida por la vida, redescubriendo aquello que les ha hecho nacer.

Sacó la cabeza del agua y miró a la anciana de aspecto arisco. Una asquenazí, pensó. Frente a ella, la auténtica princesa sefardí de piel blanca y ojos oscuros, con el pelo negro cayendo en tirabuzones sobre los hombros, evocaba a todas las princesas judías de los desiertos eternos. Y ahora, ella iba a sumergirse de nuevo en el agua para ser consagrada a su esposo, como las vírgenes sacrificadas sobre los altares sagrados. A partir de ahora, ella ya no se pertenecía, si es que se había pertenecido alguna vez. Hundirse en

el agua como en el vientre de una madre y recordar todo el pasado, para resurgir pura, limpia de las aguas turbias de su infancia, y desvincularse para siempre, ¿era eso posible? Sumergirse muerta y renacer viva, purificada de su madre y de su historia, de su Marruecos desmantelado, ¿era eso posible? ¿Renacer distinta como el recién nacido, con la inocencia de una nueva mirada, una nueva vida, un cuerpo inmaculado? El agua era la del vientre materno donde todos habían nacido y adonde todos regresarían al morir.

—¡Kosher! —proclamó la anciana cuando Esther salió del agua por séptima vez…

Una polaca, pensó. Una asquenazí que no tenía el menor sentido del contacto humano.

Ella había tenido relación con un asquenazí en Nueva York, adonde había viajado para huir de su familia y del mundo sefardí, tras su último fracaso amoroso.

Esther había descubierto con estupor un país donde no había sefardíes o muy pocos, aunque el sefardí era bien considerado y bastante valorado, como una especie en vías de extinción, como un espécimen exótico. Se sintió halagada por cómo la miraban los demás, simplemente por ser sefardí. Ella era la única, en medio de una multitud de jóvenes locuaces y geniales, que se llamaban todos Jonathan.

Esther no había visto tantos asquenazíes en su vida. Allí todo el mundo tenía los ojos azules, el pelo rubio, pelirrojo o castaño y la tez pálida, y todos eran intelectuales brillantes y torturados, enérgicos y divertidos, simpáticos y entusiastas.

Todos esos asquenazíes eran gentes de categoría, excepcionales en su terreno. Pero eran modestos y serios. A los hombres les gustaba quedarse en casa por las noches, sabían pasar el aspirador y preparaban la cena: pollo con arándanos o con miel, crepes de patata llamadas *latkès*, y siempre con un acompañamiento vegetariano, para los que no comían carne. Charlaban alegremente, abordaban todo tipo de temas con un tono ligero y divertido, y tenían buenas anécdotas que contar. Al principio Esther no les entendía, como si estuviera en una película de Woody Allen, pero sin los subtítulos. Después, poco a poco, comenzó a habituarse. Los asquenazíes, al contrario

que los sefardíes, nunca hablaban por hablar, solo decían cosas sensatas, no reían porque sí, sino ante un comentario ingenioso que lo justificaba, nunca llegaban tarde, hacían lo que decían y decían lo que hacían, no mentían, no eran hipócritas, no alababan con entusiasmo un plato o un modo de vestir que detestaban, no estaban obsesionados con el mal de ojo hasta el punto de tomarse mal un cumplido, no veían la televisión de forma compulsiva, iban a ver películas inteligentes al cineclub…

El asquenazí era rubio, de estatura mediana, bastante flaco, con unos ojos azules muy vivos, intensos, pero tenía la boca demasiado delgada, casi sin labios, como por una falta de generosidad de la naturaleza para con él. Como los demás, adoraba Francia. Sentía pasión por París. Incluso había aprendido un poco de francés en el laboratorio de idiomas de su universidad. Había visto las películas de Truffaut, Godard y Bresson, y hablaba de ellas con respeto y admiración.

Una noche, después de conocerse, Esther y él tomaron una copa juntos. Hablaron del tiempo, tema de su tesis de filosofía, y él empezó a exponerle los principios elementales de la física cuántica. En el universo, podían existir mundos paralelos que corresponden al infinito de los posibles. Por ejemplo, habría un mundo donde ella y él no estarían charlando, allí en ese bar, sino paseando por la calle, y otro en el que habría una pelea que estallaría en el bar, y él se vería involucrado en la trifulca, y otro en el que no se habrían conocido, etc. De ese modo no solo había identidades múltiples, había también mundos múltiples, y las identidades múltiples se daban a conocer en todos esos mundos hasta el infinito…

Él la acompañó a casa. En los escalones de la entrada, se besaron. Esther se preguntó si había un mundo paralelo en el que no se besarían, sino que se dirían adiós. De ese modo decidirían ser solo amigos. Todos los acontecimientos posteriores serían distintos de los que tendrían lugar en caso de besarse. Se daría también el caso en el que él subiría, pasarían la noche juntos, y tendrían un hijo. Y ese en el que él subiría y, después, Esther no volvería a verle. Tenía todas esas posibilidades ante ella, a ella le correspondía escoger cuál era la mejor, en este mundo de aquí. Pero ¿cómo saber lo que quería, si ella no sabía quién era?

Varias semanas después de regresar a Francia, él fue a verla a Estrasburgo. Era primavera, hacía buen tiempo. Había grandes nubes blancas en el cielo. Un viento fresco acariciaba sus caras, el Rin brillaba bajo la luz del sol. Esther estaba contenta de volver a verle. La hacía feliz hablar inglés. Él, ligeramente inclinado sobre el agua y con el sol en los ojos: tenso, nervioso y tan angustiado, que a su lado Esther parecía tranquila. Estaba siempre en un estado de enorme tensión, como en alerta permanente. Le preguntaba sin cesar si estaba contenta, si había alguna cosa que no le gustaba, si no prefería ir a otro sitio…

Fue allí, en ese preciso instante, cuando él le habló de su madre por primera vez. Le dijo que la detestaba. Le contó que era muy dura, que no se entendía en absoluto con ella. Esther fue consciente de que esa confidencia era un momento importante en su relación. Él le decía algo secreto, especial. Para ella, eso era algo inaudito. Nunca había oído a nadie decir que detestaba a su madre o a su padre. Entre los sefarditas eso no se dice. Ni siquiera se permiten pensarlo. El psicoanálisis nunca se hubiera inventado en un entorno sefardí.

En el mes de agosto, tal como estaba previsto, Esther se fue a Nueva York. Él había ido a buscarla al aeropuerto. La llevó a casa de sus padres, donde seguía viviendo. El apartamento era grande: seis habitaciones dispuestas a lo largo, lo cual permitía que no se vieran demasiado.

De todas formas, él le impedía verles, hablar con ellos. Durante las tres semanas que estuvo allí, Esther les dirigió dos o tres palabras en total. Veía sus siluetas de vez en cuando al fondo del apartamento, y se los cruzaba unos segundos cuando iba al cuarto de baño. Como si fueran fantasmas, personajes virtuales.

Su padre, hombre bonachón y despavorido, desbordado por la energía de su mujer, admiraba a su hijo. A este le gustaba repetir que su madre había seducido a su padre un día, en la cola de correos, y que él seguía sin entender por qué su padre había cedido. En efecto, la madre, de origen ruso, era una mujer muy dura, con un físico enjuto, un cuerpo menudo, la cara arrugada y unos ojitos vivaces que expresaban una mezcla de locura y sufrimiento. Tenía la misma boca que su hijo, una mandíbula grande y los labios finos. Con su voz ronca había establecido una relación de poder con

su marido, que era su chófer, su cocinero y su hombre de la limpieza. Su padre, nacido en Alemania de donde se había exiliado durante la guerra, era un defensor de la antipsiquiatría, ese movimiento que critica de modo radical el psicoanálisis, diciendo, con un supremo sofisma asquenazí, que las personas no están enfermas o neuróticas, sino que es la sociedad la que está enferma. Su madre había hecho una tesis de historia del arte. Apasionada por los asesinatos y los envenenamientos históricos, se había especializado en la Italia del Renacimiento. Cuando ambos estudiaban, ella, en un arranque de mal humor, había tirado por la ventana la tesis de su padre. Por esa razón, según la mitología familiar, su padre no había podido conseguir el doctorado.

Para Esther, lo más extraño era que los dos tenían miedo de su hijo. En cuanto él llegaba, se ponían en guardia. Cuando él subía el tono, ellos temblaban y se precipitaban a la cocina para traerle lo que reclamaba, o simplemente desaparecer. Hacían todo lo que él decía. Hablaban cuando él les hacía una pregunta, se callaban cuando él les decía que se callaran. A pesar de eso, a veces él se enfadaba con ellos y se ponía a gritar. Entonces la madre, como presa del terror, iba a esconderse en su habitación. Hacían de anfitriones y nada más. Sus relaciones se limitaban a las que se tienen con los recepcionistas. Salían lo más a menudo posible. O estaban confinados en su dormitorio. Para Esther era inimaginable tener este tipo de relación con sus padres. Ella no había visto nunca padres que tuvieran miedo a sus hijos, ni que estuvieran a su servicio. Situación para ella inconcebible, y que le parecía de ciencia ficción.

Todos los domingos, Esther y su compañero iban a visitar a la abuela asquenazí. La llamaban Grandma. Tenía la misma boca que él y que su madre, con esa mandíbula protuberante y esos labios finos. Tenía noventa años, pero era una roca.

No veía mucho a su progenie, pero el contacto se había retomado después de que la anciana se rompiera el cuello del fémur y fueran a verla al hospital. Situación igualmente difícil. La abuela estaba muy avergonzada de su nieto desde que le había echado una tarde de invierno siendo él adolescente. Pero de repente, él había sentido un enorme interés por ella, y ella había recuperado el afecto por él. El parecido entre los dos era

sorprendente. Enorme y delgada, esa mujer, con un marcado acento ruso, llevaba el cabello blanco recogido en un moño, pero esa era la única diferencia con su nieto. Se movía dando pasitos por el estudio que ocupaba en una residencia de ancianos. En su apartamento nunca había nada para comer, ni tampoco para beber; tenía que hacer las comidas en el refectorio, con los pensionistas. Cuando su nieto y Esther iban a visitarla, ella les enseñaba antiguas fotos de familia. Su marido, sus hijos, sus nietos, todos rusos, aparecían delgados y altos, en esas fotografías amarillentas y en esos paisajes que se les parecían. Luego ellos mismos, sin sonreír, sin alegría, frente a una casita norteamericana, no obstante soleada. Ella no sentía ninguna emoción al mostrarlas, era como fría, simplemente orgullosa por ser capaz de captar un poco su interés.

Menuda herencia, se decía Esther, tan solo la desesperanza, el alcohol, el sombrío destino humano, qué perspectivas amorosas podía augurar ella de esta relación, salvo la de Anna Karenina y Vronsky en el infierno doméstico…

Así Esther descubrió la identidad asquenazí, que no tenía nada que ver con la que ella conocía. En la familia rusa de su enamorado estaba la huella de los pogromos, y en la rama paterna la marca indeleble y omnipresente de la Shoah, que se había llevado a toda su familia. El día de la conmemoración de la Shoah, asistieron juntos a una ceremonia por los deportados. Hubo discursos. Aquí nada de gritos ni lamentaciones, solo unas lágrimas enjugadas con discreción, tan alejadas de los desahogos sefardíes… Y Esther hizo suyo ese valle de dolor. Entró en el abismo del mal absoluto, perdiéndose en sus meandros, invadida por una tristeza insondable. Se hizo consciente de que el trauma no se borraba de una generación a la otra, todo lo contrario, era como si se perpetuara, hasta el punto de convertir la felicidad en imposible u obscena, y herir la capacidad de amar.

Cuando volvió a Francia, él le escribió. Quería volver a verla. Ella, indecisa —se daba perfecta cuenta de que aquella relación iba a conducirla hacia el abismo—, acabó por aceptar.

Él llegó a su casa un lluvioso día de septiembre, a última hora de la mañana. Estaba allí, en el umbral de la puerta, con una cazadora de un rojo

subido, unos pantalones mal cortados y unas deportivas, con un equipaje para seis meses como mínimo: dos maletas grandes de los años cincuenta, que debían de pertenecer a sus padres. Esther lamentó ya entonces haber aceptado, haber cedido a su presión. Ahora estaba allí. Lo había organizado todo. Había pedido un año sabático en la universidad e iba a trabajar en su tesis en Estrasburgo. Cuando Esther le anunció que no podían vivir juntos a causa de sus padres, no la creyó. Se pelearon, y él declaró que se marcharía al día siguiente. Esther le cerró la puerta, aliviada. Ese hubiera podido ser el final de la historia. Ese debería haber sido el final de la historia y, sin embargo, fue el principio.

De hecho, después de aquel espectáculo, Esther se sintió muy avergonzada por haberle hecho daño, a él, que había venido a ofrecerle su corazón y su vida. Se dijo que era horrible. Ni se le ocurrió la idea de que había hecho eso porque no le amaba, que simplemente no tenía ganas de verle. Antes ella se culpaba por no amarle, a partir de ahora se culpó por haberle hecho daño. Solo pensaba en una cosa: en repararlo, en hacerse perdonar.

Cuando él volvió a llamarla al día siguiente, ella le abrió la puerta. Él se instaló en su pequeño estudio. Esther se dedicó a cocinar para él, a ocuparse de limpiarle la casa y la ropa, pero él no estaba contento con sus servicios como ama de casa. A veces había que volver a lavar un plato, planchar otra vez la ropa, que a él le parecía mal doblada. Decía que ella era torpe, que no hacía las cosas con el corazón, sino para quitárselas de encima a toda prisa. A él no le gustaba su cocina, demasiado grasa, demasiado contundente, demasiado abundante. Decía que todo lo que ella hacía parecía una tortilla enorme, incluso los pasteles. A él no le gustaba que hubiera sobras. Era ahorrador hasta la tacañería. Para él un céntimo era un céntimo. Lo contaba todo, el dinero, el tiempo, las palabras. Fumaba cinco cigarrillos al día, ni uno más, ese era el límite a partir del cual fumar era peligroso. Estaba estresado porque tenía que trabajar en su tesis, y entregarla a final de año. Ni hablar de salir, de divertirse. No le gustaba reír e invertía mucho tiempo en pensar en diversas cosas que aseguraba que eran de gran importancia, y en resumen, no demostraba ninguna emoción.

Vivieron así durante varios meses. Para Esther, en la humillación. Las discrepancias entre ellos se hicieron más y más frecuentes, provocadas por un gesto anodino, por un motivo fútil. Luego él la consolaba. La tomaba en sus brazos diciéndole que la amaba, que todo iría bien entre los dos, que estaban hechos el uno para el otro, pero que nadie les entendía. Que no hacía falta contárselo a nadie, que ese era su secreto. Lo esencial era el amor, su amor que era tan fuerte, la razón por la que estaban juntos a pesar de sus peleas.

Él le decía que la amaba con locura y que jamás amaría a otra, y sin embargo el menor requerimiento por su parte le exasperaba y desataba torrentes de rencor. Ella se pasaba las noches llorando, sola frente a sí misma. ¿Por qué se odiaba hasta el punto de permitir que la negaran, hasta el punto de negar su derecho a cualquier alegría? ¿Qué cosa tan terrible había cometido para merecer no vivir su propia vida y convertirse en su propio verdugo?

Sus disputas se convirtieron en más y más violentas. Pronto él empezó a criticarla en público, delante de sus amigos. Se enervaba con más y más fuerza, con una frecuencia que se acrecentaba. Escudándose en su angustia, se volvió solitario, malo. Él la había aislado, ella estaba a su merced, desestabilizada.

Él se quejaba de la carga que le suponía Esther. Decía que por culpa de ella no conseguía trabajar. La despreciaba intelectualmente porque era sefardí. A modo de revancha, mostraba una firme confianza en sí mismo, en su criterio. Se admiraba. Era el más inteligente y el más ético de los hombres.

Por las noches siempre estaba agotado. Le dolía la cabeza. Se metía en la cama haciendo unas muecas horribles. Su cuerpo enclenque se quedaba allí, inerte, como un cadáver, junto al de ella, voluptuoso e incomprendido.

Al cabo de cierto tiempo, cuando Esther empezó a burlarse de sus migrañas, él le dijo que ella ya no tenía un cuerpo de veinte años, y que esa era la verdadera razón de su falta de deseo.

De hecho, se dijo Esther, ¿no le sobraban dos o tres kilos? Ciertamente no se parecía a las chicas esbeltas y atléticas de las revistas. No era enjuta como la madre del asquenazí. ¿Quizá no era lo bastante delgada para él?

En realidad, su compañero tenía celos de su alegría de vivir, de su familia, de sus amigos, de todo eso que él no tenía. Tenía celos incluso de la religión. Él, a quien habían educado en la ausencia total, incluso en el odio a la religión, había empezado a redescubrir la práctica con Esther. Él, que comía cerdo el día del Kipur cuando ella le conoció, empezó a interesarse por lo que ella hacía el sabbat, por los preceptos que cumplía, por los alimentos kosher, e incluso por el pensamiento judío. Le hacía preguntas. Pero enseguida decretó que ya lo había entendido todo, que ella solo vivía la religión a un nivel superficial y folklórico, mientras que él había descubierto la verdadera espiritualidad. Para él, eso significaba leyes, remordimientos y obligaciones, mientras que Esther vivía la religión en su versión festiva y alegre. Empezó a despertarla a primera hora de la mañana para ir a la sinagoga, a querer iniciar el sabbat una hora antes de lo previsto. Tenía una relación obsesiva con la Ley, que utilizaba para dominarla y avasallarla.

La vida de Esther se convirtió en un infierno que la asfixiaba poco a poco. Cuanto más religioso se volvía él, más intolerante e intransigente era con ella. Utilizaba la religión como un yugo, como una alienación.

Un día, Esther se despertó con la extraña sensación de que ya no podía sentir nada emocionalmente. Flotaba sobre las cosas, positivas o negativas, sin que la afectaran. ¿Quién era ella? ¿Cuál era su valor? Ya no sabía si su vida tenía sentido o no. Sin que se hubiera dado cuenta, sus alegrías, sus deseos, su confianza en ella se habían borrado. Ya no sabía quién era, ya no sabía qué quería. Estaba estancada en un auténtico no-ser, como si se le hubiera retirado lentamente la sangre que corría por sus venas. Como si él la hubiera preparado para su propio suicidio. Fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba convirtiéndose en asquenazí.

Se dijo que los asquenazíes y los sefarditas no podrían entenderse nunca. No tenían la misma concepción de la vida. Los asquenazíes vivían en el deber, la actividad, la política, lo concreto, y les gustaba actuar sobre el mundo para transformarlo. Los sefarditas vivían en el disfrute, la alegría, la celebración; el trabajo para ellos no era más que un medio de aprovechar ciertos momentos de la vida. No eran ni racionales ni pragmáticos, menos en la política que en la metafísica. No tenían la misma relación con la

palabra: los asquenazíes vivían en la autoridad y el poder, para ellos las palabras tenían un sentido unívoco y ejecutorio; los sefardíes apostaban por la negociación, la aproximación, lo impreciso, hablaban sin parar sin decir nada. Lo que era verdad en un momento, ya no lo era en otro y sus palabras no comprometían sus actos de ningún modo. Los asquenazíes eran puntuales, los sefarditas tenían una relación muy lejana con el tiempo, llegaban con retraso o con total puntualidad. Eran incapaces de concertar una cita y atenerse a ello, como hacían los asquenazíes. Su espontaneidad se lo impedía. A los asquenazíes les costaba expresar sus emociones y a veces incluso sentirlas. Eran intelectuales, fríos, racionales. Los sefardíes por el contrario eran emotivos, y pasaban sin pausa de la risa al llanto, de la ternura al drama, incluso al psicodrama. Los asquenazíes no eran tiernos, los sefarditas eran como loukoums[19] bajo un sol abrasador, chorreaban sentimientos y sensaciones, y para ellos todo era una excusa para el desahogo. A los asquenazíes no les gustaba comer. Sus guisos solían ser prosaicos y sin sabor. Los sefarditas se tomaban muy en serio los alimentos: comidas, banquetes y ceremonias eran algo cotidiano y pasaban mucho tiempo en sus cocinas, elaborando manjares de lo más refinado. Los asquenazíes eran eficaces y calculadores, los sefarditas cultivaban los instantes y los gestos gratuitos. Los asquenazíes eran avaros; los sefarditas, en general, generosos, solo pretendían compartir lo que tenían. Los asquenazíes eran solitarios, los sefarditas solidarios, tenían muchos amigos y solo se desplazaban en grupo o en familia. Los asquenazíes compraban bienes, ahorrando, para invertir en algo sólido. Los sefarditas se gastaban el dinero fácilmente. Los asquenazíes no daban importancia a su aspecto, mientras que los sefarditas le otorgaban una importancia primordial, y por eso vestían tan bien.

Su angustia era incluso distinta. La del asquenazí era interna, introducía la muerte en el ser hasta la depresión. La angustia del sefardí, completamente externa, era un combate contra la posibilidad de la muerte. Se expresaba de forma tempestuosa, era una energía vital, una lucha por la supervivencia: por eso, en cada familia sefardí había un armarito atiborrado de medicamentos para curar pequeñas dolencias, los sefarditas eran en general hipocondríacos.

El asquenazí era estoico, mientras que el sefardí hacía un drama de un rasguño, sufría eso que los médicos llaman «el síndrome mediterráneo», que consiste en exagerar la intensidad del dolor y expresarlo de forma excesiva. Donde el asquenazí se resignaba, el sefardí se rebelaba.

Y sobre todo, y de un modo más radical, el asquenazí sufría la angustia de ser judío. Para él el judaísmo no era algo que pudiera anteponerse. Había que ocultarlo y distanciarse al máximo, para demostrar que uno estaba perfectamente integrado. El sefardí reivindicaba su judaísmo, se enorgullecía de él, lo vivía de una forma comunitaria y ostentosa, que exasperaba al asquenazí hasta el punto de provocarle vergüenza. De hecho, el asquenazí se avergonzaba del sefardí, que en su opinión degradaba la idea que él tenía de ser judío. Para él, los judíos eran hombres como los demás y nada debía diferenciarles de sus compatriotas. La angustia del sefardí no era ser judío, sino más bien no serlo.

La angustia del sefardí era ser, simplemente. Él vivía la duda metafísica en lo cotidiano.

Después del período asquenazí, Esther tuvo que reaprenderlo todo de la vida y de lo que esperaba de esta. Redescubrirlo todo, y sobre todo su dignidad. Reencontrarse, después de haber perdido todas sus características. Reconquistar su feminidad. Amar su cuerpo, para amarse a sí misma. Reencontrar el deseo; cerrar los ojos y ver en la oscuridad miles y miles de colores. Encontrarse de nuevo cara a cara consigo misma, sin violencia. Quererse, en suma.

Capítulo 3

El goy

Después de su ruptura con el asquenazí, Esther había tenido una relación con un hombre que no era judío. Un goy, pues, que sentía una extraña fascinación por el pueblo elegido. Era muy considerado con la comida. Por ejemplo, comía kosher cuando estaba con ella, de un modo más escrupuloso que los judíos no practicantes que Esther frecuentaba. El goy, por educación, no habría comido cerdo jamás, ni habría engullido ostras vivas delante de ella.

Al joven le atraía mucho el lado judío de Esther, que para él era una zona erógena. Ella era en cierto modo «su bella judía». Juntos hablaban sobre judaísmo, como si, de golpe, Esther quedara reducida a esa dimensión de su existencia, y él intentaba desesperadamente establecer vínculos lejanos que pudiera tener con dicha historia para justificar su interés, y más que eso, su obsesión. A menudo, evocaba a una tía abuela que había salvado a judíos durante la guerra. En la mayor parte de sus conversaciones aparecía la Shoah. Siempre aparecía la Shoah.

Había visto con interés la película de Claude Lanzmann, había leído muchos libros sobre ese tema, pero no podía evitar identificarse inconscientemente con los verdugos, y concebir por tanto un terrible sentimiento de culpa. Al mismo tiempo, su inconsciente se apoderaba del de Esther en ese juego de rol, hasta tal punto que, por un peculiar giro en la situación, ella se encontraba en el lugar de la víctima ante su verdugo. Él intentaba denodadamente comprender por qué había sucedido la Shoah, y cómo podía explicarse el nazismo sin admitir que era justamente imposible comprender y racionalizar ese acontecimiento inconmensurable. Esther se

sentía destrozada al pensar en Auschwitz, y en particular en las mujeres embarazadas. El genocidio de un pueblo no es solamente el genocidio de un pueblo: es el genocidio de los millones de seres humanos que habrían nacido de ese pueblo.

Pero por lo visto, él todo eso no lo pensaba. Él no veía la película *Shoah* como la veía ella, él intentaba intelectualizar las cosas con torpeza, insertar los hechos en una trama histórica, social, política. En resumen, intentando comprenderlo, lo justificaba.

Poco a poco, la Shoah empezó a ocupar todo el espacio de su vida en común. Esther habría querido que hablaran también de otras cosas, pero eso parecía imposible. Y siempre acababa indignándose, cuando él pretendía haber entendido las similitudes entre el nazismo y el estalinismo, en los fenómenos de masas postindustriales, o cuando decía que Hitler estaba traumatizado por la guerra y por el tratado de Versalles, por aquel abuso impuesto a Alemania. En resumen, todo eso que aparece cuando el historiador se sumerge de una forma tan íntima en la Historia, que termina por identificarse con ella. Esther pensaba que había un punto de ceguera por su parte, que él no comprendía y que no comprendería nunca.

Y después, estaban los inevitables debates sobre Israel. Cómo le dolía a Esther oír ese punto de vista exterior y negativo, impregnado de la visión unívoca de los medios de comunicación. Él no conseguía ver las cosas desde ese punto de vista, intoxicado como estaba por los periódicos, que difundían una imagen desastrosa de Israel. Esther se dio cuenta de hasta qué punto su amor por la tierra prometida estaba vivo en ella, muy arraigado en una relación a la vez afectuosa y dolorosa, relación que su compañero, con toda la buena voluntad del mundo, no podía ni entender, ni sentir, ni siquiera admitir. Y Esther tuvo que soportar veladas enteras explicándole la realidad de la situación, repitiendo que Israel no era culpable, sino víctima de los atentados terroristas. En él siempre había un pequeño demonio, que terminaba diciéndole alguna cosa ofensiva o estúpida, o una tontería simplemente: «Tanto de un lado como del otro…». Y eso era lo máximo que podía esperar de él. De un lado los israelíes, del otro los terroristas palestinos. No. Imposible. No se trataba de dos entidades que uno pudiera poner frente a frente. Cuando había terrorismo en otro país, nadie decía:

«Tanto de un lado como del otro». Cuando se produjeron los atentados del metro de París, nadie dijo: de un lado los terroristas, del otro los franceses, los errores son mutuos, nadie tiene razón, las cosas son complicadas. Todo eso, él no lo oía… De hecho, él no entendía que todo aquello que para él eran discusiones intelectuales, como las que podían tener sobre la política francesa, para ella era algo extremadamente penoso y doloroso, visceral, y que sus palabras eran como puñaladas en el vientre. La defensa de Israel en esos tiempos de quebrantos le parecía tan necesaria como imposible, ya que eso implicaba una justificación, y por lo tanto una excusa, y Esther opinaba que no había nada de que justificarse.

Y sin embargo, más que ninguna otra cosa, eso era lo que hacía que en su fuero interno no consiguiera entenderse con él, ni enamorarse, en el sentido de que no podía simpatizar con alguien que no comulgaba con ella en todo lo referente a su pueblo.

Sin embargo, a Esther le gustaba mucho y le gustaba mucho estar con él. Era muy amable con ella, servicial, siempre disponible, atento, hacía todo lo que podía. Esa era la razón por la cual ella acabó por abandonar la lucha y evitar el «tema». Así todo iba mejor entre ellos. Aunque los dos sabían que su relación no podía durar, y que no podrían vivir juntos, ni tener hijos, hubieran podido seguir así durante mucho tiempo, solo con evitar hablar de Israel o de la Shoah.

¿Por qué diablos tuvieron que irse de vacaciones a España?

Un día, para complacerla, él le preguntó dónde le gustaría pasar las vacaciones. Para ella, que estaba tan atada a su familia, a su malestar, siempre era difícil marcharse. Reflexionó durante unos minutos. Tenía que ser un país cálido, romántico, al que se llegara fácilmente en avión en un vuelo no demasiado largo. Lo bastante singular como para que los dos tuvieran la sensación de que se iban, y lo bastante cerca como para que ella no tuviera la impresión de alejarse demasiado de sus padres.

Hubiera podido decir Italia, Grecia o Turquía, pero no, tuvo que contestar: España.

Bañándose en el mar en Marbella, Esther imaginaba Marruecos, a lo lejos, al otro lado del horizonte. También le vino a la memoria que cuando era niña, iba de vacaciones a Marruecos con sus padres cruzando España.

Cargaban el coche, montaban la baca donde se acumulaban las maletas y los paquetes, como si fueran a regresar al país, y cogían la carretera de España. Era un paso obligado, ritual, en el que invertían muy a gusto una semana, para pasear por las ciudades y hacer compras en los grandes almacenes El Corte Inglés, que para ellos simbolizaba el lujo. Sentían ternura por ese país en el que se encontraban bien, como si fuera su segunda patria. Se ponían a hablar en español con una emoción evidente, se atiborraban de horchata de chufa y de otras magdalenas de Proust, como si hubieran nacido allí. Era curioso ver lo felices que eran en España. Se diría que habían vuelto a casa después de un largo viaje.

En Córdoba, los palacios y los jardines evocaban ese concepto del paraíso terrenal que los almohades se esforzaron en encarnar allí donde estaban: una primavera eterna donde murmuran y fluyen los arroyos, aguas deliciosas evocando la leche, el vino y la miel, deslizándose bajo la extensa sombra de los árboles. Bosquecillos de sutil aroma, fuentes, quioscos de nácar y de rubíes, manjares exquisitos, frutas exóticas. En Andalucía, el paraíso de los musulmanes tomaba forma en los jardines y los palacios, los estanques y las columnas de mármol, los árboles frutales, naranjos, limoneros, mandarinos, y flores por todas partes, olorosas, de colores escogidos, rosas de Damasco, jazmines o adelfas. Esther y su amigo se ocultaron tras las columnas de la mezquita, jugaron al escondite con los pilares, se besaron en los jardines de la Alhambra, diáfanos por su encanto y su exquisitez, admiraron su artística decoración interior, los estucos alveolares, las bóvedas, las estancias y los arcos, las acequias que atravesaban las salas y los patios, los frisos caligrafiados de una inspiración tan original. La imagen misma de la paz: serenidad, lujo y dulzura…

Andalucía era el ideal a la medida del hombre, el sueño convertido en realidad, algo terrestre y celestial a la vez. Por otra parte, en un momento en que Occidente buscaba su camino en la oscura Edad Media, Andalucía, avanzándose dos siglos al Renacimiento, había congregado artistas, hombres de ciencia, filósofos llegados de todos los países del mundo árabe, que revolucionaron la filosofía, la matemática y la cirugía. Allí había tenido lugar «la Convivencia», la eclosión de una humanidad única, de una sociedad cosmopolita, la de Granada, Sevilla y Córdoba. Tras la

Reconquista los sabios emigraron a Fez, en cuyos patios umbríos se interpretaba música andaluza, con dos laúdes, una cítara y dos violines apoyados en vertical sobre el muslo. Al escuchar esa música en el paraíso de la Alhambra, Esther experimentó una alegría inmensa y al mismo tiempo una nostalgia insondable por ese mundo perdido, cuya nobleza de espíritu y delicadeza intelectual habían formado la quintaesencia del alma sefardí. Ella era francesa, pero una francesa mestiza, por España, por la nostalgia del esplendor andaluz.

Pero fue en Toledo, en la cima de la pequeña montaña que rememoraba una especie de Jerusalén en miniatura, donde Esther tuvo una verdadera conmoción. Allí, donde se diría que el tiempo se había detenido. Todo estaba como preservado, y uno se encontraba de golpe en el siglo XIII, cuando los judíos traducían al castellano los textos árabes bajo el reinado de Alfonso VII, emperador de las tres religiones.

Juntos, los dos enamorados caminaron a lo largo de las calles pavimentadas, con sus tiendas de espadas de los conquistadores y de recuerdos judíos. Visitaron las dos sinagogas, y sus pasos les guiaron hacia el museo del judaísmo.

Entraron en la casa museo de El Greco, construida sobre el palacio de Samuel Lévy, tesorero de Pedro I, rey de Castilla. Descendieron a los sótanos llenos de leyendas: dicen que en ese lugar, el hermano del rey don Enrique, astrólogo, alquimista y mago, seguía practicando la tradición oculta iniciada siglos antes por el rey moro Yahia, con los discípulos del arte real y de la tradición oriental.

Su padre, Moïse, le había enseñado que la presencia de los judíos en España se remontaba a la primera destrucción del templo de Jerusalén, alrededor del año 585 antes de la era actual. Los primeros sefardíes habrían sido miembros de las tribus de Judá y de Benjamín, tal vez de sangre real, expulsados por Nabucodonosor. El nombre de Toledo, en hebreo *Tuletula*, en latín *Toletum*, procedería del hebreo *Taltelah* que significa «tribulaciones».

La ciudad también había acogido una comunidad khazar: los khazar se habían convertido al judaísmo en el siglo VIII y habían servido de inspiración al gran poeta Judah Halévi en su libro *El Kouzari*, donde

aparecía el rey de los khazar en busca de su religión. Cuentan que el monarca, para informarse sobre el tema del cristianismo, del Islam y del judaísmo, convocó al representante más eminente de los tres cultos. Cada uno, el judío, el cristiano y el musulmán, expuso su punto de vista. El sabio judío explicó que el cristianismo y el Islam tenían su origen en el judaísmo, que representaba la religión original, y narró la epopeya de su pueblo. Según él, Israel era para las naciones lo que el Profeta era para los hombres: una nación iluminada encargada de instaurar el reino de Dios en el mundo. Manteniendo al pueblo en el exilio, Dios perseguía un propósito secreto que Él comparaba a un grano que al plantarlo se descompone, según todas las apariencias, en tierra, agua y polvo, antes de transformar la tierra y el agua hasta obtener un árbol. Un destino alquímico, tal era la vocación de diáspora del pueblo judío según Moïse Vital, que gustaba de recordárselo a todos aquellos que iban a escucharle a su clase semanal: la dispersión y el exilio permitían así que Israel cumpliera mejor su misión divina entre las naciones.

Esther y su amigo deambularon a través de calles estrechas entre las casitas que se abrían a deliciosos patios interiores. Aquí hubo en otro tiempo agricultores, farmacéuticos, médicos, recaudadores de impuestos, sastres, curtidores, escribas, alfareros, tenderos, ceramistas, tejedores, tintoreros…, sus ancestros, quizás.

Esther imaginó a hombres ataviados con largos sobretodos de manga larga, y a mujeres con vestidos ceñidos a la cintura. Las chicas que no estaban casadas llevaban el pelo largo y rizado, y las esposas se cubrían con un velo que llegaba hasta los hombros. Cada comunidad vivía de acuerdo con sus costumbres, pero en un territorio que pertenecía a los cristianos. Los judíos, consejeros de los reyes, diplomáticos, administradores, escribían filosofía y poesía, y traducían textos científicos árabes, ya que, como grandes conocedores de dicha lengua, ejercían a menudo de intérpretes en ese centro intelectual. La coexistencia no significaba la igualdad, pero reinaba cierta tolerancia. Desgraciadamente, esta época de convergencia de las religiones, unidas por un mismo origen y por la fe en un único Dios, no duró mucho. Por parte de cristianos y árabes, surgió el odio. Ellos nunca habían creído que los judíos debieran obtener auténticos

derechos, aunque algunos siguieran ocupando puestos importantes en la corte.

Empezaron a obligar a los judíos a llevar una señal amarilla sobre la ropa. Luego llegó el día en que se decretó que fueran vendidos como esclavos, y sus poesías fueron confiscadas y prohibidas. De las diez sinagogas de Toledo, solo quedaron dos: Santa María la Blanca y el Tránsito.

Cuando Esther entró en la sinagoga del Tránsito, la embargó una oleada de emoción y de tristeza. La sobriedad de la arquitectura exterior contrastaba con la munificencia interior, como si no hubiera que mostrar los tesoros escondidos, no aparentar nada, sino conservarlo todo para sí.

No estaban solos. Era plena temporada turística y muchos grupos visitaban la sinagoga. Uno de los guías que describía el edificio a su grupo parecía observar a Esther con una atención tan peculiar que ella se molestó. Cuarentón, alto, esbelto, con los ojos claros, el pelo castaño y barba, llevaba unas gafas cuadradas que ocultaban una mirada llena de dulzura y curiosidad.

Al final el hombre se acercó a ella.

—¡Usted —le dijo—, sus antepasados eran de aquí!

—¡Sí! —murmuró Esther, estupefacta—. Pero ¿usted cómo lo sabe?

—Investigo sobre los judíos de España y me he especializado en la historia de determinadas familias. Hay algunas familias sefardíes que se pueden identificar fácilmente, ¿sabe? ¡Los Messas, los Lasry, los Tolédano, por ejemplo, se reconocen al primer golpe de vista! ¡Y estaba seguro de que usted con esa frente alta, esos ojos negros y esa nariz tan recta, sí, sin duda era de aquí!

El hombre, radiante, la miraba desde detrás de las gafas, con unos ojos como platos.

—Entonces, ¿usted conoce la historia de mi familia? Me llamo Esther Vital.

—Hace años que trabajo sobre las familias sefarditas… Conozco bien la historia de la suya. ¿Le gustaría que se la contara?

—Sí…, mucho.

¡No!, pensó ella, he venido aquí de vacaciones y oír hablar de mi familia, cercana o lejana, es lo último que deseo en este momento. Ya estaba harta de que la sumergieran en esta historia que iba a acabar por enemistarla definitivamente con su compañero, si el hombre se ponía a explicar la expulsión de los judíos de España, como este «explicaba» la Shoah.

Esther echó un vistazo a su amigo para ver en qué pensaba. Él, complacido con aquel encuentro, no parecía darse cuenta del abismo que había entre ellos, ni de los riesgos que suscitaba ese tipo de conversación. Lo que para él se desarrollaba en un plano intelectual, se traducía para ella en un dolor visceral.

—Vengan —dijo el hombre—, les invito a un café.

Entraron en un cafetín en el interior de una antigua casa judía, como todo lo que había en Toledo, por lo visto.

—Permítanme que me presente —dijo el hombre—. Me llamo Pedro Álvarez…, soy investigador y profesor de la universidad de Salamanca, especializado en judaísmo en tierras de España.

—Y conoce usted a los Vital…

—Sí, empezando por su antepasado Gabirol; ¡me refiero al gran Gabirol! ¿Sabía usted que los Vital descienden de él, en línea directa? Usted le conocía, seguro.

—Sí, he oído hablar —dijo Esther, sin estar segura de querer oír nada más.

Ella conocía al ilustre Salomón Ibn Gabirol, el príncipe de los poetas y de los filósofos, la joya del mundo sefardí. Los poetas que le sucedieron imitaron sus obras, sin ser capaces de igualar la talla de su alma, ni la potencia de sus metáforas o la fuerza de sus imágenes. Con él, la poesía de los judíos de la España musulmana había alcanzado la perfección. Su doctrina era la unión de la materia y de la forma, y era un gran defensor de la astrología. Sus especulaciones metafísicas le habían llevado a cimas donde solo los auténticos creyentes se reúnen y confraternizan, donde todas las aparentes antinomias desaparecen, para dar lugar a la unidad de la verdadera espiritualidad. Él había conseguido en sus obras de metafísica pura un nivel de expresión simple y diáfano. En ellas, evocaba la condición

del hombre en el mundo, su grandeza y su fragilidad, su fuerza y su impotencia. «¿Quién soy yo, qué es mi vida, qué significan mis hazañas, qué significa mi bondad? —se preguntaba—. En el transcurso de mi existencia, todo eso no cuenta para nada, y menos aún después de mi muerte». En sus poemas, su alma parecía literalmente proyectada hacia el infinito, en el cielo de las formas ideales. Al mismo tiempo, su espíritu estaba orientado hacia las maravillas del mundo. Pero estaba solo, y siguió profundamente solo, ajeno al mundo de los hombres que le decepcionaba sin cesar, preso de la angustia ante la incertidumbre del destino, la vanidad del pensamiento humano. Él testimoniaba un pesimismo existencial, que solo podía conducirle a la desesperanza. Sin embargo, del fondo de su tristeza, surgía la esperanza a través de la espera del Mesías, que él evocaba en cánticos desgarradores, con los cuales daba testimonio de la tercera cautividad de Israel, que según él sería la última.

Lo que había impresionado a Esther del gran Gabirol era esa angustia existencial que caracterizaba su pensamiento y su poesía. Pues, aun lamentándose del mundo, Gabirol seguía profunda e íntimamente unido a él. En su rechazo del mundo, él no dejaba de buscar a Dios, su refugio, su roca, como respuesta a la adversidad que se le imponía. El gran salto solo podía realizarse en la desnudez y el despojamiento más total que, lejos de ser un rechazo, era distancia ante las cosas de este mundo. Para él, la única forma posible de plegaria era la escucha, y el hecho de estar dispuesto a escuchar. Así lo disponía el credo hebraico: «*Chéma Israel*: escucha Israel». O más aún: «Permanece a la escucha del otro, de Dios y tu próximo, para abrirte, confiarte, abandonarte, saber escuchar y esperar, en lugar de debatirte o resistir sin descanso». La espera, para él, era a la vez esperanza y paciencia, atención y disponibilidad. En este sentido había titulado uno de sus libros *La Couronne royale* (La Corona Real), que representaba el logro de la búsqueda espiritual, la liberación del ser, en la luz y en la verdad, es decir, la conciencia del hecho de que todo es uno.

—Yo he leído *La Couronne royale* —dijo Esther—. Es un libro bonito…

—¿Sabe usted de dónde viene la expresión «Couronne royale»?

—No.

—Del libro de Esther. Y usted se llama Esther.

—Sí, es verdad —dijo ella, un poco alterada.

Aunque a Esther nunca le había gustado su nombre, estaba orgullosa de llamarse como una reina que simbolizaba la mujer judía, en todo su esplendor.

La historia de Esther había empezado en Persia, en el siglo V antes de la era cristiana, cuando el rey Asuero había repudiado a su esposa Vachti. El rey buscó entonces una joven por todo el reino, escogiendo a las muchachas más hermosas. La elegida entre todas fue la joven Esther, debido a su belleza. Esther tenía un tío, Mardoqueo —según la tradición esotérica, era su marido—, que la aconsejaba. Mardoqueo había intuido que su posición y su destino de reina podrían ser útiles a su pueblo. Por esa razón le había aconsejado que no dijera que era judía. De ese modo, ella había vivido integrada entre los goys, al más alto nivel, pero oculta, como significaba su nombre. Pero Haman, el ministro y consejero del rey, que odiaba a los judíos, convenció a Asuero de que les matara, sellando su destino con una partida a los dados. Fue entonces cuando Esther realizó el acto heroico que salvó al pueblo judío. En efecto, nadie tenía derecho a presentarse ante el rey sin que este lo ordenara, y cualquiera que desafiara esa prohibición merecía la pena de muerte. Pero Esther se presentó ante Asuero, le confesó que era judía y por lo tanto condenada a muerte a causa de su ministro. Por amor hacia Esther, Asuero se puso de su parte y, en lugar de matar a los judíos del reino, mandó detener a Haman, a su mujer, a sus hijos, y a todos los que deseaban perjudicarles.

Esta historia, que se desarrolla durante el Exilio, es la historia fundacional del pueblo judío que, después del período hebraico, se ve enfrentado al antisemitismo, cuyos argumentos serán invariablemente los mismos a partir de entonces: los judíos, en tanto que enemigos del género humano, deben ser exterminados. Ante eso se plantea todo el problema de la afirmación de su identidad judía, que puede ser peligrosa e incluso mortal. El libro de Esther es el único libro de la Biblia donde no aparece el nombre de Dios: Dios, Él mismo, se ha ocultado, se ha retirado. Y por eso se dice que el judaísmo empieza con este libro: el judaísmo como afirmación de la realización individual y personal del Universal, fundado

sobre la relación con la trascendencia, en forma de ausencia. Esta es la razón por la cual Esther encarna la fe judía, entre fuerza y fragilidad, afirmación y retirada, integración e identidad. Ella llegará al punto de arriesgar la vida por fidelidad a su pueblo y a su cultura. Ella sacrifica su destino individual por la supervivencia de su pueblo, porque, de hecho, ella amaba a Mardoqueo, y asume un papel tan importante a instancias de él. Mujer judía por excelencia, ella mueve los hilos del reino desde las cocinas, y organizando un banquete consigue orquestar maniobras políticas de alto nivel. Ejercita su encanto por medio del festín. Discreta, en segundo plano, sumisa, tímida, no tiene más ambición personal que perpetuar la tradición, o que esta, a través de ella y gracias a ella, perdure. Y toda la historia de Esther es la búsqueda de su verdadera identidad. Convertida en reina, ella jamás ha olvidado a su pueblo. No obstante, desvelar quién era en un momento en que se perseguía a los judíos, habría podido costarle la vida. Hizo falta que su tío Mardoqueo le hablara y le hiciera chantaje, para que ella aceptara defender a su pueblo. Con una frase célebre, él le dijo que solo se salvaría si se mantenía oculta, puesto que judía era y judía seguiría siendo. Esther es el ancestro de todos los judíos futuros, entre máscara y verdad, entre la vida y la muerte, entre el orgullo de pertenecer a este pueblo y la vergüenza, la asimilación y la fidelidad.

Ese era el destino al cual sus padres, más o menos conscientemente, habían consagrado a Esther al llamarla así.

—En *La Couronne royale* —continuó Pedro Álvarez—, Gabirol plantea el tema del hombre y su fragilidad. Desde el principio de su existencia, está angustiado y humillado, herido, sobrecogido por Dios y afligido. Desde su origen, es una «paja a merced del viento» y al final una «brizna arrastrada». A lo largo de su vida, es como una «hierba reseca».

»Ese libro, *La Couronne royale*, es un libro importante… Es el último poema de Gabirol, su testamento, el resumen de su vida, de sus conocimientos tanto científicos como teóricos, y del profundo vínculo que los une. Se dice que ha inspirado la Cábala donde se hace mención de la corona, que es la esfera superior del Árbol de la Vida: es la coronación de la búsqueda espiritual, que conduce a la liberación última del ser, es decir el éxtasis. Aquel que lo ha experimentado ha vivido la experiencia suprema.

Gabirol, sabe usted, formaba parte de quienes poseían la experiencia espiritual. Estos dejan de ser religiosos: no tienen necesidad de adherirse a ningún credo. Las religiones difieren, pero los místicos, sea cual sea su terreno, se parecen. Esa es la razón por la que las tres religiones encontraron un territorio común en la Andalucía del siglo XII. ¡Y ese territorio común, la mística, no es otro que la patria del mundo sefardí!

—Pero si Gabirol había tenido acceso a la verdad y a la luz —preguntó Esther—, ¿por qué estaba tan angustiado?

—Gabirol nació en Málaga hacia el año 1020, en ese período turbulento de desintegración del califato de Córdoba. Su padre abandonó Córdoba para huir del terror. El propio Gabirol vivió en Zaragoza, ciudad en la que convivían muchos intelectuales, en un profundo clima religioso. Pero él tenía una enfermedad de la piel que le desfiguraba, lo cual explica su particular carácter, tremendamente solitario. Se llevaba mal con la gente. Alcanzó la fama, pero eso no cambió la imagen que tenía de sí mismo. Su prematura muerte sigue siendo un misterio. Algunos dijeron que fue asesinado por un poeta árabe envidioso. Se dice también que el asesino escondió su cadáver bajo una higuera y que, al año siguiente, el árbol produjo tal abundancia de frutos que llamó la atención, y de ese modo se descubrió el crimen. Sin duda es una alegoría para afirmar hasta qué punto el pensamiento de Gabirol ha fecundado al mundo judío.

»Pero lo que le destrozó realmente fue el terrible drama que tuvo lugar en 1066, el día en que los musulmanes masacraron a cuatro mil judíos en Granada. Después de aquel horror, el poeta sintió un deseo de soledad, un hastío de vivir entre aquellos que no sabían distinguir la derecha de la izquierda, como dijo él, y la tentación de acabar con su vida.

»Hoy en día, todo el mundo ha olvidado u ocultado la masacre de judíos y su expulsión a manos de la Inquisición, pero eso no merma el poso de drama y angustia que permanece en el corazón de todo sefardí. Es el trauma secreto del mundo sefardí, del cual nadie habla. A pesar de la reciente declaración del rey de España sobre la Inquisición, el recuerdo de la masacre de los judíos y su petición de perdón, aquello sigue siendo un tabú en nuestro país. Y entre los judíos también, que aprendieron a ocultarse y a cambiar de identidad…

Pedro Álvarez hizo una pausa antes de proseguir:

—Esther Vital —murmuró—, usted seguramente lo sabe, pero ¿sabe su amigo lo que es un marrano?

Capítulo 4

Marranos

Al oír esa palabra, Esther vaciló. Tuvo un momento de debilidad y contuvo la respiración.

Ella había descubierto esa palabra por primera vez cuando investigaba sobre Montaigne para su licenciatura de letras en la universidad de Estrasburgo. Con Montaigne, estaba convencida de penetrar en el corazón del alma francesa, en las raíces del espíritu republicano. Por eso, cuál no fue su sorpresa al descubrir por casualidad en sus lecturas que Montaigne, gracias al cual había creído emanciparse psicológica e intelectualmente, ¡era descendiente de judíos españoles! Descendía de una familia de marranos por vía materna: su abuelo había emigrado a Toulouse y después a Burdeos, para huir de la Inquisición, poco antes de la expulsión de los judíos de España.

Montaigne, el florón, el genio más puro de la lengua francesa, Montaigne con su rectitud, su sobriedad, su exigencia personal y moral, era un vínculo secreto del judaísmo, un representante oficioso del exilio forzoso, expulsado de España, de esa España judía que en realidad él había traducido, enunciado, debatido, bajo una forma occidental. ¡El humanismo de Montaigne, su combate contra la barbarie, contra la tiranía y todas las formas de crueldad, contra el fanatismo y la injusticia, su voluntad de apertura y de conocimiento del prójimo, se inscribían, pues, en la historia trágica de los marranos, esos judíos perseguidos, obligados a ocultarse bajo otra identidad para sobrevivir!

Y su libro, como los de sus ancestros, había sido incluido en el índice por la Inquisición española y después por la Inquisición romana. Y cuando

una bula del papa Gregorio XIII prohibió a los cristianos tener vínculos con los judíos, Montaigne viajó a la sinagoga de Verona para conocer el culto judío. En Roma, fue al gueto, buscó la sinagoga como todo judío desorientado en un país extranjero. Y si no hablaba de la Trinidad, de la Virgen o de los santos, era tal vez porque en lo más recóndito de su corazón, lejos de esa sinceridad manifiesta, pretendida como un ideal imposible, la antorcha judía persistía en el dolor y el secreto, esa llama transmitida por su madre, que él transmitió a su vez, y que inmortalizó con su obra.

Esther había comprendido entonces que su búsqueda de la sinceridad, de la autenticidad, esta investigación sobre sí mismo, que él había llevado a cabo a lo largo de su vida, que había convertido en la obra de su vida, escondía el secreto de sus orígenes. Montaigne había descubierto al hombre, y le había definido como nadie en el mundo. ¿Iba acaso en busca del Hombre a través de sí mismo, o de sí mismo a través del Hombre? Perdido en sus identidades, sus máscaras y sus orígenes, ya no sabía quién era, y definiendo al Hombre, definiendo lo humano en aquello que tiene de más universal, observando todas sus facetas, podía decir por fin quién era él. Al proclamar que el tema de su libro era él mismo y que era él a quien describía, que él era su propio tema, dirigió su búsqueda a lo particular para extraer lo universal, y excavó en lo universal para comprender lo particular. Esta fusión entre él y su obra probaba la vital importancia de esta búsqueda que le permitía simplemente existir a través de su libro. En una época en que la Iglesia fanática convertía a la gente o la pasaba por el filo de la espada, él encontró en el poder demiúrgico del «yo» nada menos que la libertad. Si conseguía la conquista de ese «yo», que significaba la entrada del pensamiento en una nueva era, fue por la reconciliación, no con la Iglesia, sino con sus raíces judías.

En los *Ensayos* se había descubierto un código secreto que solo los judíos religiosos podían conocer: en una advertencia al lector, después de haber anunciado lo que iba a hacer, y cuál era su propósito, Montaigne mencionaba una fecha: 1 de marzo de 1580. Y esa fecha no era otra que el 14 Adar 5340, que correspondía a la celebración de la fiesta de Pourim: la fiesta de la reina Esther, quien, ocultando su identidad, había salvado a su

pueblo del exterminio. Montaigne colocaba, pues, en el epígrafe de su obra la figura de Esther, símbolo de la máscara, de la identidad oculta, primera marrana. ¡Montaigne, el más grande de los sefardíes!

—Marrano —dijo Pedro Álvarez— quiere decir «cerdo» en español antiguo… Es así como, con sarcasmo y con odio, los españoles denominaron a los judíos que se escondían durante la Inquisición.

»Los Vital descendían de la aristocracia de Jerusalén que Tito envió al exilio. Se les llama "los sefardíes", a partir de una expresión bíblica del profeta Obadia, versículo 20: "Y la diáspora de Jerusalén que está en Sefarad y en aquellos que están en Tsarfat, ellos son quienes heredarán las ciudades del Néguev". El profeta habla de la futura resurrección de la nación judía. ¿No fue eso lo que pasó, cuando los judíos sefardíes regresaron a Israel? ¿"Sefarad" no ha sido el camino, el lugar de transición, antes del profético retorno a Jerusalén en el desierto del Néguev?

»Los Vital estaban asentados en España desde los primeros siglos de la era cristiana. Habían amado España, habían mezclado su vida, su cultura, su herencia con la de España hasta tal punto que era difícil, casi imposible, disociarlas. Ellos habían ofrecido a España lo que España les había dado: un refugio, una tierra de acogida. Ellos habían acogido a España como ella les había admitido, hasta la raíz de su ser. Puesto que en tierras de España el judaísmo floreció y se desarrolló más que en ninguna otra tierra de diáspora. Y la propia España fue gloriosa y rica por sus sefarditas.

»Hasta el apogeo del siglo X, y la edad de oro del judaísmo español, la familia Vital observó las reglas de la tradición judía aunque estaba profundamente impregnada de la cultura ambiental. Estaban afincados en España, habían sucumbido a sus encantos físicos y espirituales, y a la deslumbrante luz blanca de Oriente, que se transformaba todos los días en colores resplandecientes bajo un cielo de fuego. En ese mundo intermedio entre Oriente y Occidente, el día era luminoso como el sol de Judea, la noche recordaba aquella del misterioso firmamento de Galilea, y las montañas de Toledo evocaban las colinas de Jerusalén. Los Vital se sintieron bien en ese país, al que consideraban su tierra. España les inspiraba poesía, provocaba su exaltación y les invitaba al misticismo. Y muchos de ellos eran a la vez rabinos, poetas, filósofos, cortesanos,

diplomáticos; todos esos oficios que en aquella época recaían en una misma persona, bien considerada y perfectamente integrada en la sociedad española.

»Su familia se estableció en la ciudad de Toledo. Portaron en alto el estandarte de la cultura sefardí a través de los siglos y las generaciones, y también estaban muy unidos a su ciudad. La intensidad de ese sentimiento por su país natal se expresaba con un vínculo a la lengua y a la cultura, que les convirtió en los representantes de la identidad sefardí.

»Desgraciadamente, esa situación empezó a cambiar en 1090, con la llegada de los almorávides, musulmanes muy ortodoxos procedentes del norte de África. Cincuenta años después, la invasión de los almohades con su fanática observancia religiosa, acabó destruyendo las comunidades judías del sur de España. Una parte de su familia se vio obligada a huir hacia Castilla. Otros miembros de ella, que se habían quedado, se convirtieron. A finales del siglo XI, la Reconquista, una cruzada contra el Islam invasor, no mejoró su destino. Seguidamente, en el siglo XIV, hubo una gran oleada de masacres de judíos por toda España y las islas Baleares. El 15 de marzo de 1395, miércoles de Ceniza, una multitud enloquecida penetró en el barrio judío de Sevilla para saquear la ciudad. La marea antisemita llegó hasta Toledo, y parte de la familia Vital pereció en esa matanza. Y fue en ese momento cuando la epopeya sefardí dio un giro decisivo, y cuando empezó la historia de los marranos: como muchos judíos españoles, una parte de la familia Vital decidió adoptar la identidad católica, de forma sincera o aparente. Empezaron a llevar una vida clandestina, conservando intactas su fe y su voluntad de transmitir los valores judíos, a pesar de la Inquisición, que les había golpeado con tanta dureza. Continuaron asegurando, como pudieron, en lo más recóndito de sus corazones y de sus casas, la transmisión clandestina y secreta, de generación en generación. Para huir de la muerte, o para quedarse en España, algunos aceptaron el bautismo. Otra parte de la familia, más desventurada, permaneció en prisión durante años, o de por vida. Otros fueron torturados o quemados.

»En esos tiempos —continuó Pedro Álvarez—, no había mes sin auto de fe. Desenterraban a los muertos y quemaban sus huesos después de haberles procesado. Hacían circular listas de apercibimientos, gracias a las

cuales se podía identificar a quienes llamaban “los judaizantes”. Vestir bien el día del sabbat, lavarse las manos antes de la plegaria, poner a los niños nombres del Antiguo Testamento, podía suponer la muerte. La promesa del perdón se concedía a cambio de confesiones, de torturas de una atrocidad inaudita, de las que no se libraban ni los niños, ni los ancianos, ni las mujeres embarazadas y que comportaban denuncias en masa. Miles de víctimas se vieron a merced del temible tribunal.

»Después, en 1492, se produjo la expulsión de los judíos de España. Esta fecha célebre, que marcó el desastre para los judíos, es también la del descubrimiento de América por alguien de quien algunos piensan que era un marrano, en busca de una tierra de acogida para su pueblo perseguido. Una rama de la familia Vital decidió huir a Portugal, pero el reino de Manuel el Afortunado llevó a cabo atrocidades incluso peores. En el espíritu enfermo del rey germinó la idea de atrapar a los padres a través de los hijos. Más fanático que la Iglesia, el 19 de marzo de 1497, ordenó que el domingo siguiente se bautizara a los niños de cuatro a catorce años. Los que no se presentaron fueron arrancados por la fuerza, arrebatados a sus padres. En escenas de un horror indescriptible, algunos asfixiaron a sus hijos durante los abrazos de despedida. Otros les arrojaron a los pozos antes de matarse. Por desgracia, debo deciros que esta rama de la familia desapareció para siempre, no se encontró el menor rastro.

»La Inquisición, sistemática, minuciosa, persiguió a los sefarditas sin descanso, sin distinción de país, no perdonó a nadie, de los más pobres a los más ricos, a los sacerdotes y los nobles, poetas y hombres de Estado, frailes y religiosos, recaudadores de impuestos. Persiguió a los sefarditas por el mundo entero: tenía espías en Francia, en Inglaterra, en los Países Bajos, en Italia, en Turquía, en África, hasta en la India y en el Nuevo Mundo. Las revelaciones realizadas durante un proceso, podían comprometer a familias o comunidades enteras, hostigadas a su vez sin piedad. Durante las torturas, algunos denunciaron a más de quinientos conocidos o amigos para salvar de ese modo su vida.

»La Inquisición poseía una memoria infalible: lo consignaba todo, y conservó sus archivos años enteros, incluso vidas. Yo descubrí la historia de una mujer llamada Isabel, esposa de Francisco Vital, condenada por el

tribunal de Valladolid a veintidós años de cárcel. Compareció cinco veces, dos veces en Llerena, dos veces en Cuenca y finalmente en Toledo. Durante esos procesos transcurrieron dieciocho años. ¡En el último juicio, tenía ochenta años! A pesar de su edad, fue torturada y acabó sucumbiendo a sus heridas. El implacable tribunal quemó su retrato a la vez que sus huesos.

»Esa fue también la época de los héroes, de los mártires más grandes, de los mesías, aquellos que, incluso bajo tortura, no renegaron de su origen, aquellos que se negaron a confesar su error, y proclamaron su deseo de vivir y morir bajo la ley de Moisés. Frente a los teólogos que se sucedían para intentar reconciliarles con la Iglesia, ellos no abdicaron. Frente a las privaciones, la prisión, la tortura, e incluso la hoguera, ellos se proclamaban hijos de Israel. Y mientras las llamas les alcanzaban, ellos cantaban *Chéma Israel* con los ojos cerrados, "Escucha, Israel, el Eterno es nuestro Dios, el Eterno es uno".

»Entre los Vital también hubo mártires, como el joven monje Frei Diogo, que descubrió sus orígenes estudiando el Antiguo Testamento. Confinado en una celda, él encendía la vela del sabbat el viernes al atardecer, y retiraba la grasa de la carne que le daban antes de comérsela. Muchos teólogos y defensores de la ley fueron a visitarle para convencerle de que renunciara a sus ideas, pero no lo consiguieron. Le quemaron vivo en Lisboa, por la santificación del Nombre (norma del judaísmo que prohíbe la "profanación" del Nombre de Dios).

»Otro caso célebre fue don Lope de Vera, que no tenía el menor origen judío. A los diecinueve años ya daba clases en la universidad de Salamanca. Fue la lectura de las Escrituras lo que le condujo al judaísmo. Denunciado por un fraile católico, fue detenido en Valladolid. Ante el tribunal de la Inquisición, proclamó que deseaba ser judío, ya que las demás religiones eran falsas. Permaneció cinco años en prisión y se circuncidó él mismo en su celda con un hueso. Ese mártir de la fe murió a los veinticinco años en la hoguera. Mientras le conducían a la muerte a través de las calles de la ciudad, recitaba plegarias en hebreo, y en medio de las llamas se le oyó cantar el salmo "Hacia Ti, Señor, elevo mi alma"».

Esther escuchaba a medias a Pedro Álvarez, como al margen, pero su subconsciente registraba cada palabra. Y su sangre hervía con una profunda

indignación. Su compañero escuchaba distraído, aunque parecía muy atento: su forma de escuchar seguía siendo externa, académica. Él se instruía sobre la historia de España, mientras que Esther, a pesar de sus esfuerzos por mantener cierta distancia, recibía cada una de las palabras en el centro del corazón, en el vientre, y oía gritar en ella la voz de sus ancestros, ¡la carne de su carne martirizada, su familia!

—En esa época turbulenta, vivía en Toledo una rama de la familia Vital —prosiguió Pedro Álvarez—. Bajo ese reino del terror, Toledo quedó reducido a cenizas. Como en todo el reino, los marranos eran acosados y oprimidos, odiados por todos. Una noche, en las callejuelas de la ciudad, setecientos cincuenta hombres y mujeres avanzaron en procesión hacia la catedral, con la cabeza y los pies desnudos, portando cirios apagados y rodeados de una turba vociferante llegada del campo para asistir al espectáculo. Entonces estalló el horror. Durante tres días, la población presa del furor masacró tres mil almas, a golpes de espada. Obligaron a los judíos a salir a la calle y les quemaron, arrojaron a las mujeres embarazadas por las ventanas y las recibían abajo, con sus espadas.

»Fue en esta época cuando se expandió la historia de Francisco Vital; un *converso*, es decir convertido al cristianismo, que tenía una hija a quien todos llamaban Caterina, y en casa, Sara. La familia transmitía en secreto los verdaderos nombres, de generación en generación, aunque, en público, no se conocían más que sus nombres del bautismo.

»Practicaban la circuncisión a escondidas, con un barreño lleno de agua, de oro, de plata, de trigo, de perlas, de cebada para lavar al niño. El sabbat suspendían todas las tareas, y la jornada se desarrollaba en una atmósfera de piedad y de fe intensas, dedicada a la lectura y al estudio de la Ley. En el Yom Kipur se quedaban en casa hasta que aparecía la estrella, antes de asistir al ágape ritual. Todos los viernes por la noche, en secreto, Caterina y su madre encendían las velas del sabbat. No festejaban Souccoth, la fiesta de las cabañas, que conmemoraba la permanencia de los hebreos en el desierto tras la huida de Egipto, pues habrían tenido que construir su cabaña fuera de la casa, y fue así como numerosos conversos fueron descubiertos, con el libro en una mano y las palmas en la otra. Observar las prácticas era peligroso y ellos lo sabían. Los padres se arriesgaban a ser traicionados por

sus hijos. Sin embargo, deseaban iniciarles desde su más tierna infancia, para que no fueran seducidos por la fe católica.

»Un día, Ana Vital, madre de Caterina, fue acusada de negarse a comer cerdo y llevar ropa limpia el sábado. La metieron en la cárcel y, bajo tortura, confesó que era una marrana, y que respetaba la ley judía en secreto. Durante una ceremonia solemne que empezó al alba, la llevaron en procesión con los demás condenados, vestidos con el *sambenito*, una túnica amarilla, con una cruz negra bordada orientada hacia abajo. La procesión llegó a la plaza donde debía celebrarse el auto de fe bajo los abucheos de la multitud. Penitentes y dignatarios ocuparon sus puestos a ambos lados del estrado. Un notario pronunció un sermón solemne en honor del Santo Oficio. Un eclesiástico se encargó de humillar a los penitentes. Luego, estos se presentaron uno tras otro para escuchar la sentencia. Como Ana había confesado y se había arrepentido, estaba reconciliada con la Iglesia. Tuvo que reiterar bajo juramento su adhesión al cristianismo, y de ese modo la condenaron al servicio obligatorio en un hospital. Sus compañeros de infortunio no tuvieron la misma suerte. Condenados a muerte, flanqueados por confesores encargados de consignar sus últimas palabras, se dirigieron hacia la hoguera. Una personalidad de alto rango fue la encargada de encender la antorcha que prendía la hoguera, algo que se consideraba un honor. Los que fingían haberse convertido pensaban en el *Kol Nidré*[20] que pronunciarían el día de Kipur, y durante el cual anularían los votos que habían formulado.

»Poco tiempo después de esta tragedia, sucedió que la hija de Ana y de Francisco, la bella Caterina, había conquistado el corazón de un joven caballero cristiano, que se llamaba Felipe López. Desde muy joven, Caterina sabía que gustaba a los hombres, y que ellos le gustaban. Ese era su pecado, su locura; no era capaz de resistírseles, siempre tenía una corte de pretendientes a sus pies, dispuestos a declararle su amor, o a cantar bajo su balcón por las noches, cuando ella salía a tomar un poco el aire. Pero Felipe López era distinto a los demás. Altivo y orgulloso, él reprimía la manifestación de sus sentimientos, que no obstante eran intensos: estaba enamorado de Caterina, quien mantenía a su alrededor su corte de pretendientes, lo cual le volvía loco de pasión, pues ella no admitía que su

enamorado se atreviera a esperar exclusividad. Ella le mantenía a distancia, para divertirse y por obligación, ya que su padre le había prohibido relacionarse con él. Y Felipe López pasaba las noches y los días esperándola; hasta ese punto moría de amor por ella.

»Una noche Caterina, harta del desfile de pretendientes, se sentía sola. Felipe López estaba frente a su puerta, como todas las noches, esperándola, como un perro espera a su amo. Ella le vio tan desesperado que se confió, y para darle una prueba de su afecto, le reveló su secreto. Le confesó que su familia era una familia de marranos, que ella encendía en secreto las velas del sabbat, y que en su casa se respetaban los ritos del judaísmo. Pero a la semana siguiente, por un capricho, se alejó de nuevo del desventurado Felipe López para dedicarse a un nuevo pretendiente cualquiera, ya que no podía reprimir su deseo de gustar. Felipe vio al joven entrar en su casa. Le siguió hasta allí, escuchó detrás de la puerta y oyó los suspiros de su bienamada en brazos de su amante. Con el corazón destrozado por la desesperación, el pobre Felipe pensó en suicidarse.

»Se fue a una taberna para ahogar sus penas en alcohol. Allí, los inquisidores brindaban y comían alegremente. Felipe, borracho de odio y de vino, informó a los agentes del gobierno lo que había averiguado sobre Francisco Vital, ciudadano rico y honorable de Toledo. A pesar del auto de fe y de la rectificación de su mujer, obligada por trabajos infames a mantenerse alejada de él, su esposo practicaba el judaísmo en secreto. Francisco Vital fue arrestado enseguida, confinado en prisión y sometido a interrogatorios. Cuando Caterina se enteró de lo que le había pasado a su padre y a cinco amigos suyos, aulló de dolor. La hoguera se erigió en el campo de Tablada, cerca de las murallas de la ciudad donde habían levantado estatuas de yeso de cuatro profetas. Los frescos decorativos los había pagado un burgués, que ejercía el oficio de recaudador de las propiedades confiscadas a los judíos.

»Seis hombres y tres mujeres fueron conducidos allí ese día, Francisco Vital entre ellos. Cuando vio a su padre subir a la hoguera, Caterina se desmayó sin darse cuenta de que él la había perdonado, y que la quería más que a nada en el mundo. Felipe fue a verla a su casa esa misma noche para que huyera. Ella se negó: deseaba morir como su padre. Ya no tenía a nadie,

ninguna noticia de su madre, y su padre había muerto por su culpa. Pero Felipe, que seguía amándola, la obligó a partir, la llevó a casa de un tío obispo, quien consiguió que la admitieran en un convento. Pero allí la maltrataron de tal modo, que al final escapó. Para sobrevivir, Caterina se vio obligada a prostituirse, y acabó viviendo en la desesperación y la miseria.

»Caterina, antes de morir, había dado a luz a un niño, a quien recogió un hermano de Francisco, convertido en cristiano. Sin embargo, a principios de 1493, se ordenó, por pura crueldad, arrebatar a los padres los hijos de dos a diez años, para llevarles a África, al archipiélago de Santo Tomé, conocido también con el nombre de Islas Perdidas o Islas de los Lagartos. Afortunados los niños que murieron durante la travesía, pues aquellos que sobrevivieron fueron devorados por bestias salvajes. Para salvar al hijo de Caterina, le enviaron a reunirse con las familias que huían de España. Viejos y jóvenes, a pie, a caballo o en carreta, montados en asnos o en otros animales, por caminos impracticables. Todos presenciaron su dolor y siempre se les propuso el bautismo. Algunos aceptaron, mientras que los demás, los más valientes, se negaron. Los rabinos que les acompañaban hacían cantar a las mujeres para insuflarles valor, y al son de esos aires tristes que desgarran el alma, que el tiempo y la memoria de los hombres han conservado, ellos abandonaron Castilla para siempre.

»De la estirpe de los Vital, ya no quedaba más que ese niñito, el hijo de Caterina, que huyó a Marruecos donde se quedó y creció, se casó y engendró hijos que tuvieron hijos a su vez, y así fue como los Vital sobrevivieron a la tragedia sefardí. Pero España permaneció en ellos, a sus espaldas, y con ella esa melancolía, ese abismo insondable que atormenta desde entonces el alma sefardí, esas melodías cuya ardiente nostalgia e infinita tristeza rompen el corazón de quienes las escuchan.

»He aquí —concluyó Pedro Álvarez— la historia de los Vital. He aquí la fuente de la angustia existencial del gran Salomón Ibn Gabirol, quien, porque era un visionario, sabía ya lo que se estaba preparando, esa abominable tragedia que golpearía al pueblo sefardí. Esta es también la razón por la cual ellos se convirtieron en místicos, pues esperaban al Mesías y el regreso a la tierra de Israel con fervor. Y finalmente, fue por eso por lo

que inventaron la Cábala: para responder precisamente a esa pregunta sobre lo absurdo de la vida, sobre la falta de sentido de la existencia. Ellos invocaron la teoría del Tsimtsoum, de la retirada. Al crear el mundo, Dios se retiró para que actuara el hombre. Eso explica la presencia del mal en el mundo, la ausencia de retribución y de justicia inmanente. Esta teoría solo podían elaborarla aquellos que habían vivido lo incalificable, la injusticia espantosa de ser perseguido, quemado, torturado, desposeído de los hijos, porque se es judío, y era imprescindible explicar por qué, en este contexto, Dios seguía existiendo.

»He aquí, Esther, el origen del alma sefardí, que duda entre la risa y el llanto, la desesperanza y la fe, la tristeza y la alegría. Y lo más sorprendente es que esta alma ha dado forma a la cultura en la cual nosotros evolucionamos. Montaigne, Spinoza, pero también santa Teresa de Ávila, hija de marrano, y su primo, san Juan de la Cruz, los dos místicos cristianos más importantes descendían de marranos. Los marranos aportaron una renovación a la vida intelectual espiritual de su país, ellos inventaron la autobiografía, como Montaigne; ellos fueron los creadores del género novelesco a través del género picaresco, como Fernando de Rojas, padre de la novela española y autor de *La Celestina*, que ha ejercido una gran influencia en toda Europa; por no hablar de Cervantes y su célebre Don Quijote, personaje nacido del alma marrana, en busca de su identidad, perdida en sus vagabundeos.

»Pues el alma marrana está en el origen de la identidad europea: el marranismo, al laicizarse, ha estado en el origen del universalismo y del humanismo como en Montaigne, del mesianismo como lo demuestra la figura del mesías Sabbataï Tsvi, que condujo al sionismo político; y a través del gran Baruch Spinoza, al racionalismo: Spinoza es la personificación misma del intelectual judío sin ataduras, y héroe de la Razón. Entre una identidad prestada y la búsqueda de la autenticidad, el alma marrana estuvo en el origen de la Haskala, cuya consigna “sé judío en casa y un hombre fuera” resume por sí sola el marranismo. Judíos y cristianos a la vez, los marranos desarrollaron el escepticismo y el relativismo, alejados del dogmático pensamiento medieval. Por eso la religión de los marranos se

convirtió en el credo laico de Europa. Con el marranismo la pregunta judía ya no era: ¿qué debo hacer?, sino: ¿quién soy yo?

»Hasta hoy —dijo Pedro Álvarez—, aunque lo ignoren, ustedes son marranos, españoles sin patria. El vínculo espiritual con España sigue siendo muy fuerte. Seguro que sus padres consideran a los españoles como hermanos, y que su forma de pensar, su manera de hablar, su voz, todo lo suyo les es familiar. España es para ellos un lugar fantástico de leyenda y de nostalgia. Ellos cantan: “España, tierra de mis ancestros, de mis amores, tierra de mis dolores que llevo eternamente en el corazón”. Y su orgullo y su altivez vienen de allí: como una reacción a las pretensiones triunfalistas de los cristianos y los musulmanes, que no habían cesado de argüir sus victorias políticas y militares, para afirmar que Dios había abandonado a los judíos en beneficio de otras religiones. Y España, aunque ella misma lo ignore, lo ha perdido todo al perder a los sefardíes».

Esther volvió al hotel con una intensa sensación de fatiga. Su novio la llevó a cenar a un pequeño restaurante, entre una tienda de espadas y una de recuerdos judíos.

Él empezó a hablarle de la Inquisición en términos tan fríos que Esther volvió a sentirse mortalmente herida. Hizo un intento de cambiar de tema, no quería enfadarse durante esas vacaciones, pero él siguió con la guerra de Irak, denunciando la actitud norteamericana, para acabar de un modo triunfal con Israel y los palestinos. Esther se esforzó en pensar en otra cosa, intentó no contestar a su amigo, que aquella noche estaba inspirado. Él había decidido no soltar la presa, hasta el punto de que ella, notando el nudo de angustia que se formaba en su vientre, se vio obligada a justificar «la actitud de Israel». ¿Por qué no comprendía él cómo la había trastornado la conversación con Álvarez?

—Tú eres un antisemita —soltó Esther.

—¿Cómo?

—Tú no piensas que Arafat estaba totalmente corrompido y que carecía de coraje político, no te das cuenta de que la sociedad palestina, con esos llamados kamikazes, influye en los niños para convertirles en verdugos, y simpatizas con ellos en nombre del tercermundismo. Tú no crees que haya

un regreso del antisemitismo en Francia. No lloraste cuando murió Ilan Halimi. Eres un antisemita.

—Pero entonces, ¿no se puede apoyar a los palestinos?

—No es el hecho de apoyar a los palestinos, es el espíritu con el que lo haces: obcecación, necedad e ignominia. El germen del antisemitismo está en ti. ¡Tienes el alma de los inquisidores!

Ahí estaba, era necesario que aquello terminara así. Por más que se esforzara, con él había algo que no funcionaba, que no iba bien.

—No sé qué hago contigo —dijo Esther—. Sería mejor que lo dejáramos.

Salió del restaurante. Él dejó un billete encima de la mesa y luego se precipitó tras ella.

—Déjame —le dijo Esther.

—¿Adónde vas? —le dijo él, agarrándola del brazo—. ¡Quédate!

—Déjame, te digo.

Esther intentó soltarse, ahora gritaba, fuera de sí, tratándole de antisemita, algo que pensaba desde el principio. Él intentó calmarla y así volvieron al hotel. Esther dijo que quería irse, inmediatamente, coger un avión a medianoche o a las dos de la madrugada. Llamó por teléfono pero no había, hizo una reserva para la mañana siguiente a las ocho, dijo que todo había terminado entre ellos, y él le suplicó que se quedara, lloró, imploró su perdón muy alterado, entonces ella le dijo:

—¿Por qué te interesa el judaísmo, la Shoah, Israel, y por qué estás conmigo? ¿Por qué has venido a buscarme? Es porque soy judía, ¿verdad? ¿Es para torturarme?

Era imposible retener las lágrimas que se deslizaban por su rostro.

—Está bien —le dijo él, abrazándola—. Cálmate.

—¿Por qué me torturas?

—¡Pero estás completamente loca y paranoica además!

Se la quedó mirando con expresión afligida. Estaba allí, frente a ella, rubio, alto, delgado, resentido. Sus ancestros expulsados clamaban en ella la abominación de una alianza tal. Ella oía a Caterina y a Francisco, que le decían a través de la boca de Pedro Álvarez: «Todo eso tiene un significado,

Esther, tú no has venido aquí a Toledo por casualidad, y pronto, sí, pronto, este significado te será revelado…».

Él la miró, abrumado, sin recursos, sin saber qué hacer. Ella no dejaba de llorar, lágrimas inmemoriales que le provocaban sollozos de un sufrimiento indecible.

—Escúchame, yo te quiero como no he querido nunca a nadie, es la primera vez que me pasa algo así.

—Entonces ¿por qué intentas hacerme daño?

—Yo no intento…

—¡No lo niegues! Eso es lo peor de todo, esa mala fe. Nosotros no tenemos futuro. Ya no tengo fe, ya no me lo creo… Yo te quiero, pero tú no me quieres, e incluso puede que todo eso sea un malentendido y que tú nunca me hayas querido, y nunca me querrás, porque entre nosotros el amor es imposible.

Capítulo 5

El regreso de Isaac Bouzaglo

Mientras Esther estaba en el baño ritual y pensaba en su vida pasada, las dos hermanas y su prima hablaban con Sol y Myriam en la salita contigua al mikvé.

La conversación, que trataba de la boda y de la responsabilidad de unas y otras en ese terreno, era muy animada. Las dos hermanas no tenían ningunas ganas de provocar un escándalo familiar. Rachel, que había viajado expresamente de Canadá a Israel, no tenía intención de ver cómo la fiesta se estropeaba. Era la primera vez que dejaba a su marido y a sus hijos, y les había llenado la nevera de guisos congelados, como si fueran incapaces de sobrevivir sin ella. Yvonne iba más a menudo, pero era la más golosa y la más voluminosa, y pretendía terminarse el delicioso cuscús que acababa de empezar. En cuanto a Colette, estaba contenta de reencontrarse con sus hermanas y de tener noticias del extranjero, de esos países en los que fantaseaba vivir cuando su vida era demasiado dura. Ella tampoco quería estropear la fiesta.

Estupefactas, vieron llegar a Suzanne que, presa de remordimientos, finalmente había tomado la decisión de venir a ver a su hija al baño.

—¡Ne’ebibask! —dijo Sol—. ¡Has venido!

—¿Dónde está? —preguntó Suzanne.

—En el baño —dijo Myriam.

—¡Lástima! Me habría gustado hablarle.

—Deberías dejarla tranquila —dijo Myriam.

—¡Tiene razón! No hay que enfadarse con una hija —opinó Sol.

—¡Es un milagro que estés aquí! —exclamó Yvonne—. ¡Llevaré un cirio en tu nombre en la Hilloula[21] del rabino Shimon Bar Yohaï!

—¡Muchas gracias, no lo necesito!

Suzanne le lanzó una mirada llena de desprecio.

Yvonne tenía mucha fe en los santos, personajes ejemplares enterrados cerca del lugar donde habían vivido y a quienes se atribuían milagros. Ella iba en peregrinaje todos los meses de mayo, en la fiesta de Lag Baomer.

Cada santo estaba especializado en un ámbito determinado: el de Rissani curaba la esterilidad, el de Ouezzane las enfermedades graves, ese otro devolvía al marido voluble. Cuidaban la tumba, aplicando cal sobre la lápida para que desaparecieran los restos de las velas. Luego dialogaban con el personaje venerado, contándole su vida, sus preocupaciones, pequeñas y graves. Después, celebraban un festín compartido con el santo. Junto a otras mujeres, Yvonne extendía un mantel y colocaba todos los platos. Después de la comida, encendía los cirios y los rociaba con alcohol. Entonces todas juntas se dirigían al santo, cada una a su manera, algunas entre murmullos, otras con una voz sonora y perfectamente audible. Besando su tumba y bañándola en lágrimas a veces, todas le imploraban que accediera a sus deseos.

Había un santo en cada región de Marruecos y cada cual podía escoger al suyo: el de Acazarquivir, el de Beni Ahmed cerca de Settat, o Rissani.

—¿Sabéis? —continuó Yvonne—, las peregrinaciones son estupendas, deberías venir, te encuentras con gente que no ves durante el año. Pintamos figuritas, es divertido.

—Sí, eso, iremos a Marruecos, solo para hacer dibujos —dijo Suzanne—. A fuerza de quedarte en Marruecos, vas a acabar volviéndote tonta del todo.

—Tú detestas Marruecos —replicó Yvonne—. Eres incapaz de comprender el vínculo sentimental que nos une a ese país. Allí nacieron nuestros antepasados, y allí están enterrados.

Yvonne observó a Suzanne con aprensión, tenía miedo de haber sobrepasado el límite. Pero no, Suzanne no había pestañeado.

—Allí se viven más las fiestas —prosiguió Yvonne, animada por el silencio de Suzanne—. Podemos vivir como judíos, siempre hay una decena

de personas en la sinagoga, incluso en los puntos más remotos de Marruecos. Y además, los musulmanes son muy acogedores, ¿sabes? Es asombroso el respeto por el otro que sienten en su corazón los marroquíes, poseen un tesoro, un modo de vida regido por la educación…, hay una amabilidad, una humanidad que no se encuentra en otros sitios. Tú lo has olvidado todo, pero recuerda: cuando comes, te dicen: *Bismillah*, «en nombre de Dios», *el Kher*, «mañana de felicidad», *Hamdou rebbe*, «alabemos a Dios». Es bonito, ¿no?

—¿Ah, sí? ¿Es verdad eso? —dijo Rachel—. Yo no lo sabía… Yo me he olvidado de todo.

—No quiero seguir hablando de Marruecos —dijo Suzanne—. Todo eso ha terminado, lo he dejado atrás.

—Eso es lo que tú dices —murmuró Yvonne—, pero en realidad ya lo sabes, cuando se nace marroquí, se es marroquí siempre. Aunque quieras borrar tu pasado…

Suzanne se la quedó mirando, con aire ausente.

—¿Y por qué no te vienes a Israel? —intervino Colette.

—En Israel —dijo Yvonne—, todos están obnubilados con una sola cosa, comprarse su casa, su salón, su vídeo, y después, con la devaluación, se pasan todo el día de compras. Por no hablar de las bombas.

—¿Y tú no tienes miedo de los atentados? —dijo Suzanne—. Es suicida quedarse después de lo que ha pasado en Casablanca.

—No es casualidad que los miembros del comando atacaran Marruecos. Es precisamente porque Marruecos es un país moderado. El rey demostró su solidaridad cuando declaró que los terroristas querían atacar Marruecos y no a los judíos.

—Sí, pero en realidad, a quien atacaron fue a los judíos. El objetivo de los atentados del 16 de mayo era la comunidad judía. Deberías tener miedo por tus hijos.

—Y tú, ¿tú no tienes miedo de que les den una paliza a tus nietos a la salida del colegio? —dijo Yvonne, devolviéndole la pelota.

—De todas maneras —intervino Colette—, uno ya no sabe dónde está a salvo…

—Donde vosotras vivís —dijo Suzanne—, los hijos cada vez respetan menos a sus padres.

—Sí, es verdad —dijo Colette—. Los míos, es horrible. No tienen el menor respeto, no obedecen en absoluto. Los padres solo sirven para darles dinero, comida y cama, nada más.

—¡Siempre te he dicho que no les criaras allí! —dijo Suzanne—, pero tú solo querías marcharte.

—Y además —le dijo Rachel a Colette—, te veo a ti, trabajando por tus hijos, sin ayuda, sin nada, los sueldos no son precisamente fabulosos, ¿no?

—Hago un poco de costura para salir adelante —dijo Colette—. Es verdad que es duro. Muy duro.

Colette se calló de repente, con un nudo en la garganta.

Las tres hermanas se apiñaron una junto a otra, sumidas de pronto en una gran tristeza.

Durante un instante hubo un silencio abrumador, que dio paso a las lágrimas: silenciosas en el caso de Colette, ruidosas en el de Suzanne, torrenciales en el de Yvonne, y solo asomando en el de Rachel. Sol las miró, trastornada, sin saber qué estaba pasando, mientras que Myriam, exasperada, se refugiaba en el silencio.

—¡Vente a Francia, Colette! —dijo Suzanne, sonándose ruidosamente —. ¡Yo me ocuparé de ti!

—Las cosas no van mejor en Francia —dijo Yvonne—. Mi cuñada tiene dos hijos médicos allí que no consiguen encontrar trabajo. Es un drama para todos los jóvenes.

—El problema —dijo Suzanne— no es ese.

—¿Cuál es?

—El antisemitismo. ¿Sabes lo que dicen en los suburbios? «Hitler es primo mío y lo que hizo está bien». Y también: «Esos tienen dinero, dominan los medios de comunicación, están por todas partes, matan a los palestinos».

—Nosotros nos fuimos por eso —dijo Colette—. En los colegios, los alumnos pedían permiso para salir de clase cuando el profesor hablaba de la Shoah.

—Va de mal en peor. Ahora hay un juego nuevo: rodean a un niño. Si es judío, le dan una paliza. La palabra «judío» es por sí sola un insulto. A una chica la molieron a palos en el pasillo del metro dos árabes que habían visto su estrella de David. Todos los días leemos en los periódicos historias como esa.

—¡Es terrible —dijo Colette—, terrible! ¡Dónde vamos a parar! Ahora sois vosotras las que deberíais venir a Israel. No sé cuándo acabaréis entendiéndolo.

—¡Yo no sabía que la situación era tan grave! —dijo Rachel, aterrorizada—. ¡Ven a Canadá!

—¡Para estar enterrada bajo la nieve tres cuartas partes del año! —dijo Suzanne—. Yo no me marcharé nunca, Francia es mi país.

—Un hermano de mi marido se fue a Canadá —dijo Yvonne—. Volvió a Marruecos al cabo de un año. Es insoportable, en invierno llegan a sesenta bajo cero, eso es imposible si uno viene de Marruecos.

—¡El problema es Yvonne! ¡Yo no entiendo cómo podéis dejarla en Marruecos! —añadió Suzanne, dirigiéndose a Colette y a Rachel—. De todas formas, Yvonne, un día tendrás que irte, aunque solo sea por tus hijas.

—¡Al menos en Israel encontrarán marido!

—En Canadá también —dijo Rachel—. Como Myriam —añadió, mirando a su sobrina.

Suzanne le lanzó una mirada sombría. No le gustaba que Patrick, su yerno, le hubiera arrebatado a su hija para llevársela tan lejos.

—¿Y los estudios? —dijo Suzanne.

—La vida profesional no importa, lo que importa es casarse, fundar un hogar, pero el problema es encontrar con quién.

—¡Date cuenta de que en caso de que no encuentren marido…, podrían quedarse contigo!

Las dos mujeres intercambiaron una mirada radiante, que decía mucho sobre las ambiciones que albergaban para sus hijas.

—Tu hija por lo menos ha escogido a un marroquí —le dijo Yvonne a Suzanne.

—Uno de Meknes —rectificó Suzanne—, si al menos se hubiera casado con el médico…

—¿El médico de Safi? ¡Pero si tenía diez años más que ella y estaba divorciado!

—¿Y qué?, es mejor que este, ¿no? Y estaría bien tener un médico en la familia, ahora que papá no está bien.

—¿Qué le pasa? —preguntó Rachel, preocupada.

—No está bien con mamá, ya no la soporta. Se dedica a recordar cosas de su pasado, de la época que pasó en Londres… Todo eso le está atormentando, está saliendo a la superficie. ¿No es verdad, mamá?

—Es verdad, hija mía —dijo Sol.

—Desde que dejaron Marruecos no paran de pelearse. Él le da una vida infernal. No la deja en paz. Siempre está encima de ella, diciéndole lo que tiene que hacer. Ya sabes que ella no pide demasiado. Con que la dejen ver la televisión y hacer punto, todo va bien. Papá la obliga a ocuparse de él a todas horas. La obliga a salir, a hacerle recados, como si quisiera agotarla. Ella, desde que le operaron la vista, tampoco se encuentra demasiado bien, ve mal. No es fácil para ella.

—Dios mío, Dios mío —se lamentó Colette, trastornada por la culpa.

—Evidentemente, tú todo esto no lo ves porque estás lejos —repitió Suzanne—, pero yo te digo que no va bien. Además también me vuelve loca a mí. Siempre tiene que comprar cosas, pero cosas absurdas, y hay que llevarle hasta la otra punta de la ciudad para que le zurza los pantalones alguien que vive allí, y nadie más, porque le han dicho que lo hace bien… Luego hay que ir a recoger el pantalón, y como el señor no está satisfecho, hay que rehacerlo, y volver por tercera vez.

—Se hace viejo —apuntó Rachel.

—Se hace viejo, sí.

Ante esas palabras, las cuatro mujeres se apiñaron de nuevo. La mera evocación de la posibilidad de la muerte del padre las sumió en un sufrimiento terrible.

—Papá es viejo —añadió Yvonne, como si fuera una niña pequeña.

—¡Ah, no —dijo Suzanne—, ahora no te pongas a llorar!

Se miraron, y la primera lágrima que manó de los ojos de Yvonne provocó automáticamente el llanto de las otras tres. De nuevo las cuatro intentaron consolarse, sin conseguirlo.

—Tú —le dijo Suzanne a Colette— estás lejos y no ves cómo son las cosas, no estás al corriente de nada. Te marchas, te lavas las manos de nuestros problemas, y sigues con tu rutina de allí, sin demasiadas preocupaciones.

—Eso es mentira —dijo Colette, llorando como una magdalena—. ¡Yo pienso siempre en vosotras! ¡Siempre!

—Tengo que irme —dijo Suzanne, poniéndose de pie—. He de ir a buscar a Moïse, no sé dónde está.

—No irás a marcharte ahora —dijo Myriam—. ¿No esperas a Esther?

—No, decidle que he venido.

—Y que le mandas un beso —dijo Myriam.

—Está bien que hayas venido —dijo Yvonne—. La chica se pondrá contenta al saberlo.

—Espero que te reconcilies, hija mía —dijo Sol.

—Y yo espero que ella lo entienda, que se aleje de ese don nadie.

—No te gusta, ¿eh? —dijo Yvonne.

—¡Le odio! Nos quita a nuestra hija.

—Algún día tenía que irse, ¿no crees?

Sin contestar, Suzanne las dejó a toda prisa. Esas discusiones eternas, ese mikvé y esa boda la angustiaban demasiado.

Paró un taxi y le dio la dirección de su hotel.

Isaac Bouzaglo paseaba por delante del hotel, arriba y abajo, con aire inquieto, nervioso. Acababa de dejar a Moïse frente a la pequeña sinagoga donde Esther y Charles debían casarse. Ahora venía a ver a Suzanne. Creía que había vuelto al hotel, pero en la recepción le habían dicho que no estaba en su habitación.

Se tranquilizó al verla salir del taxi.

—Suzanne —le dijo—, demos un paseo, ¿quieres? Solo unos minutos.

Suzanne le miró, indecisa.

—Me gustaría mucho —dijo Isaac ofreciéndole el brazo.

Suzanne, un poco asustada, le siguió.

—¿Qué pasa, Isaac?

—Quería decirte que lamento mucho todo lo que ha pasado.

—Escucha, en cierto sentido, es mejor que todo esto haya pasado antes de la boda, y no después. Lo que espero es que ahora Esther entre en razón.

—Yo también lo espero, sí. No creo que le haga bien todo eso.

—Menudo drama…

—No, esto no es un drama, quizá sea lo mejor, como tú dices.

—De todas formas, ¿por qué Esther ha esperado tanto para traernos a alguien como ese?

—Yo siempre le he tenido mucho cariño —dijo Isaac—. Me acuerdo de cuando era pequeña, era tan mona, con sus coletas morenas… Se te parece mucho. Era conmovedor verla con su vestido de la henna…

—Yo no quería que se lo pusiera —dijo Suzanne—. Sabía que te impresionaría verla.

—¿Era el mismo vestido?

—El mismo.

—Sí, me ha impresionado. Me ha trasladado cuarenta años atrás.

—Los hijos crecen demasiado deprisa. ¿Y los tuyos?, ¿están bien?

—Dan acaba de licenciarse del ejército, y Noam sigue su carrera en los servicios especiales. Estoy muy orgulloso de él.

—¿Tú sabías que veía a Esther?

—Se encontraron por casualidad en el avión, hace dos años. Yo me enteré no hace mucho. ¿Por qué me preguntas eso?

—No, por nada. Me ha extrañado verle aquí.

Sus pasos les condujeron hacia la avenida que bordeaba el mar. El viento acariciaba sus caras. Hacía una noche muy agradable y Suzanne se relajó.

—Y tu mujer, ¿por qué no ha venido?

—Se ha quedado en casa, está un poco cansada en este momento.

—¿Algo grave?

—No. ¿Sabes?, yo creo que le daba miedo verte. Nunca le has caído bien… ¿Tus hermanas se han quedado allí?

—Han acompañado a Esther al mikvé.

—¿Cómo está ella?

—No lo sé. Me cuesta entenderla. Tengo la impresión de que está en contra de mí, que ya no me soporta.

—¿No has intentado hablar con ella?

—No he podido. No consigo comunicarme con ella. Se pone a la defensiva. De todas formas, solo hace su santa voluntad.

Hubo un silencio.

—¿Suzanne? —dijo Isaac.

—¿Sí?

—No me has perdonado nunca, ¿verdad?

—¡Isaac! —dijo Suzanne—. No hablemos más de eso, es el pasado.

—Y sin embargo estábamos bien juntos. Entre nosotros había algo evidente. ¿Te acuerdas?

—Pero de eso hace mucho tiempo —dijo Suzanne, desconcertada.

—Dime que no has olvidado cómo era lo nuestro.

—Claro que no lo he olvidado.

—¿Te acuerdas de lo que decías en aquella época?

—¿Qué?

—Decías que me querías. Querías que fuéramos a Venecia en nuestro viaje de novios, ¿te acuerdas? Yo había comprado los billetes, lo había organizado todo.

—¡Isaac! No vamos a volver a hablar de esto.

—No me diste ninguna oportunidad. Todo fue muy rápido.

—No me guardes rencor, Isaac. Esa noche comprendí que tú y yo no estábamos hechos para vivir juntos.

—Dos meses después, estabas casada… Tú me habías olvidado, pero yo siempre te he guardado en mi corazón.

Capítulo 6

El secreto de Suzanne Vital

Cuando Suzanne Vital volvió al hotel aquella noche tuvo miedo de encontrarse con Moïse, de tener que hablar con él, explicarle su turbación, su angustia. Le aterrorizaba la idea de que él pudiera darse cuenta de lo nerviosa que estaba. Si se daba el caso, le diría que era por culpa de la boda. Le mentiría. De todas formas, se había pasado la vida mintiéndole.

Pero cuando entró en la habitación del hotel, la encontró vacía. Moïse aún no había vuelto, o quizá ya se había ido.

Se tumbó en la cama, pensando en todos los acontecimientos de la velada. La boda de su hija con ese hombre que no le gustaba, que consideraba un usurpador. Esa boda a la que había asistido a regañadientes, como una invitada. Suzanne había dicho que era por culpa del tipo, pero, en el fondo, sabía muy bien por qué era. No, no era por Charles, era por el vestido. El vestido de henna roja que su hija había insistido en llevar. A ella le horrorizaba ese traje, y no soportaba que Esther lo luciera. Cuando la había visto vestida de ese modo, había sentido un escalofrío en la espalda. Se parecía tanto a ella cuando tenía su edad… Suzanne había roto las fotografías, pero sabía que con ese vestido Esther era ella, en sus propios esponsales, a sus ojos y a los ojos de todos… A los de Isaac sobre todo. Sabía lo que él pensaría al verla. Suzanne había lucido ese vestido en la henna celebrada en honor de su propio enlace con Isaac Bouzaglo. Ella se había preparado en la habitación durante horas con la ayuda de sus hermanas, se había puesto las mangas, la pechera y las joyas, bajo la mirada reprobatoria de Sol. Ya que había sido ella quien había escogido a su prometido y no sus padres, como era la costumbre antiguamente. Entonces

no se le preguntaba su opinión a la novia. La casaban. La petición de mano la había hecho, tal como era preceptivo, el padre del pretendiente durante una conversación con el padre de la futura esposa. Pero quien había llevado a su novio a su casa había sido Suzanne, era ella quien le había presentado a sus padres y no a la inversa, y también ella quien había impuesto el noviazgo y la boda, aunque sus padres lo desaprobaban. ¿Y por qué? Isaac Bouzaglo era de Meknes. Sus padres, que venían de Mogador, no podían tolerar un casamiento tan malo. Por eso, cuando Suzanne les había presentado a Moïse, un fasí, ellos se habían sentido muy felices. Sí, Mogador-Fez, la aristocracia del sur se unía a la del norte. Pero a Bouzaglo no habían podido aceptarle. Y hete aquí que, extrañamente, la historia se repetía con su hija, que había elegido a uno de Meknes.

Isaac, al ver a Esther con su vestido, debía de haber vuelto a verla a ella, tal como era en sus esponsales, la última vez que habían estado juntos. Estaba convencida, porque ni siquiera ella había podido evitarlo. Saltaba a la vista. Suzanne no podía soportar que él hubiera pensado eso al ver a Esther, su hija. ¿Por qué ver a su hija con ese vestido de pedida le resultaba tan insoportable? ¿Y si Isaac, al verla, se enamoraba de Esther? ¿De ella a través de su hija? Horrorizada, Suzanne sintió un escalofrío en todo el cuerpo, hasta el punto de encontrarse mal. Su hija que era joven y guapa, que podía seducir a quien quisiera, mientras que su propia vida quedaba a sus espaldas, muy lejos; su vida, que había pasado incluso antes de que hubiera podido iniciarla.

Suzanne se preparó un baño, se desnudó y se deslizó en el agua. Allí pudo por fin relajarse, frente a sí misma, permitirse un momento de descanso después de todo lo que había pasado. Su hija se casaba. Ya… El tiempo había pasado tan deprisa desde la época en que era una niña… Recordó a su niña pequeñita, que quería estar constantemente en sus brazos, que la necesitaba en todo momento, que se ponía a llorar cuando veía que su madre salía de la habitación. Que la despertaba todas las noches, porque no era capaz de dormirse sola. Había que cantarle canciones, cogerla en brazos y acunarla, hasta que se volvía a dormir. Su nacimiento… Las contracciones que se intensificaban, su aturdimiento, y Moïse que no estaba allí…, salir sola hacia el hospital en plena noche. El parto que había durado

horas, sus gritos que se oían por toda la maternidad. Moïse había llegado por fin, le había enjugado la frente, desarmado, impotente. Y luego el parto. Esther había salido de ella, arrancada de su vientre con fórceps. Le habían quitado a la niña para comprobar que todo estaba bien, la habían lavado, y se la habían devuelto. Recostada sobre su vientre, la pequeña dormía, envuelta en su aroma. Ella la había observado durante horas, estupefacta de sentir ese pequeño ser pegado a ella, y al mismo tiempo aquello le parecía muy natural, como si hubiera sido así siempre. Le conmovía pensar que esa cosita temblorosa y minúscula, tan frágil, era suya, completamente suya. Su vida, su supervivencia dependían de ella. De sus cuidados, de sus atenciones, de su cariño; solo la tenía a ella y era algo recíproco.

Suzanne, embarazada, había sido tan feliz… Tenía la sensación de estar completa. No quería que la niña saliera de su vientre. Habría querido retenerla allí, para siempre, protegida, lejos de las vicisitudes del mundo exterior. Así se habrían protegido, la una a la otra, eternamente. Aún ahora, se sentía dependiente de su hija. Deseaba lo mejor para ella, el hombre más guapo, el más amable, el más inteligente… ¿Por qué había escogido a ese tipo? ¿Para escapar del seno materno? ¿Acaso la había criado, querido, mimado, para que terminara así? ¿Le había dado la vida para que se alejara con tanta ingratitud? ¿Por qué ya no la escuchaba, por qué solo intentaba huir de ella, cuando antaño no era capaz de separarse ni durante unos minutos? ¿Por qué ya no quería comer su comida, con esa obsesión constante por no ganar peso? Ahora, se diría que lo único que quería Esther era desembarazarse de ella. Ya no era el centro de su vida: Esther pensaba en su vestido, en su boda, en sus amigos, en él. En el tipo, sí… Hubo un tiempo en que solo tenía ojos para ella, cuando el mundo se limitaba a ella, y ella se alimentaba de ese amor apasionado que nadie en el mundo hubiera podido darle.

Suzanne se miró el cuerpo. Ese cuerpo envejecido, arrugado, ensanchado por la maternidad, la menopausia y la vida. Una mujer gordinflona, he aquí en lo que se había convertido. Por más esfuerzos que hiciera, pues aún era coqueta, no podía evitar ese declive inevitable de los días y de las noches. Esos días en que se sentía cansada, o que le dolía la espalda, los riñones, el estómago. Esas noches en que se desvelaba al lado

de Moïse, que dormía. Esas noches de insomnio en que terminaba por levantarse para irse a ver la televisión, incapaz de coger el sueño. Moïse, a los sesenta y cinco años, era un seductor. Guapo, alto, esbelto, tenía la piel casi sin arrugas y el cabello canoso. Puede que incluso sedujera a mujeres, puede que tuviera amantes… A ella ya no le prestaba atención, ya no la tocaba, pasaba a su lado sin mirarla. Nunca comentaba los esfuerzos que hacía por él, los vestidos nuevos que se compraba. A veces ni la veía… Suzanne recordó el día en que había recibido una llamada de teléfono anónima: alguien le dijo que su marido la engañaba. Había sentido un temblor, de la raíz del pelo a la punta de los pies, y así había estado durante un par de horas. Y de golpe, su mundo se había tambaleado.

Ese amor que había sentido el uno por el otro, esa familia que habían construido a lo largo de los años. Claro que habían tenido problemas. Iban cortos de dinero y eso les impedía hacer proyectos de futuro, ir de vacaciones, o a hoteles —estaban obligados a ir de *camping*—, hacían números constantemente, los finales de mes eran duros, y tenían muchas deudas. La relación con la familia, con los padres y los suegros, era una fuente de conflictos entre ellos. Habían tenido peleas memorables, pasaban meses enteros sin hablarse, períodos tormentosos en los que se odiaban. Varias veces habían estado a punto de divorciarse, y todas las veces se habían echado atrás. Porque tenían hijos. Porque eso de divorciarse no se hacía. Ni tampoco pelearse con los padres. Eso era algo inconcebible, salvo en casos extremos, cuando, por ejemplo, el marido pegaba a la mujer. Y aun así. Y también porque se querían. Claro que aquello ya no tenía nada que ver con el amor del principio, aquel enamoramiento que, como un don, les había invadido y les había transportado más allá de sí mismos. Pero ese estado pasajero y superficial había dado paso a algo sólido y fuerte, tierno y alegre, que no tenía nada de romántico y que se llama la familia. Y la familia era toda su vida.

Suzanne tenía pocos amigos, no trabajaba, estaba enteramente dedicada al bienestar de los suyos. Cuarenta años de matrimonio, toda una vida juntos, amándose, detestándose, despreciándose, y después amándose de nuevo, pues así era el ciclo del amor conyugal. Pero ella era incapaz de imaginar que Moïse se atreviera, que diera ese paso que les conducía

inexorablemente al fracaso; que la engañara. Que amara a otra, a una mujer más joven, más peripuesta, más fresca en suma y que le diría que era guapo, inteligente y seductor. Nunca habría imaginado que él pudiera hacer eso. Por supuesto que no era tan ingenua. No ignoraba que estaba rodeado de mujeres que estaban enamoradas de él, y que quizás incluso habían soñado con ocupar su lugar. Pero todo eso seguía siendo un mero fantasma. Ella, tan recta, fiel, maternal, que no miraba nunca a ningún hombre, no concebía que su marido fuera capaz. Aunque las cosas no fueran bien entre ellos, aunque se pelearan hasta el punto de decirse cosas horribles, imaginar, ni por un instante, la traición, la mentira —y para ser claros, el adulterio—, era imposible. Ella no era reivindicativa. La liberación de la mujer no la había afectado. Conocía las ideas pero, en su opinión, aquello era para mujeres de mala vida, mujeres un tanto trastornadas, histéricas u homosexuales, pero ella, no, eso no era en absoluto para ella. Ella debía limitarse a callar y sufrir. A veces no conseguía callar, y dejaba al descubierto todo su rencor y su rabia, pero eso tampoco le estaba permitido, porque entonces Moïse decía que tenía una mujer difícil, una mujer terrible.

Y de ese modo había pasado su vida, sin que se diera cuenta, y sin haber conocido la felicidad más que durante unos instantes breves. Al casarse con Moïse, al principio. Cuando había tenido a sus hijas, y sus ojos inocentes la miraban con tanto amor, que había experimentado una felicidad absoluta. ¡Qué lejos estaban esos tiempos!

Las lágrimas rodaron por sus mejillas y cayeron al agua sin que consiguiera detenerlas, y eso le sentó bien. Lloraba por ella. Se sentía tan sola… Nadie la quería de verdad. Ni sus hermanas, a quienes irritaba constantemente, ni su madre, que prefería a sus hermanas, ni su marido, que apenas mostraba una leve conmiseración hacia ella y ninguna ternura. Ni Myriam, que había puesto un océano entre ambas, ni Esther, que la torturaba porque le guardaba rencor. ¿De qué? ¿Por qué tanto odio acumulado, cuando ella les trataba a todos con amor? Nadie la quería, pero era culpa suya. Nadie la quería y menos que nadie ella misma. ¿Cómo iban a quererla los demás, si a ella le costaba tanto soportarse?

E Isaac, que la había mirado como una mujer, que la había mirado, simplemente, por primera vez después de tanto tiempo. La había turbado,

había despertado sentimientos, sensaciones que no experimentaba desde hacía mucho tiempo, desde hacía tanto tiempo.

Y de pronto vaciló. ¿Y si ese día, ese famoso día en el que ella había roto con Isaac al tiempo que se comprometía con Moïse, y si ese día, de hecho, hubiera elegido mal? Si hubiera escogido casarse con Isaac, ¿cómo habría sido su vida? Si él la había amado tanto, ¿la habría hecho feliz hasta el fin de sus días? ¿Habría hecho de ella una madre satisfecha? ¿La habría acompañado, en el amor y el deseo, a lo largo de toda su vida? ¿La habría amado tanto que hoy la miraría como a una mujer? ¿Habría sido más feliz casándose con Isaac Bouzaglo?

Y de golpe, Suzanne pensó en Marrakech, el Marrakech de su infancia cuando sus padres se habían instalado allí, y le sobrevino todo, como una evidencia, una reminiscencia, un sueño de mil colores que adquiría consistencia, que se hacía realidad, y ese sueño era su vida. Su vida anterior, profunda, que ella creía haber abandonado para siempre. Pero no la había abandonado. El verde de los jardines, de los oasis y de las tejas, el ocre de la tierra y del adobe, el blanco nacarado de la seda, del algodón, del grano del cuscús, de la leche y del azúcar, recordó todo eso como por arte de magia. El azul del cielo, de los ropajes de los camelleros, el ocre oscuro de la arcilla, de las alcazabas y de las cerámicas, del cedro y de la tuya, de los dromedarios y de los dátiles, los sabores de su infancia, que la constituían a pesar suyo. Suzanne comprendió que fingía estar integrada en una cultura, pero era una desarraigada, pues su país era y sería siempre Marruecos. Marruecos y el té a la menta, las habas y las aceitunas, las naranjas, las especias, la pimienta y el azafrán, la cúrcuma y el aceite de erguén, una intimidad con el pasado, con su yo profundo. Se acordó de las ancianas marroquíes con el traje tradicional, siluetas antiguas, fantasmas que frecuentaban su memoria, y ella, que se había occidentalizado, comprendió entonces dónde estaban sus referentes, su anclaje, todo lo que conformaba aquello que había sido.

Los vestidos de las mujeres…, el vestido…, su vestido de novia, majestuoso, ese vestido que llevaba Esther, ella nunca había querido usarlo desde su boda con Moïse. Pero lo había llevado, sí, por supuesto, lo había

lucido la noche de la fiesta de la henna, que debía festejar sus esponsales con Isaac Bouzaglo.

Ella había roto su compromiso al día siguiente. Sin dar la menor explicación.

Suzanne se había dicho a menudo que era Sol quien había lanzado un maleficio contra Isaac. Ella la había sorprendido durante la noche anterior a la fiesta, anudando una cuerda llamada *ribat*, «interrupción». Ese nudo estaba destinado a impedir que se consumara el matrimonio. No era la primera vez que veía a Sol hacer un embrujo. Pero había pensado que ella era una joven moderna, evolucionada, que no creía en esos conjuros. Y aquella misma tarde ocurrió un desastre. Al día siguiente, rompió con Isaac.

Dos meses después, se casó con Moïse. ¡Sí, todo había ido tan rápido! La boda… El descubrimiento aterrador, devastador, que iba a cambiar su vida para transformarla en una mentira, el secreto que ella había callado siempre, enterrado en lo más profundo de su corazón, para no arruinar su vida, la de Moïse, la de sus padres, y también la de Isaac. Nadie lo había sabido jamás, nadie lo había adivinado, y a veces el peso de ese secreto le resultaba demasiado pesado.

Y hoy, por primera vez, tenía ganas de revelarlo todo. Esa idea la aliviaba y al mismo tiempo le provocaba una tensión terrible. ¿Cuántas veces se había mordido la lengua para callarlo? A Isaac cuando venía a verles, año tras año. A Moïse, para dejar de vivir en la mentira y el disimulo. A sus hermanas, para desahogar su alma. A Sol, para que conociera el dolor que se había abatido sobre ella, sin que pudiera hablarlo con nadie.

Y a Esther. A Esther, por supuesto.

Capítulo 7

El combate de las brujas

Esther salió del baño, se envolvió en su albornoz, luego volvió a ponerse a toda prisa el vaquero y la camiseta, se calzó, se peinó el pelo mojado.

En la salita contigua, las mujeres la esperaban. Sus tías, la prima, su abuela, su hermana la besaron. Arlette Tolédano, la madre de Charles, estaba allí también.

Grandes efusiones, muchos besos en las mejillas, en el cuello, en las manos, pruebas infinitas de ternura, proclamadas a voz en grito, lazos de sangre y vínculos del corazón mezclados, «para mí es como una hija», oía en todo momento. Hija de todos, hija de todas las mujeres sefardíes del mundo, que eran madres de todas las hijas. Y acto seguido, la boda. Ella que quería evitar a toda costa los reencuentros y los psicodramas, ella, a quien le habría gustado instaurar un cierto tipo de relación fría, desapasionada…

Por más que me esfuerce en ser sefardí, yo soy francesa y tengo un corazón de alsaciana, pensó Esther.

Ella, que sabía controlarse, esperaba lo mismo de los demás. No obstante estaba trastornada por todo lo que había pasado y sentía que su corazón vacilaba. ¿Iba a llorar? Su corazón de alsaciana le inspiraba dignidad, calma y tranquilidad, su corazón de sefardí no podía evitar explotar.

Arlette Tolédano había traído una bandeja de té a la menta. Había colocado en círculo unos exquisitos vasos pintados de un azul translúcido, engastados con filigranas doradas. Toda mujer marroquí que se precie ha de tener una tetera bonita y un precioso servicio de té. Es inconcebible un

hogar sin esa base, sin ese pedestal, ese comienzo. El resto viene después. Los Tolédano respetaban la ceremonia del té en su casa. Los padres de Charles se instalaban cómodamente para beberlo. Conversaban alegremente unos minutos mientras esperaban que el té reposara. Después Arlette lo servía en los vasos más vistosos si era un día de sabbat, o en los menos ornamentados si era laborable. Iban bebiéndolo a sorbos mientras charlaban. A veces iba acompañado de pepitas, semillas tostadas de calabaza o de sandía, cuya cáscara partían con los dientes y se tragaban el interior.

—¿Un poco de té, querida? —dijo Arlette con una sonrisa zalamera.

La madre de Charles llevaba el pelo teñido de rubio, la piel estirada, los labios y los senos operados, iba siempre acicalada e invertía mucho tiempo en aparentar que era más joven. Había instaurado una relación amistosa con su futura nuera, filial incluso, pero Esther se daba perfecta cuenta de que bajo sus declaraciones de afecto, asomaba la envidia natural de una madre que ve a su hijo enamorado. Enamorado de otra mujer distinta a ella, que era, hasta ese momento, la mujer de su vida.

Arlette sirvió la bebida manteniendo la tetera en alto. Esther contempló cómo manaba el líquido. Cuanta más espuma, mejor. Alguien le había explicado una vez que eso permitía airear el té, atenuar la temperatura, mezclar el azúcar, y aumentar el perfume de la menta. Espumar el té también era un signo de respeto y de consideración. Arlette, que era una auténtica mujer de su casa, observó el gesto ritual haciendo subir la espuma, prueba de su gran virtuosismo. Esther pensó en las fuentes de los maravillosos jardines de Andalucía, imágenes del paraíso en la tierra, instantes de felicidad, de serenidad, de calma. Así son los momentos más bellos de la vida, tan fugaces y simples como el agua espumosa que mana de una tetera.

Esther cogió el vaso de té que le tendía su futura suegra: estaba ardiendo y lo dejó enseguida. ¿Por qué beber el té en vasos que te queman los dedos y los labios? Eso también formaba parte del ritual, dejar inmediatamente el vaso sobre la mesa. Además era un modo de reconocer a un auténtico marroquí. Este jamás aceptaba beber té en taza. Las mujeres sorbieron ruidosamente la bebida: era la única forma de mitigar el abrasador contacto

del vaso con la lengua. Eso les habría parecido incongruente, incluso una grosería. Del mismo modo que para un marroquí era impensable preparar un té sin azúcar, o presentarlo sin un surtido de pasteles y dulces, cuernos de gacela rellenos de pasta de almendras, dátiles o nueces cubiertos de pasta de almendras. Esther bebió un sorbo de té, muy azucarado en efecto, y muy bueno. Arlette había hecho traer la menta de Marruecos, la mejor, llamada *fliyu*. Una especia más común, más picante y más fuerte que la otra, que se llama *na-na*. Esta tenía un ligero gusto a medicina, y además era un remedio excelente contra la tos y el asma. El té de ajenjo, el chiba, también era muy apreciado en invierno. Había té de todas clases y el sabor, conforme se degustaba, era siempre distinto. Ligero al principio, casi se convertía en amargo cuando había reposado un buen rato.

Esther contempló a Arlette: en sus ojos brillaba siempre la misma luz, intensa, un poco ida. Esther se fijó en su brazalete de oro, del que colgaba una mano de Fátima. Ella también se había prevenido contra el mal de ojo. Pero ¿el ojo era siempre malo por naturaleza?

A veces, cuando los ojos se encuentran, lo que nace es el amor. Esther pensó en la primera vez que vio a Charles, en la primera mirada que intercambiaron cuando volvieron a encontrarse quince años después. Esa mirada la devoraba, se sentía muy pequeña, como ensartada por una llamarada. Poco tiempo después, Charles la había llevado a Italia, a Venecia. Habían paseado juntos por la ciudad.

¿Por qué sus pasos les habían llevado hacia el Cardo, el barrio judío de Venecia? La sinagoga, en el corazón del gueto, era un santuario que albergaba un millar de luces y paños tornasolados y elegantes, en una mezcla de barroco y clasicismo. La *Scuola spagnola*, nombre que ostentaba la sinagoga, era un importante centro de culto sefardí, con candiles dorados, candelabros de cobre y muebles de época, que provocaban la sensación de ser proyectado a la antigüedad. Era algo que dejaba realmente sin respiración: una mezcla de esplendor bizantino y veneciano. Esther había dejado a Charles en un café, a él no le gustaban las sinagogas, y había entrado en el santuario y se había sentado con las mujeres. Había escuchado la voz del cantor entonando la plegaria, una voz de sonrisa, de dulzura, de serenidad.

Esther se había colocado al lado de una mujer de unos cincuenta años, una veneciana locuaz que le había contado su historia.

Vivían en la ciudad desde el siglo XIII. Su culto retomaba directamente las tradiciones del templo de Jerusalén. Como todos los judíos de esa época, habían padecido medidas discriminatorias contra aquellos que se habían convertido a la fuerza, obligados a llevar pañoletas y sombreros amarillos. Les obligaban a escuchar las prédicas de los frailes. Ellos, para defenderse, se tapaban las orejas con cera. Finalmente se decidió que los judíos tenían derecho a quedarse en la ciudad, en un gueto, el primer gueto judío del mundo. Tenían derecho a vivir allí, a condición de quedar encerrados durante la noche y pagar fuertes impuestos. A pesar de las persecuciones, ellos siguieron viviendo en Venecia. Siglos después, cuando los nazis habían invadido la ciudad, la familia de esa mujer había sido deportada. En la actualidad estaba dispersa en los cuatro extremos del mundo, en Italia, en Francia, en Túnez y en Israel. Una parte había muerto en los campos de exterminio, otra se había casado con no judíos y había abandonado la religión.

Más tarde, paseando por Venecia con Charles entre las parejas de enamorados, Esther había sentido una nostalgia indefinible, una especie de tristeza insondable. ¿Por qué ella no podía ser simplemente una enamorada con su amado, en la ciudad del amor? ¿Por qué en todos los lugares que visitaba, sus pasos tenían que conducirla a los guetos, a los mellahs, a las calles de los judíos, esas calles incendiadas? ¿Por qué en el núcleo mismo de esa escapada, había esa melancolía, esa duda que la invadía, inmensa, vertiginosa, no la duda del sentimiento, sino la duda de la perennidad de la relación? ¿Era posible que ellos se mantuvieran fieles toda la vida a ese amor, o iban a desaparecer entre la masa de parejas que se quieren y luego se separan, juguetes de la historia y de la gran rueda del tiempo? Esther era dependiente. Se había liberado de la dependencia de sus padres, de su legado, de su religión, para colocarse bajo la dependencia invisible de los sefardíes, como si no consiguiera liberarse de ese pasado que la arrastraba a la tumba, donde yacían ya, a su pesar, miles de antepasados asesinados.

—Te veo muy pensativa —dijo Arlette—. ¿Estás tensa? ¿Angustiada?

—En absoluto…

—A nosotros nos hace muy felices esta boda, ¿sabes? —dijo Arlette, abrazando a Esther—, para nosotros es un auténtico sueño. Michel y yo estamos locos de alegría. ¡Ya sabes cuánto te queremos, cariño! ¡Qué suerte tiene mi hijo de tenerte! ¡Para mí eres como una hija!

¡Esther se estremeció al oír esas palabras amables que no conseguirían evitar que el mal de ojo cayera sobre ella! Palabras envueltas en azúcar y miel, como los cigarrillos orientales, pero que escondían un amargo veneno. «Para mí eres como una hija», lo cual quería decir: eres la hermana, y no la esposa. La hermana de tu marido: es así como te designo ante sus ojos, para que a sus ojos, no seas su esposa jamás. Y de este modo, aunque te conviertas en madre seguirás siendo su hermana, de este modo él tendrá amantes, y ya no volverá a tocarte.

Y el mal de ojo, en efecto, no estaba muy lejos.

En la cocina de los Tolédano, una anciana con la mirada perdida, las manos teñidas de henna y de pasta lunar, se afanaba frente a una gran humareda.

Yacot, la abuela de Charles, estaba convocando al «cheitan», quien lloraba siempre que un hombre tomaba mujer, y cuando los demonios le interrogaban sobre la causa de su tristeza, él respondía: «Se me acaba de escapar un hijo de Adán». Pero es prudente no nombrar a los «djnouns», al «cheitan» y los «efrits» por su nombre, sino evocarlos únicamente por la expresión «esas gentes» o «esos otros».

Yacot cogió la pasta lunar y pronunció las fatídicas palabras en árabe, con una voz peculiar:

—«¡Igual como he hecho que la luna descendiera al interior del agua que corre, así quiero que esta pasta haga correr la sangre de esa mujer!».

Pero tuvo que interrumpir su ritual. La puerta se había abierto con violencia, dando paso a Sol. Su mirada lanzaba fuego.

—Te buscaba, Yacot —dijo la abuela de Esther.

Era la segunda vez que las dos mujeres se veían, y que se enfrentaban.

La primera vez, Sol aún no había cumplido diez años y no sabía nada de pócimas mágicas. El encuentro había concluido con la cancelación de su boda y la caída que estuvo a punto de costarle la vida. Y hoy, Sol estaba de nuevo ante aquella a quien no había visto durante casi setenta años. Toda

una vida practicando la magia, frecuentando a los demonios, apropiándoselos para servirse de ellos, para combatirlos o protegerse. Había llegado el momento de confrontar sus conocimientos y sus prácticas, y decidir cuál de las dos era la mejor hechicera, la más temible, la más eficaz.

Sol y Yacot se miraron, surgidas de tiempos oscuros en que las mujeres preparaban las pócimas para hacer el bien o el mal y en los que se enfrentaban a través de sus demonios, sus verdaderos demonios. Se diría que en ese instante los «cheitanes» y los «efrits» bailaban danzas demoníacas alrededor de ambas, dispuestos a embrujarlas, a infiltrarse en sus corazones y en sus almas, a lanzar conjuros a través de ellas, y llevar en fin esa lucha infernal hasta la muerte. En este instante, los demonios victoriosos sobre los hombres estaban contentos, zangoloteaban de un lado al otro de la estancia, antes de irrumpir en la sala, en medio de todo el mundo, para expandir el mal. De momento se deslizaban con placer y voluptuosidad entre las dos mujeres, exacerbando su pasión vengativa, su envidia, tan destructiva, que sembraba el odio en el fondo de sus miradas.

Las dos mujeres estaban cara a cara. Se miraban con el odio acumulado durante años, el odio inextinguible de Yacot que tenía celos de Sol, pues sabía que su marido estaba destinado a ella, y Sol frente a Yacot, que había sellado su destino.

Fue Yacot quien habló la primera.

—Esta boda es culpa tuya, ¿verdad? —dijo—. ¡Eres tú quién le ha lanzado un conjuro a mi nieto para que se enamorara de tu nieta!

—¿Quién te creías que había sido?

—Estaba segura. Cuando me enteré de que los dos chicos salían, supe que tú estabas detrás de todo eso…

—Cuando les vi juntos, en esa boda, lancé un conjuro para que se enamoraran uno de otro. ¡Ahora ya no podrán liberarse jamás!

—Eso ya lo veremos —dijo Yacot tirando el alumbre al brasero que ya estaba encendido.

—¡Por mucha brujería que hagas, esta vez no conseguirás nada! Ya es demasiado tarde.

Yacot seguía mirándola con vehemencia.

—¿Tú crees que es demasiado tarde? ¡Hija mía, tú no sabes lo que Yacot es capaz de hacer!

—¡Ah, sí que lo sé! —dijo Sol mostrando la joroba que le deformaba el cuerpo—. Pero todo eso ha terminado, tú ya no puedes hacer nada. Ni contra mí, ni contra Jacob. Ni contra ellos. ¡Contra nadie! Aquello que no pudo ser en una generación se cumple en la siguiente. ¡Esther y Charles están juntos! ¡Se quieren, les guste a tus demonios o no!

—Se quieren, sí, yo no puedo hacer nada contra eso —dijo Yacot—. ¡Pero casarse, no! ¡Esa boda no tendrá lugar, Sol! Como no tuvo lugar la tuya.

Y al pronunciar esas palabras, Yacot arrojó granos aromáticos alrededor del fuego y del incienso.

—¡Y tú, Sol, tú no puedes hacer nada contra esto! Puedes hacer que Charles se enamore, pero no puedes conseguir que se case con Esther.

Yacot lanzó un puñado de sal mineral al fuego. Inmediatamente se formaron pequeñas pompas y una grande en el centro a punto de explotar. En ese preciso momento, con un golpe seco del cucharón, ella cogió la burbuja y la tiró al agua fría. Inclinándose sobre el agua, Yacot vio, con satisfacción, el inicio del mal de ojo.

La suerte estaba echada: la boda estaba maldita.

Capítulo 8

La separación

Esther deambuló durante un momento, ajena a la calle que se llenaba de transeúntes, invadida por la animación nocturna de la ciudad. Sus pasos la condujeron hacia la pequeña sinagoga, donde al día siguiente debía celebrarse su boda. Tuvo ganas de entrar; luego, sin saber por qué, renunció.

Se dirigió hacia su hotel, frente al mar. Pero no quería volver sola a su habitación, ahora no. Rodeó el gran edificio y enseguida llegó a la playa.

¡Si hubiera decidido entrar en esa sinagoga, su destino y el de su prometido habrían sido muy distintos! ¡Tal vez habrían hablado, tal vez se habrían entendido, quizá se habrían declarado su amor! Puesto que Charles estaba allí, en la sinagoga, en ese preciso momento.

En esa víspera de boda, Charles se recogió. Pensaba en Esther, en lo que ella le había dicho, y le pareció de una violencia terrible. ¡Ella ya no sabía si le amaba! ¡Qué inconstancia, qué inconsistencia! ¿Podía fundar su porvenir sobre algo tan liviano, sobre tanta angustia, convertida en violencia contra él? Ella había logrado sembrar la duda en su alma. Él tampoco sabía ya dónde estaba. ¿Podía amarle ella, si no confiaba en él? ¿Le amaba realmente? Lo dudaba y cuanto más lo dudaba, más se alejaba de ella. Y cuanto más se alejaba de ella, más dudaba. Esther debía haber acudido a él, y decirle sin vacilar que le amaba, que le apoyaba, que le creía. Lo único que él deseaba era tomarla en sus brazos y decirle cuánto la quería. Como cuando se habían entregado el uno al otro sin reservas. Tenía ganas de abrazarla y, al mismo tiempo, estaba terriblemente dolido, atormentado. Ella le había rechazado. Se sentía culpable y al mismo tiempo le guardaba

rencor: debía haber sido más fuerte que ella, imponerse para no celebrar esa boda en familia; sabía, en el fondo, que eso sería un desastre, y sin embargo, por debilidad y por amor, había aceptado. ¡Cómo lo lamentaba ahora!

En la playa, con los zapatos en la mano, Esther arrastraba los pies por la arena, y dejaba una huella profunda. El mar venía a lamerle las puntas de los pies y a mojarle el bajo del pantalón. Ella pensó en el poema de Judah Tolédano, que le susurraba su padre antes de dormir, «La separación»:

Qué tienes hermosa mía para negar tus mensajes al amante
Con las caderas presas por tu dolor,
¿No sabes que el tiempo pierde todo sentido,
Cuando el saludo de tu voz ya no le alcanza?
Si nosotros estamos destinados a separarnos,
Quédate un poco más, para que contemple tu rostro.
Pues no sé si mi corazón se calmará entre mis caderas
O si continuará siguiéndote en tus tribulaciones.
Recuerda, en nombre del amor, los días de mi deseo
Como yo recordaré las noches de tu pasión.
Cuando tu imagen aparezca en mis sueños
Deja que la mía penetre en los tuyos.
Un mar de lágrimas de olas embravecidas se extiende entre nosotros.
Yo no podré cruzarlo para reencontrarte.
¡Si tú no te acercas, sus aguas se abrirán enseguida bajo tus pies!
¡Ah! Si al menos las campanillas de oro
Suspendidas en los faldones de tu vestido
Pudieran seguir tintineando en mis oídos después de mi muerte…
Si tú sigues queriendo saber de mí, entonces
Yo te enviaré, desde mi tumba, mi amor y mi veneración.

Y Esther pensó: Perdona, perdona y da todo lo que puedas, pues todo lo que tienes es el amor, y sin embargo no lo tienes…

¿Por qué había desaparecido él? ¿No podía tranquilizarla, dar señales de vida, de amor, de paz? ¿Acaso conocería ella el júbilo del esposo con la

esposa? ¿Acaso aquel que amaba su alma acudiría a su lado, para encontrar la calma y el reposo en la vejez? ¿Acaso se uniría a ella, apoyando la mano izquierda sobre su cabeza, y enlazándola con la derecha, acudiría a su jardín para llamarla «hermana mía»? Entonces, se agachó sobre la arena, *agáchate y come la tierra en lugar de alegrarte, agáchate y rasga tus vestiduras, pues tú eres la más fea de todas y la más repulsiva*.

Charles debía de detestarla después de lo que ella le había dicho. Y le detestó por detestarla en lugar de comprenderla, de tranquilizarla, de rodearla con sus brazos protectores. Ella habría querido que su amor fuera el más fuerte, que la poderosa cadena que les unía no se rompiera jamás, como en aquel momento en que sus miradas se reencontraron, y se sintieron tan cerca uno del otro que nadie podía separarles. Y ahora que Esther iba a consagrarse a él, ya no sabía lo que quería, perdida, dividida entre su familia y él, designado como el enemigo. Y él, orgulloso sefardí, ofuscado, herido en su amor propio y su dignidad, ¿se había alejado de ella para siempre? ¿Le perdonaría las últimas palabras que ella le había dicho, le perdonaría ella haber desafiado a su padre, en ese día en que el rey era el orgullo y no el amor? Esther intentó sondear el fondo de su corazón, para descubrir la sombra de un consuelo, pero no halló más que desesperanza y desolación. Se sumió en un abismo de melancolía. Nadie me quiere, se dijo. Ni mi familia, ni mis padres, ni mi hermana, porque ellos solo se quieren a sí mismos, y solo pretenden reafirmar su poder sobre mí. Ni Charles, que me ha abandonado y detestado, cuando le pedí que demostrara su inocencia ante las acusaciones, y yo no tengo amigos para socorrerme. En el fondo, estoy sola, sola para soportar el peso de mi existencia.

Charles pensaba con tanta intensidad en ella, que sintió que el corazón y el alma de ambos se confundían. Esther. Esther Vital. ¿Qué hacía ella en ese instante? ¿Dónde estaba? La sentía tan cerca y sin embargo era tan distinta de lo que esperaba… Él habría querido, como muchos de sus amigos, una mujer guapa, frívola, que no fuera judía a ser posible, y desde luego no sefardí, a la que él habría amado y con quien se habría casado para gran disgusto de sus padres, de los cuales se habría emancipado al fin. Eso no le hubiera supuesto ningún problema. ¡Pero no! ¡Había tenido que escoger a Esther Vital! La esposa ideal, la mujer judía sefardí, la marroquí, sumisa y

atormentada, tradicionalista y rebelde, dulce y violenta. Aunque ella buscara y odiara sus orígenes, él no podía evitar verla como su madre, su abuela y todas las mujeres que compartían su destino, ya que ella era su destino. Él lo había comprendido durante aquel encuentro secreto con quien le había entregado las llaves, justo antes de la henna, su encuentro con su abuelo Jacob Tolédano.

Charles había comprendido quién era. Sabía que a través de sus imitaciones, de sus grandes discursos, intentaba preservarlo todo, todo lo que estaban perdiendo. Que la gente se reía al oírle, pero que a través de sus risas se oían llantos. Que por el humor, lejos de burlarse de ellos, les rendía homenaje. Que glorificaba a los últimos de los últimos, a aquellos que formaban la última generación.

La tradición y él: enfrentamiento supremo de dos fuerzas existentes, él se sometió a la tradición, hasta el punto de entregar el cuerpo y el alma, más el cuerpo que el alma pues el alma ya no estaba, y cuando el alma abandonaba el cuerpo, solo quedaba el folklore. Pero ¿cuándo había desertado el alma del cuerpo? ¿En qué momento, en qué instante, en qué generación se había producido la ruptura? ¿Cuándo había desertado de la vida el espíritu?

Y lo único que quería Charles, a través de sus representaciones, de sus espectáculos, era hacer revivir a esas personas que ya no existían, esa gente de otra generación capaz de reunirse diez, alrededor de una mesa, para tomar un café, hablando durante horas, esas parejas que llevaban setenta años juntos, porque pensaban que el amor era la costumbre de estar juntos. Su abuela y su tía, con la bandeja de té servido ya en los vasos —nadie como él para acordarse de esos detalles—, y la cantidad de veces que invocaban el nombre de Dios, más que nadie en el mundo, con una inmensa fe, aunque fuera primaria, y esas mujeres que siempre tenían dolencias, que se quejaban de la mañana a la noche, o que hacían que todo el mundo viera que no habían comido, solo para que las compadecieran, esas mujeres que eran hadas y brujas a la vez, que podían preparar una comida para cuarenta personas en una hora, que adoraban las fiestas y el ruido, porque amaban la vida, así reían y se burlaban de la gente, y sobre todo de su familia. Él sentía un amor apasionado por esas gentes, él tenía un corazón inmenso

capaz de acoger muchas cosas, y si había escogido la risa para hablar de ello, era porque la risa curaba todos los males del mundo. No, él no era un rebelde, era un enamorado de la cultura sefardí. El humor era su forma de huir del conflicto, de desdramatizar; su modo de perpetuar su tradición. Y si prefería reírse, era porque no tenía otra cosa que hacer. Porque era trágico. Charles se reía porque le dolía el mundo perdido de los sefardíes.

Pero todo eso, Esther no lo había entendido, porque no había querido entenderle, porque, en realidad, era ella quien estaba en rebeldía… Ellos se habían amado en base a un malentendido. ¡Ella, la pura, la tradicional, la auténtica sefardí, él, el rebelde, el chico malo, que detestaba la tradición! Pero eso era falso. Era incluso lo opuesto a la verdad. Ella era la rebelde, la que se había servido de él para alejarse de los suyos.

¿Y el amor también era un pretexto falso?, se dijo Esther. El amor no existe porque es pasajero y más débil que el orgullo, y hete aquí que retrocede ante la honestidad, y se niega a tender la mano cuando una mano se cierra, e impregnado de orgullo, olvida la generosidad.

No, el amor no existe, pensaba Esther. El enamoramiento te lo hace creer, pero es falso, el amor solo es una ilusión, un ideal, un gran comienzo, una intención. Pero dos personas que se encuentran hasta el punto de amarse para siempre, ese punto no existía ni existiría jamás. Lo que existe es el deseo, y también la ternura, la amistad y la camaradería, el afecto. Pero el verdadero amor que alimenta el deseo y se alimenta de él, ya que la ternura y el afecto no son más que pálidas copias, el verdadero amor que antepone el otro a uno mismo, eso no existe. Ella creía amar a Charles, y se había extraviado, porque, en este momento, solo sentía despecho y decepción, cólera y frialdad, y su corazón ardiente se había quedado petrificado en el hielo.

Esther cogió la arena con la mano, la hizo deslizar entre los dedos. Ese gesto la consoló. Sentir la tierra la tranquilizó. Ella la humedeció con sus lágrimas y la tierra las acogió en su seno.

Charles posó los labios sobre el libro de las plegarias. Lo abrió y, con la kippa en la cabeza, empezó a rezar. Rezaba balanceando el cuerpo hacia atrás y hacia delante, como tenía la costumbre de hacer de niño, en la sinagoga de su padre. Le gustaba mucho rezar al lado de su padre y de su

abuelo. Esos eran sus mejores recuerdos, cuando iba a la sinagoga el viernes por la noche, con la manita metida en la de su padre, camino de la casa de los rezos. Y cuando su padre estaba ausente, o demasiado cansado para ir a la sinagoga, lo cual sucedía a menudo, era su abuelo Jacob quien le llevaba. Y le contaba historias de la Biblia, y le explicaba los textos de la tradición, contestaba a sus preguntas, por qué llevaban las filacterias, y por qué vestían un manto para la plegaria, y por qué es blanco con rayas azules, y le hablaba de la época de su infancia, cuando iba al Heder con todos los demás niños, para aprender de memoria los versículos de la Biblia. Y le contaba la historia de su rabino que se sabía de memoria todo el Talmud. Y la hablaba también de su propio padre, el rabino Shimon, y de toda su ciencia, su sabiduría y su modestia. Y le contaba la historia de su familia, la gran saga de los Tolédano, cuyo rastro tenía documentado desde 1492. Le hablaba de su antepasado Moché Tolédano, que había escrito un texto sobre la gramática, cuyo hijo fue el rabino Yehouda ben Yits'haq Tolédano, cuyo hijo fue el rabino Michel Mordékhaï Tolédano, cuyo hijo fue el rabino Yoseff ben Mordékhaï, gran rabino de Debdou. Y su hijo, el rabino Eliezer, rabino de Meknes, cuyo hijo fue el rabino Zikhri, rabino de Meknes, que también tuvo un hijo rabino, Messod, hijo del rabino Zikhri, rabino de Meknes. Durante un año, este último intentó franquear el cordón de los piratas para llegar a la tierra de Israel, pero nunca lo consiguió, y su hijo el rabino Zikhri, rabino de Meknes, tuvo a sus hijos Aron, Yeshaya, David y Mordékhaï. Fue él quien acogió al célebre rabino Amram Ben Diwan, emisario de Hébron, que murió en Marruecos. Después el rabino Mordékhaï, hijo del rabino Zikhri, rabino de Meknes, pidió a su hijo que continuara con las tentativas para regresar a la tierra de Israel. Él vendió todos sus bienes y se fue a Orán para embarcar, pero las guerras locales, entre Orán y Tlemecén y con España, hicieron imposible cualquier viaje. Sus tres hijos, Chalom, David y Hayim, juraron realizar su aliyah juntos, pero no pudieron cumplir su sueño, pues tuvieron que ocuparse de su hermana que se había quedado viuda.

Después el rabino Chalom, en Meknes, padre de Éliahou Chalom y del rabino Maïmoun que es el padre del rabino Shimon Tolédano, el bisabuelo de Charles. El rabino Chalom, su padre, había muerto en el momento en

que él iba a cumplir su sueño de dirigirse a la tierra de Israel. Su segundo hijo, el rabino David, rabino en Meknes, era el padre de Yaâqov, rabino en Meknes, padre él también de David. Su tercer hijo, el rabino Hayim, fue el autor de un libro importante sobre la Torah. Era él quien había formado a todos los grandes maestros de Meknes, después de haber renunciado a ir a Israel. ¡El rabino Yossef, su hijo, se convirtió en rabino de Meknes antes de partir por fin! Él consiguió hacer el famoso viaje hacia Jerusalén, cumpliendo el sueño de todos sus antepasados. Era la materialización del proyecto familiar y la coronación de los esfuerzos de esos rabinos que, a través de las generaciones y los siglos, habían intentado alcanzar la tierra prometida sin conseguirlo jamás.

¡Augustos personajes! Ya no existían… Aquellos que todos los días cumplían con la plegaria, y todas las mañanas se colocaban las manos sobre los ojos para cubrirlos por pudor, en el momento de murmurar el versículo más sagrado: «Escucha, Israel, el Eterno es nuestro Dios, el Eterno es uno».

Y Charles oró como sus antepasados, pronunció las palabras, las frases, las súplicas, dijo: «¡Eterno! ¡Escucha la rectitud, atiende mis gritos, presta oídos a mi plegaria que mis labios emiten sin engaño!». Recitó como sus ancestros, de acuerdo con sus ritmos y sus costumbres: «Si sondeas mi corazón, si lo visitas de noche, si me pones a prueba, no encontrarás nada: mi pensamiento no es distinto a lo que sale de mi boca. A la vista de las acciones de los hombres, fiel a la palabra de Tus labios, yo me mantengo en guardia contra la senda de los violentos». Charles lloró al murmurar las palabras del gran Gabirol: «Yo he hablado con ira, yo he actuado con perversidad, yo he sido injusto, yo he sido orgulloso, violento, yo he falseado, yo he dicho mentiras, yo he aconsejado mal, yo he mentido, me he burlado, he despreciado…». Y Charles rezó por él y por Esther, rezó con la concentración y la intensidad de su corazón, para que su prometida y él se reunieran, juntos de nuevo, y que nada ni nadie les separara nunca. Y Charles rezó por los suyos, por el alma de su bisabuelo difunto y por sus abuelos y abuelas, y por todos los antepasados sefardíes que perpetuaron la tradición sefardí de sus padres, desde siempre. Y oró para que el mundo sefardí no se perdiera, y rezó para que Dios velara por los suyos, sabiendo que rezaba por una ausencia, pues rezaba al Dios de los sefardíes. Y

poniendo una mano sobre sus ojos, murmuró en voz muy baja: «Escucha, Israel, el Eterno es nuestro Dios, el Eterno es uno».

Y Esther cerró los párpados, y puso la mano sobre sus ojos pronunciando la frase, aquella que habían pronunciado sus ancestros, y los ancestros de sus ancestros quemados en las hogueras, esa que ellos pronunciaron en su alma y su consciencia, hasta el final. Y le vino a la memoria ese cementerio marino de Mogador, al borde de un acantilado en el límite de la ciudad, batido por los vientos, en el que estaban enterrados sus antepasados: un lugar absolutamente apartado, como si, hasta en la muerte, los habitantes de Mogador cultivaran su diferencia, luchando por conquistar el horizonte. En ese cementerio, reposaban los sabios de la familia Pinto. Su bisabuelo Joseph Pinto estaba enterrado allí. Pese a la violencia de las tormentas, el mar nunca se había desbordado, ninguna ola había rozado jamás un solo sepulcro, motivo de orgullo para toda la familia. Mogador, que era mayoritariamente judía, estaba ahora desierta de sus habitantes judíos, que descansaban bajo las lápidas antropomorfas del cementerio, como estatuas de arenisca marina. El cuerpo, representado por entero, terminaba en una parte más estrecha que evocaba los pies en el sudario. La cabeza, sobre un cuello más o menos largo, a veces estaba cubierta con una corona de cuatro a doce florones en forma de sol o de media luna, algunas rematadas con un curioso bicornio. La parte que representaba los pies a menudo estaba adornada con un festón o con un dibujo geométrico, que recordaba las joyas beréberes. Las tumbas no parecían estar orientadas de un modo específico: paralelas al mar, perpendiculares unas a las otras, daban sensación de desorden. Cuerpos dispersados allí eternamente, extrañamente inmóviles y extrañamente vivos.

Era de noche. Noche en la ciudad y noche en su corazón que sangraba, por todo el odio y todo el amor que provocaba su familia, su prometido, la tradición sefardí que ella no iba a transmitir, y la cual infringía. Esther pensó en los marranos, que seguían encendiendo los cirios del sabbat los viernes por la noche, en secreto. Esa luz se estaba apagando para siempre. Y le vino a la memoria la plegaria que la reina Esther elevó a Dios antes de reunirse con el rey Asuero para salvar a su pueblo, arriesgando su vida: «¡Oh, mi rey, tú eres el Único! Ven a socorrerme pues estoy sola y solo

puedo recurrir a ti, y voy a jugarme la vida. He aprendido, desde la cuna, en el seno de mi familia, que eres tú, Señor, quien ha elegido a Israel entre todos los pueblos y a nuestros padres entre todos sus antepasados, para ser tus herederos eternamente. ¡Oh, Dios, cuya fuerza predomina sobre todos, escucha la voz de los desesperados, arráncanos de la mano de los crueles y libérame de mi miedo!». Y esta plegaria Esther la hizo suya, en su corazón, la hizo suya, y esa pesada herencia que pesaba sobre sus espaldas ella la hizo suya, y obtuvo alegría y serenidad.

Y de repente, como por inspiración, le vinieron a la memoria las últimas palabras de Pedro Álvarez cuando se despidieron de él en Toledo. «Todos nosotros tenemos identidades múltiples —dijo él—, algunas explícitas, otras interiores, escondidas en el fondo de nosotros mismos. Y tú, que eres francesa, sabes que una parte de ti es también española, siempre española. Y si tus pasos te han guiado hacia Toledo, capital espiritual sefardí, donde el alma de tu pueblo era tan luminosa, no es por casualidad. Si has caminado sobre las piedras de las callejuelas de noche, esas mismas calles que han visto los pasos de quienes habitaban esta capital mundial de las letras, no es por casualidad. Aunque lo ignores, tú conservas aún esa herida de los romances que cantaban las mujeres. Tú eres sefardí. Digas lo que digas, y pienses lo que pienses, tú eres la punta de lanza del exilio: avanza, y no dejes nunca de portar la antorcha. Contra esos que han querido rechazaros, expulsaros y asesinaros, no dejes jamás de llevar la antorcha. E incluso si perecéis de nuevo esta vez, será portando en alto el estandarte de la antorcha. Esa es la razón por la que tú has venido a Toledo, que pertenece al mundo de las mitologías y de las creencias, puesto que es allí donde han nacido los sefardíes, puesto que es aquí donde tú has nacido, como los grandes sefardíes: Shlomo Vital, Abraham Ibn Ezra, Judah Halévi y Maimónides… Y desde ahora, tú sabes que lo que has venido a buscar está allí, y tú puedes descubrir quién eres y lo que te constituye secretamente. Tú eres sefardí, en ti está el declive de una identidad frágil y enmascarada, escondida: en tu corazón, muy oculta, está la historia de los ancestros, todas esas vidas, a través de ti, vuelven a la vida para siempre».

Durante un momento, Esther sintió vértigo, ya no sabía hacia dónde dirigirse. ¿Correr hacia el mar y sumergirse en el agua totalmente vestida?

Tiritó. ¿Qué hacer ahora? ¿Adónde ir? ¿En qué dirección? ¿A quién acudir? Es un drama no saber quién eres, se dijo. Ese es el drama fundamental de la vida, que impide vivir la propia vida.

Fue a ella a quien él se dirigió. Puesto que ella era el oriente de su vida. Y el amor existe, se dijo Charles rogando a Dios, el Dios de los judíos, el Dios ausente de los sefardíes, aquel que se había retirado del mundo. Y el Dios de los judíos es amor, justicia, bondad, verdad… En ese Dios creía él, y a ese Dios agradecía en este instante haberle hecho redescubrir el amor en este mundo terrible, para curar las heridas y hacer la vida más dulce, aunque a veces la hacía más amarga aún. Y el amor existía, ya que en ese mismo momento en que él le reprochaba a Esther no haberle creído, solo pensaba en verla a ella, la invisible, en estrecharla entre sus brazos, y echaba en falta tocarla, y desde la pelea se sentía débil, como privado de una parte de sí mismo. El amor existe, ya que en lo más duro de la tormenta, de pronto, ya solo queda ese nada más que hace que dos corazones latan al unísono, dos miradas que hacen que el alma se estremezca, y dos bocas que se unen sin saber por qué. Es este misterio el que le hacía existir, y que perduraba incluso ahora que todo estaba decidido. Y solo cuando ese misterio cesa, está en peligro el amor. Y el amor existe, ya que Charles se sentía conducido hacia Esther, embrujado por su mirada, subyugado por su ser. Y el amor existe, ya que en ese momento él sufría los tormentos del amor. Él nunca había amado a una mujer como ella, no había experimentado tal intensidad, tal deseo de posesión, ante aquella que se le escapaba sin cesar, y la fuerza de esos sentimientos era tal que se sentía débil, esa era la razón por la que ponía distancias. Solo ella podía afectarle, herirle, conmoverle.

Cómo la amaba, en ese momento mismo en que se daba cuenta de que ella no había comprendido quién era él. La amaba como se ama a una parte de uno, que se ha descubierto por casualidad, la amaba como un amnésico que recupera su memoria. En ella, él había encontrado todo lo que amaba, la generosidad, la ternura, la profunda inteligencia de las cosas, y reconocía también todo lo que era él y lo que era la esencia de su mundo, el mundo sefardí. Por ella él se reconciliaba con su yo profundo, con su historia, con su pueblo, y era con ella con quien deseaba perpetuarlos.

Ahora lo sabía, era hacia ella donde se dirigiría a pesar de todo. Así fue: él peleó, se ofendió, y al cabo de un segundo todo estaba olvidado, y deseaba estrecharla en sus brazos. Tenía que decirle la verdad sobre lo que había pasado antes de la escena del amuleto y el altercado con Moïse, y le daba igual si ella no le creía, tenía que explicarle lo que había visto Jacob, antes de la henna, y debía enseñarle lo que su abuelo le había dado y, sobre todo, debía hacerle comprender que la quería, que la querría siempre, que ella era la mujer de su vida, y que su amor de hoy no era nada comparado con el que le daría al día siguiente, y al otro día, y así sucesivamente, durante toda su vida.

Toda su vida, Esther había esperado ese momento. Desde que era pequeña, había soñado con ser la princesa que avanzaba hacia el altar para casarse con aquel a quien amaba.

Pero no iría a la sinagoga. Ella no levantaría el velo blanco de la novia, no bebería la copa de vino, no se pondría el anillo sin mácula, y la copa no se rompería en recuerdo de la destrucción del Templo. Pues la copa ya estaba rota. ¿Por qué no le había dicho quién era él? ¿Por qué no haber admitido lo que había hecho al desafiar a su padre y al coger el amuleto? ¡Si al menos hubiera proclamado su inocencia, ella le habría creído, lo único que ella pedía era creerle! Pero él no lo había hecho. En Charles, ella no descubriría la herencia sefardí. Después de todo, sus padres tenían razón. Ella no sería feliz con alguien tan egoísta y tan superficial como Charles. Un jugador, un burleta que mariposeaba con desparpajo, alguien con mucha labia, que bebía, que fumaba hachís sin preocuparse de los demás y de sus sentimientos.

Fue entonces cuando, al meterse las manos en los bolsillos, Esther palpó el papelito que le había entregado Noam Bouzaglo, en el que había escrito su número de teléfono y su dirección.

Esther, trastornada, intentó sondear su destino, sin conseguirlo. ¿Qué deseaba? ¿Qué no deseaba? ¿Cómo saberlo? ¿Qué parte de todo eso era lo que deseaba verdaderamente, y cuál la que los demás proyectaban sobre ella? ¿Tenía ella una existencia propia, al margen de la de su madre?

Su madre que determinaba toda su vida. A quien no le gustaba Charles, pero ¿le habría gustado Noam como yerno? Ella fingía no apreciar a Isaac,

el padre de Noam, pero Esther había notado que se arreglaba para él, que le recibía bien cuando él venía a casa, que tenía, en cierto modo, una relación de seducción con él. O en todo caso de fascinación reprimida, porque le evitaba y se le acercaba a la vez. Suzanne apenas conocía a Noam, Isaac siempre iba a verles solo, porque nunca tenía suficiente dinero para traer a toda su familia.

¡Poco importaba lo que pensara o no Suzanne, lo que le gustaba o le disgustaba, lo que contaba era ella!

Esther dejó que la arena resbalara de nuevo entre sus dedos. Tenía ganas de vivir, de ir hasta el final. Era el momento de despedirse de su vida de jovencita.

Volvió a calzarse, dio unos pasos por la orilla del agua, luego se dirigió al final de la playa.

Entonces Charles salió de la sinagoga y se dirigió hacia el hotel de Esther. Telefoneó a su habitación desde abajo; quería hablarle, sin verla.

Pero en su habitación, no había nadie.

Esther rehízo el camino que la llevaba al hotel. La intensa iluminación exterior testimoniaba la actividad febril que había invadido las calles. Toda esta vida, esta ciudad, estimulaban sus ansias. Ansias de hacer algo, sin importar el qué. De avanzar, de cruzar fronteras.

Charles salió del hotel. Y fue entonces cuando la vio.

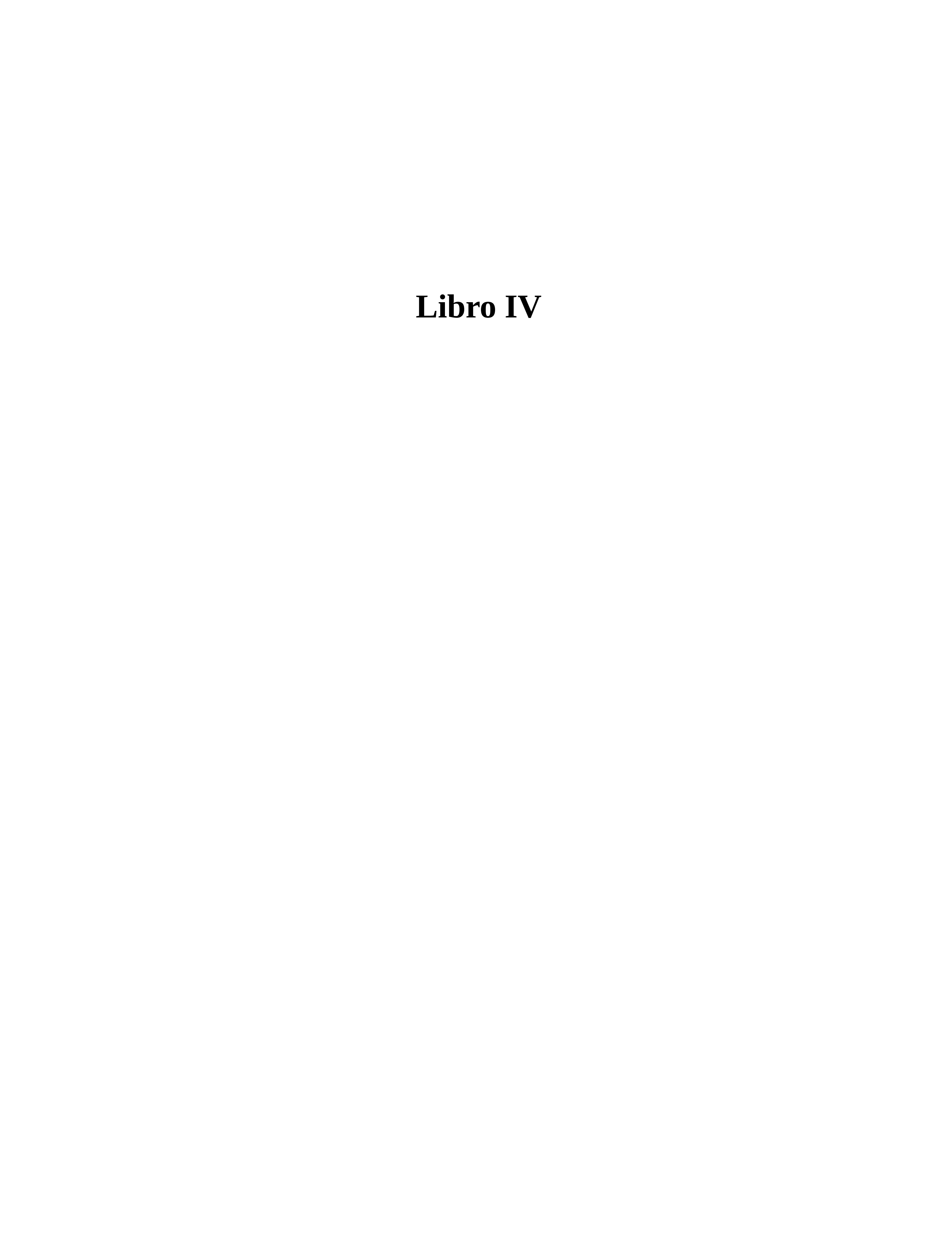
Ella, indecisa, dio unos pasos hacia la derecha, después cambió de opinión, y volvió hacia la izquierda, a la calle.

Él tuvo ganas de correr hacia Esther, pero no quería que le viera. Caminó en silencio detrás, para hablarle.

Pero antes de que pudiera acercarse, ella se detuvo frente a un edificio.

La vio apretar el botón del último timbre.

Después de que ella entrara, él se acercó a mirar el nombre de la placa: *NOAM BOUZAGLO*.



Libro IV

Capítulo 1

Los tres patriarcas

—Es una pena arruinar una fiesta como esta —dijo Sidney sentándose al lado de los otros dos patriarcas, Saadia Vital y Jacob Tolédano, en el sofá del salón desierto de los Tolédano.

—¡Arruinar! Pero ¿quién ha hablado de arruinar la fiesta? —se extrañó Saadia.

—Ah, pero ¿usted no está al corriente? ¡Su hijo Moïse ha querido hacerle un regalo a su futuro yerno, ese que se llama Charles, y ha terminado mal! ¡Muy mal!

—¿Dónde está Moïse? —dijo Saadia con aire perdido—. ¡Hijo mío!

—¡Menudo suspense! —dijo Sidney—. ¡Dios mío, qué desgracia! ¡Qué desgracia! ¿Qué va a pasar ahora?

—Una desgracia —refunfuñó Jacob—, pero ¿y por qué Moïse Vital ha querido darle un regalo a mi Charles?

—¡Pero hacer un regalo es algo bueno! ¿Quién se lo puede reprochar?

—Se puede. Se puede —dijo Jacob, con aire pretencioso—. Claro que se puede.

—¡Entonces usted es el abuelo del novio!

—El mismo.

—¡Encantado! —dijo Saadia, tendiéndole la mano.

—Encantado, encantado —dijo Jacob, molesto con tantos formalismos.

—Entonces, ¿usted es el de Meknes?

—Sí, de Meknes.

Saadia se inclinó hacia Sidney. Los dos aristócratas no sentían más que desprecio por ese provinciano.

—Me han contado una buena —susurró Saadia al oído de Sidney.

—¿Cuál?

—¿Qué hacen esas garras sobre el mostrador? Es uno de Meknes, que recoge sus monedas.

—¿Y esta, la sabe?: ¿por qué no hay palomas en Meknes? Porque no hay migas.

Los dos hombres estallaron en carcajadas, como si tuvieran diez años.

Sobre los habitantes de Meknes circulaban muchas historias, en particular sobre su avaricia proverbial, y sobre todo porque el marroquí era cultural e intrínsecamente generoso. También eran proverbiales su torpeza, su falta de tacto y de mundología, mientras que, en general, el marroquí era refinado y atento, y consideraba un deber, si no un honor, no molestar nunca a nadie. Había un defecto, sin embargo, que los de Meknes compartían con sus compatriotas: eran orgullosos, altivos hasta la paranoia y, por encima de todo, eran extraordinariamente susceptibles con todo aquello que tenía que ver con Meknes y sus habitantes.

—¡*Hahlas*[22]! —dijo Jacob, poniéndose de pie—. ¡Lo he oído todo, no soy sordo! ¡De dónde se creen que son ustedes! Con esos aires de grandeza, ¿se creen que valen más que nosotros, los de Meknes? ¡Nosotros somos la élite de Marruecos! ¡Es de nuestra ciudad de dónde proceden los sabios más grandes y los más grandes rabinos! ¡Nadie vale más que nosotros!

—¡No teníamos intención de ofenderle! —dijo Sidney—. Mil perdones.

—Siéntese, por favor —dijo Saadia—. Es culpa mía, sin duda. Lo siento muchísimo.

—¡Lo siente muchísimo, *sorry*! —secundó Sidney—. *Sorry*…

Jacob dudó, luego acabó por sentarse. Ultrajado, desvió la mirada hacia la izquierda, fingiendo no prestar atención a sus compañeros.

—¡De todas formas —dijo Saadia—, en mis tiempos, las cosas no eran así…! ¿Se dan cuenta?, ¡ni siquiera sabemos si se celebrará la boda!

—En mis tiempos —dijo Jacob—, había respeto.

Se produjo un silencio embarazoso.

—Es verdad —dijo Saadia—. Los jóvenes de hoy ya no tienen respeto… ¡Incluso al rey de Marruecos le han perdido el respeto!

—Yo conocí al rey Hassan II —dijo Jacob—, le conocí bien. ¡Un hombre maravilloso!

—De hecho —opinó Sidney—, nosotros tomamos té juntos en palacio, una tarde. Un hombre encantador, verdaderamente.

—A mí me recibió acompañado de su esposa —dijo Saadia—. ¡Una recepción suntuosa! Había manjares y pasteles en abundancia.

—Mi hijo Michel tenía muy buena relación con él —dijo Jacob—. El rey le pedía consejo, cuando lo necesitaba…

Los otros dos callaron, admirados. En la lucha por saber quién conocía mejor al rey de Marruecos, Jacob se había apuntado un tanto.

Los sefardíes, cuando cenaban juntos o se encontraban en las recepciones, no tenían por costumbre intercambiar información o conversar, en el sentido occidental del término; es decir, hablar de ellos, de su vida, de lo que hacían. Por el contrario, si se reunían, era para divertirse, para pasar un buen rato y sobre todo para reír. Durante las cenas se contaban exclusivamente buenas historias o anécdotas divertidas, que cada uno aportaba por turnos, sin tiempos muertos. Una historia llevaba a la otra y mientras un narrador se expresaba, el otro pensaba ya en la que contaría él, dando paso a algo parecido a una puja, a una especie de festival de historias cada vez más graciosas o más peculiares, ya fueran imaginarias o vividas. Entre ellos, no existía esa noción absurda de conversación obligada que resulta tan incómoda.

Cierto sentido de las relaciones humanas que implicaba que no juzgas al otro, que no esperas nada de él, salvo diversión. Existía esa idea, antioccidental, de que cuando se está entre amigos no es por motivos sociales, sino simplemente por el placer de estar juntos.

—Y usted —dijo Jacob para relajar el ambiente— ¿sabe esa en la que Joha apuesta con sus amigos que pasará toda una noche de invierno en la cima de una montaña, guarecido únicamente con su chilaba? Tirita sin parar desde el atardecer hasta el alba para cumplir su palabra; pero sus amigos le dicen: «¿No has traído nada? No, solo una vela. ¡Pero una vela es fuego!». Él no dice nada, paga la cantidad acordada, y les invita a cenar en su casa al día siguiente. Cuando llegan, no hay nada preparado, pero él les pide que

sean pacientes porque está cocinando la cena con una vela. Y de ese modo recupera sus cien riales…

—Recuerdo el mellah de mi infancia —murmuró Saadia—, no había luz y nos iluminábamos con candiles. ¡Yo aprendía el oficio de escriba! Trabajaba con cañas y tinta china, escribía en los pergaminos de la Torah. ¡Tenía una caligrafía preciosa!

Saadia sonrió con tristeza, pensando en una época en la que aún veía. Era algo tan lejano que ya solo conservaba un recuerdo teórico. Había olvidado lo que significaba ver.

—¿Y el Heder? —dijo—. ¡Cuántas palizas recibimos allí!

—Yo empecé a ir a los tres años —dijo Jacob—. Había que aprender las letras en hebreo. Había una tableta con las letras que rellenaban con miel para hacérnoslas lamer hasta que las recordábamos. Y si no lo conseguíamos…

—¡La cincha de cuero! —dijo Saadia—. ¡Nos pegaban con la cincha de cuero cuando no nos sabíamos los versículos de memoria!

Los tres hombres bebieron un sorbo de mahia chasqueando la lengua.

—Yo recuerdo que antes de casarme con Yacot —dijo Jacob—, estaba enamorado de otra mujer. Mi padre, que estaba enfermo, me dijo: «Jacob, no te cases con esa chica en quien piensas». Yo llevaba dos años enamorado de otra chica, una de Mogador.

—¿Una de Mogador? —dijo Sidney, arqueando una ceja—. ¿Cómo se llamaba?

—¡Ya no me acuerdo! —dijo Jacob, nervioso—. ¡Lo he olvidado! De todas maneras, mi padre no quería que me casara con ella.

—¡Es la primera vez que oigo que uno de Meknes no quiere saber nada de una de Mogador! —se extrañó Sidney.

—¿Y eso? —dijo Saadia—. ¡Muchos de Meknes se casan con fasís!

—¡Es raro! —dijo Jacob a modo de venganza—. Las fasís son pretenciosas, y te hacen la vida imposible.

—Las de Meknes son torpes y sin la menor finura —replicó Saadia.

—Las peores —dijo Sidney— son las de Marrakech. Gritan constantemente, te vuelven loco. Es verdad —agregó—. Son las peores.

Los tres patriarcas asintieron con la cabeza. El comentario vino muy bien para una nueva ronda de mahia.

—Mis padres —prosiguió Jacob— habían llegado a un acuerdo con los padres de Yacot, mi mujer. Organizaron una comida para presentarnos. Yo me acicalé, me puse gomina en la cabeza. Había una mesa fabulosa, con alosa y *harira*[23], fue un banquete…

—¡Ah, la harira de mi madre, con limón, era una gran cosa! —dijo Saadia, salivando casi.

—Mi madre —dijo Sidney— ponía un poco de vinagre… Si Dios quiere —añadió—, pronto asistiremos todos a la circuncisión del hijo de Esther y Charles…

—¡Un varón, si Dios quiere! —dijo Jacob—. ¡Un Tolédano!

—Que Dios le bendiga —dijo Saadia.

Se hizo un silencio de satisfacción. Los tres patriarcas disfrutaron imaginando una descendencia que les llenaría de orgullo.

—Ellos se quieren —suspiró Sidney—. ¡No hay más que dejar que se casen! ¿Por qué se entrometen?

—Pero en nuestra época el amor no tenía que ver con eso —dijo Saadia —. ¿Qué quiere decir eso del amor? Nada. Yo llevo sesenta años casado con Fortunée. Lo nuestro nunca ha sido un asunto de amor, las cosas eran así. Hemos vivido juntos y nunca nos ha faltado nada… ¡Sesenta años juntos!

De pronto Jacob se incorporó. Se dirigió a Sidney con las mejillas teñidas de emoción.

—Yo…, hace setenta años que amo a su mujer —dijo.

Sidney se le quedó mirando, desconcertado.

—Esa mujer de la que estaba enamorado antes de casarme, esa de Mogador…

—¿Qué? ¡No me diga que era Sol!

—La conocí antes que usted. ¿Ella no le ha hablado nunca de mí?

—¡No! —dijo Sidney, estupefacto—. ¡Yo ignoraba que ella le conocía! No puedo creerlo.

—¡Por la vida de mi madre!

—Pero su madre ya no vive.

—Le digo que nos conocíamos.

—Y… ¿ella le quiere?

—No lo sé… Hace más de sesenta años que no la veo.

Sidney asintió con la cabeza, con aire triste.

—Ha cambiado un poco, ¿sabe?

—El tiempo no importa —dijo Jacob.

—¿Hace sesenta años que la conoce? ¡Y yo no lo sabía!

—¿Usted no sabe nada entonces? —dijo Jacob—. ¿No está al corriente de las bodas de niños?

—¡No!

—Sol y yo teníamos que casarnos, pero el destino decidió otra cosa.

—¡Ah, era con usted!

—Entonces, ¿ella se lo ha contado? —dijo Jacob, lleno de esperanza.

—Me ha hablado de un conjuro, que lanzó contra ella una mujer mala. Por eso tiene joroba.

—¿Un conjuro?

—Una mujer celosa, según ella, sí. ¡Qué se casó más tarde con su prometido!

Jacob empalideció.

Yacot… Era ella quien había lanzado el conjuro contra Sol, para impedir su unión. ¡Era ella quién lo había maquinado todo! Se puso a temblar de la cabeza a los pies, un escalofrío recorrió su columna vertebral. De golpe vio sus sesenta años de matrimonio, como una superchería premeditada por su mujer, Yacot.

—Perdónenme —dijo—. Tengo que solucionar un asunto importante.

Saadia y Sidney siguieron sentados juntos.

—De todos modos, esos de Meknes… —suspiró Saadia—. ¡Solucionar un asunto el día de una boda! Lo único que les interesa es el dinero.

—Y que lo diga —murmuró Sidney—. Es amable, pero un poco tosco, ¿no?

—Muy tosco. Casi parece tunecino.

—¡Un tunecino! ¡Dios nos asista! Yo incluso prefiero a uno de Meknes.

—Dios nos asista —repitió Saadia.

—Esperemos que todo acabe bien.

—Con la ayuda de Dios —añadió Saadia.

Capítulo 2

Bodas beréberes

Que en Ifrane, un oasis de verdor sembrado de olivos, almendros e higueras, rodeado de manantiales. En el interior de la rocalla se habían descifrado inscripciones de dos mil años de antigüedad. No muy lejos de allí, las ciudadelas de tierra daban testimonio de los combates entre tribus beréberes. Ellos habían visitado el extenso cementerio, uno de los más antiguos de Marruecos. Había una inscripción sobre la tumba de cierto Joseph Maimón, que había muerto en el año IV de nuestra era. Se hablaba también de una cueva en la que, según la tradición popular, estaban las tumbas de cuarenta hombres justos, mártires quemados por los cristianos durante la campaña de cristianización en la época bizantina.

Esther, para olvidar su amargura con el neoyorquino, se había ido con un grupo organizado a hacer una expedición por el desierto.

El guía contó que, en mayo de 1954, cuando los camiones de la emigración clandestina se presentaron en Ifrane, los ancianos evocaron con angustia un tesoro proveniente del origen de los tiempos, y del que ya nadie podría ocuparse si ellos se marchaban. Para algunos, incluso, la devoción por esas tumbas y los recuerdos predominó sobre el deseo de regresar a tierra santa. Y se quedaron: los últimos judíos de Ifrane. Ellos se consideraban los habitantes más antiguos de Marruecos, los descendientes de la tribu de Efraím que habían abandonado Judea tras la destrucción del templo de Jerusalén para evitar la cautividad en Babilonia.

Los últimos rabinos de las sinagogas de Draa, los sabios y los iniciados que vivían con sus comunidades en las alcazabas judías, llevaban una vida austera, repartida entre la plegaria, la contemplación y el estudio. Conocían

el hebreo, lengua reservada al culto, pero muchos de ellos se expresaban solamente en árabe. Hablaban de Moisés y del rey Salomón como de figuras familiares, a quienes habían visto la víspera y a quienes volverían a ver al día siguiente. Estaban al corriente de las cosas del mundo con una precisión sorprendente, y se dedicaban a las ciencias exactas, así como a las investigaciones esotéricas.

Esther escuchó al guía contar la historia de la Kahéna y otros relatos de beréberes en el valle marroquí del Draa, cuyos meandros se extendían desde Agdz a Mhamid, en el seno de ese país nacido de la unión de la montaña y el desierto, del agua y del sol.

Así era hoy y así era ayer, allí estaban al margen del tiempo, aquello habría podido ser la Antigüedad cuando el Draa era el río más largo de Marruecos. Sus aguas nacían cerca de Ouarzazate y se arrojaban al océano Atlántico después de un recorrido de mil kilómetros, como prueban los textos antiguos que hablan de una región próspera, donde nadaban los cocodrilos.

Juntos, Esther y el guía caminaron sobre senderos de tierra, por donde transitaban asnos y mulas con cestos abarrotados de fruta, de legumbres y de dátiles: el pasado estaba presente a cada paso, en las jóvenes que transportaban los sacos a la espalda, en los niños descalzos que acarreaban agua de los pozos, en las mulas cargadas de hombres con chilaba, en la colada extendida sobre la roca como una mancha blanca bajo el inmenso sol.

En la hora mágica en la que el oued[24] adopta reflejos ocres y dorados, cuando las garzas se mantienen derechas sobre una pata, se iluminan las djebels[25] y las sombras se alargan bajo la luz del crepúsculo, ellos se sentaron en medio de las adelfas, los juncos, las acacias y los tamariscos.

El pasado estaba allí, en los pueblos de adobe, mezcla de tierra, paja y agua, asentados sobre las tierras del palmeral. El pasado estaba allí y borraba las diferencias, ya que ellos estaban unidos por el secreto común de su nacimiento, el misterio beréber.

Vivieron durante dos semanas al compás del día y la noche, del té verde a la menta, escanciado en los vasos desde muy arriba, símbolo de la unión entre el cielo y la tierra. Se detuvieron en el ksar[26] del oasis de Tata, con

sus casas pintadas de colores cálidos, azul, rojo o amarillo. Después tomaron la ruta del desierto y de los dromedarios, hacia el Tafilalet donde estaban las caravanas que partían hacia el Sahara. El descenso por la carreterita hacia los valles del sur permitía llegar, por la antigua pista de las caravanas, a la alcazaba del gran jefe beréber que reinaba en esa región de Marruecos. La carretera transitaba entre los campos y subía otra vez hacia las terrazas del elevado valle de Telouet, de vegetación exuberante y bosques de tuyas. Las aguas del Draa, sobre los peñascos secos del Antiatlas, regaban un palmeral antes de perderse en el desierto hacia el océano. A través del bosque de palmas, vieron deslizarse el agua que reflejaba el cielo. Allí cerca había vestigios de torres y muros.

Esther contempló las alcazabas en el valle, vivió la lluvia y vivió el viento. Observó a los hombres de piel oscura, que venden alfombras y atraen a la clienta, a quien llaman «gacela», o «corzo» al cliente, para que entren, solo «para disfrutar con los ojos», a mirar las colchas, la cerámica o la artesanía heredada de los judíos que, antes que ellos, comerciaban con metales preciosos.

Las torres de murallas altas, los valles, los bosques de cedros del Atlas Medio eran la imagen del mundo antiguo. Lejos, en las montañas y los valles, detrás de los angostos desfiladeros, lejos de la modernidad, vivían los beréberes. La calma, el aire puro, la alimentación sencilla, a base del suero de la leche, de almendras, de miel y de tortas de cebada, les había permitido conservar esa vida antigua hecha de contemplación, de sabiduría y de cantos ancestrales, que recordaban de un modo peculiar los cánticos asiáticos.

Los beréberes estaban allí, tal como habían estado desde siempre, bajo las tiendas del Atlas. Su historia era tan antigua como la de la humanidad. Se habían descubierto osamentas en Rabat, otras cerca de Casablanca, pertenecientes al estadio evolutivo más antiguo de la humanidad. En Safi se había descubierto un cráneo, que era el del hombre de Neandertal. Era algo vertiginoso. Habían existido siempre así, habían sobrevivido a las invasiones, a la guerra y a la asimilación, y eso, durante milenios.

Habían conservado en ellos el recuerdo de un tiempo mítico, de ciudades perdidas: la Atlántida, la epopeya sumeria del héroe Gilgamesh,

que fue en busca de la hierba de la inmortalidad a la isla de ultratumba, más allá del crepúsculo, el reino de Tartessos, en Andalucía, ciudad faro de la civilización madre, la civilización más evolucionada del Occidente antiguo, reflejada en el brillante pasado de las poblaciones del sur español. Y si en el siglo V Tartessos desapareció bruscamente de la historia sin que se sepa por qué, probablemente sepultada bajo las arenas movedizas, como la Atlántida de la que habla Platón cuyos reyes habían instaurado un reino inmenso y maravilloso, es porque todo pasa, y solo perduran los valores intangibles y los ideales, las historias, los mitos y las leyendas. Los beréberes del Sous conocían todas esas leyendas. Decían que los mayores dones de Dios son los perfumes y las mujeres.

Una tarde, el guía llevó a Esther lejos del grupo, a un gran campo de piedras y polvo, de raíces de azufaifo y de un viento que te vuelve loco, de sudor y de grandes tambores, de fuentes y de incienso: los gnaouas cantaban en voz baja mientras circulaban las pipas de kif. Convocaban a los djnouns. El brasero de benjuí, unido al agua de azahar vertida sobre los asistentes, confería un olor particular al aire que respiraban, y cuando el ritmo se aceleró, los gnaouas se pusieron a bailar.

De pronto un grito desgarró la noche: un grito potente y ronco, el bailarín se levantó con el cuerpo preso de espasmos, la mirada perdida. Corrió ante el público como un poseso, con la cara iluminada, se volvió hacia los gritos de las mujeres, después cayó, el cuerpo extendido en el suelo, inerte, con una sonrisa extática. Una mujer, dominada a su vez por convulsiones, se desplomó y luego empezó a hablar, a predecir el futuro, a franquear los límites del mundo visible. La noche, el viento, las nubes evocaban los djnouns creados por el fuego, voces invisibles que había que escuchar para tener *baraka*, fluido divino que atrae la salud, la prosperidad y la fecundidad, contra el mal de ojo.

Entonces Esther comprendió que Marruecos era de esos lugares que ejercían una magia, un poder sobre los seres y las cosas. Y para ella fue una iniciación visceral, violenta y torrencial. Sofocada por el calor de la tierra y del fuego, estaba en concordancia con algo que parecía sus deseos profundos, como una parte espiritual que se le revelaba de un modo carnal.

Entonces, en el Antiatlas, allí donde la erosión de los caminos crestados convierte la tierra en irreal, bajo el sol poniente, en los oasis de las montañas, los árboles en flor y las aldeas en terrazas, en la carretera de almendros atiborrados de flores rosadas y blancas, en un refugio de granito rosa de Tatafrout, lejos del caos, cuando el sol se puso con un juego de sombras y de luces reflejadas sobre las rocas rojas, allí, en pleno corazón de Marruecos, Esther se vistió el traje azul oscuro y se calzó las babuchas rojas, esas que las mujeres se ponen para irse a trabajar al campo y recolectar las almendras amargas y las almendras dulces, las aceitunas, los frutos de los cítricos, y el delicioso aceite de erguén. Todos los misterios de Esther se aclararon. ¿De dónde venían esta piel tan clara, y esos ojos rasgados, ese tono casi amarillo y esa venerable languidez? Ella creía ser francesa alsaciana, judía, marroquí, pero era beréber.

Por parte de madre, descendía de beréberes conversos, como lo demostraban su carácter, su tenacidad, y como lo eran muchos judíos marroquíes, beréberes por sus costumbres, por la supervivencia de su arte, por sus joyas y sus dialectos, pero también su arquitectura, sus ksours, ciudades fortificadas de tierra roja fundidas con el paisaje, sus alcazabas de adobe, y sus agadirs, graneros colectivos fortificados. Los beréberes estaban allí desde siempre y los judíos también; supervivencias antiguas. Los judíos estaban siempre con los beréberes: guarnicioneros y zapateros, comerciantes, joyeros… Judíos y beréberes, juntos, vestidos de la misma forma, mujeres jóvenes envueltas en un caftán blanco, que recuerda a los griegos, y también rojo: ese color de los trajes de boda que procede del Antiatlas y del valle de Sous…

Esther se acordó de los artesanos que había visto al borde de los caminos. Vendían joyas de plata, brazaletes cubiertos de puntas que eran armas de combate, petos realzados con un cabujón de colores, rematados con una cascada de colgantes, o también broches tallados, tocados de joyas, formados por una sarta de moneditas que coronaban la frente. El collar más importante era la hilera de bolas de ámbar, redondas y gruesas, que colgaba del cuello de las hijas del Atlas.

Era muy bonito y tosco a la vez, simple. Los beréberes eran así: ellos no trabajaban para la posteridad. Ese era el secreto de los artesanos: la mayoría

labraba materiales pobres que trataban sin artificio; un poco de arcilla desnuda o decorada simplemente con un grafismo blanco de cal o de alquitrán, de cobre recuperado de los campos de tiro, y transformada en platos rojos, redondos y lisos, rodeados de amarillo, eso bastaba para hacer una joya. Los hojalateros usaban latas de conserva vacías; del caucho de los neumáticos viejos tallaban un objeto. A lo largo de los caminos, a las afueras de Rabat y de Salé, cesteros instalados al aire libre creaban todos los días formas nuevas, trenzando simples cañas. Los artistas de la madera esculpían un plato en una raíz, un jarro en un tronco. En Taroudant, un artesano tallaba siluetas en la roca blanca, y aquello estaba impregnado de belleza.

Ellos habían reducido la vida a su expresión más simple: ni muebles, ni camas, ni tenedores, ni cucharas, ni platos, solo cuatro paredes, un techo y un suelo con esteras y alfombras, donde dormían y comían como los más felices y los más ricos de los hombres, más ricos en su pobreza que la mayoría de los europeos. Ellos amaban la tierra donde habían nacido, donde habían jugado de niños, e incluso si tenían que abandonar su aldea para ejercer su oficio, sentían la necesidad de regresar, esta era su tierra. Amaban su patria a través de sus tribus y de las vecinas tribus amigas, que defenderían a costa de su sangre. Eran su independencia, su vida, su libertad. No era una cuestión de territorio sino de tribu, de clan, de familia: de feroz defensa de los suyos.

Eran impulsivos: en cuanto concebían una idea, se ponían en marcha sin pensar en las consecuencias, como movidos por una voluntad exterior. No estudiaban los móviles de sus actos, no los analizaban, no reflexionaban, no razonaban. Sedentarios, trabajadores, tolerantes y sinceros pero con un temperamento peligrosamente impulsivo, eran capaces de destruir en un día lo que habían tardado veinte años en construir. Sentados sobre una piedra durante horas, como si formaran parte del paisaje, al borde de los caminos, en la cumbre de las montañas, ante las gargantas de los oueds bordeados de azaleas, frente a un árbol, con la mirada perdida en el horizonte, los beréberes velaban. Velaban Marruecos, desde hacía cinco mil años. Poco importaban las invasiones, ellos estaban allí, de día y de noche, como testigos, los testigos de la humanidad.

Por la mañana recogían la tienda. Sentados sobre una alfombra, al pie de las dunas, tomaban té, café, el pan redondo y los platos, quesos y mermeladas, alimentos simples, cocinados en un tajine. Por la tarde, cuando soplaba el viento, bebían un té bajo la *kheima*, la tienda negra, rectangular y muy baja. Semioculta tras un largo velo, una mujer atizaba el fuego bajo el hervidor. Allí, al abrigo de esa tienda, Esther tuvo la inexplicable sensación de estar en casa, de sentirse bien, de haber llegado. Ella que había nacido en Francia, ella a quien le habían contado tan poco sobre Marruecos, estaba ahora fascinada por los palacios, los oasis, las medinas, las montañas, el reino alauita, y por la cordialidad inmediata con el desconocido, el afecto y la hospitalidad, y sobre todo por esa sonrisa maravillada y llena de amor por la vida, que tienen los beréberes cuando te reciben… Los muros rosados, las llanuras y el espacio, las mesetas elevadas, la aventura y la sed, el interior de las casas con la luz tamizada, las sombras en penumbra, redondas, fabulosas, los torrentes, las bóvedas decoradas, las callejuelas, el aire puro, los huertos, los vergeles, los jardines de recreo e incluso las mezquitas, todo aquello la había conmovido hasta las lágrimas y le oprimió la garganta con un dolor secreto, jamás experimentado. Pensó en el término que el guía beréber le había enseñado: *Ishq*, la experiencia extrema.

Sumergida en su identidad más profunda, en sus identidades múltiples, Esther comprendió que era una judía árabe. Una judía árabe y beréber. El guía, que era musulmán, le enseñó hasta qué punto estaba unida la historia de los judíos y los árabes. Mohammed había hablado de Dios en términos que recordaban los libros de la mística judía, tales como el Bahir y el Sepher Yetzirah. La adoración de la Letra era el núcleo de numerosas sectas cabalísticas del Islam: los urifis leían un rostro humano como se lee el Corán, pues allí vibraba de forma visible la belleza de Alah. Esa secta organizaba sesiones de contemplación del rostro de un novicio, que debía experimentar a través de esa mirada una conmoción iniciática. El rostro que se contempla es asexuado, andrógino. Es esa nada transfigurada, despojada de un cuerpo angélico, que los dioses antiguos abandonaron en la tierra. De ellos provenía la ciencia de las hechiceras que lanzaban conjuros. En la vasta oscuridad del desierto, el cielo era su guía. Navegar por el desierto

como por el mar requería un conocimiento profundo de las estrellas y de su relación con el tiempo y el movimiento.

Y hete aquí que los vestigios del pasado estaban desmoronándose. ¿La historia acabaría borrándolos? ¿Las moradas beréberes con sus ventanas ribeteadas de cal iban a convertirse en polvo? ¿Las tribus beréberes de las montañas del Atlas, que se desplazaban como hace miles de años, con sus rebaños, bajo las tiendas de lana de cordero, en la arena del desierto, estaban destinadas a desaparecer? ¿Las mujeres, los niños, los hombres delante de las siluetas erosionadas de las alcazabas, entre las cumbres del Atlas y la inmensa meseta desértica del Draa, eran los últimos de los últimos?

—¿Sabes por qué tienes los ojos rasgados? —le había dicho el guía—. ¿Por qué los beréberes tienen rasgos asiáticos tan evidentes en la cara? ¿Por qué los beréberes marroquíes no son como los demás, y por qué su folklore tiene la huella de un lugar remoto?

—¡No!

—En Marruecos se han encontrado dibujos de dromedarios, que llegaron en el momento en el que el elefante ya no podía sobrevivir por falta de agua. Pero en África no hay dromedarios. Su tierra madre es Arabia. Por lo tanto, son los comerciantes quienes los han conducido desde los confines de Arabia hasta el sur de Marruecos. Para eso hay dos vías: el mar Rojo, Egipto, Libia, el sur del Atlas; o la travesía marítima: Etiopía, Sudán, Egipto. De oasis en oasis, las grandes familias de nómadas se desplazaban con sus rebaños, sus dátiles, su grano, y la henna necesaria para la higiene. En la época en que los nómadas viajaban, no había otro medio de purificarse. Eso explica la ceremonia de la henna.

»Ese pueblo del que tú vienes, experto en el arte de la navegación, eran los fenicios… Un pueblo valeroso que había emprendido la conquista de los mares, entre el siglo XIII y el siglo I antes de Jesucristo. Seguían al sol, como la leyenda del Fénix, el mítico pájaro que arde y renace de sus cenizas. Como el Fénix, ellos han surcado los mares en busca de riquezas, y el sol les ha quemado la piel convertida en rojiza, de ahí su sobrenombre, los Hombres rojos, ya que descendían de los Himyaritas, quienes vinieron a

instalarse en la estrecha franja de tierra entre el Mediterráneo y los montes del Líbano.

»Los fenicios, los Hombres rojos, descendientes de los Himyaritas, han aportado una civilización nueva al sur de Marruecos, una simbiosis entre los nómadas y los sedentarios, las tiendas y la alcazaba. Ellos formaban una de las tribus cananeas que practicaban el culto de Baal y de Ashera, y cuyos ritos comportaban, según ciertas fuentes, el sacrificio de niños en la hoguera. Ese pueblo representaba la civilización dominante de la época, como Norteamérica hoy: ellos habían inventado el alfabeto, la idea de ciudad-estado, el urbanismo. Su arte era refinado y conocían el uso de los metales. Hoy en día, los vestigios de su esplendor han desaparecido. Los beréberes abandonaron y olvidaron la escritura, y ya no queda ningún rastro de los tiempos antiguos, salvo la tradición oral.

Esther era fenicia, era beréber. Venía de ese pueblo antiguo que había sobrevivido a todos los invasores; era una beréber en diáspora, que seguía viviendo en una tribu, su familia.

Entonces comprendió el significado del traje rojo, ese color que había vestido y que venía de tiempos inmemoriales, cuando judíos y beréberes vivían unidos en ese país que era el suyo. Ese vestido venía de los fenicios, antepasados de los beréberes. La historia de ese traje se remontaba a los tiempos en que se había creado Marruecos con la llegada de los fenicios, inventores del color púrpura. Ellos eran los únicos que sabían capturar los mariscos púrpura y extraer las glándulas, para meterlas en una jofaina de plomo, que calentaban con vapor de agua, y cuando el tinte entraba en ebullición, retiraban los trozos de pulpa que había en la superficie con la ayuda de una espumadera, y luego dejaban la lana en remojo en el baño de color antes de dejarla secar al sol. El color púrpura tenía un uso sagrado: se utilizaba para teñir la cortina de los templos y los objetos rituales. Y los vestidos de novia. Como el suyo: un traje fenicio. El color era sagrado porque procedía de un arte secreto, la llave de su éxito y de su riqueza.

Ese arte era el de los herreros, ancestros de los alquimistas. Cuando estos habían comprendido que no había disociación entre el cuerpo y el espíritu, habían aprendido a conseguir la combinación entre el azufre y el mercurio en la intimidad de la materia filosofal. Modificar las sustancias:

ese era el secreto de los herreros que había creado la riqueza de los fenicios, y gracias al cual habían podido extender su imperio. Ellos eran el vector del pueblo judío, que les había transmitido la sabiduría secreta de los metalúrgicos, esa que poseía ya Moisés, con su serpiente de bronce. Ellos eran los maestros del fuego, que utilizaban para transformar los metales. Ellos sabían que la acción de las llamas permite la transformación última. Ellos habían aprendido que el mundo no es una cosa hecha y terminada, sino una cosa que se sucede sin descanso, que se alza, se desarrolla, se renueva, y que todo movimiento, incluso una caída, una depresión, era la luna antes de regenerarse, la marea baja antes de la marea alta, el sueño que otorga renacimiento y fuerzas para la vigilia y el despertar.

Eso que Esther había presenciado entre su padre y Michel Tolédano no era más que un ancestral combate tribal… Una cosa terriblemente seria. El orgullo, eso era lo esencial. Jamás había que ofender el orgullo de un judío marroquí, ni el de un español o el de un árabe, porque ellos han heredado el orgullo de los beréberes. Esa era la ley sagrada que no había que transgredir jamás. Y Charles no había mostrado el menor respeto por esos valores, esenciales en su cultura. Él, con su actitud impertinente, había ofendido a su padre, y le correspondía a ella, Esther, vengar su honor escarnecido. Eso era lo que ella se repetía mientras subía despacio los peldaños que la conducían hacia Noam.

Capítulo 3

Bodas bárbaras

Esa noche, en su apartamento, en la cima de un edificio nuevo sobre el mar, Noam Bouzaglo esperaba a Esther Vital.

Confiaba en que viniera. Había colocado velas en la terraza y había preparado dos copas de vino de Israel.

Noam pensó en aquella mañana de abril, cuando había cogido el autobús que le llevaba lejos de la ciudad de Dimona, donde su familia estaba instalada. Iba hacia el norte del país, al ejército. Acompañado por sus padres, su madre llorando y su padre dividido entre el orgullo y la angustia, se marchaba para cumplir con su destino. Iba a convertirse en uno más, a fundirse en la nación israelí, entre asquenazíes, falashas, yemenitas y sefardíes como él. Más adelante, trabajando para las unidades especiales, Noam había convertido su origen en una ventaja.

Noam esperaba a Esther. Al volver a verla, había comprendido que nunca la había olvidado. Desde que ella se había marchado, él había acumulado conquistas. Mujeres que conocía en los bares de Tel-Aviv, a quienes seducía rápidamente y rápidamente olvidaba. Había estado con una joven de origen ruso varios años, antes de admitir que no tenían nada en común. Luego con otra, de una familia asquenazí de la burguesía de Tel-Aviv que prácticamente se avergonzaba de presentarlo a su familia. Sin embargo tampoco conseguía entenderse con las mujeres sefardíes, demasiado maquilladas, demasiado amaneradas, demasiado superficiales. Él las llamaba *frehot*, derivado de Frieja, un nombre de pila marroquí.

Y cuando se había enterado de lo que había sucedido entre Moïse Vital y su futuro yerno, había vuelto a concebir esperanzas contra toda lógica.

Por eso, cuando Esther llamó a la puerta, Noam estaba preparado para recibirla.

A pesar del entrenamiento que había recibido, de las misiones peligrosas, cuando la vio sintió que su corazón se desbocaba. Y se dijo que jamás había experimentado un sentimiento así por una mujer. Estaba a la vez atraído e impresionado por ella, hasta el punto de perder toda compostura.

Sin decir una palabra, la tomó en sus brazos. La besó despacio, después con pasión. Sus bocas, sus labios, se buscaron. Los brazos de Noam, tranquilizadores, la guiaron hacia su dormitorio, la depositaron sobre su cama, mientras Esther, abrumada por la culpa, se entregaba, sin entregarse. Observó la mano de Noam, esa mano oscura, tostada por el sol, esa mano que había sostenido armas, apoyada en la suya. Sintió el impulso de apartarla al pensar que esas manos habían matado. Se preguntó por qué lo pensaba en ese momento, y luego apartó esa idea de su ánimo. Para reemplazarla por otra… Esas manos le recordaban el desierto y el cálido sol. El desierto de Marruecos y el de Israel, que habían surcado juntos, el desierto de Judea, detrás de las colinas de Jerusalén, y el del Néguev, cerca de Be’er Sheva. Bouzaglo: ella sabía de dónde venía ese nombre, del país de sus ancestros, era un nombre beréber. Ella sabía adónde había llegado: al país de sus antepasados. Con Noam, Esther cumplía su destino. Era una fatalidad que les conducía uno hacia el otro, una fatalidad que la arrastraba de un modo inconsciente, entre el amor y la muerte.

Y ella, Esther, víctima de una lucha tribal, fue a buscar consuelo junto a aquel que había permanecido cerca de sus orígenes, defensor de su tierra y de su reino como en los tiempos de la Kahéna.

Al sentir esas manos que moldeaban su cuerpo, ese aliento pegado al suyo, Esther experimentó todo lo que no se había atrevido a sentir durante el verano que pasó con Noam. Todo aquello que había silenciado, que había enterrado en su corazón para mantenerlo oculto, y que estaba allí. Profundamente afectada, trastornada por reencontrarse con Noam, había entrado en un estado de ingravidez, y le había trasladado a Charles esos sentimientos confusos. Había reprimido su amor por Noam. Lo había asfixiado en su corazón hasta apagarlo, abrazando a Charles. De pronto,

comprendió que no había tenido la honestidad, la franqueza, la sinceridad de decirse que se había enamorado de Noam, lo cual implicaba que debía abandonar a Charles, cosa que no podía hacer, porque ante él estaba bloqueada. Pero sí, esa era la evidencia, era a Noam a quien amaba. Todas las imágenes volvieron a su mente, todas las veces que ellos no habían conseguido acercarse, rozarse, acariciarse, que no lo hicieron, como si hubiera un muro invisible entre ambos. En el mar Muerto, ella había lavado su amor incipiente.

Y ahora, estaba allí, ante él, temblorosa, emocionada, paralizada bajo él, que la miraba con sus ojos oscuros, profundos, en los cuales ella se reconocía, en los cuales se perdía. Esos ojos que se parecían a los suyos…

Sus manos le recorrían el cuerpo. Su cuerpo firme se apretaba contra el suyo. Esther, inmovilizada, se dejó guiar, se olvidó de sí misma.

Trastornada ante la idea de romper con Charles, pero movida por un anhelo terrible de hacer por fin eso que nunca había podido hacer, como la culminación de su destino, sin saber por qué, hipnotizada, Esther, en brazos de Noam, se dejó hacer. Dejó que le cogiera la cabeza entre las manos, dejó que la besara. Y que, con un movimiento ágil, deslizara su cuerpo recio y duro dentro del suyo. Se unieron en su parecido.

Esther atribuyó esta extraña familiaridad a la amistad y al vínculo que unía a sus padres. Interpretó esta curiosa impresión de *déjà-vu*, como un amor naciente. Y esa idea tenaz, según la cual ella no debería estar allí, la atribuyó a la culpabilidad, de la que esta noche o nunca esperaba desembarazarse. Guiada por la cólera, enajenada por la búsqueda de sí misma, dejó que el deseo cubriera ese cuerpo de mármol con cierto sobrecogimiento, que atribuyó al miedo a decepcionarle, a que él no la amara, a que viera sus defectos y que la detestara, cuando era ella quien se detestaba.

Indecisa, movida por la imposibilidad de moverse, negligente consigo misma en ese cuerpo perdido. Desamparo, odio hacia una misma, amor propio, en aquel instante todo se confundió en la consumación inevitable.

El malestar procedente de lo más profundo de sí misma, de la raíz de su ser, la invadió hasta el punto de aniquilarla. ¿Cómo abandonarse? Algo en el interior de su cuerpo se lo impedía, la cerraba sobre sí misma. Algo que

estaba allí desde siempre, desde el inicio de su vida amorosa. Ese sentimiento de malestar, henchido de culpabilidad, esta impresión de ausencia de sí misma, de indolencia y de pasividad, le era familiar desde que había empezado a romper el tabú de la virginidad eterna a la que la destinaba su cultura. Su primer amante, con quien había pasado casi un año antes de implicarse en una relación física, no se había quedado mucho tiempo después de haberla poseído… pues para ella se trataba exactamente de un tema de posesión; ella, que entregaba su cuerpo sin entregar su alma, pues su espíritu, debido a una lucha implacable, le prohibía todo contacto con el cuerpo. A ella la habían educado sin referencias, en un vacío de palabras y directrices en todo lo relacionado con los temas del cuerpo, ya que la religión y la tradición la reservaban para su marido, la noche de bodas. Todo lo que tenía que ver con el cuerpo y el placer estaba, pues, teñido de una susceptibilidad terrible, como si su cuerpo, consciente de la culpa, se disociara de su espíritu y se rechazara. Pero ¿culpable ante quién? Ante los hombres, ante una sociedad que había sometido a las mujeres, convirtiendo su himen en secreto y tabú a la vez. El tabú era tal, que durante su educación el precepto de casarse virgen y preservar el himen ni siquiera se había mencionado. Sencillamente el himen no existía; solo existía el himeneo. De acuerdo con una concepción muy oriental de la mujer, todo estaba encaminado a domesticarla y a circunscribir, a través de su sexualidad, el terreno de su libertad. Educada en un pudor extremo, ella había hecho de su miedo a estar desnuda, a que la vieran, una virtud, una pureza. Cuando era jovencita, le horrorizaba la idea de ver a un hombre desnudo, le daba miedo. Lo poco que su madre, sus tías y su abuela le habían dicho, iba en ese sentido. No conocía nada de su propio cuerpo, como si este no existiera, no tuviera importancia, ni apenas existencia. En el mejor de los casos, era algo que no le interesaba; en el peor, era algo que odiaba. Ella, que detestaba la voluptuosidad y la sensualidad, intentaba continuamente que fuera más delgado, menos femenino, más andrógino, más juvenil. Esther carecía de una idea de lo íntimo, puesto que estaba consagrada en cuerpo y alma a su familia, y del placer individual, solo del deber, y tenía la vaga consciencia de que había que desconfiar de los hombres, de sus almas, de sus corazones, de sus deseos, del embarazo…,

rumores susurrados de madre a hija sobre abortos, o intentos de aborto. La sexualidad era sinónimo de peligro para la mujer, de peligro mortal, incluso. Pero ¿de qué desconfiar si no se nombra el peligro? ¿De todo, a cada instante, en todo momento, y cómo relajarse si el riesgo es permanente? Pasar del padre al esposo. Ese era el objetivo inconfesado, pero muy presente en el espíritu de Esther quien, aunque hubiera decidido vivir de otro modo, se sometía a esa ley implacable. El esposo se convirtió para ella en otra representación de su padre tan querido y tan prohibido. Era como si el tabú del incesto fuera válido no solo entre ella y su padre, sino entre ella y todos los hombres, por extensión.

En ese sentido, su identidad de mujer había empezado cuando había encontrado a su futuro marido. Al enamorarse de él, había intentado confiar en él, establecer un puente entre su cuerpo y su espíritu. Con él, se había liberado de sus cadenas, aunque el placer seguía siendo un horizonte lejano y difícil de alcanzar. Se castigaba sin cesar, se torturaba, tan angustiada por haber roto el tabú del cuerpo, que se dejaba desear, hasta aniquilarse a sí misma. El camino del cuerpo era un vía crucis. No podía evitar pensar que sería castigada, deshonrada, que se ensuciaba, que como mujer no tenía derecho a ser mujer. En ella había un desgarro, que era el desgarro mismo de los orientales, judíos o árabes: entre las pulsiones y la exaltación de los sentidos, y la prohibición de dejarse llevar, de entregarse. Como si llevara un velo interior.

En su cultura, se era hija, se era madre, y se pasaba de modo natural de un estatus al otro sin ser nunca mujer. Ser mujer: es decir ser capaz de entregarse.

Entonces dejó que el deseo de Noam la desvelara, la poseyera. ¡Bodas bárbaras…! Su tristeza, su dolor, su angustia ante la muerte, pues ella moría de amor, explotó en un grito. De pronto deseó partir, huir a toda prisa, tuvo ganas de forcejear pero siguió postrada, anonadada, sumisa, presa de la inocencia suprema del mal, extraña seguridad de la perversidad, que hace que el pavor parezca confusión, la ruptura del orden de las cosas como una banalidad cotidiana, eso que no debe pasar como eso que no puede no pasar, aquello que no debe ser como aquello que es. Lo inimaginable convirtiéndose en la evidencia misma. ¡Extraña seguridad del mal que se

comete! Misteriosa dimisión de todo el universo, que converge de repente en el compromiso, huida de las barreras, de las fronteras, que se derogan, cuando debían surgir y alzarse con todas sus fuerzas, para combatir la abominación… ¡pero no! Era demasiado tarde, entonces lo olvidó todo, y se ausentó de sí misma, como si no fuera ella quien estaba viviendo ese instante. Ella era la mujer marroquí del negro ancestral, símbolo de África, al compás de las danzas y de los trances de las sectas, crispadas hasta el desmayo. Era la mujer del desierto de raíces beduinas, nacida de la leyenda de Majnun y Laïla, del amor imposible y perfecto, que conduce a la muerte. Eva, la pérfida que ha roto el tabú, arrastrando a toda la humanidad con su pecado.

Esther cerró los ojos para no seguir viendo lo que estaba pasando, cerró los oídos para no oír lo que le decía su corazón, cerró la boca para no seguir notando el sabor del otro, cerró las ventanillas de la nariz para no seguir respirando. Y renacer lejos de todo, rehaciendo el camino inverso, detrás de la máscara, lejos de toda relación con el tiempo, con el espacio, con el lenguaje, en una discreta ingravidez.

Capítulo 4

El amuleto

Esther abrió los ojos. Una luz rasante se filtraba a través de los postigos. A su lado, Noam dormía.

El alba.

El alba irreversible.

En duermevela, se preguntó dónde estaba. Por un momento creyó estar en Estrasburgo, en la habitación infantil que compartía con su hermana, al fondo del apartamento oscuro en el que no entraba nunca la luz. El alba se alzaba sobre la ciudad adormecida, acurrucada bajo el frío, sobre las calles desiertas y sus grandes vías adoquinadas, sobre la plaza Gutenberg, corazón de la ciudad, sobre la Petite France y sus casas con entramados, y sobre el jardín de l'Orangerie y sus árboles congelados. Y fuera, por la ventana, ella veía la lluvia que caía sobre la ciudad, y limpiaba las fachadas, los impresionantes edificios; aumentaba el caudal del Ill y cubría las aceras con un manto fangoso, sobre el cual avanzaban los transeúntes, los alsacianos protegidos con pieles y abrigos con capucha, y en medio de estos, los sefardíes encogidos. El sábado por la mañana, estos se dirigían a la sinagoga, en el sótano de la gran *schule*, con el libro de plegarias en la mano. Luego volvían a casa, en pequeños grupos, y a la hora en que otros comían chucrut, ellos degustaban la dafina que había cocido toda la noche, como en los hornos de Fez, de Meknes y de Mogador. En el frío Estrasburgo, la dafina les recordaba el calor agobiante de su infancia, cuando las abuelas con pañuelos largos les cubrían de besos y de pastelillos de flor de azahar.

La lluvia caía sobre Estrasburgo, sobre su catedral de granito rosa, cuyas campanas seguían repicando al caer la tarde, para recordar a los judíos que había llegado el momento de abandonar la ciudad. A sus pies habían erigido dos estatuas de mujeres: una representaba la Iglesia, y la otra, la Sinagoga, tenía los ojos vendados, una alegoría aterradora que evocaba su ignorancia, de la cual nacieron siglos de intolerancia. A pocas calles de allí, la calle Brûlée, donde quemaban a los judíos. Pocos años antes, otras mujeres con los ojos vendados, fusiladas. Y sin embargo, los judíos marroquíes habían venido a poblar esas tierras hostiles de Occidente, que para ellos representaban la civilización, la cultura, el ideal. En la calle Brûlée, ellos cocían la dafina el sábado al mediodía, e iban a la sinagoga de la Paix pasando frente a la catedral, para saludar a la mujer con los ojos vendados.

Esther se levantó, tenía sed. Salió sin hacer ruido de la habitación donde dormía Noam, buscó el aparador del salón y como no encontró ningún vaso abrió otro armario y echó una ojeada, hasta el momento en el que un saquito de terciopelo atrajo su mirada. Lo cogió, lo abrió y entonces fue cuando lo vio.

¡El amuleto!

El amuleto brillaba tenebrosamente bajo la luz del amanecer. ¡Con ese aspecto tan particular y fascinante, solo podía ser eso!

Esther no daba crédito. ¿Qué hacía el amuleto en casa de Noam? ¿Era él quien lo había robado? Pero eso era imposible, ya que en el momento en que tuvo lugar el robo se encontraba con ella.

Y de golpe, lo comprendió. ¡Era Isaac Bouzaglo quién lo había robado, para dárselo a su hijo!

Se sentó, confusa, con el corazón desbocado. Le fallaban las piernas.

Como un relámpago surgió la inocencia de Charles. Y también el arrepentimiento, los remordimientos y la tristeza. ¡Cómo se arrepentía de haber sido tan ingenua! ¿Cómo había podido vivir al lado de alguien a quien creía conocer y amar, sin saber quién era? ¿Por qué había dudado tanto de él, y por qué había confiado en los demás? ¿En sus padres, en Isaac Bouzaglo, y en Noam? ¿Acaso no tenía el menor criterio? ¿Por qué no

había sospechado desde el principio de Isaac Bouzaglo, el amigo-enemigo de su padre?

Aturdida, Esther contempló el amuleto, esa joya inmemorial, sobre la palma de su mano. La verdad le quemó los ojos.

¿Cómo no había sospechado de Isaac Bouzaglo? Él, que amaba y admiraba a su padre y al mismo tiempo le detestaba. Él, que tenía envidia de la elección que este había hecho en la vida, mientras que la suya no dejaba de someterle a continuas pruebas. Isaac Bouzaglo quería todo lo que su padre tenía. *¡Quizás incluso a su madre!* Y era él, la serpiente, el mal de ojo que Sol había captado a su alrededor desde el principio, él, que venía del entorno cercano para maldecir la celebración y detenerla, para impedir que esa boda tuviera lugar. Él conocía los vínculos que habían unido a Esther y a su hijo, Noam. Y era él quien, habiéndolo orquestado todo, había venido a prevenirla del desastre cuando ella estaba en el balcón con Noam. ¡Cómo debía de haber saboreado su estratagema!

Esther creyó liberarse y lo único que había hecho era encadenarse más. ¿Cómo osaría enfrentarse a la mirada de Charles? ¿Cómo decírselo, y cómo no decírselo? Que se arrepentía, que si pudiera borraría esta noche para siempre, que lo daría todo por hacerlo; que lo lamentaba profundamente y que le pedía perdón por todo lo que había pensado, por todo lo que había hecho, por sus errores y por sus graves pecados.

No, no se lo diría nunca. Guardaría oculta en su interior la culpa de haber ridiculizado su historia, su amor, y haber traicionado su confianza. ¡Ella creía haber perdido a Charles, y resultó que en el momento mismo en el que volvió a encontrarle, y a quererle tanto, volvía a perderle!

¿Y por qué había necesitado cometer una traición para comprender quién era él? ¿Por qué había necesitado llegar al fondo del abismo para que surgiera la verdad? ¿No podía esta revelarse a plena luz, sin la penumbra de las tinieblas? Si ella no hubiera estado en el apartamento de Noam, nunca habría sabido la verdad. ¿Por qué para conocer la verdad necesitaba la prueba de la mentira, la máscara de la traición? ¡Cuánto se detestaba ahora por haber actuado así! ¿Qué parte era responsabilidad suya y cuál correspondía a la manipulación? Y aunque hubiera habido manipulación, ¿es que ella no tenía ningún criterio, ninguna fuerza moral?

Esther pasó revista al ineluctable escenario. Sus padres descontentos por ese mal matrimonio, su hermana celosa, Sol angustiada por la idea de que esa boda fracasara como la suya; luego la escena del amuleto, el apagón, la desaparición, su encuentro con Noam en la terraza, la llegada de Isaac y, a continuación, todo se había encadenado: la pelea de las familias, la ruptura con la suya, la desaparición de Charles ofendido por sus sospechas, el mikvé, la llamada de la tradición, la soledad hasta el momento en que había franqueado la puerta de Noam…, como si todo estuviera organizado para confundirla. Ciertas personas que estaban en contra de esta boda habían sacado provecho de la situación deliberadamente. Otras intentaban arreglar las cosas. Pero ella, ¿quién era ella en todo esto? ¿Qué papel desempeñaba su libertad frente al destino sellado por un conjuro? ¿Era esto obra de la terrible Yacot? ¿Qué papel representaba el ojo? ¿Y cuál su libre albedrío?

Pero también, ¿cómo no sospechar de Charles que no había permitido que le registraran? ¿Y cómo no detestarle después de eso? ¿Cómo no refugiarse en los brazos de aquel que aparecía como el consuelo que llegaba en el momento justo, cuando era el auténtico culpable? Todo el mundo llevaba una máscara: su padre la máscara de la verdad, Isaac y Noam la máscara de la inocencia, y Charles la máscara de la mentira. Y detrás de esas máscaras, detrás de los personajes, se ocultaban las verdaderas personas: su padre se había equivocado, Isaac y Noam habían mentido y robado, y Charles decía la verdad. ¿Cómo ver claro en ese mundo de falsos semblantes y de apariencias, donde nadie era quien decía ser? Y ella, Esther, que había vestido sucesivamente todas las máscaras, la de la mujer amante, la de la novia, luego la de la hija deshonrada, después la de la repudiada, y más tarde la de la seductora, en esta noche fatídica, ¿quién era en realidad?

Se estremeció al pensar en el mal de ojo. ¿Yacot había maldecido su boda, jurando que se amarían, pero no podrían casarse? ¿Estaba ella maldita como su abuela Sol, o se había precipitado hacia su ruina sola, por necedad, por falta de criterio, por esa trágica desesperación que le prohibía hacer lo que realmente quería hacer? Esa desesperación que la atenazaba en aquel instante, y le impedía hacer ningún movimiento para escapar, para actuar cuando todavía había tiempo. Se hundió en una tristeza abismal. Las

palabras del gran Gabirol volvieron a su memoria: «¡Dios mío! ¿Qué es ese hombre a quien juzgas? Una brizna de paja le hace retroceder, una espina le hiere». ¡Y cómo hacía suyos todos esos males que le agobiaban a él! Un puñado de tierra, un gusanillo, una mota de polvo, una piedra muda, una sombra fugaz, un soplo que pasa y ya no vuelve, un áspid venenoso, un alma perversa, un corazón endurecido, un orgulloso exaltado, hábil en la mentira y la falsedad, un arrogante, un irascible… ¿Qué soy yo? ¿Qué es mi vida? ¿Qué valor tienen mis hazañas?, se preguntaba él, lamentándose de su suerte.

¿Y ella, quién era ella sino el ser maligno que en tan poco tiempo había sido injusta, orgullosa, violenta, que había engañado, traicionado, despreciado, que se había burlado de aquel a quien amaba y, a través de él, del amor en pleno; que había ridiculizado la ceremonia más sagrada y el corazón más puro, que era rebelde, adultera? Obstinada, depravada, limitada y terca, impía, que había faltado a su palabra y a través de ella a todas las palabras bondadosas, que estaba corrompida, y que había violado todos los preceptos. ¿Cómo había podido cometer tantos errores y pecados en tan poco tiempo? ¿De qué servían la sabiduría y los conocimientos en los cuales se suponía que la habían educado? Ella que se creía a salvo del mal, ¡qué culpable se sentía de toda la tristeza que había debido de causar a aquel que la amaba! ¿Qué le quedaba ahora?

Lo había perdido todo: el afecto por su padre que la había llevado por un camino erróneo, el amor de su madre que había aprovechado la situación para acapararla, igual que su hermana y Charles, a cuya mirada le costaría enfrentarse a partir de ahora, y quizá durante toda la vida. La culpa, siempre la culpa. La culpabilidad la había convertido en culpable. Lo había perdido todo y estaba más sola que nunca, sola en el mundo. Sus fuerzas estaban desechas. Su desesperación era tan intensa que un torrente de lágrimas brotaba de sus ojos.

Esther se había destruido a sí misma, y sin un destello de esperanza.

Ese ser sin nombre, sin cara, que se evocaba sin invocarle, que solo se sabía definir de forma negativa, porque Él no era más que por lo que Él era, ese ser de quien se decía que Él sería lo que Él sería: ¿Dios existía? ¿Sabría Él salvar su ser en peligro? Ella, sumida en una desesperación tan

vertiginosa, tan negativa, tan definitiva, en un vacío del alma tal, que renegaba de todo lo que era y de lo que había hecho hasta ahora, llegando a negar la pertinencia de su vida, descubría lo inconmensurable. En su vértigo existencial, estaba la existencia misma, esta ausencia…

La verdad estaba allí: quizá Dios no existía, pero el Mal, sí. En el infinito de ese abismo, estaba el Infinito. El Mal pesaba sobre ella, hasta el punto de aplastar lo que quedaba en pie de sí misma. Era mucho más fuerte que ella, que tan solo era una brizna de paja, polvo, una simple anécdota de esta historia inmensa que era la historia del mundo. El Mal existía antes que ella y la sobreviviría; él era eterno y ella no era nada. ¿De qué les servía a todos buscar el secreto de la inmortalidad durante siglos? El secreto de la inmortalidad residía en un solo ser: el Mal. Y la única posibilidad del ser humano de ser eterno era inscribirse en su historia fatal. El diablo era inmortal. Sometiendo la voluntad propia a la suya, ella se inmortalizaba a la vez que se inmolaba.

Esther se repitió esa frase, que no conseguía entender: *Isaac Bouzaglo había robado el amuleto*.

¿Como venganza última contra eso que le había hecho Moïse?…, pero ¿qué le había hecho? No le había seguido a Israel. Había sido más feliz que él. No. Se trataba de algo mucho más grave. Entonces le volvieron a la memoria todas esas miradas de Isaac a Suzanne, cuando venía a visitar a Moïse. Y la actitud de Suzanne también, entre halagada y asustada. Esa extraña proximidad entre ambos, esta connivencia que solo les pertenecía a ellos que fueron… amantes.

Amantes. Ante esa palabra, Esther se estremeció. Amantes, como ella y Noam. Amantes, la víspera de su boda. Amantes… antes de que ella se casara con Moïse y estuviera embarazada de Esther.

Cogió el amuleto entre las manos y salió al balcón. La cabeza le daba vueltas, tenía vértigo.

Creyó desmayarse. A sus pies, allá abajo, la ciudad. Muy pequeña. Los coches como manchas de luz en el incipiente amanecer. Ante ella, el mar se perdía en el horizonte. El mar bombeado sobre la superficie de la Tierra, en el flujo y el reflujo del sol, que se alzaba como una bola roja reflejada en su

inmensidad. El mar estrellado que la llamaba, para que se fundiera con él para siempre.

Estaba muy arriba. Y de pronto, el vacío la aspiró. Esther se miró las manos que sostenían el amuleto, esas manos temblorosas, esas manos culpables. Y su cuerpo de plomo aspirado por el vacío, ese cuerpo que la horrorizaba, que la asqueaba y del que tenía que librarse.

Capítulo 5

Jacob Tolédano

Jacob Tolédano no estaba contento con lo que había oído sobre los judíos de Meknes de la boca de Saadia, el abuelo de la novia. No le gustaba su desprecio hacia los ciudadanos de Meknes. Él tenía sentido de familia, por encima de todo. Y pertenecía, más que a una familia, a una dinastía: eso significaba que consideraba su valía personal como una herencia legada por sus antepasados, y esa era la razón por la que se sentía terriblemente ofendido por lo que había oído. La familia era algo natural, constitutivo de la identidad, una evidencia como el hecho de respirar o comer, que formaba parte de sí mismo. La víspera, había ido en peregrinación a la tumba del rabino venerado por todos los marroquíes, el grandioso Baba Salé. Hacía mucho tiempo que no había hecho ese peregrinaje. La última vez, que fue en Marruecos, había recorrido el paseo de las Tumbas.

Recordó la Hilloula del rabino Chalom Malka, en Meknes, de la época en que era niño.

Todos se preparaban, cerraban tienda y vivienda, recogían a los niños del colegio, y jóvenes y viejos, enfermos y sanos emprendían el viaje a lomos de mula, en carro, en coche o en camión, con colchones, utensilios de cocina y provisiones. Nada detenía a los peregrinos, ni el polvo de los caminos, ni la fatiga, ni el sol. La pequeña población se apiñaba alrededor del mausoleo. Los peregrinos venían de Marrakech, Casablanca, Rabat, Tánger, de todas las ciudades y todos los pueblos de Marruecos: era imposible encontrar una habitación de alquiler. También había otros que dormían en tiendas o al raso.

Aquí, en Israel, era casi como allí abajo: la vela, los cantos, la orquesta andaluza, y el oficiante con voz de oro que lanzaba su canto procedente del abismo de los tiempos, y todo el mundo le acompañaba dando palmadas. Junto a la tumba, una hoguera ardía al aire libre, alimentada por las velas. A su alrededor, los peregrinos rezaban. Rezaban sobre las tumbas, dando gracias al Eterno por estar sanos, o rezaban al santo para que intercediera ante el Creador para obtener la curación de una enfermedad, los ciegos para recobrar la vista, los paralíticos la movilidad, las mujeres estériles, la fertilidad. Y a veces, un enfermo se había curado, una promesa se cumplía, y por todas partes se oían los gritos «milagro», y la noticia se propagaba a gran velocidad, progresivamente, por las ciudades y los pueblos, hasta el año siguiente, cuando los peregrinos acudían en mayor número allí donde se había producido el milagro.

Y aquí, en tierra de Israel, Jacob les encontró por fin. Todos los rabinos venerados de Marruecos, los sabios, los santos.

El rabino Israel Abehassera, llamado Baba Salé, había nacido a finales del siglo XIX en Tafilalet, un pueblito del sur marroquí. De niño había dado muestras de una gran inteligencia y una madurez excepcionales. A los diecisiete años, ya se ocupaba de dirigir la yéshiva que llevaba el nombre de su abuelo. A los veintiocho, le nombraron juez del tribunal rabínico. Partió a Israel a los setenta y tres años.

Igual que su antepasado el ilustre rabino Yacov, Babá Salé era un cabalista eminente consagrado a la meditación y a la contemplación. En Israel, su domicilio estaba abierto para todos, y los adeptos acudían de todos los rincones del país. Él los recibía uno por uno, escuchaba su relato, su petición, le bendecía, le daba una botella de agua bendecida por él, y afianzaba su fe. Pero le explicaba que esa agua del grifo no tenía poderes mágicos. Era simplemente el símbolo de su bendición.

Tantos rabinos, que habían hecho milagros, tantos maestros de Marruecos, que, movidos por su ardiente fe, habían partido hacia Israel en épocas en que el viaje era largo y penoso. Sí, en ese momento preciso, en que su alma sentía tanta melancolía, él había tenido necesidad de meditar y quizás, en las profundidades de su corazón, encontraría la respuesta a su pregunta, antes de que cayera la noche, antes de que fuera demasiado tarde.

Algunos iban a las tumbas para dirigirse a los muertos y elevarles súplicas. ¿No prohibía la Torah dirigirse a los muertos? Pero no era eso lo que buscaba Jacob: él sabía bien que los muertos no tienen ningún poder. Y sin embargo, en su fuero interno, pensaba que podían intervenir en su favor, igual que los ángeles.

El Zohar decía que los justos desaparecidos no se consideraban difuntos, sino vivos. Por eso algunos cabalistas visitaron las distintas tumbas de Galilea durante semanas, en compañía de varias decenas de discípulos. Y todos habían muerto poco después de su llegada a tierras de Israel, como Judah Halévy, como Abouhatséra, como Ram'hal, o el Chla, pues por fin habían llegado a su destino. Y él, ahora, sentía la muerte cerca. Desde que había puesto el pie en Israel para la boda de su nieto, le embargaba la angustia.

Tantos rabinos, pensó Jacob, ¿y qué quedaba de ellos? Sus libros, sus enseñanzas, sus palabras, de generación en generación, una tradición como un hilo rojo que nunca se había roto, desde la inhumación de sus cuerpos. ¿Qué iba a ser de ese hilo del conocimiento en esta época de cambios tan grandes? Él conocía las palabras de todos esos rabinos, pero ¿qué pasaría con su nieto? ¿Y sus bisnietos? Él le había enseñado a su hijo Michel todas esas cosas, pero este se fue a Francia, se sumergió en el mundo de la política, y no había conseguido transmitirlas a sus hijos. Ni Ary ni Charles habían abierto un libro de la Torah desde su bar-mitsvah. ¿Por qué esa decadencia repentina? ¿Era culpa suya, de Jacob Tolédano, que sus nietos fueran ignorantes? Él había sabido transmitir a su hijo todo su saber, pero no había sabido transmitirle la transmisión. Luego sí, era culpa suya. Algo no había pasado a través de él. Algo que había perdurado durante generaciones y generaciones, de forma infalible, se había roto allí. Por culpa suya, sin duda. Pero ¿por qué? ¿En qué era él distinto a su padre y a su abuelo, y al abuelo de su abuelo? ¿En qué había fallado? ¿Iba a morir él con la constatación de ese fracaso: la ausencia cruel de la inmortalidad? ¿Iba a morir sin dejar huella? ¿Por qué no había conseguido perpetuar esa llama, que se extinguía, poco a poco, de su hijo a su nieto, de su nieto a su bisnieto? ¿Era él el último de los Tolédano? ¿Qué ocurriría después de su muerte, cuando se hubiera llevado sus secretos a la tumba?

Qué triste era ver que sus nietos no tenían tiempo de dedicarse a la religión. Él comprendía muy bien que en París, en Estrasburgo, hoy en día, con el trabajo, era difícil. En Marruecos, la gente tenía la posibilidad de consagrarse a sus deberes religiosos. Toda su vida estaba estructurada por el judaísmo. Antiguamente, a su alrededor, todo estaba teñido por la religión: la necesidad de alimentarse, la sexualidad, o la procreación, eran la huella de la tradición. Ellos hallaban en la tradición escrita y oral del judaísmo, no solo preceptos de orden religioso, sino también una higiene, normas de comportamiento con los demás, con la familia, la naturaleza y los animales. Durante su infancia. Jacob iba a la sinagoga dos veces al día; la sinagoga, por otro lado, estaba también en su casa, donde se estudiaba la Biblia, el Talmud y el Zohar, donde se celebraba el sabbat y las fiestas, en constante referencia a la historia judía, a la Biblia y al sueño de regresar a tierra santa. Para todo eso, Dios había ordenado, reglado su mundo y delimitado su presente, su pasado y su futuro; había establecido marcos de referencia inmutables. En Marruecos, no había religión, en el sentido de que todo era religión. La canalización de la religión hacía que la vida fuera menos monótona, y le aportaba sabor acompasándola a su calendario, tan preciso. En Francia, era distinto.

Desde que Jacob había llegado a Israel, tuvo una única idea, una sola obsesión: ¿a quién hablarle del secreto? ¿A quién transmitir el secreto de su padre, Shimon Tolédano, y del padre de su padre antes de morir?

Pensó en su hijo Michel, que ya no respetaba escrupulosamente el sabbat. Él deseaba mezclarse con el mundo exterior, quería integrarse.

Si practicar le resultaba demasiado complicado, si le apetecía degustar un enorme jamón con sus amigos o con sus compañeros de trabajo, si tenía que viajar el día del sabbat, si tenía que coger el teléfono, lo hacía. Desgraciadamente, la tradición no se acomoda a ese «casi». Es en los detalles donde reside el secreto de su supervivencia. Michel se ponía a trabajar en sabbat, y aceptaba que sus hijos fueran al colegio el sábado, mientras respetaba los demás preceptos, los que no le estorbaban. En cuanto se marcharon de casa, ninguno de sus hijos volvió a respetar el sabbat. Y era un milagro, o una casualidad, que Charles se casara con una mujer judía.

Jacob quería a Michel, pero era consciente de sus límites. No se trataba de límites religiosos, sino espirituales. Michel no sentía inclinación por ese tipo de cosas, sencillamente. Igual que su mujer, Arlette, que solo pensaba en arreglarse y en hacerse la cirugía estética. No, no sería Michel quien recogería el secreto del rabino Shimon; no porque no fuera lo bastante piadoso, sino porque no estaba a la altura. Era un político hábil, un comensal encantador, el rey de las relaciones sociales y en virtud de eso, amigo íntimo de los reyes de Marruecos, pero no poseía la llama y no sería él quien portaría la antorcha.

Pensó en su nieto Ary, pero este estaba más preocupado por el golf que por la tradición de sus ancestros, que para él representaba una especie de folklore divertido y superficial. Se había convertido en eso que se llama «un judío de Kipur».

Quedaba Charles… pero Charles era el peor de todos. Charles estaba totalmente al margen de la religión. Conocía todas las costumbres y las leyes y sentía un placer malicioso en no respetarlas, fingiendo que no le importaban lo más mínimo. No comía kosher y, cosa increíble, no tenía nada en contra del cerdo. Charles no respetaba la religión transmitida por su padre, que no la respetaba.

A Jacob le había sorprendido que Charles pudiera casarse con una mujer judía, cuando, habitualmente, solo salía con mujeres no judías. Era el más rebelde, el más colérico de los tres. Además era un provocador, que en sus espectáculos no dejaba de burlarse de la cultura judía sefardí.

Y sin embargo, sabía que Charles era el único. Aunque no tuviera el temple, la pasión…, era el único capaz de hacerlo, capaz de transmitir… Su espíritu en rebeldía no lo sabía, pero él, Jacob, lo sabía…

Charles el cómico, el guapo, el carismático, el rebelde y no obstante, algo le decía que era él a quien debía elegir, a él y no a otro. Charles iba a casarse, era la ocasión de revelarle el secreto, ahora o nunca.

Por esa razón le había citado, justo antes de la ceremonia de la henna, en el paseo de Tayelet, en Tel-Aviv. Y le había entregado el preciado paquete…, aquel que contenía el tesoro de su padre, el venerado rabino Shimon.

—Este es mi regalo de boda —había dicho Jacob—. Charles, querido nieto, ha llegado el momento de que te entregue lo que he recibido de mi padre, a fin de que tú lo entregues a su vez a tus hijos cuando los tengas, si Dios quiere.

—Sí, papy —había dicho Charles, atento.

—¿Sabes a cuándo se remonta la genealogía de nuestra familia?

—Sí, papy.

—¿No lo has olvidado?

—No lo he olvidado.

—¿Te acuerdas de cuando tú y yo íbamos a la sinagoga?

—Claro que me acuerdo.

—¿Y de las historias que te contaba sobre el mellah?

—Esas son las historias en las que me inspiro para mis números cómicos.

—Nos reíamos mucho, tú y yo, ¿verdad?

—Tú fuiste quien me enseñó a reír, Papy.

—¿Y de tu bar-mitsvah, te acuerdas?

—Sí, papy. Fuiste tú quien me enseñó a leer la Torah.

—Tu Sidra[27] describía las risas de Sarah, y eso iba la mar de bien.

—Sarah, que tenía más de ochenta años, se echó a reír cuando los ángeles le anunciaron que iba a tener un hijo.

—Reconoce que era un buen chiste.

—Y sin embargo, iba en serio.

—No hay nada más serio que la risa.

—Lo sé, papy. Por eso hago reír a la gente.

—¿Por qué Charlie? ¿Por qué has prescindido de todo? ¿Tú, que te ponías los téfilin[28] todas las mañanas? ¿Qué ha pasado para que acabaras así?

—Dejé de ponerme los téfilin, papy, porque nadie de mi entorno se los ponía, ni siquiera mi hermano, ni siquiera mi padre. He dejado de comer kosher porque nunca he visto a mis padres comer kosher, al menos fuera de casa, y por lo tanto para mí no suponía una revolución. He comido cerdo porque todos mis amigos comen cerdo, y ya estaba harto de comer salmón a las hierbas, y de ser diferente. Para practicar hay que estar en lucha

permanente contra uno mismo y contra los demás, y yo no quería luchar, yo quería sentirme bien, en mi país, bien en mi piel, sin hacerme preguntas existenciales.

»No entendía por qué no podía comer lo mismo que los demás, queso con la carne, unas buenas lonchas de jamón. He salido con mujeres no judías porque quería ser como los demás y tener lo que ellos tienen, y no menos que ellos, y también porque estadísticamente, hay muchas menos posibilidades de conocer judíos que goys. Y después, encontré a Esther. Fue algo que me pasó sin que entendiera lo que me pasaba. Ni por qué ni cómo. Estaba enamorado de ella, aunque ella representaba todo lo que yo había abandonado sin abandonarlo en realidad, sino solo porque era lo que hacían los demás. Y con ella, papy, todo vuelve a mí, te juro que todo vuelve, porque, de hecho, nunca he abandonado nada.

—¡Qué vida tan rara la vuestra! —dijo Jacob—. ¡Qué distintos éramos nosotros! ¡Nosotros no nos atrevíamos a salir de casa, y comer fuera era impensable!

—Es el mundo moderno. Es nuestro mundo, que ha cambiado en una generación. Internet. Los teléfonos móviles. Una revolución de costumbres. La gente ya no vive en pueblos, van y vienen y están solos.

—Ha sido necesario todo ese tiempo, generaciones de rabinos, de padres a hijos, hasta llegar a mí, a tu padre y a ti, que inauguramos la primera descendencia sin ningún rabino. ¡Y ya te he dicho lo difícil que ha sido para todas esas generaciones llegar a la tierra de Israel, que era el sueño de todos! Sin embargo, no me ha pasado por alto que tú has escogido casarte en Israel, lo cual no es fruto de la casualidad. ¿Verdad, Charles?

—No, abuelo, ya sabes que no.

—¿De verdad, Charles?

—He reflexionado mucho antes de casarme y antes de venir aquí. No he hecho nada a la ligera. Como tú dices, no hay nada más serio que lo cómico. Lo he pensado muy seriamente.

—Pues bien, es aquí, en tierra de Israel, antes de tu boda, cuando yo deseo transmitirte el secreto de los Tolédano.

—¿Qué secreto? ¿De qué hablas? —le había preguntado Charles, intrigado.

Y así fue como Jacob Tolédano había entregado el preciado paquete a su nieto Charles.

Capítulo 6

A orillas de la Menara

Que hace cincuenta años.

El viento soplaba con fuerza esa noche sobre la ciudad de Mogador.

Soplaba sobre las murallas, los cañones de la Skala, gran plaza fortificada sobre el océano, sobre las islas Purpurarías, sobre el fuerte portugués, se metía por las calles estrechas donde los artesanos trabajaban la madera de tuya con su característico perfume.

La niebla se había disipado para dejar paso al viento que te vuelve loco. El bullicio del crepúsculo, cuando las barcas de pesca llegan con su cargamento de pescado y de sardinas, se había calmado, y se hizo de noche, cuando las calles se vacían, las sinagogas azules y blancas cierran las puertas tras los últimos fieles, y los habitantes se refugian en sus casas.

El viento procedente de otro lugar, de algún país lejano y maléfico, el viento se metía en las murallas, en los arrecifes contra los que chocaban las olas, el viento como mil furias desencadenadas, como un coro de djnouns ululando a la luz de la luna. El viento sobre la ciudad entre el desierto y el océano, con el soplido estridente que taladraba los oídos de los transeúntes, levantaba los sombreros, los vestidos, sacudía las largas chilabas y zarandeaba las siluetas como marionetas. Un viento tan fuerte que volvía loca la ciudad, parecía que el viento se había levantado, para no irse nunca. Y de pronto el clamor, el mar que sube, salvaje, al asalto de las murallas.

Y la ciudad entera hervía de rumores procedentes del desierto, la ciudad blanca esperaba en su cofre de verdor, acurrucada bajo la tormenta, y la carretera que serpenteaba a través de los bosques de erguén transportaba a

los invitados llegados de Marrakech y de Casablanca para asistir al acontecimiento que se celebraba esa noche: Sol Pinto iba a casarse.

Y Sol, desde lo alto de las murallas, apoyada sobre un cañón, miraba el horizonte, con los ojos secos por el viento, escocidos por las salpicaduras, con sal del mar y lágrimas mezcladas. Y Sol, con gesto taciturno, afrontaba el viento que le enredaba el pelo y le zarandeaba el vestido, y miraba el horizonte donde habría querido huir.

El mar inmenso la llamaba, la invitaba a marcharse, en barco o a nado, el mar frío la atraía, como cuando de niña se zambullía sin tener cuidado, ella habría querido sumergirse, y no volver jamás. El mar desatado venía a buscarla justo detrás de las murallas, y le lamía el vestido. Sol habría podido dar un paso delante de los cañones y se habría reunido con su sombra. Habría desplegado su vestido púrpura que la habría arrastrado hacia las profundidades marinas. Habría sido aspirada por el océano, acogedor y hostil como una madre. Ella se habría dejado arrastrar sin un gesto, como si se abandonara a la vida que la esperaba a partir de ahora.

Habían preparado el mejor aceite de Mogador, el aceite de erguén, extraído de los huesos de los frutos del madroño seleccionados y triturados uno a uno con un martillo, para recolectar las almendras que seguidamente se tuestan y después se machacan en una muela de piedra para obtener una pasta espesa y amarilla.

Y la habían preparado, a ella también, engalanada con el pesado vestido rojo, le habían cascado un huevo en la cabeza, deseándole un porvenir feliz, le habían puesto henna en las manos, símbolo de suerte y de purificación, mientras los músicos tocaban, y la habían conducido al baño ritual, en el cual ella se había sumergido para olvidar todos los pesares y la felicidad de su vida anterior.

Y pronto llegaría la ceremonia y las bendiciones, la copa de vino y el novio, que colocaría en el índice derecho de su prometida un anillo sin mácula y diría la frase: «Así quedas consagrada a mí por este anillo, según la ley de Moisés y la ley de Israel». Y con la segunda copa, el rabino pronunciaría las bendiciones: «Que esta pareja unida por los sentimientos más puros se regocije, como Adán y Eva se regocijaron en el Edén, y bendito sea el Eterno, que ha creado la felicidad, el júbilo, el novio, la

novia, el amor y la fraternidad, los deleites y los placeres, la amistad y la paz. Y que pronto se oiga en las ciudades de Judah y en las calles de Jerusalén la voz de la felicidad, la voz del júbilo, la voz del novio y la voz de la novia, la voz de la alegría que precede a los esposos que salen de su convite, y a los jóvenes que salen de los conciertos».

Y hete aquí que en ese día consagrado, Sol se decía que ella no conocía ni la alegría ni la felicidad, ni el júbilo, en ese día en que su vida se decidía al margen de la dicha, en un camino perfectamente trazado que iba a emprender a partir de ahora, el del matrimonio, el de la cocina, el de los hijos y el de los nietos, sin el amor de un hombre.

Y sin embargo, Sol había conocido, durante unos minutos, la felicidad absoluta.

Habían pasado diez años desde la boda de niños con Jacob Tolédano.

Sol se había convertido en una joven guapa, de mejillas sonrosadas y ojos oscuros, bajo una cascada de cabello negro. Bajita, menuda, elegante, tenía un rostro altivo de pómulos pronunciados, las cejas perfiladas y los labios finos. Era bella, sí, si la veías de cara pero, cuando se daba la vuelta, se veía su deformidad: era jorobada por culpa de aquella caída.

Sol seguía viviendo en Mogador, su ciudad natal, de donde no había salido desde la tragedia. Sus padres vivían en una bonita residencia, con sofás y camas con baldaquín, cubiertas de terciopelo, de brocados y de seda. Ella, a semejanza de su familia, era una auténtica *souiriya*, una habitante de la ciudad de Mogador. Tenía los gestos y las maneras: cultivaba una actitud y una forma de hablar un poco afectada, a medio camino entre el árabe y el inglés, «Ne’ebibask, *sit down*», decían en la alcazaba, para honrar a un huésped. Acompañaba con orgullo a su padre al Café de France, donde a él le gustaba aparecer con cuello duro, abrigo entallado y chaleco, del que colgaba su reloj de bolsillo. Los días de fiesta, llevaba un frac inglés o chaqué, con su chistera, sus botines y sus polainas. Tomaba té con una nube de leche, servido por camareros con el pelo engominado y las pecheras almidonadas, o por el propio patrón, que sostenía la bandeja con mucha finura, vestido con una guerrera blanca.

Sol, inteligente y laboriosa, había aprendido costura: adoraba bordar cojines y creaba vistosos cuadros de flores. Sabía tricotar, hacer ganchillo y

coser, y diseñaba ella misma los patrones de sus vestidos. Seguía la moda de cerca, tenía talento y pasión por la ropa. Todas sus amigas envidiaban los trajes que cosía para su madre, sus hermanas y ella misma, y que las convertían en las mujeres más elegantes de Mogador.

Sol, joven muy bien educada, cantaba, bailaba, tocaba el piano, y sin embargo, estaba marcada para siempre. En todo momento, su joroba le recordaba que estaba tocada por el mal de ojo: ella nunca sería como las otras jovencitas de Mogador. A pesar de su posición privilegiada de aristócrata de la ciudad, era difícil que se casara y sus padres estaban preocupados por ella. A menudo, Sol iba a pasear su tristeza a la orilla del mar, al puerto, donde atracaban los pescadores, los barcos y las barcas de pesca, bajo un cielo azul surcado por el vuelo de las gaviotas. En medio de un guirigay formidable, los pescadores descargaban el pescado, las cestas de sardinas que asaban en el puerto. Sol contemplaba las barcas de colores vivos: azul, ocre o rojo sangre, pegadas unas a otras por falta de espacio, entrechocando con un suave chapoteo. Estaba profundamente ligada a su ciudad. Conocía cada calle, cada muralla, cada minarete, cada sinagoga blanca y azul, cada casa. Avanzaba entre las murallas con torres de defensa guarnecidas con cañones, daba largos paseos por la playa hasta el fuerte portugués, cuya sombra se destacaba entre la niebla densa y traicionera que oscurecía a menudo la ciudad.

Sostenía su sombrero, empapada por las salpicaduras, con el silbido estridente taladrándole los oídos. Posaba la mirada durante horas en las olas que venían a romper con violencia contra las murallas. Y ella, entre la tierra y el mar, se sentía en comunión con los elementos. Sentía su corazón ardiente, un corazón para el amor. Se imaginaba feliz con un marido vestido con un redingote, y niños con peleles rosas y azules a juego con sus sombreritos que ella misma tricotaría. Pero eso no eran más que sueños. Ella sabía muy bien que la mujer no podía escoger marido, y que eran sus padres los más adecuados para decidir con quién iba a casarse su hija. Entonces ignoraba que la vida no le ofrecería esa posibilidad y que tendría que casarse sin amor, tener hijos sin cruzarse con la mirada tierna del esposo.

No obstante, justo antes de su boda, Sol conoció ese breve instante de dicha que conservaría en su interior como el instante más bello de su vida. Fue con ocasión de la Mimouna: la clausura de la fiesta de Pessah, que conmemora la huida de los hebreos de Egipto y que los judíos marroquíes festejan con una celebración específica, inspirada directamente en la Cábala, que estipula que el Mesías llegará al final de la fiesta de Pascua. Para esperar eso último con dignidad, ellos permanecían despiertos toda la noche, con música, baile y muchos pasteles. Y durante toda la noche las familias iban de casa en casa, donde les esperaba cuscús, miel, hojas de lechuga y bendiciones mesiánicas.

Los Pinto habían ido a Marrakech para celebrar la fiesta en casa de unos amigos que les habían invitado. En esa casa remozada, limpia y sin la menor mota de polvo, había un surtido de pasteles a base de pasta de almendras, miel y aceite, digno de las *Mil y una noches*. Sobre la mesa se alineaban verduras, leche, mantequilla, miel pan de azúcar, pescados, espigas de trigo, platos de harina decorados con matas de habas, luises de oro y joyas, así como pasteles de todas clases. Habían mezclado el pan ácimo con miel de mantequilla y agua caliente, según una sabrosa receta llamada *sonotono*. La familia Pinto estaba allí, al completo, bajo los auspicios de Joseph Pinto, todos ocupados diciéndose los cumplidos de rigor: *Terbho* o *Tsé'do*: «Sed bendecidos y disfrutad», «Que os aproveche».

El patriarca tenía la costumbre de bendecir a toda la familia, y de dar a cada uno una hoja de lechuga bañada en miel. Después comían mofletas, especie de crepes deliciosas, con mantequilla y miel, cuscús con mantequilla, *m erouzia* (mermelada a base de uvas pasas), o turrón blando de nueces. Todos los ingredientes los traían y los trabajaban criadas árabes, que conocían la costumbre, ya que estaba prohibido comprar harina antes del anochecer.

Resultó que a los Tolédano también les habían invitado a pasar el Pessah en casa de otros amigos de Marrakech. Y así fue como las dos familias se conocieron por casualidad.

Cuando Joseph Pinto vio al rabino Shimon Tolédano, se le heló la sangre en las venas. Los dos hombres se miraron de arriba abajo y, durante

un segundo, el malestar fue tan enorme que toda la sala quedó paralizada, como seis años antes.

Con la mirada, Joseph le indicó a su mujer que debían irse. Cuando la familia se dirigía hacia la salida, la mirada de Sol se cruzó con la de Jacob, y en el espacio de unos segundos que duraron una eternidad, se dijeron sin hablar todo lo que tenían que decirse: que se querían, que no habían dejado de pensar uno en el otro, y que nunca dejarían de hacerlo, aunque otra vez la vida debía separarles para siempre.

A la mañana siguiente era costumbre ir a un parque o al campo para bendecir los árboles a fin de festejar el renacimiento de la naturaleza, comer sobre la hierba y remojarse los pies en el agua.

La familia Pinto había llegado en calesa a la Menara. A la entrada del parque, un guarda tocado con un turbante rojo, y con un sable alrededor del busto, les dejó entrar. Ellos avanzaron por las largas alamedas, a la sombra de los naranjos, los limoneros y los olivos con su delicioso aroma. Sobre el césped se habían instalado muchas familias con sus mantas y su parrilla, y el hornillo donde hervía el agua para el té que servían con menta y galletas hechas en casa. Las familias se invitaban, para discutir, reír y conversar, jóvenes y viejos mezclados. Se oía la voz de Tino Rossi en un gramófono. El olor a carne picada asada con ajo y comino, los *keftas*, se extendió de inmediato bajo el follaje, para gran satisfacción de hijos y padres, primos, primas, amigos… Los niños corrían a derecha y a izquierda, y jugaban a dar la vuelta al estanque.

En el otro lado, estaban los Tolédano que habían salido temprano a causa del calor, para ser los primeros en escoger un sitio a la sombra.

A orillas de la Menara, en un palmeral, había un pequeño palacio árabe con tejas verdes y brillantes, un palacio que ahora estaba vacío. Allí vivió en otro tiempo un sultán, que tomaba el fresco en largos paseos nocturnos, bogando en su barca sobre la franja de agua. Cuentan que citaba a las jóvenes allí, y que después de haber pasado la noche con ellas, las tiraba al estanque.

Alrededor del agua con miles de reflejos, se alzaban olivos centenarios con troncos nudosos y hojas verde plata. Un muro de adobe rodeaba el jardín y sus tesoros, y todo formaba un cuadro de armonía celestial en la

tierra. Ese palacio edificado sobre el agua, ese jardín exuberante a su alrededor, era el refinamiento extremo en la simplicidad, la quietud y la paz del alma. Cuando se ponía el sol, cuando el palacio se extendía, inmenso, en las aguas inmóviles del gran estanque, frente a las altas cumbres nevadas del Atlas, era imposible no quedar embrujado por la magia del lugar y del momento.

Los arquitectos almohades habían construido ese paisaje de ensueño. Un sistema subterráneo de complejas canalizaciones aportaba acequias, khettaras[29] y también agua de lluvia. El agua almacenada circulaba entre los olivos y las palmeras majestuosas que proyectaban su sombra.

Sol estaba allí, bella con su traje blanco. Jacob, desde el otro lado del estanque, la reconoció enseguida. La miraba sin poder apartar la vista. Cuando ella se levantó, su vaporoso vestido se arremolinó a su alrededor, y formó una corola cuando se sentó en el suelo con modestia, junto al almuerzo familiar. Ella también le había visto.

Jacob habría querido cruzar el estanque a nado para llegar inmediatamente a su lado. Se levantó y empezó a andar solo por el borde del agua. Como hipnotizada, ella hizo el mismo camino, hacia él.

En el extremo del estanque, los dos avanzaron uno hacia el otro, a pasitos, como imantados. Cuando iban a cruzarse, se detuvieron, frente a frente. Sin decir una palabra, se miraron. Jacob dio un paso hacia Sol, le rozó la mano, y ella no la retiró.

—¡Sol! —dijo—. No has cambiado… ¡Qué guapa estás! ¡Aún más guapa que antes!

—¿Cómo estás, Jacob? ¡Hace mucho tiempo!

—… ¿Y tú, Sol?

—¿Dónde vives? ¿En Meknes como siempre?

—Como siempre… Hemos venido a pasar el final de las fiestas en Marrakech. ¿Y tú, sigues en Mogador?

—Sí. Yo también he venido solo unos días.

Jacob la devoraba con la mirada.

—Qué casualidad, ¿verdad? —dijo.

—La casualidad no existe —dijo Sol—. Nada de lo que pasó es fruto de la casualidad.

—Nunca te he dicho, Sol —murmuró Jacob—, hasta qué punto lamento lo que pasó. Todo fue tan rápido, ¿verdad? Aprovecho esta ocasión para pedirte perdón…

—¡Estás perdonado! Ahora debo irme —añadió ella, desviando la mirada en dirección a sus padres—. Nos están mirando.

—¿Y qué si nos miran? Quédate un momento. He de hablarte.

Ella le miró con calma, aunque su corazón temblaba y temía que intervinieran sus padres y rompieran la intensidad de ese instante, en el que aquel hombre la miraba como nadie la había mirado nunca.

—He pensado en ti a menudo… Nunca te he olvidado, Sol. No esperaba volver a verte, pero ya que es así… —La miraba intensamente a los ojos—. ¿Dónde puedo volver a verte, Sol? —murmuró, acercándose, y le rozó el hombro con la mano.

—¿Volver a verme? Pero ¿por qué?

—Me gustaría conocerte mejor… Yo puedo quedarme unos cuantos días más aquí.

—Yo no puedo, Jacob. Me voy mañana. Yo no soy libre, ya lo sabes.

—¡Yo te quiero! Te he querido desde la primera vez que te vi.

Sol le miró, cautivada.

—¡No debes decir eso! ¡Es pecado!

—¿Es pecado quererse?

—No.

—¿Tú me quieres, Sol?

—Me caso la semana próxima, Jacob.

Jacob pareció sumirse en una desesperación terrible. ¿Cómo cuestionar el peso de la familia y de las tradiciones? ¿El poder absoluto de los padres?

—Yo no he dejado de esperar… Tenía tantas ganas de volver a verte… Nunca he dejado de pensar en ti.

—Yo tampoco, Jacob —murmuró Sol, mientras su corazón latía desbocado.

—Te quiero, te quiero con locura.

—¡Yo también te quiero!

—Yo te he querido desde que te vi, cuando solo eras una niña.

—Yo te quise a primera vista.

No podían apartar la mirada, emocionados, como hipnotizados.

—¡Entonces, marchémonos! —dijo Jacob—. Marchémonos juntos… Yo me caso contigo la semana próxima, o mañana si quieres.

—No puedo… Mi familia no lo permitiría nunca. Ahora los tuyos y los míos se detestan.

—¡Huiremos a otra parte! —dijo Jacob—. Iremos a Francia o a América. Yo trabajo en la base norteamericana, cerca de Port-Lyautey, allí conozco gente, norteamericanos. Nos iremos a vivir lejos de ellos, lejos de todo, a Nueva York.

—No iremos a ninguna parte. ¿Qué somos nosotros sin nuestra familia? ¿Qué haríamos, solos, sin nuestros padres? ¿Hacia qué infelicidad quieres arrastrarnos?

—Yo estoy dispuesto a correr el riesgo —dijo Jacob.

Sol inclinó la cabeza con resignación.

—Ellos no lo aceptarán nunca. ¡Mi padre odia a tu padre, y a todo Meknes!

—Tu padre se equivoca. No le hagas caso.

—¡No puedo contradecir la palabra de mi padre, prefiero morir!

Brotaron las lágrimas, dos lágrimas enormes se deslizaron por sus mejillas, que Jacob secó con la mano, antes de llevárselas a los labios, para saborear algo de ella, y obtener lo que aún podía obtener, antes de que todo terminara.

De repente, el sol desapareció bajo enormes nubes, preñadas de tormenta. Y de pronto, la lluvia cayó a cántaros, al mismo tiempo que los relámpagos desgarraban el cielo.

—Debo irme —dijo Sol alejándose.

—¡Yo nunca dejaré de quererte, Sol! —gritó Jacob—. ¡Y prometo que si la vida hace que nos encontremos de nuevo, te lo juro, sean cuales sean los obstáculos, sean cuales sean, te juro que no volveré a dejarte marchar!

Una semana después, Sol se casó con Sidney Hatchwel, de Mogador, el marido que le habían elegido sus padres… Y unos años más tarde, Jacob se casó con Yacot.

¡Y he aquí que el destino les reunía de nuevo, para esa boda que era la de sus nietos! Jacob había avanzado hacia Sol, como había avanzado hacia

ella cincuenta años antes, en los jardines de la Menara, de Marrakech.

Sol le miró, enfadada por ser vieja, avergonzada de pronto de su piel reseca, de su cuerpo, de sus manos, de su mirada mortecina, cargando de un golpe con el peso de los cincuenta años sobre sus espaldas.

—No has cambiado. Eres aún más guapa que antes… —murmuró él, mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

—¡Tú tampoco has cambiado!

—Nunca he dejado de quererte. No ha habido ni un solo día que no haya pensado en ti, que no me haya preguntado dónde estarías, lo que harías, y si seguías pensando en mí… Si me querías todavía o si me habías olvidado. Si tenías hijos, y si estaban casados, si habías tenido nietos… Hasta que tuve noticias tuyas a través de Charlie. Y entonces, lo entendí.

—¿El qué?

—Que la casualidad no existe. He comprendido que el destino ha vuelto a reunirnos. ¿Te acuerdas de la promesa que te hice, a orillas de la Menara?

—¡No he olvidado nada! —dijo Sol.

—¿Me sigues queriendo?

—Cuando me casé, una semana después de haberte visto a orillas de la Menara…

—Aquel fue el día más bonito de mi vida. El día más feliz y el día más triste…

—El día de mi boda yo pensaba en ti… Cómo lloré, ese día. Me casaba con otro, y sabía que no le querría nunca, porque te quería a ti… He vivido, sí, he fingido vivir, he tenido hijos, les he querido, se han casado, he tenido nietos, pero jamás he amado a nadie más que a ti. Te he esperado toda mi vida, sabía que un día volvería a verte… Cuando Esther se encontró con Charles, hice un conjuro, lancé un maleficio, Jacob, para que se enamoraran uno de otro, porque yo sabía que esa era mi única posibilidad de volver a verte… La última oportunidad, ¿sabes?, nosotros ya no somos jóvenes. Yo no quería morir sin volver a verte, sin decir que te quise en cuanto te vi, que te he querido durante toda mi vida y que te querré siempre.

—Yo he venido a buscarte —dijo Jacob—. Ya nadie puede separarnos. Terminaremos juntos aquello que no pudimos empezar.

Capítulo 7

La confesión

Noam seguía durmiendo cuando Esther salió de su apartamento. Confusa, se dirigió hacia el hotel de su madre. No tuvo necesidad de subir a la habitación, pues esta, vestida de rosa pálido, estaba sentada en el vestíbulo, como si la esperara.

—¡Esther! —dijo Suzanne, precipitándose hacia su hija, con expresión de alarma—. ¿De dónde vienes? ¡He telefoneado esta mañana muy temprano a tu habitación, y no estabas!

—Sí…, bueno, no, estaba fuera.

—¿Has dormido con él?

Esther se sentó al lado de su madre, descompuesta.

—¿Qué pasa, Esther?, tienes mala cara ¡Ni siquiera te has arreglado! Tienes el pelo enmarañado, como si no hubieras dormido esta noche. ¿De dónde sales? ¿Qué has hecho?

—He de hablar contigo —dijo Esther.

Arrastró a su madre afuera. Dieron unos cuantos pasos hacia la playa, se sentaron en un banco, frente al horizonte marino. ¡Lejos, pensó Esther, cuánto me habría gustado estar lejos de aquí! En cualquier otra parte, lejos de esta vida, de esta familia, de esta boda… Esther necesitaba este enfrentamiento y al mismo tiempo lo temía, lo temía más que nada en el mundo.

Pero quería saber, aclarar la intuición terrible que había surgido en su interior.

—¿Qué pasa, hija mía, has reflexionado? Ya no quieres casarte, ¿es eso?

—He reflexionado, sí —dijo Esther—. Quiero casarme, pero no con Charles.

—¿No con Charles? ¿Con quién?

—Con Noam.

Al oír esas palabras, Suzanne se puso pálida, como si de golpe la sangre hubiera desertado de su cara. Empezó a mover los ojos con frenesí de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, antes de poder articular:

—Con Noam. ¡Pero bueno, Esther, qué cosas dices! ¡Eso es imposible!

—¿Por qué?

—¿Qué ha pasado entre vosotros? —murmuró Suzanne, estrechando a su hija entre sus brazos—. ¡Dime! ¿Qué ha pasado?

—¡Eso no es asunto tuyo! ¡Suéltame!

Esther miró a su madre con el mismo pavor que cuando, de pequeña, tenía que soportar sus ataques de cólera y se refugiaba en su habitación aterrorizada y temblando. Qué difícil era el diálogo entre madre e hija, entre hija y madre, lleno de tabúes, de mentiras y de sobrentendidos.

—Tú no puedes casarte con Noam —dijo Suzanne—. Palabra que te has vuelto loca, loca de atar.

—¿No? —dijo Esther—. ¿Por qué?

—¡Pero bueno!

Suzanne se la quedó mirando un momento, como si hiciera un esfuerzo por calmarse, por razonar para no perder la razón ella también.

—Ese chico no es para ti… Es un militar, un israelí, esa vida no es para ti en absoluto… Yo creo que estás perdiendo la cabeza, esta boda te trastorna, ya no sabes dónde estás, y dices tonterías.

—Es a Noam a quien quiero.

—Tú no puedes casarte con Noam —repitió Suzanne mecánicamente, como si no oyera sus propias palabras, como si su alma hubiera desertado de su cuerpo—. Eso es imposible, Créeme.

—Con Charles era imposible, era imposible con todos los demás, ¿te acuerdas? Siempre había algo que no funcionaba. ¿Quieres que me quede soltera, mamá? ¿Quieres que no tenga nunca marido, y que dedique mi vida a atenderte? ¿Eso es lo que sueñas para mí?

—Ya encontrarás a alguien… No eres tan vieja… y además más vale no casarse que casarse con cualquiera, solo porque no quieres quedarte soltera.

—Ya he tomado una decisión —dijo Esther—, y esta vez no dejaré que me influyas.

—No —dijo Suzanne.

Se levantó, tensa, blanca, se quedó de pie un instante, como si quisiera irse, después volvió a sentarse, hundida.

—No me encuentro bien —dijo—. Me parece que me estoy poniendo enferma. ¡Llama a un médico! ¡Creo que ha llegado mi hora! ¡Estoy malísima, Esther! ¡Esta vez me has matado! ¡Lo has conseguido! ¡Voy a morir!

En su frente brillaban las gotas de sudor. Su tic ocular era más pronunciado que nunca.

—¡No tienes corazón! —chilló Suzanne—. ¡Mírate! ¡Estás desperdiciando tu vida! ¿Sabes lo que eres? ¡Una pobre chica! Una pobre chica que no ve más allá de sus narices. ¡Vas a matarme! Deseas mi muerte a toda costa, ¿eso es lo que quieres? ¡Pues lo tendrás! ¡Ya puedes estar contenta! ¡Yo me moriré y tú cargarás con mi muerte sobre tu conciencia! ¡Y lo lamentarás toda tu vida!

—Siéntate, mamá —dijo Esther—. Cálmate. Ya no soporto más estas escenas. No vas a morirte y lo sabes perfectamente.

Suzanne la miró un segundo y su ira se transformó de pronto en una desesperación abismal.

—Fue en Marrakech —murmuró Suzanne.

—¿En Marrakech, qué? —preguntó Esther.

—El vestido… ese que llevé en mi henna… No con Moïse, no… Con Isaac. Isaac Bouzaglo… Ay, me encuentro mal, hija mía, avisa a alguien, siento que voy a partir… Es demasiado duro, demasiado duro…

De repente, Esther recordó el malestar que había sentido su madre cuando todos juntos hicieron un viaje familiar a Marruecos. Al llegar a Marrakech, Suzanne se había desmayado. En aquel momento a ella aquel trastorno no le había parecido raro, porque su madre no había vuelto a Marruecos desde que se marchara. Se dijo que simplemente le afectaba regresar a la ciudad que la había visto nacer.

Al llegar a Marrakech, se puso tensa, su mirada errática iba de un lado a otro, expresando un dolor mudo, mientras que Moïse lucía la sonrisa feliz del autóctono que regresa al país. Suzanne decía que Marrakech había cambiado, que no la reconocía, que allí ya no había nada que ver, aunque, a veces, reconocía tal o cual lugar, y hablaba de la bicicleta con la que había recorrido la ciudad de niña. Calles, callejuelas, callejones sin salida, zocos, palacios, jardines, casitas cuadradas con patio interior, estanques verde esmeralda, murallas altas, pendientes nevadas del Gran Atlas… Suzanne contemplaba sin comprender esa ciudad extranjera y familiar a la vez. La ciudad había cambiado pero el olor era el mismo; eso fue lo primero que la había sorprendido al bajar del avión, el olor de Marrakech. Olores de especias, de zocos, de babuchas, el olor intenso del cuero, de las alfombras, de los animales, de las hierbas, de los mercados de frutas, de verduras y de pescado. Allí seguían las murallas rojas con las palmeras detrás, encaradas al viento del desierto, doblegándose bajo grandes montañas de cumbres nevadas: la nieve y el desierto, el hielo y el fuego. El desierto y la vegetación, exuberante y delicada, como el jardín de la Menara, o el palacio de la Bahía. Marrakech seguía siendo la ciudad roja de casas pegadas unas a otras, dominadas por minaretes y cipreses.

En los riads[30], las lacerías de estuco, los plafones pintados y esculpidos, los salones, rosa, azul o verde, formaban un universo de pura fantasía. Cada estancia encarnaba una fantasía oriental, con los colores favoritos de Majorelle[31]: rojo fuego, verde almendra, y su célebre azul. Los sofás estaban tapizados con kilims, las carpinterías pintadas según la tradición morisca. En eso se había convertido Marrakech: en una ciudad de veraneo que encarnaba el sueño oriental en su versión más lujosa y más fabulosa.

—¿Qué pasó en Marrakech? —dijo Esther—. ¿De qué henna hablas?

—Yo tuve una infancia feliz, ¿sabes? —murmuró Suzanne, con una débil sonrisa.

Pareció que de pronto recuperaba la memoria, esa memoria de Marruecos de la que había pasado la vida defendiéndose.

Y Suzanne se puso a hablar, a hablar de aquello de lo que no había hablado nunca. De su infancia, de todo lo que había borrado de su memoria.

Cuando el sol se ponía sobre el horizonte y hacía un poco más de fresco, se formaban corrillos en la plaza de Djemáael-Fna, chicos y chicas que iban a pasear por la avenida Mohammed V hasta última hora de la tarde. Se reunían en los jardines y bajo los árboles donde iban a hacer *picnic* las familias, a lo largo de las avenidas, se sentaban en los muretes para estudiar, para charlar, o sin decir nada en absoluto. Se quedaban allí, simplemente mirando el sol ocultarse bajo las cumbres del Atlas. La montaña más alta, el Toubkal, dominaba el paisaje del sur de Marruecos.

Y Suzanne habló, habló para no tener que contestar la pregunta de su hija. No dejó de contar historias y anécdotas. Todo aquello que había omitido durante todos esos años surgía, ahora, con una tremenda precisión.

¿Cuál era el secreto que Suzanne intentaba borrar de su pasado evocando sus orígenes? Ese mundo que había borrado de su memoria volvía ahora a ella con ráfagas de olor, que le hablaban en árabe de la herencia abandonada con dolor por una emigración forzosa. Un destierro. Un desarraigo de todo aquello la había creado, de todo lo que la convertía en lo que era.

—Esa henna, en Marrakech, mamá —interrumpió Esther—. ¿Qué pasó?

—… el vestido. ¡Yo llevaba puesto el vestido! ¿Comprendes por qué no quería que te lo pusieras tú? Mi madre estaba como loca… Furiosa porque me prometía con uno de Meknes… O quizá simplemente porque me prometía, porque me iba de casa, porque me iba con un desconocido…

Esther sintió un escalofrío por todo el cuerpo, ya sabía lo que su madre iba a decirle. Durante un segundo, no oyó nada más, su mente se extravió. Desde lejos, vio a su madre articular las palabras pero no consiguió comprender el significado que tenían, ni lo que ella quería decir, como si fuera una película muda. Creyó que se había vuelto sorda y de repente, las palabras llegaron hasta su consciencia una a una y después nombres, verbos, adjetivos y sujetos encadenados, formando frases portadoras de un sentido que ya la aterrorizaba.

—… Isaac vino a verme a mi habitación, en secreto —oyó—. Eso no estaba permitido, pero él se saltó la prohibición. Aquella noche había bebido demasiada mahia. Me habló, sin parar… Me dijo que estábamos prometidos, que íbamos a casarnos, que éramos como marido y mujer, y

que me quería. Y mientras hablaba, me levantó el vestido. Mi vestido rojo… Todo olía a sudor, el suyo, el mío, yo sudaba bajo el vestido. Y a lo lejos la música, que se escapaba por una ventana.

Y Suzanne habló.

Habló de esa música silenciada al poco por el canto del muecín, que ella asociaba a un réquiem desde entonces. Y ella, que se dejó hacer. En la penumbra, la cama. Nadie le había explicado jamás cómo funcionaba eso. De eso no se hablaba, era tabú. Le habían enseñado a ser sumisa, desde siempre.

—Yo no sabía nada, Esther —dijo ella—. Lo oculté porque eso estaba prohibido, porque había que mantenerse pura antes de la boda, porque aunque fuera en contra de mi voluntad, yo había cometido un pecado y llevaba el pecado en mí, ante mí, dentro de mí. ¡Te lo he ocultado porque me lo he ocultado a mí!

—Ese pecado soy yo —dijo Esther.

—¡Oh, no! Para mí, eras hija de Moïse, cariño, yo te he querido y te he educado como tal, y aunque a veces pensaba en ello, al segundo me esforzaba por olvidarlo todo. Era más fácil así, y lo he conseguido, sí lo he conseguido… Yo nunca he hecho diferencias entre tú y Myriam.

—¡No has hecho diferencias! —exclamó Esther—. ¡Ninguna diferencia! ¡No me dejabas en paz, me odiabas y me querías al mismo tiempo, me tenías dominada sobre todo para que no me alejara nunca de ti, porque lo único que te interesaba era el poder que tenías sobre mí, quizá porque tenías miedo de que me enterara, y por eso querías mantenerme cerca! ¡Me has incorporado a ti para que no me resistiera, me has conservado en tu cuerpo, en tu corazón, has invadido mi espacio, siempre has tratado de alejar a los hombres que se me acercaban, incluido Charles, hoy! Charles, a quien yo he escogido porque le conozco desde niña y por lo tanto pensaba que no sería un gran peligro para ti, ¡pero no! Ni siquiera a él le querías para mí, porque en el fondo habrías querido que yo no saliera de tu vientre, que siguiera siendo un feto, un aborto, porque en el fondo deberías haberme matado enseguida, cuando estaba dentro, ¿no te ha pasado por la cabeza eso? ¡Dime que no lo pensaste, cuando descubriste que estabas embarazada! ¡Venga, mírame a los ojos y dime que no lo

pensaste! ¡Dímelo —chilló Esther—, por una vez ten el valor de decirme la verdad!

—Sí —dijo Suzanne, resignada—, lo pensé. Deseé perderte…, es verdad. Incluso hice… eso que hacen allí abajo, ir en coche, por carreteras infernales.

—¡Querías que muriera! —dijo Esther—. ¡Querías destruirme, reducirme a la nada, y lo has conseguido! ¡Te odio! —dijo, mientras las lágrimas manaban sin parar de sus ojos, como de un pozo sin fondo—, ¡te odio, no por todo lo que me has hecho vivir sino porque me has dejado vivir! ¡Habría sido mejor que me mataras enseguida! ¡Enseguida…, antes de que naciera…, porque yo no debía haber nacido!

—No digas eso —dijo Suzanne, extendiendo una mano hacia ella—. ¡No digas eso! ¿Sabes cuánto te quise desde que naciste?, ¿lo sabes? Tú eras mi vida entera.

—Yo soy el recuerdo que te atormenta, soy el momento que ha destruido tu vida. Mi mera presencia te recuerda lo que pasó aquella noche.

—¿Comprendes? —murmuró Suzanne, cogiendo la cara de Esther entre las manos—, tú eres hija de Isaac, hermana de Noam. ¿Comprendes por qué no debes acercarte nunca a él?

Esther se levantó, miró a su madre con una expresión atroz.

—Demasiado tarde.

Capítulo 8

EL secreto del amuleto

¿Qué hacer? ¿Cómo vivir? ¿Cómo creer incluso? Esther, entre el dolor y la náusea, el vértigo y la locura, se había alejado de su madre corriendo.

¿Cómo sobrevivir? «Noam es mi hermano, Noam es mi hermano». Esa sencilla frase, atroz, indecible en su verdad y sus consecuencias, le consumía el alma, el corazón, la mente. ¿Cómo sobrevivir a ese acto? Más que adulterio, había cometido incesto.

Al ver el mar obtuvo la respuesta. No sobreviviría. Sumergiría la infamia de esta noche, de su acto, en el agua que, la víspera, en el baño ritual, debía haberla limpiado de todas sus impurezas. Se limpiaría de nuevo, por última vez.

Un sudor frío recorrió sus sienes. Ya no podía respirar. Anduvo sobre la arena, hacia las primeras olas que le lamieron los pies. Apretó el amuleto con su mano húmeda, con todas sus fuerzas, de forma casi compulsiva. El amuleto que debía revelar el secreto de los sefardíes. Notó las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas. ¡El secreto! ¿Qué secreto? ¿Ese, atroz, de Suzanne? ¿El secreto de las maldiciones que atan a los matrimonios con lazos innombrables? Completamente vestida y ahora casi con prisas, avanzó hacia el agua, con la mirada perdida en el horizonte. Caminaría hacia él hasta perder pie, y entonces se ahogaría sin resistirse.

La pendiente era suave y el agua subía por sus piernas despacio, a cada paso. Entre el centelleo de las olas, vio la cara de su madre que la llamaba, le ordenaba que se reuniera con ella, le gritaba que tenía necesidad de ella, que no podía quedarse sola. Vio a su padre quien, con una inmensa tristeza, se ahogaba también y pedía socorro. Sus discípulos le habían abandonado.

Ya no sabía a quién dirigirse y le suplicaba que le salvara. Esther pensó en un día en que se la había llevado una ola cuando estaba con su hermana en la playa. Durante un segundo se creyó perdida para siempre. Hipnotizada, oyó, como había oído ese día, la llamada desgarrada de su hermana cuando se la llevó el oleaje. Entonces lo hizo. Se dejó hundir en el agua, perdida en el elemento, con un sentimiento de intensa libertad. De serenidad, de bienestar. Sintió la vida, y en el seno de la vida, el poderoso atractivo de la muerte, una llamada irresistible hacia las profundidades. Mantuvo la cabeza bajo el agua, absorbiéndola a grandes tragos. El agua salada le quemaba la garganta y el esófago, pero ella siguió tragándola, bebiéndola, habría querido vaciar el mar, ya que para limpiar su cuerpo de miserias, era necesaria toda el agua del océano.

Pensó en su boda, en el traje blanco, se vio del brazo de su padre, su novio, de blanco también él, como un ángel, y se querían, ¡y de repente él destapaba su rostro y era Noam! Tuvo ganas de huir pero su novio incestuoso, su hermano, la sujetó con firmeza, la arrastró hacia el altar, y ella no pudo resistirse a la tierna presión de su mano, que la guiaba, irremisiblemente, hacia su destino.

Bebió de la copa que le ofrecía su ilícito esposo, bebió, y aquello no era vino, era sangre, agua salada que se precipitó hasta el fondo de sus pulmones para ahogarla. Se asfixiaba, tragaba y se asfixiaba. Su vida se decidió en un cuarto de hora.

Poco a poco cayó en la inconsciencia, en una agradable torpeza. Esther engullida por el mar partió, partió hacia las oscuras profundidades…

Y de repente se produjo el milagro. Sus dedos no habían soltado el amuleto. Bruscamente, este empezó a emitir una extraña energía, un calor que irradió todo su cuerpo. Un bienestar intenso invadió todas las fibras de su ser, emanando un lento masajeo que la iluminaba desde dentro. Ella se relajó poco a poco, tranquilizada por una visión interior de sí misma, y notó que su cuerpo se elevaba. No cayó, voló como si su alma pudiera sobre el peso de la materia, y la hiciera penetrar en los cuerpos celestes. En algún lugar entre la tierra, el mal y los cielos, Esther planeó. Distanciada de sí misma, olvidando quién era, en un extravío total de sí misma, que era también su reconquista, se convirtió en inmaterial. En ingrávida, como en

un sueño lleno de dulzura y de nostalgia, en una felicidad sin mezcla, en plena posesión de sus poderes, y despojándose de sí misma, de repente se halló en una verdad irrefutable, donde ya no existía nada aparte de ella misma. Y en ese momento, la sintió vibrar en su interior. Como una llamada hacia otro mundo, que ella no conocía, cuya existencia no sospechaba siquiera. Un mundo paralelo donde todo estaba organizado y tenía un sentido, un mundo mágico que no venía de fuera, sino que era un tesoro en el interior de su corazón, un secreto encerrado que ella dejaba escapar al fin, en el cual había guardado cautiva su ternura, no de la mirada de los demás, sino de su propia mirada, la fe, la comprensión, la bondad y el amor, ese amor que no se daba a sí misma, ahora por fin podía concedérselo, creyendo que lo merecía. Aunque no fuera perfecta, aunque hubiera cometido errores y pecados irreparables, ella podía quererse. Afrontarse en todo su horror y su esplendor. Quererse, conocerse, con todas sus cualidades y sus defectos.

Y de repente, todo fue más grato, los desgarros se cerraron, las heridas sanaron, las penas se enmendaron. Tenía acceso a una realidad de orden superior, indefinible pero tan real como la otra, ya que ella la conocía y le daba un sentido. Esther se puso a disfrutar de ese momento simple entre la tierra y el mar, del sol que se alzaba, del día que se avecinaba, de su juventud y de su belleza, de su dignidad nueva, de mujer, de espíritu, de ser humano, y dejó de tener miedo de sí misma. Por fin sabía de lo que era capaz. Tanto de lo mejor como de lo peor. Debía aceptarse como era: eso era lo más duro, el camino más arduo y el más doloroso, que debía conducirla a la reconciliación consigo misma. Aceptar sus errores, sus culpas, sus carencias, aceptar haber cometido la abominación. Perdonarse a sí misma. Y renacer de sus cenizas.

Esther sintió paz y serenidad mezcladas con una alegría profunda. Una inmensa ternura hacia sí misma, una amabilidad, una misericordia, una piedad por lo que ella era, por lo que había hecho terrible, grande y pequeño, pero reconciliada en su dignidad imperfecta, en su injusticia y su propensión al error, en su voluntad de ser mejor, de ser otra. Y cuando se concede al corazón experimentar un momento de tal magnanimidad, la dicha irradia con tanta fuerza que su luz baña los días y las noches siguientes, hasta el final de los días y el final de las noches. ¡Es una

experiencia irreversible! Una iniciación a la contemplación de la Belleza eterna y del mundo del esplendor más que el del rigor. Con su naturaleza, su cielo, su tierra, sus árboles y sus flores, sus animales y también sus hombres. Los hombres: niños que vienen al mundo con su inocente fragilidad, viejos que mueren en su indigna debilidad, culpables, todos, pero capaces, en esos momentos en que encuentran el amor, la amistad, la belleza, de ser mejores, el espacio de un instante; y solo por ese instante merecen vivir… Raro y precioso, él justifica la vida, la verdadera vida, no esa en la cual los hombres condenan lo humano de forma irrevocable, sino aquella en la que lo alaban y lo elevan. La unión, simplemente, a propósito de un gesto, de una frase, del descubrimiento de la mirada de un niño, de una mano posada sobre otra mano, de una sonrisa que presagia el porvenir, de dos cuerpos entrelazados, dos espíritus, dos almas. El hecho de estar juntos, de no estar ya solo en el mundo: la Eternidad.

Y en la soledad fundamental, ella descubrió su ser sin dolor, estrechamente unido al de los demás, aquellos a quienes amaba y que formaban parte de ella igual que ella estaba incorporada a ellos, y Charles. En el seno del olvido total, de la nada absoluta, de la inconsciencia, tuvo la fuerza de tomar conciencia de lo que estaba viviendo, y de decirse que vivía plenamente la felicidad de estar allí, aquí y ahora, ella, surgida de nada, del vacío, recuperada del vacío, de la muerte, de la oscuridad, de la obra de la oscuridad. Aunque estuviera muriéndose…

El aire. El aire puro le hizo daño cuando entró en su pecho. El aire la asfixió, le arrancó un grito sordo, e inmediatamente las lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

Ingrávida, guiada por una fuerza misteriosa, Esther remontó a la superficie. Fuera del agua. Durante un instante, hipó y expulsó el agua de sus pulmones. ¿Viva? Sin saber dónde estaba, como rodeada de bruma, reconoció los rasgos de una cara familiar. La cara de su hermana Myriam que la arrastraba con todas sus fuerzas hacia la playa. Allí se derrumbaron ambas, extenuadas. Después las dos mujeres se abrazaron, llorando y riendo a la vez, pegadas una a la otra como a la vida, por un acto de amor.

Capítulo 9

Sefardíes

Es una ciudad rodeada de murallas, de apariencia celestial e inexpugnable, cuyas nueve puertas se abren a un dédalo de callejas, de callejones sin salida y de callejuelas con casas pegadas unas con otras, de mezquitas abovedadas, de iglesias elegantes, de sinagogas cuyas celosías dejan entrar una luz blanca, y en las cuales en otro tiempo rezaban, codo con codo, los habitantes árabes, cristianos y judíos. Y por la noche, bajo la sombra de las velas, después de una tarde de estudio, observaban la noche estrellada, se dedicaban a la poesía y a la especulación metafísica, a la traducción de un texto latino en árabe, de un pasaje hebraico en árabe, de un texto griego en castellano, y contaban la historia de ese hombre que poseía un anillo de un valor inestimable, que le daba autoridad sobre la casa.

Ante la cercanía de la muerte, el hombre que tenía tres hijos se preguntó a quien legaría el preciado anillo; pero como les quería a los tres con idéntico amor, no era capaz de escoger. Entonces mandó hacer dos anillos parecidos al primero, que entregó a cada uno de sus hijos. Cuando murió, cada hijo mostró su anillo, creyendo que él era el amo, pero como eran idénticos, fue imposible saber quién poseía el original. Así son los judíos, los cristianos y los musulmanes, ante la imposibilidad de probar quién posee la verdadera fe.

Y es en esta ciudad misteriosa y salpicada de calles estrechas, donde el arte, la arquitectura, la astronomía, la astrología, las matemáticas, la filosofía, la poesía y la medicina florecían, donde el espíritu surgía de la cohabitación de las culturas, donde era posible vivir feliz junto a aquellos que no se parecían, nutrirse y enriquecerse, donde la cultura sefardí nació y

creció en la apertura y el diálogo. En las iglesias, las mezquitas y las sinagogas de Toledo, ellos oraban a Dios en diferentes lenguas y en días diferentes, los unos el viernes, otros el sábado, los terceros el domingo, y hubo un tiempo bendito en el que eso no era un problema para nadie.

Y un día, fue necesario que aquello terminara. Que la barbarie ahogara en un río de sangre a los fieles junto a los fieles.

Y en la locura humana de las masacres y la dispersión, ellos se llevaron su cultura, trascendieron los límites de la fe anegada en baños de violencia, y sobrevivieron, ya que en el seno de cada generación había un sabio sentado a la mesa, frente a un libro ancestral, que reflexionaba sobre la Antigüedad, se buscaba a sí mismo a través de los siglos, y descubría en las profundidades del pensamiento, que la búsqueda de uno mismo no puede efectuarse más que a través del otro, la trascendencia, que el yo es una parcela de la divinidad y que el hombre debe buscar las raíces de su alma en sus orígenes. Y solo en la medida de ese conocimiento se convertirá en él mismo: un hombre.

Esas eran las palabras de Moisés Vital aquel día, sentado en un sofá de la pequeña sinagoga, delante de la *téva*, la mesa donde se depositaban los rollos de la Torah, rodeado de sus discípulos.

Les hablaba de Toledo en la edad de oro.

Esperaba a Esther.

Los invitados empezaban a entrar en la sinagoga. No fueron muchos los que la vieron llegar. Como una sombra, un fantasma, ella se coló en la sala, en silencio, buscando a su padre.

Después de volver al hotel con Myriam, se había vuelto a poner el traje, su pesado traje púrpura, se arregló el pelo, se puso la diadema, para ir, así engalanada, hacia la sinagoga.

Moïse no pareció sorprendido al verla.

Le hizo una seña para que se colocara en el asiento, a su lado.

Entonces los ojos de Moïse Vital se posaron sobre su hija que, lentamente, sacó el estuche que contenía el amuleto.

—¿Dónde lo has encontrado? —preguntó Moïse, con la voz temblorosa.

Esther miró a Isaac, sin decir palabra.

Las miradas convergieron en él, que balbuceó:

—¡Pero si yo no sé de dónde sale!

—Sí que lo sabes —dijo Esther.

—¿Cómo? —dijo Moïse—, ¡pero eso es imposible, porque yo le he registrado! No tenía nada en los bolsillos.

—Le has registrado a él, es verdad, pero ¿has registrado la habitación?

La mirada de Moïse Vital se endureció.

—¿Dónde? —preguntó a su amigo—, ¿dónde lo habías escondido?

A Isaac Bouzaglo se le empalideció el semblante.

—Exijo que me lo digas —reclamó Moïse—. Aquí, delante de todos, nos debes una explicación.

—Me parecía demasiado injusto —apuntó Isaac—. ¿Por qué darle el amuleto a Charles, que para ti no es nada, y no a mi hijo? ¿Es porque Noam ha nacido y crecido en Israel y es demasiado distinto a vosotros? ¿O porque está ocupado sirviendo al ejército y arriesgando su vida para defender la vuestra? ¿Creéis que él no merece poseer el secreto? Yo quería darle una oportunidad, ¿comprendéis?… Cuando se cortó la luz, se me heló la sangre. Pensé que era una señal…, la señal de que el destino por fin estaba de nuestro lado…

Moïse Vital se presionó las sienes. Estaba a punto de explotar, apenas podía contener su desesperación. Desesperación por haber sido traicionado por su mejor amigo, por haber sido tan tonto, tan poco clarividente, él que creía ser honesto, resulta que se había equivocado en todo y con todo el mundo. Como si, de golpe, toda su vida le condujera a esto: todo su saber no le había enseñado nada lo suficientemente sustancial como para que le pudieran considerar un sabio. Un verdadero sabio…

—¡Lo has robado para Noam! Pero ¿por qué?

—Tú me lo has quitado todo, Moïse. Me has quitado a la mujer que amaba. Me has quitado…

Se interrumpió, lívido, vacilante aún, y lanzó una mirada inmensamente tierna y triste a Esther:

—… Me has quitado a mi hija Esther.

Esther respiró profundamente. Su corazón latía desbocado.

Isaac la miró un momento, que fue como una eternidad, después se fue, con los hombros encorvados, como si transportara un peso enorme.

Moïse Vital se volvió hacia su hija y ambos salieron para refugiarse en la salita contigua a la sinagoga.

—Cuando yo conocí a tu madre, ella estaba prometida, Esther. Eso que había pasado entre ellos, yo lo he sabido siempre. Y no le dije nada. No le dije nada porque la quería tanto que quería al niño que esperaba, aunque no fuera mío. Sé que no siempre he sido un buen marido, que ella no siempre ha sido feliz conmigo… El padre es aquel que quiere y educa a su hijo. Tú llevas mi nombre, Esther, el de mi familia, de nuestra familia, los Vital… Tu hermana siempre se ha mostrado rebelde conmigo. ¡Convirtiéndose en budista, ha rechazado nuestra tradición e incluso el monoteísmo! Tú sabes, Esther, que el Eterno es uno. Ella se ha alejado de nosotros, de mí… Por esa razón he querido entregarle el amuleto a Charles y no a Patrick. Yo quiero a Patrick porque es mi yerno, pero ya le conoces, solo le interesan los bienes materiales. Y a Myriam no la entiendo.

—Es infeliz, papá.

Al decir esta palabra, Esther notó que estaba al borde del llanto. Le llamó papá. Como cuando era pequeña.

—Yo no he sabido decirle, explicarle… Tú, tú siempre has estado a nuestro lado, cercana a nuestras tradiciones, aunque no siempre ha sido fácil, lo sé… Tú posees la llama. Por esta razón te he escogido.

»Tú eres la descendiente, Esther: tú posees en tu interior las condenas, los autos de fe, las torturas y las hogueras, las épocas en que la sangre judía era una mancha, definitiva, que se transmitía de generación en generación, y que ninguna agua bautismal podía purificar. Y ellos, en secreto, se transmitían su verdadero nombre. Y si tú tienes en ti el sentimiento de estar desarraigada, de ser extranjera, de no estar bien nunca en ninguna parte, de no compartir la certeza de la pertenencia que tienen los demás, la solidez del suelo sobre el que caminas, la firmeza de las ideas, si eres una invitada, una inquilina que teme que la expulsen, una clandestina que no tiene papeles, una niña tímida entre los gamberros del patio de la escuela, una alumna modelo, minada en su fuero interno por la soledad y la vergüenza, si saltas de un tren en una estación desconocida para sumergirte en el frío de la noche, huyendo de la policía, si tienes miedo de la calle, del vacío, de

caer por la ventana como tus antepasados, es ¡porque su sangre clama en ti, con toda la fuerza de la eterna llama judía!

»¡El amuleto, el secreto de los sefardíes, ese que permite esperar la verdad última, el secreto de la Creación, ese es el que tienes en ti! Tu tesoro es tu identidad. Tus identidades, todas tus identidades. Son todos los actos de tu vida, tanto los menores como los más importantes, que son la materia de tu ser, los símbolos y los mitos que te constituyen. Y tu identidad no es otra cosa que esos símbolos y esos mitos. Sin ellos, nosotros no somos nada; tan solo muertos vivientes.

»Tú eres mi hija, eres la hija de Isaac y la hija de Suzanne. Mira tu vestido, Esther, mira los bordados, veintiséis, que representan el nombre de Dios. ¿Sabes por qué forman círculos concéntricos? ¡Pues se trata de la Cábala, Esther, inventada por Moisés de León en Castilla, el más grande de nuestro mundo!, que consagró su vida a redactar el Zohar, el libro del esplendor, en el cual enunció la estructura concéntrica del mundo, en diez *séphirots* o emanaciones. Tu vestido, este traje que llevas, es un traje cabalístico, una representación del Nombre divino y de la forma como podemos acercarnos a él. Tú eres mi hija, la hija de todos, tú eres de Fez, de Meknes y de Mogador, ¡tú sola eres el mundo sefardí, tú eres la hija de los sefardíes!

Capítulo 10

La ceremonia

Todos nosotros tenemos identidades múltiples: y eso es lo que nos hace inmortales. Todo acontecimiento del pasado vive en nosotros de forma invisible. Incluso enterradas bajo los peñascos, las ciudades y las civilizaciones hundidas siguen influyéndonos. Eso sobrevive, cuando todo ha desaparecido: las antiguas tradiciones están en nosotros, en el fondo de nosotros, y aquello que somos procede de esos orígenes lejanos. Un viaje, una emoción que nos recuerda su muda presencia. Esa es la razón por la que lloramos.

¿Y qué es una identidad sino una narración, la suma de las historias que nos cuentan? Las costumbres, los valores, las religiones, la cultura de un pueblo marcan al individuo más allá de los tiempos: no son los hombres quienes se reencarnan, son las culturas a través de los hombres. Son ellas las que nos sobreviven incluso cuando creemos dominarlas. Cavar la tierra, partir la roca, exhumar las ciudades para darse cuenta de cómo los hombres han vivido, cómo han pensado, pues nuestro espíritu es el suyo, eso es lo único que podemos hacer para intentar saber quiénes somos.

Esther había recibido en herencia el secreto de los sefardíes. Apretó el amuleto con los dedos mientras su padre le recordaba aquello de lo que era responsable. Tuvo la impresión de que de él emanaba una misteriosa energía, como antes en el oleaje.

Y fue como si una gran luz dilatara el corazón de Esther, hinchiéndolo de orgullo y de dignidad, de entusiasmo y de serenidad. Como una ventana abierta a un mundo desconocido que le daba una fuerza inconmensurable, la fuerza de saber quién era ella, de dónde venía, y las razones secretas de sus

pensamientos más íntimos. Y comenzó a sentir el alma sefardí vibrando en ella, esa alma orgullosa, altiva y apasionada. Esa alma plena, que había realizado un viaje tan largo, que había conocido mil tormentos y mil ardores, esa alma llena de emociones, de sensaciones, de colores y de vida.

Vital, ese era su apellido, que significaba vida.

Ella estaba animada por esta alma, esta alma que vivía a través de ella, confiriéndole nobleza. Y esta alma deseaba vibrar en ella, perdurar en su interior, migrar por ella, para sobrevivir para siempre. A partir de ahora, ella podía pronunciar esas palabras: mi historia, mi cultura, mis tradiciones y, diciéndolas, sentía que pertenecía a un proyecto que la superaba y la realizaba. Esther poseía en ella la esencia de los sefardíes: esa fidelidad a las raíces, a la cultura antigua, y esa apertura al mundo exterior.

Y de repente, llegó aquello. Algo que ella no conocía, aunque sabía de su existencia, pero creía que no lo conseguiría nunca estando demasiado cerrada, demasiado inhibida por su cultura y su educación para dejarse ir, y he aquí que Esther le permitió ser. Bruscamente, por el amuleto, todo se desbloqueó en su interior; todo se abrió, el inmenso espacio de los posibles. Esa búsqueda de sí misma, su búsqueda interior, la condujo hacia la posesión de su cuerpo, que pasaba por su desposeimiento, por la aceptación del otro en ella, de ser poseída para poseerse mejor. Devuelta a sus orígenes, se admitió, y se aceptó, con sus defectos y sus cualidades, y se descubrió. Feliz y desgraciada. Llorando y riendo. ¿Y por qué había sido necesario recorrer todo ese camino para conseguirlo? Había tenido que pasar por el aprendizaje de sí misma, para descubrir al otro y descubrirse por fin. Y ese placer tan pleno, era la extensión de sí misma en el otro. Extensión hecha posible por la existencia misma de sí misma, a través de todos sus meandros y sus máscaras. Éxtasis del sentimiento de existir, de estar allí, de ser ella por fin. Estar desnuda. Sin traje, sin joyas, sin velo, en la desnudez del nacimiento, pues el niño está desnudo cuando sale de su madre. E identificarse con esta desnudez y decir: he aquí lo que soy, ahora, juzgadme, tomadme o rechazadme, pero en todo caso, soy yo misma. Con todos mis sufrimientos, mis vagabundeos, mis existencias anteriores, reales o soñadas, mis vidas anteriores, en Toledo, en Fez o en Mogador, mis múltiples vidas, mis identidades, soy rica. Por fin sabía quién era, y todo lo

que la convertía en lo que era. ¡Ella era la descendencia! Sus ancestros eran los Hymiars, los fenicios, los beréberes, los criptojudíos que siguieron practicando su religión en la sombra, arriesgando la vida, quienes respetaban los rituales sin saber por qué, pero seguían haciéndolo, porque sabían que debían hacerlo.

La cultura sefardí había penetrado su ser, insuflándole su forma de ver el mundo; y desde ahora ya nadie podría alcanzarla.

Esther creía ser francesa, alsaciana, judía, marroquí, y no sabía que era española. Pensaba que era española, y era árabe, creía ser árabe, y era beréber, creía ser beréber y era fenicia, y así seguidamente, desde el inicio, desde el principio y hasta el final de los tiempos.

Esther sabía ahora que llevaba en ella la sabiduría de los judíos, la franqueza de los alsacianos, la delicadeza de los franceses, la generosidad de los marroquíes, la perseverancia de los beréberes y tantos otros que se remontaban en el tiempo y que la constituían íntimamente.

Esther estaba allí, en la salita contigua a la sinagoga, con su vestido rojo. Oriente y Occidente mezclados en ella, para formar, de común acuerdo, lo que ella era.

¿Tendría lugar la ceremonia? ¿Charles volvería? ¿Se había marchado, lejos, para siempre? ¿El rabino entregaría la copa a los jóvenes esposos? ¿El novio colocaría el anillo sin defectos en el índice derecho de la novia y diría: «Hete aquí consagrada a mí por este objeto, según la ley de Moisés y de Israel»? ¿Pronunciaría el rabino la bendición del vino? ¿Daría a probar el vino a la pareja y después rompería la copa en recuerdo de la destrucción del templo de Jerusalén? ¿Leería la Kétouba, contrato matrimonial decorado con dibujos que aporta felicidad a la pareja?

¿Estaba preparada la habitación de los esposos, con la enorme mesa donde estaban los pasteles, el vino, el aguardiente? ¿Se cerrarían las puertas para que los novios se quedaran solos y consagraran su unión? Y esa noche, ¿tocarían los músicos en su honor?

Ya había elegido. ¿Era este el conjuro que había lanzado su abuela? ¿O eso era el amor, simplemente, en su misterio bello y eternal? Era algo indefinible. Su horizonte se abría, al mismo tiempo que las puertas del pasado.

Ahora la sinagoga estaba llena y todos empezaban a impacientarse: los amigos, las madres y las abuelas pellizcaban las mejillas de los niños y les proponían comer algo. Los amigos de Moïse, Suzanne y sus hermanas, Colette e Yvonne, y Rachel, y Myriam que acababa de llegar. Sol, Sidney. Saadia Vital, su abuelo. Todos los suyos estaban allí. Los de Charles también, su madre Arlette, Michel, rodeados de su familia y de sus amigos, charlaban en voz alta dándose palmadas en la espalda, mientras esperaban la ceremonia.

Esther se dirigió hacia Suzanne, que presidía entre sus hermanas y su prima. Las cuatro llevaban trajes de chaqueta de colores vivos, Rachel rosa, Colette amarillo, Yvonne rojo y Suzanne violeta, a juego con los zapatos, el maquillaje —aplicado en capas espesas—, la laca de uñas y los sombreros. Con cabellos multicolores, con laca, alisados gracias a un severo cepillado, y nerviosas como si se tratara de su propia boda, las cuatro mujeres conversaban animadamente.

Esther se inclinó hacia su madre y la abrazó, como no había podido hacerlo, ni había sabido hacerlo desde hacía mucho tiempo, desde que era niña. Hundió la cabeza en su cuello y lloró. Y su madre, emocionada, conmovida, la rodeó con sus brazos que nunca habían hecho más que sobreprotegerla, desde su nacimiento, desde su concepción.

—Hija mía —dijo Suzanne—. Mi pequeña.

—Mamá —dijo Esther con un sollozo.

Hacía tanto tiempo que no había podido decir esa palabra, que sintió que se abría un espacio en su corazón, sin darse cuenta de que finalmente Charles estaba allí, muy cerca de ella, y le apoyaba una mano en la espalda.

Vestido con un sobrio traje gris, con un ojo risueño y otro serio, la observaba.

Por primera vez, Esther se dijo que él se parecía a su abuelo Jacob; que de viejo sería como él, guapo, apergaminado, erguido. Sintió placer al imaginarse junto a él, viejos los dos, uno al lado del otro, juntos.

—¡Charles! —dijo Esther, con la voz quebrada por la emoción—. ¡Has venido!

—He venido.

—Qué feliz soy, Charles.

—Esther, tengo que hablar contigo…

—Yo también tengo que hablarte… O mejor no… Tardaría noches enteras en explicarte por qué…

—¿Por qué? —preguntó Charles.

—Porque querría que me perdonaras —dijo ella con lágrimas en los ojos.

Charles la miró sin contestar.

—Pero ahora, solo querría saber una cosa —añadió Esther—. ¿Por qué no has dejado que mi padre te registrara?

—¿Por qué? —dijo Charles—. ¿Quieres saber por qué?

Entonces Charles sacó de su bolsillo el preciado paquete que le había entregado Jacob. Y Esther vio aparecer ante sus ojos una llave. Una llave antigua, trabajada, esculpida, una llave que había atravesado los siglos y las familias, desde la noche de los tiempos.

—Esta es la llave que mi abuelo Jacob me dio justo antes de la ceremonia de la henna. Por eso llegué tarde. La llave de la casa de mis antepasados, que ellos se llevaron consigo cuando abandonaron España, donde pensaban volver, un día. Porque tú y yo venimos del mismo mundo, Esther.

Esther sintió que el sudor bajaba por su columna vertebral. Charles había venido, pero no era para decirle lo que ella esperaba. Charles había venido, pero ya estaba en otro lugar. Lejos, muy lejos de ella. ¿Cómo era posible eso? ¿Qué quería él? ¿Qué sabía?

Él miraba a Esther con vehemencia. Y su mirada se quebró en una tristeza insondable.

—¿Qué debo yo perdonarte, Esther? ¿No haber confiado en mío no ser digna de mi confianza? Eso es lo único que querría saber antes de casarme contigo.

Esther se puso a temblar. Su corazón palpitaba a toda velocidad. Esperaba ya la siguiente pregunta, que él no se privó de hacerle.

—¿Dónde estabas ayer noche?

¿Qué habría podido decir ella, en ese momento? ¿Habría podido evitar lo inevitable?

—¿Qué has hecho, Esther? ¿Qué has hecho de nosotros? ¿Por qué no me has dicho nada?

—Tú te habías marchado y no sabía dónde estabas.

—¿Cómo voy a confiar en ti a partir de ahora? ¿Cómo construir una vida alrededor tuyo? ¿Cómo creer en ti, y cómo creer en nuestro amor? Y aunque creyeras que yo era un ladrón, porque te han dicho que no era digno de confianza, porque tu padre me detestaba y porque todas las circunstancias estaban en mi contra, ¿tú crees que puedo vivir toda mi vida con miedo? ¿Tendré miedo de que me engañes cada vez que te vayas? ¿Cómo olvidarlo? ¿Cómo no olvidarlo? ¿Cómo no pensar en esta noche, en lo que has hecho? ¿Cómo no pensar en ello cuando te tome en mis brazos? Acabaría no queriéndote, y acabaría harto de mis sospechas y de mis reproches, y tú acabarías no queriéndome, y aunque yo te quiero con toda mi alma y con todo mi corazón, nunca más confiaré en ti. Me has roto el corazón, lo has herido, y la herida quedará allí, aunque cicatrice, siempre a punto de abrirse y sangrar. Y el odio estará allí, en el fondo de mi corazón. Y aunque olvide, a la mínima discusión, me acordaré, porque, de hecho, no olvidaré nunca. ¿Por qué, Esther, por qué has matado nuestro amor?

»Entonces nos separaremos y los dos seremos desgraciados, cada uno por su lado, y tú te sentirás culpable, y lamentarás este momento durante toda tu vida, y yo estaré solo y desesperado, porque tú siempre serás la mujer de mi vida, la única a la que he amado verdaderamente, y si seguimos juntos, tendremos hijos, y los hijos crecerán, y nos pelearemos y un día yo les diré, vuestra madre me engañó la víspera de nuestra boda. Esta es la vida que tú me propones. ¿Esto es una vida? Has matado nuestro amor. Yo estoy tan decepcionado, que me gustaría llorar sobre ese amor muerto, pero no puedo. ¿Por qué has hecho eso sin decirme nada? ¿Por qué no me has gritado tu odio a la cara? Habría preferido que me pegaras, que me dijeras que me odias, que me abandonas, que me dijeras que nunca me has querido, habría preferido no haber hablado jamás contigo, habría preferido no haberte conocido. Habría querido no quererte. Me habría gustado que no existieras; y habría preferido no existir. Te quiero, y me da vergüenza quererte, y te querré siempre y no le diré a nadie que te he querido, hasta ese punto me avergüenza decir que me has engañado, diré que soy yo quien

te ha abandonado. Le diré a la gente que se acabó, que me he ido, para que no me hagan preguntas, prefiero asumir el papel de malo antes que cubrirme de vergüenza, y que no me hablen más de ti, no volver oír pronunciar tu nombre, ese nombre adorado que no he dejado de amar, de murmurar de noche para mí mismo, y de gritarlo en voz alta en la calle por la mañana cuando me separaba de ti, ese nombre que estaba en mi alma y en mis labios en cada instante creado por Dios.

»¿Qué has hecho, Esther, qué has hecho de mi corazón? —continuó Charles—. Mi corazón que estaba dedicado a ti por entero, mi corazón que solo latía por ti, que solo vivía por ti, que se sobresaltaba cada vez que pestañeabas. ¿Qué has hecho de nosotros? ¿Qué has hecho de nuestro amor?

Y Charles lloró y las lágrimas no dejaron de manar de sus ojos oscuros como una noche sin fin, ojos enajenados por el dolor.

Esther quería tomarle en sus brazos, pero él se apartó y la observó unos minutos. Siguió mirándola, con la cara bañada de lágrimas, mientras la dejaba.

Y al ver a Charles adentrarse en la noche, alejarse de ella para siempre, Esther comprendió por qué le había amado y por qué le había elegido a él, entre todos.

A través de él, partía un mundo.

Su mundo.

Epílogo

La boda de Esther Vital y Charles Tolédano se había anulado, todo el mundo se había marchado. Solo quedaban dos hombres, sentados uno al lado del otro. Dos hombres con barbas y miradas venerables. Uno, el hijo, vestido con un traje claro; el otro, el padre, con una chilaba de seda oscura. Uno, ciego, había apoyado el brazo en el otro, pero, de hecho, no se sabía quién sostenía a quién. Moïse y Saadia Vital charlaban juntos frente a un vaso de té a la menta.

—Ah, el té de tu madre —suspiró Saadia—. ¡Es imposible igualarlo!

—La chiba, papá —dijo Moïse—, ahí está la diferencia. Y la menta picante, también.

—Dónde están esos días felices —dijo Saadia—. Dónde están…

Ellos eran los guardianes de la tradición, a la que permanecían fuertemente vinculados, y estaban orgullosos de ello. Y por las noches, a la luz de las velas, sus ancestros mojaban sus plumas en los pocillos de tinta china, y se calzaban sus viejos anteojos para copiar la Torah. Concentrados, para no cometer errores, purificados por el baño ritual en el que se habían sumergido antes de empezar su trabajo, pues al escribir, al consignar los hechos y los actos de los antepasados, al copiar los versos santos de la Torah, realizaban una obra sagrada.

—Hijo —pidió Saadia—, dime ahora eso que querías decirme y que no te atreviste a hacerlo la otra noche…, algo que tenía que ver con Esther, creo.

Moïse vaciló, por respeto hacia el anciano. Pero este parecía dispuesto a escucharle esta vez. Entonces Moïse, temblando, se lanzó:

—Esther en realidad no es hija mía. Cuando me casé con Suzanne, ella estaba embarazada…

—Hijo mío, yo soy ciego, pero veo muchas cosas. Esto que me dices lo he sabido siempre. ¿Y qué?

—Y yo quería transmitirle el amuleto… En fin, a su marido, el amuleto de nuestra familia… Y quería saber si podía hacerlo o no.

—Nuestra tradición, hijo, al contrario de lo que se cree, no se basa en vínculos naturales, ¡ciertamente en los paternos no, y ni siquiera en los maternos!

—¿En qué se basa, entonces? —preguntó Moïse.

El anciano se calló durante un segundo, como si reflexionara.

—¿Tú has obtenido oro alguna vez con tus experimentos de alquimia?

—No, papá. Nunca lo he conseguido.

—Y sin embargo fabricar oro es fácil. Pero el oro nunca ha traído la felicidad a los hombres. Yo busco más bien el oro del pensamiento oculto en el fondo de nuestros libros antiguos. Ese es el verdadero oro: el que procura la eternidad.

Saadia hizo una pausa, antes de continuar:

—Ha llegado el momento de que te hable, hijo, lo sé. No porque vaya a morir, sino porque hoy, nuestro mundo sefardí corre un gran peligro.

»El secreto del amuleto, hijo, es este: todo lo que hay sobre la tierra tiene su correspondencia en las alturas, y no existe la menor cosa que no tenga un sentido espiritual. Entre lo espiritual y lo carnal hay complicidades secretas y mantienen una alianza, como demuestran todos los hechos de la vida cotidiana. “Dos ojos, dos orejas, dos ventanas nasales, una boca. Siete luces para iluminar el mundo. Siete mundos para recibir la luz”, dice el Zohar. Ninguna palabra basta para describir la experiencia mística. Pero es posible comprender la forma como se organiza el mundo. El mundo está organizado según dos principios, el elemento masculino y el elemento femenino. Nuestros cabalistas dicen que al casarse con la mujer, que es la parte femenina de su ser, el hombre reconstruye su unidad originaria y se convierte en la imagen de Dios en la tierra. Las parejas, las verdaderas parejas, no son fruto del azar, sino del reencuentro de dos mitades de una misma alma. Uno no escoge una mujer, escoge a su mujer, esa que es la mitad de su alma desde el inicio de los tiempos. Puede suceder que la mujer o el hombre no sean aquella o aquel que estaba destinado al otro. Ese matrimonio no será feliz, o no podrá celebrarse. Eso, hijo, es lo que ha pasado con Esther y Charles.

»Las verdaderas parejas forman una unidad indisoluble y divina. Nosotros, tú y yo, que hemos tenido la suerte de encontrar nuestra parte femenina, lo sabemos. Desde que Fortunée se fue, la vida me importa poco.

»A ti, Moïse, antes de morir, te transmito este secreto confiado por nuestros antepasados, que sabían que llegaría el tiempo en que todos los judíos, conversos o marranos, serían expulsados o exterminados. Esa es la razón por la cual era necesaria una patria imaginaria, intelectual y sentimental a la vez, un sueño previo a su realización, a fin de sobrevivir como pueblo a la expulsión y a la muerte. Ellos sabían que serían expulsados de España, y que no tendrían derecho a llevar nada consigo. Luego se llevaron sus amuletos como patria y su ideal místico como forma de vida.

Saadia se levantó, e invocando poderes invisibles que solo él, en su ceguera, podía ver, alzó los brazos al cielo.

—Hoy, estamos en peligro… Aquí, todos corremos el peligro de perdernos. Estos tiempos son los del final de nuestro mundo milenario, el

fin de nuestra cultura. Todos somos responsables. Y nosotros, en particular. ¡Nosotros somos los últimos, Moïse, nosotros somos los últimos sefardíes!



ELIETTE ABÉCASSIS, Estrasburgo, Francia, 27 de enero de 1969, nace en una familia judía sefardí de origen marroquí. Su padre, Armand Abécassis, profesor de filosofía en la Facultad de Burdeos, es uno de los mayores pensadores contemporáneos sobre el tema del judaísmo. Eliette crece siendo muy practicante en un ambiente de religión y cultura judías. Antigua alumna del Instituto Henri IV de París, en 1993, consigue la licenciatura en filosofía en la Escuela Normal Superior y en 1997 comienza a impartir clases en la facultad de Caen. En marzo de 2001 recibe el premio de los Escritores Creyentes (concurso creado en Francia en 1979) y en junio de ese año se casa en Jerusalén. Actualmente está divorciada y es madre de dos hijos.

Ha escrito principalmente novelas históricas rigurosamente documentadas; *Qumran* (1996), traducida a dieciocho lenguas; *L'Or et la cendre* (1997), historia de la misteriosa muerte de un teólogo berlinés; *La Répudiée* (2000), finalista del Gran Premio de novela de la Academia Francesa y propuesta para el premio Fémina; *Le Trésor du temple* (2001); *Mon père* (2002);

Clandestin (2003), historia de un amor imposible; *La dernière tribu* (2004); *Un heureux événement* (2005), sobre la experiencia de la maternidad y *Sépharade* (2009), traducida al español con el título *La novia sefardí* en 2011.

Como ensayista escribió sobre el origen del mal y el homicidio en *Petite Métaphysique du meurtre* (1998) y sobre las mujeres de hoy en día en *Le Corset invisible* (2007), con Caroline Bongrand. Su obra *La Répudiée* ha inspirado la película de Amos Gitaï Kadosh y ella misma ha dirigido el cortometraje *La nuit de noces*.

Notas

[1] Ver árbol genealógico. <<

[2] Literalmente: lugar donde se puede beber vino. <<

[3] «Súmalo al contrato de matrimonio». <<

[4] Líneas aéreas israelíes. <<

[5] Para el sionismo, el término *aliyah* se refiere tanto a la inmigración voluntaria por razones ideológicas, emocionales o prácticas, como al éxodo masivo de población judía perseguida. <<

[6] Judíos y cristianos que viven bajo la «protección» del sultán o gobernante musulmán, con derechos y deberes «diferenciados». <<

[7] Que yo extraiga tu mal. <<

[8] Cuerno de carnero que se toca en la sinagoga el día de Kipur. <<

[9] Centro de estudios de la Torah y del Talmud generalmente dirigido a varones, en el judaísmo ortodoxo. <<

[10] Poemas cantados. <<

[11] A quien no habla, Dios no le oye. <<

[12] ¿Dónde están ahora esos días? <<

[13] Creada en 1920, como cuerpo representativo de los obreros judíos de todas las profesiones. <<

[14] Fundado en 1930, nadó como una escisión del ala moderada del partido socialista judío ruso. <<

[15] WASP: white, anglo-saxon protestant: blanco, anglosajón, protestante.
<<

[16] Camisa holgada de origen hindú. <<

[17] Miembros de una serie de cofradías místicas musulmanas caracterizadas por su origen subsahariano y por el uso de cantos, danzas y rituales sincréticos como medios para llegar al trance. <<

[18] Dios es el más grande. <<

[19] Pastelillos turcos. <<

[20] Todos los votos. <<

[21] El aniversario de la muerte. <<

[22] ¡Ya basta! <<

[23] Sopa tradicional marroquí elaborada a base de carne, tomates y legumbres. <<

[24] Lecho del río. <<

[25] Colinas. <<

[26] Ciudad fortificada. <<

[27] El fragmento de la lectura semanal de la Torah se denomina parashá hashavua, o sidra. <<

[28] Los Téfilin son dos cajitas cúbicas de cuero negro, que contienen cuatro fragmentos de la Torah. <<

[29] Sistema tradicional de aprovechamiento de los recursos hídricos propio de algunas zonas desérticas de Marruecos. <<

[30] Casa o palacio tradicional marroquí con un jardín interior. <<

[31] Louis Majorelle diseñó el jardín botánico de Marrakech. <<